10

Autora superventas
de *The New York Times*

Sarah MacLean

DIEZ LECCIONES PARA DAR CAZA A UN LORD Y QUE TE ADORE

EL AMOR EN CIFRAS
LIBRO 2

Desde el momento en que una popular revista femenina le nombra el «soltero más codiciado de Londres», lord Nicholas St. John se ve perseguido a todas horas por mujeres que solo piensan en contraer matrimonio. Por eso, cuando se le presenta la oportunidad de escapar a ese suplicio la aprovecha sin pensárselo dos veces… Pero en su camino se cruza la mujer más terca y deliciosa que haya conocido nunca.

Lady Isabel Townsend tiene demasiados secretos y poco dinero. Aunque está habituada a cuidarse sola, la reciente muerte de su derrochador padre la deja en una situación insostenible y necesita ayuda para salvar los derechos nobiliarios de su hermano menor. El seductor y muy deseable lord Nicholas podría ser la respuesta a sus plegarias. Pero debe tener cuidado y no cometer locuras ni tonterías, como enamorarse loca y apasionadamente de él…

Porque, cuando se trata de pescar a un lord, una debe hacerle creer que es él quien sostiene la caña.

Sarah MacLean

Diez lecciones para dar caza a un lord… y que te adore

El amor en cifras - 02

ePub r1.0
Titivillus 21-10-2023

Título original: *The ways to be adored when landing a Lord*
Sarah MacLean, 2010
Traducción: María José Losada

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Chiara,
a quien no le importó que me apropiara de sus libros
y de su gato cuando se fue a la universidad.

Prólogo

«No se puede negar que entre las damitas de Londres se está extendiendo una auténtica epidemia; una trágica realidad que pinta un desolador panorama. Nos referimos, por supuesto, a la soltería. ¡Hay tantas damas solteras en nuestra maravillosa ciudad que no pueden disfrutar del deslumbrante brillo del matrimonio! ¡Tantas que solo esperan la oportunidad de florecer! Pues bien, estimada lectora, en interés del bien público hemos redactado una lista de soluciones contrastadas que simplificarán la ardua tarea de encontrar marido. Presentamos, humildemente, Lecciones para dar caza a un lord».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Townsend Park. Dunscroft, Yorkshire

Lady Isabel Townsend estaba en la humilde salita de visitas del único hogar que conocía, esperando a que se apaciguara el rugido en sus oídos. Miró con los ojos entrecerrados al pálido y flaco hombrecillo que tenía delante.

—Así que le ha enviado mi padre.

—Exacto.

—¿Le importaría repetirme la última parte? —Aunque no tenía ninguna duda de que había comprendido perfectamente las palabras de su inoportuna visita.

El hombre sonrió, mostrándole de nuevo aquella expresión vacía y poco atractiva. A Isabel se le hizo un nudo el estómago.

—Vamos a casarnos —aseguró el individuo arrastrando las sílabas, que flotaron en el aire haciendo que la estancia pareciera, de repente, demasiado pequeña.

—Y debo imaginar que se está refiriendo a usted y a mí.

—Sí, usted y yo. Vamos a casarnos.

Isabel negó con la cabeza.

—Lo siento, señor…

El hombre la miró, mostrándose claramente contrariado al darse cuenta de que ella no le había prestado atención cuando se presentó.

—Asperton. Lionel Asperton.

Isabel tomó nota mental para recordar tan aciago nombre. En ese momento, debía centrarse en el hombre que, por cierto, no parecía muy listo. Por supuesto, sabía desde hacía mucho tiempo que los conocidos de su padre rara vez poseían demasiado intelecto.

—¿Qué quiere decir al afirmar que hemos de casarnos, señor Asperton?

—Que la he ganado.

Isabel cerró los ojos intentando con todas sus fuerzas mantener la serenidad, procurando ocultar la cólera y el dolor que le causaban esas palabras, pero le resultó imposible. Sostuvo la pálida mirada otra vez.

—Así que me ha ganado.

Él ni siquiera tuvo la discreción de fingir vergüenza.

—Sí. Su padre la apostó.

—Por supuesto. —Isabel dejó salir la frustración con un pequeño suspiro—. ¿Contra qué?

—Contra cien libras.

—Bien. Un poco más de lo habitual.

Asperton ignoró las crípticas palabras y se acercó a ella con una confiada sonrisa.

—Gané la mano. Ahora usted es mía. Tengo derecho. —Alargó el brazo y le pasó un dedo por la mejilla—. Creo que los dos lo disfrutaremos —susurró.

Ella permaneció quieta intentando contener el escalofrío que le bajó por la espalda.

—No lo creo.

El hombre se inclinó hacia ella, que se quedó paralizada al percibir la cercanía de aquellos labios rojos y agrietados. Se apartó poco a poco, intentando, con desesperación, poner distancia entre ellos.

—Entonces, tendré que convencerla —la amenazó él.

Isabel se retorció para alejarse de su indeseada proximidad y se protegió detrás de una silla gastada. Un ladino brillo titiló en los ojos del hombre al seguirla con la mirada.

Le gusta dar caza.

Iba a tener que poner fin a aquello ahora mismo.

—Mucho me temo que ha hecho un largo camino para nada, señor Asperton. Yo ya soy mayor de edad y mi padre… —Hizo una pausa, como si estuviera saboreando las siguientes palabras—. Mi padre no debería haberme apostado. Nunca le ha servido de nada y, desde luego, no le servirá ahora.

Él se quedó paralizado y agrandó los ojos.

—¿Ya lo había hecho con anterioridad?

Demasiadas veces.

—¿Quiere decir que si un hombre apuesta a su hija una vez lo considera normal, pero si lo hace en múltiples ocasiones ofende su sensibilidad?

Asperton se quedó boquiabierto.

—¡Por supuesto!

Isabel entrecerró los ojos que había clavado en su presunto prometido.

—¿Por qué?

—¡Porque él sabía de sobra que iba a perder la apuesta!

Ese hombre, definitivamente, conocía muy bien a su padre.

—Sí. Esa es la razón que hace inaceptable la situación —resumió Isabel con mordacidad, dándose la vuelta de repente y abriendo la puerta—. Mucho me temo, señor Asperton, que es usted el séptimo hombre que viene a reclamarme como su prometida. —No pudo contener una sonrisa al notar su sorpresa—. Y será también el séptimo que saldrá solo de Townsend Park.

Asperton abrió y cerró la boca con rapidez; sus carnosos labios le recordaron a un pez boqueando.

Isabel comenzó a contar. Pero ellos siempre estallaban antes de que llegara a cinco.

—¡Es inaceptable! ¡He ganado una esposa! ¡La hija de un conde, nada menos! —Su voz se fue volviendo cada vez más nasal, un tono que Isabel siempre había asociado con los desagradables holgazanes con los que se relacionaba su padre. Y eso que hacía siete años que no lo veía.

Cruzó los brazos y lanzó al hombre su mirada más lastimera.

—Me figuro que él mencionó, además, algún tipo de dote, ¿o me equivoco?

Al hombre se le iluminaron los ojos como si por fin se sintiera comprendido.

—Precisamente.

Ella casi sintió lástima por él. Casi.

—Bien. Me temo que no existe ninguna dote. —Asperton frunció el ceño—. ¿Le apetece tomar el té?

Isabel observó cómo el cerebro del hombre llegaba lentamente a la conclusión más evidente.

—¡Oh, no! —anunció—. ¡No quiero tomar el té! ¡He venido a por una esposa y por Dios que me iré con una! ¡Con usted!

Tratando de mantener la calma, ella suspiró.

—Habría sido mucho mejor que no tuviera que recurrir a esto.

Él hinchó el pecho, entendiendo mal el significado de sus palabras.

—Estoy seguro de que sí. Pero ¡no abandonaré esta casa sin la esposa que he ganado! ¡Usted me pertenece! ¡Estoy en mi derecho!

Entonces se abalanzó sobre ella.

Como siempre.

Isabel se echó a un lado y él salió disparado a través de la puerta abierta. Donde las mujeres le esperaban. Isabel le siguió para ver cómo se enderezaba y tomaba posición ante las tres mujeres disfrazadas que, como soldados bien entrenados, formaban un muro inexpugnable entre él y la puerta de la casa. Por supuesto, ese hombre nunca sospecharía que eran mujeres. Isabel sabía, por experiencia, que los hombres tendían a creer lo que querían ver. Deslizó la mirada del *jefe de establos*, pasando por el *mayordomo*.

Asperton se volvió hacia ella.

—¿Qué es esto?

El jefe de establos hizo restallar contra el muslo el látigo que llevaba en la mano, un golpe seco que sobresaltó al supuesto pretendiente.

—No nos gusta que se hable así a una dama, señor.

Isabel observó que al hombre le subía y bajaba la nuez.

—Es que yo… yo…

—Bueno, una cosa está clara: usted no es un caballero. Un

caballero no se habría abalanzado así sobre una dama. —El cocinero señaló la salita con un enorme y pesado rodillo de pastelero.

Asperton volvió a mirar a Isabel y ella encogió los hombros con delicadeza.

—Sin duda alguna no volverá a abalanzarse sobre *lady* Isabel de esa manera. —Ahora fue el mayordomo quien habló, acariciando con una mano el sable que sostenía por la empuñadura. Isabel se contuvo para no mirar hacia la pared desnuda donde un momento antes estaba colgada la antigua espada desafilada.

Realmente a sus sirvientes les gustaba dar el espectáculo.

—Er… ¡No!

Hubo un largo silencio en el que Isabel esperó hasta que la frente del señor Asperton se cubrió de sudor. Decidió intervenir cuando observó por fin que el pecho del hombre subía y bajaba más deprisa.

—El señor Asperton ya se iba —indicó ella en tono decidido—. ¿No es así, caballero?

Él asintió con la cabeza, temblorosamente, sin apartar la mirada del látigo que Kate sostenía en la mano y con el que había comenzado a trazar pequeños círculos amenazadores.

—Sí… ya me iba.

—Creo que no se le ocurrirá regresar, ¿verdad, señor?

Él tardó un buen rato en responder. Kate dejó que se posase en el suelo la suave punta de cuero y el repentino movimiento le arrancó de su arrobo. El hombre chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Claro que volveré.

Jane arrastró la punta del sable por el suelo de mármol provocando un chirriante sonido metálico que resonó en el vacío. Isabel agrandó los ojos.

—Quizá debería pensar mejor la respuesta, señor —susurró por lo bajo.

Él se aclaró la voz.

—Sí. Por supuesto. Quiero decir que… no. No volveré por aquí.

Isabel sonrió entonces; una amplia y amigable sonrisa.

—Excelente. Pues me despido ya de usted. Podrá encontrar la salida solo, ¿verdad? —Le indicó el camino, ahora flanqueado por

las tres mujeres disfrazadas—. Adiós.

Ella regresó a la salita, cerró la puerta con firmeza y se acercó a la ventana a tiempo de ver que el hombre apresuraba sus pasos por el sendero de acceso y se subía al caballo que le aguardaba, alejándose acto seguido como si le persiguieran los sabuesos del infierno.

Isabel soltó el aire que contenía.

Solo entonces se permitió llorar.

Su padre la había apostado.

Otra vez.

La primera vez sintió un dolor horrible. A esas alturas debería haberse acostumbrado a que la tratara de esa manera pero, a pesar de todo, seguía sorprendiéndose.

Como si algún día todo pudiera cambiar.

Como si algún día él pensara en alguien más que en sí mismo.

Como si algún día él llegara a preocuparse por ella.

Como si algún día alguien pudiera llegar a preocuparse por ella.

Por un momento valoró a su padre. El Condinnoble, apodo puesto por la propia aristocracia, que le consideraba el más innoble de los condes. El hombre que abandonó a sus hijos y a su esposa en el campo para llevar en Londres una vida de escándalos y libertinaje. Un hombre al que jamás le importó su familia; al que no le afectó la muerte de su esposa. Ni que los sirvientes los abandonaran cuando dejaron de cobrar el sueldo. Ni que su hija le hubiera enviado una carta tras otra preguntándole cuándo regresaría a Townsend Park para intentar que la propiedad pudiera recuperar un poco de su pasado esplendor. Y eso que no pedía nada para ella, sino para su hermano, el heredero.

La única vez que había regresado…

No. No pensaría en eso.

Su padre. El hombre que robó el espíritu de su madre. El que privó a su hermano de una figura paterna desde que era un bebé. Si no los hubiera abandonado, ella no tendría que haberse hecho responsable de todo. Pero aceptó el reto y consiguió que la propiedad saliera adelante; obtuvo comida para todos. Aunque no había logrado mucho más provecho; la heredad apenas producía para mantener a sus habitantes e inquilinos mientras él se gastaba hasta el último penique de los ingresos en sus escandalosas

actividades.

Sin embargo obtuvieron suficiente para comer, y la pésima reputación del Condinnoble mantuvo alejada cualquier visita indeseable a la que se le hubiera podido ocurrir acercarse a Townsend Park, y dejó a Isabel plena potestad sobre la casa y los sirvientes. Utilizó los recursos como consideró oportuno, sin ser vigilada por los indiscretos ojos de la sociedad. Pero eso no significaba que no deseara que todo hubiera sido diferente; habría querido disfrutar de las mismas oportunidades que las hijas de los demás condes, que se preocuparan por ella, que la cortejaran como Dios manda; que un hombre la amara por sí misma, no como al suculento premio de un juego de azar.

Le hubiera gustado no sentirse tan sola.

Desearlo no solucionará nada.

La puerta de la sala se abrió y cerró silenciosamente. Isabel emitió una risita al tiempo que se limpiaba las lágrimas de las mejillas. Finalmente se dio la vuelta y se topó con la mirada fija y seria de Jane.

—No deberías haberle amenazado.

—Se lo merecía —aseguró Jane, que representaba el papel de mayordomo.

Isabel asintió con la cabeza. Durante los últimos minutos había visto a su padre reflejado en el rostro de Asperton. Los ojos comenzaron a picarle de nuevo, pero contuvo las lágrimas.

—Le odio —susurró ella.

—Lo sé —la consoló la mayordomo, sin moverse del umbral.

—Si estuviera aquí, le mataría.

Jane asintió con la cabeza.

—Bueno, pero al parecer no será necesario. —Alzó la mano, mostrándole un documento—. Isabel, el conde… ha muerto.

Capítulo 1

¿Y qué serían estas lecciones, mi estimada lectora, sin el lord Pluscuamperfecto al que dar caza? ¿Sin un caballero al que hayamos estudiado diligentemente? La respuesta es que, por supuesto, serían inútiles. Dígame, ¿no somos entonces, las más afortunadas damas del mundo? A buen seguro, por las calles de nuestra maravillosa ciudad vaga el mejor y más brillante candidato, el más encantador y atractivo, el más elegible de los ricos, educados y solitarios solteros que buscan esposa. Encontrar a uno de esos modelos de excelencia y caballerosidad es una tarea intimidante, pero no tema, querida lectora, hemos emprendido ese trabajo por usted y rastreado la ciudad en busca de los caballeros más dignos de su inestimable y desenfrenada atención. Considere pues, si lo desea, al primer caballero elegible de nuestra lista…

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Cuando la rubia que atravesó el umbral le guiñó el ojo, fue la gota que colmó el vaso. Lord Nicholas St. John se hundió todavía más en su asiento mientras maldecía por lo bajo. ¿Quién iba a imaginar que un tonto apodo, otorgado tan despreocupadamente por una revista femenina, iba a convertir a todas las señoritas de Londres en un rebaño de imbéciles borregas? Al principio lo encontró divertido… Un bienvenido entretenimiento. Empezó a preocuparse cuando comenzaron a llegar las invitaciones. Pero no supo que estaba metido en un buen lío hasta que el reloj de su residencia en St. James marcó las dos, y *lady* Ponsonby se presentó allí con la excusa de que tenían que discutir qué podía hacer con una estatua que había adquirido recientemente en el sur de Italia. Solo existía una razón para que una mujer como *lady* Ponsonby —conocida por su lengua viperina— visitara el hogar de un caballero soltero; una

razón que lord Ponsonby no encontraría nada divertida.

Así que huyó. Primero fue a la Royal Society de Antigüedades, donde se escondió en la biblioteca lejos de todo aquel que conociera —y mucho menos leyera— una revista femenina. Por desgracia, el periodista —se sorprendió de utilizar ese término— había investigado a fondo sus hábitos, y menos de una hora después el lacayo anunció la llegada de cuatro mujeres de diferentes edades y procedencias, todas con una acuciante necesidad de consultarle sobre unas figuras de mármol que poseían. Por supuesto, todas insistieron en que nadie más que él podía llevar a cabo tal tarea.

Nick emitió un bufido al recordarlo. *Figuras de mármol, nada menos*. Gratificó generosamente al lacayo por su discreción y escapó de nuevo, esa vez con menos dignidad, por la salida trasera de la sociedad, que daba a un estrecho y sórdido callejón, lo que no ayudó a mejorar su humor. Se vio obligado a inclinar el ala del sombrero para que nadie le reconociera y lograr así llegar a salvo a su santuario, El Perro y la Paloma, donde se había parapetado en un rincón oscuro durante las últimas horas.

Estaba realmente asqueado. Por lo general, cada vez que una voluptuosa moza de taberna le ponía ojitos tiernos, estaba más que dispuesto a valorar sus abundantes encantos. Pero la que se inclinaba ante él en ese momento era la enésima de su sexo que se le ofrecía ese día, y ya había tenido más que suficiente. Frunció el ceño y miró a la chica, después clavó los ojos en la cerveza, y se sintió cada vez más deprimido e irritado.

—Tengo que encontrar la manera de salir de esta condenada ciudad. —La profunda y retumbante risa emitida al otro lado de la mesa no mejoró su estado de ánimo—. No hay ninguna duda de que podría regresar a Turquía en el próximo barco —gruñó por lo bajo.

—Espero que no lo hagas. Odiaría perderme la conclusión de esta entretenida charada. —Su compañero, Durukhan, se volvió y echó un vistazo por encima del hombro, paseando sus oscuras pupilas por la atractiva joven—. ¡Qué lástima! Ni siquiera me ha mirado.

—Chica lista.

—Lo más probable es que, simplemente, se crea todo lo que lee en las revistas. —Rock se rio al ver que el ceño de Nick se hacía más profundo—. ¡Venga, Nick! ¿Realmente es tan horrible? No me

dirás que las mujeres de Londres no estaban enteradas ya de tu «idoneidad».

Nick recordó el montón de invitaciones que le esperaban en casa —todas ellas de familias con hijas casaderas— y tomó un sorbo de cerveza.

—Es horrible, te lo aseguro —masculló, dejando la jarra sobre la mesa—. Si yo fuera tú, aprovecharía la situación. Puedes elegir a la mujer que desees.

Nick clavó en su amigo una fría mirada azul.

—Algo que habría conseguido igual sin la ayuda de esa maldita revista.

La respuesta de Rock fue un evasivo gruñido al tiempo que levantaba el brazo para llamar a la camarera. Ella acudió lo más rápido que pudo y se dirigió a Nick con un ronco susurro al tiempo que se inclinaba sobre él para exhibir lo mejor que podía sus voluptuosas curvas.

—¿Sí, milord? ¿Necesita algo?

—En efecto, lo necesitamos —intervino Rock. La descarada hembra, sin embargo, se sentó en el regazo de Nick y se recostó sobre él.

—Pídame cualquier cosa que quiera, cariño —ronroneó por lo bajo sin dejar de presionar los pechos contra su torso—. Lo que sea… Él apartó el brazo con el que ella le rodeaba el cuello y sacó una corona del bolsillo.

—Es una tentadora oferta, sin duda —aseguró, apretando la moneda contra la palma de la joven y obligándola a ponerse en pie —. Pero mucho me temo que solo necesito más cerveza. Deberás buscar compañía en otro lado.

Tras esbozar una expresión de momentánea desilusión, la muchacha concentró su atención en Rock. Valoró el ancho pecho, la piel oscura y los musculosos brazos, con una apreciativa mirada.

—¿Necesita algo? A algunas chicas no les gustan los hombres con ese tono de piel, pero a mí me encantan.

Rock no se movió, pero Nick notó la tensión en sus hombros ante aquella impertinente referencia a su raza.

—Busca en otro lado, chica —señaló el turco, dándole la espalda.

Ella hizo una mueca de desprecio y se alejó en busca de las

jarras de cerveza. Mientras la observaba abrirse paso a través de la estancia, Nick sintió la aguda atención de las demás mujeres presentes en la taberna.

—Son depredadoras. Todas y cada una de ellas.

—Ya era hora de que el *bulan* supiera, finalmente, lo que se siente al ser acosado.

Nick hizo una mueca al escuchar esa palabra turca y recordar la larga historia que la acompañaba. Hacía años que nadie le llamaba *bulan*. Casi siempre estaba encantado de haber puesto fin a sus aventuras; se sentía aliviado de haber vuelto a Londres; a sus negocios y antigüedades. Pero había días en los que notaba como si le faltara algo. Y, desde luego, prefería ser cazador que presa.

—Las mujeres siempre andan rondándote —señaló Rock, devolviéndole al presente—. Ahora se fijan un poco más. No es que comprenda tal interés, eres un feo bast…

—Estás buscando pelea, ¿verdad?

La cara del turco se contrajo en una amplia sonrisa.

—Pelearte conmigo en una taberna de mala muerte no sería el comportamiento adecuado para tal ejemplo de excelencia y caballerosidad.

Nick miró a su amigo con los ojos entrecerrados.

—Me encantaría borrarte la sonrisa de la cara.

Rock se rio otra vez.

—Si piensas que podrías conseguirlo, es que todo este interés femenino te ha derretido el cerebro. —Se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en la mesa y haciendo más patentes sus músculos—. ¿Qué le ha ocurrido a tu sentido del humor? Te habrías divertido mucho si esto estuviera ocurriéndome a mí. O a tu hermano.

—Sin embargo, me está ocurriendo a mí. —Nick echó un vistazo al local y gimió por lo bajo cuando la puerta se abrió y entró un hombre alto de cabello oscuro. El recién llegado se detuvo en el umbral para mirar a su alrededor antes de detener su mirada azul en Nick. Arqueó con diversión una solitaria ceja y se abrió paso entre la gente en dirección a ellos. Nick se volvió acusadoramente hacia Rock.

—Estás pidiendo a gritos que te mande de vuelta a Turquía. Casi lo estás suplicando.

Rock miró por encima del hombro y sonrió ampliamente al ver la corpulenta figura que se acercaba a ellos.

—Habría sido muy feo por mi parte no invitarle a participar en la diversión.

—¡Qué suerte la mía! Lo confieso, nunca hubiera supuesto que me encontraría tan cerca de lord Pluscuamperfecto. —Una voz ronca y divertida se dirigió a ellos arrastrando las palabras. Nick levantó la vista para observar a su hermano gemelo, Gabriel St. John, marqués de Ralston. Rock se puso en pie y le dio una palmadita en la espalda, indicándole que se uniera a ellos. Una vez sentado, Ralston continuó—: Aunque jamás hubiera supuesto que estarías aquí —hizo una pausa—, escondido como un cobarde.

Nick arqueó las cejas al tiempo que Rock se reía.

—Acabo de señalar que si ese tonto apodo hubiera recaído sobre ti, Nick se habría divertido mucho a tu costa.

Gabriel se recostó en la silla y sonrió ampliamente.

—En efecto, así habría sido. No pareces muy satisfecho, hermano. ¿Te ocurre algo?

—Supongo que estás aquí para regodearte con mi desgracia —concluyó Nick—. Estoy seguro de que tienes cosas mejores que hacer. Todavía te mantiene entretenido tu esposa, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó Gabriel con una sonrisa—. Sin embargo, si he de ser sincero, ha sido ella quien me ha empujado a venir. El jueves ofrecerá una cena y, por supuesto, quiere que asistas. No desea que lord Nicholas se dedique a errar tristemente por las calles en busca de esposa.

—Justo lo que hubiera hecho si no tuviera esa invitación —se burló Rock.

Nick ignoró a su amigo.

—¿Callie también lee esa porquería? —Habría esperado que su cuñada estuviera por encima de esas cosas. Pero si había leído la revista no tenía escapatoria. Gabriel se inclinó hacia él.

—¿Esta semana? La ha leído todo el mundo. Has dotado al nombre de St. John de respetabilidad, Nick. Por fin. Bien hecho.

La camarera regresó en ese momento, y dejó otra ronda de jarras de cerveza sobre la mesa. Un brillo de sorpresa, seguido de otro de placer, inundó sus ojos cuando miró a Nick y luego a Gabriel. Luego repitió el proceso de nuevo. Los gemelos eran algo tan raro que los

desconocidos solían quedarse mirando fijamente a ambos hermanos cuando los St. John aparecían en público juntos. Pero en ese momento Nick no tenía paciencia para la curiosidad que solían suscitar y miró hacia otro lado mientras Gabriel pagaba a la chica.

—Por supuesto, todas esas mujeres que me pretendieron en su día deben de sentirse emocionadas al tener una segunda oportunidad, tengas título o no. Al menos compartimos un inmejorable aspecto físico. Aunque como hermano menor que eres lo luzcas menos.

La mirada azul de Nick se concentró en su hermano y en su amigo, que ahora se reían a carcajadas como si fueran idiotas. Alzó la cerveza y brindó por ambos.

—¡Podéis iros directamente al infierno!

Su hermano bebió un sorbo.

—Creo que podría ser mucho peor, ¿sabes? Ser considerado un buen partido no es algo malo, Nick. Puedo dar fe de que el matrimonio no es la prisión que en su día pensé que sería. De hecho, lo encuentro muy agradable.

Nick se reclinó en la silla.

—Callie te ha ablandado, Gabriel. ¿Ya no recuerdas lo que era tener cacareando a tu alrededor a las madres y sus empalagosas hijas?

—Ni remotamente.

—Eso es porque Callie fue la única dama dispuesta a aceptarte a pesar de tu trayectoria de decadencia y maldad —señaló Nick—. Mi reputación es bastante mejor que la tuya… por lo que me consideran mucho más valioso. ¡Que Dios me ayude!

—El matrimonio podría ser bueno para ti.

Nick miró ensimismado su cerveza durante tanto tiempo que sus acompañantes pensaron que no iba a responder.

—Creo que los tres sabemos que el matrimonio no es para mí.

Gabriel emitió un gruñido evasivo.

—Podría recordarte que eso mismo pensaba yo. No todas las mujeres son como esa fría zorra que casi te mató, Nick —afirmó su gemelo con firmeza.

—Ella solo fue una más de una larga lista —señaló Nick antes de tomar un sorbo de cerveza—. Gracias, pero he aprendido que con las mujeres es mejor tener encuentros lo más desapasionados

posible.

—Yo no presumiría de eso si fuera tú, St. John —intervino Rock, sonriendo ampliamente a Gabriel antes de continuar—. Tu problema no son las mujeres que te eligen, sino las que escoges por tu cuenta. Si no tuvieras debilidad por las que parecen desamparadas, quizá tendrías más suerte con el sexo débil.

Rock no había dicho nada que Nick no supiera. Desde su juventud había tenido inclinación por las mujeres necesitadas. Y mientras no se dio cuenta de que aquello resultaba un problema —que le produjo más desventuras que dichas—, no fue capaz de luchar contra esa debilidad. Así que ahora mantenía a las mujeres a distancia. Sus reglas eran claras: nada de amantes, nada de citas y, definitivamente, nada de esposas.

—Bien, sea como sea —aseguró Gabriel con ligereza, retomando la conversación—, voy a pasármelo en grande mientras tú capeas el temporal.

Nick hizo una pausa para beber un sorbo antes de reclinarse y apoyar las manos en la mesa.

—Me temo que voy a decepcionarte. No voy a capear ningún temporal.

—¿De veras? ¿Cómo esperas evitar a las mujeres de Londres? Son cazadoras experimentadas.

—No podrán cazar si su presa desaparece —anunció Nick.

—¿Te vas? —Gabriel no parecía contento con la noticia—. ¿Adónde?

Nick encogió los hombros.

—Está claro que me he quedado en Londres demasiado tiempo. Iré al continente. O quizá vuelva a Oriente, aunque me encantaría conocer América. ¿Rock? Llevas meses deseando viajar. ¿Adónde te gustaría ir?

Rock consideró las opciones.

—A Oriente no. No me gustaría repetir la última experiencia que vivimos allí. Más bien correría en sentido contrario.

—Sí, es comprensible —concedió Nick—. América, entonces.

Gabriel negó con la cabeza.

—Estarías fuera más de un año. ¿Acaso te has olvidado de que tenemos una hermana menor a la que proteger y acompañar en sociedad? Te aseguro que no vas a endilgarme la tarea únicamente

porque te da miedo haber obtenido la atención de un puñado de damas.

—¿Un puñado? —protestó Nick alzando la voz—. ¡Son un enjambre! —Permaneció en silencio, considerando sus opciones—. La verdad es que me da igual adónde ir con tal de que no haya mujeres.

Rock le miró, alarmado.

—¿Ninguna?

Nick se rio por primera vez en la noche.

—Bueno, evidentemente ninguna no. Pero ¿sería demasiado pedir que no hubieran leído esa ridícula revista?

Gabriel arqueó una ceja oscura.

—Probablemente sí.

—St. John.

Los tres caballeros se giraron al escuchar el apellido y se encontraron al duque de Leighton junto a la mesa. Alto y ancho de hombros, si Leighton no hubiera sido duque habría resultado un excelente vikingo dado el pelo rubio y aquella inexpresiva cara que rara vez sonreía. Nick reparó en que en ese momento el duque parecía más estoico, incluso, de lo habitual.

—¡Leighton! Únete a nosotros. —Nick se levantó para coger un taburete cercano y aproximarlo a la mesa—. Sálvame de estos dos tipos.

—Mucho me temo que no puedo quedarme —las palabras del duque fueron bruscas—. Estaba buscándote.

—Tú y toda la población femenina de Londres —se rio Gabriel. El duque le ignoró, pero acomodó su enorme cuerpo en el asiento y dejó los guantes en la mesa de madera. Se volvió hacia Nick, excluyendo a Rock y a Gabriel de la conversación.

—Tengo que pedirte algo. Nick indicó a la moza que les sirviera otra jarra más, ajeno al desasosiego de la mirada de su amigo.

—¿Implica matrimonio? —preguntó Gabriel con brusquedad. Leighton le miró, asombrado.

—No. —Entonces es posible que a mi hermano le interese tu petición. El duque tomó un enorme trago de cerveza antes de concentrarse en Nick—. No estoy tan seguro. En realidad no estoy aquí por St. John, sino por el *bulan*. Hubo un largo silencio mientras las palabras flotaban sobre la mesa. Rock y Gabriel se

pusieron rígidos, pero no dijeron nada, limitándose a observar a Nick. Este se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en la madera mellada y cruzó los dedos.

—Ya no soy el *bulan* —dijo en voz baja, sin apartar la mirada de Leighton.

—Lo sé. Y no te lo pediría si no fuera un asunto de vida o muerte.

—¿A quién debo buscar?

—A mi hermana. Ha desaparecido.

Nick se recostó en la silla.

—No busco fugitivos, Leighton. Deberías ponerte en contacto con Bow Street.

Leighton se inclinó con frustración.

—Por el amor de Dios, St. John, sabes que no puedo hacer eso. Mañana mismo aparecería en los periódicos. Necesito al *bulan*.

Nick se echó hacia atrás al escuchar la palabra. No quería volver a ser el cazador.

—Ya no me dedico a eso. Lo sabes.

—Te pagaré lo que me pidas.

Ralston se rio, arrancando un gruñido del duque.

—¿Qué te resulta tan divertido?

—La idea de que mi hermano aceptara cobrar. No creo que le captes para tu causa con esa oferta, Leighton.

El duque le miró con el ceño fruncido.

—No sé si sabes, Ralston, que nunca has sido mi gemelo favorito.

—Tranquilo, le ocurre a la mayoría de la gente —intervino Ralston—. Te aseguro que no me importa. Es más, confieso sentirme bastante sorprendido de que estés aquí, hablando con nosotros, dadas nuestras «patéticas existencias». ¿No es así como las denominabas?

—Gabriel, basta —le interrumpió Nick, impidiendo que sacara el pasado a colación. Leighton tuvo al menos la discreción de parecer avergonzado.

Durante largos años y a pesar de su linaje aristocrático, los gemelos St. John habían sido objeto del desdén de Leighton. El escándalo que cayó sobre Ralston House, cuando los hermanos eran todavía unos niños, a causa de la fuga de su madre los había

convertido en presa fácil de las familias más intransigentes de la sociedad. Leighton no dejó de recordarles durante su estancia en Eton las acciones que tan mala fama habían dado a su madre. Hasta que un día Leighton fue demasiado lejos y Nick le arrinconó contra la pared. Que el segundón de un marqués golpeara al heredero de un ducado no era algo que se pasara por alto en Eton; Nick habría sido expulsado si Gabriel y él no hubieran sido gemelos y su hermano no se hubiera hecho responsable de la pelea. El futuro marqués de Ralston fue enviado a casa un poco antes de tiempo, y Leighton y Nick pactaron una especie de tregua, algo muy inteligente por ambas partes. La tregua se convirtió en una frágil amistad que floreció una vez que abandonaron Eton y se fortaleció a lo largo de los años que Nick estuvo en el continente. Leighton ya había heredado entonces el ducado y la fortuna que le acompañaba y financió en algunas ocasiones las expediciones de Nick y Rock por el lejano Oriente. El duque había jugado un importante papel en el nacimiento del *bulan*. Pero Nick ya no era ese hombre.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nick… —Rock habló por primera vez desde que había llegado el duque, pero Nick alzó la mano, interrumpiéndole.

—Simple curiosidad.

—Se ha ido. Ha tomado algo de dinero y algunas cosas que considera insustituibles.

—¿Por qué se marchó?

Leighton negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Siempre hay una razón.

—Es posible, pero yo la desconozco.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas.

—¿Y vienes ahora?

—Mi hermana había planeado un viaje para ir a visitar a una prima en Bath. Pasaron diez días antes de que me diera cuenta de que me había mentido.

—¿Por su doncella?

—La amenacé hasta conseguir que confesara que Georgiana se dirigió al norte. No ha sabido nada más de ella. Mi hermana ha cubierto muy bien sus huellas.

Nick se recostó en la silla, ensimismado aunque pletórico de energía. Alguien había ayudado a la chica; todavía la ayudaban. De no ser así, se habría dado por vencida y habría regresado con su hermano. Hacía muchos años que no rastreaba a nadie y se había olvidado del placer que suponía una nueva búsqueda.

Pero esa ya no es tu vida.

El duque clavó los ojos en él.

—Es mi hermana, Nick. Sabes que no te lo pediría si tuviera otra salida.

Las palabras le golpearon el corazón. También él tenía una hermana y haría cualquier cosa por protegerla.

¡*Maldición*!

—¿Milord?

Nick se volvió hacia la dubitativa voz femenina y se encontró con dos jóvenes que le observaban con ansiedad.

—¿Sí? —respondió con cautela.

—Somos admiradoras.

Nick parpadeó.

—¿De qué?

—De usted.

—¿De mí?

—¡Por supuesto! —La segunda chica sonrió ampliamente y se acercó más para mirarle atentamente como si…

Nick juró por lo bajo.

—¿Podría firmarnos el ejemplar de la revista? Alzó una mano.

—No me importaría, señoritas, pero están dirigiéndose al hermano equivocado. —Señaló a Gabriel—. Él es lord Nicholas.

Rock bufó al tiempo que las dos chicas desviaban su atención hacia el marqués de Ralston, un doble de su presa impresionantemente bien parecido, y rieron para disimular la excitación. Gabriel se metió en el papel de inmediato, dirigiendo a las chicas una deslumbrante sonrisa.

—Estaré encantado de firmarles la revista. —Tomó la publicación y la pluma que le tendían mientras añadía—: debo confesar que esta es la primera vez que capto la atención de las damas a pesar de estar en compañía de mi hermano. Ralston siempre ha sido considerado el más apuesto de nosotros dos.

—¡No! —protestaron las chicas. Nick puso los ojos en blanco.

—En serio. Pregúntenle a cualquiera. Les dirá que el marqués es el más atractivo. Sin duda alguna, ya lo habrán escuchado. —Las contempló con una arrebatadora sonrisa—. Deben admitirlo, señoritas. No me afecta, ya estoy acostumbrado.

Gabriel sostuvo en alto la revista, mostrando la cubierta mientras se jactaba:

—En páginas interiores: ¡El lord Pluscuamperfecto al que dar caza! Sí… no hay duda. Esto será maravilloso para mi reputación. ¡Me alegra tanto que todo el mundo sepa que ando buscando esposa!

Las chicas suspiraron con deleite. Con una expresión de repugnancia, Nick miró a Leighton.

—¿Has dicho al norte?

—Sí.

—El norte es un lugar muy grande. Podría llevarte semanas encontrarla —le advirtió Rock.

Nick lanzó una mirada de soslayo a las dos jovencitas que observaban a Gabriel con ojos brillantes y luego se concentró en sus amigos.

—Estoy dispuesto a salir en su busca.

Capítulo 2

Townsend Park, Dunscroft, Yorkshire

Isabel valoró a la pálida y exhausta chica que estaba sentada ante ella en la estrecha cama. Apenas tenía edad suficiente para haber viajado durante cuatro días y llegar a una casa extraña a altas horas de la noche.

Con los ojos agrandados por el miedo, la joven se puso en pie, apretando una pequeña bolsa de viaje contra el pecho.

Isabel sonrió.

—Eres Georgiana. —La chica no se movió ni cambió de expresión—. Yo soy Isabel.

Una chispa de reconocimiento iluminó los ojos azules de Georgiana.

—¿*Lady* Isabel?

Ella se acercó, cálida y amistosa.

—La misma.

—Pensaba que…

La sonrisa de Isabel se hizo más amplia.

—Déjame imaginar. ¿Pensabas que era más vieja? ¿Marchita?

La chica elevó las comisuras de los labios. Era una buena señal.

—Quizá.

—En ese caso, tomaré tu sorpresa como un cumplido.

La joven dejó la bolsa en el suelo e hizo una reverencia.

Isabel la detuvo.

—Oh, cariño, no hagas eso. Harás que, realmente, me sienta vieja y marchita. Siéntate. —Acercó un pequeño taburete de madera y se acomodó frente a ella—. Aquí no nos andamos con ceremonias. Y si lo hiciéramos, sería para contigo. Después de todo, yo soy hija de un simple conde, y tú…

Georgiana negó con la cabeza con expresión triste.

—Ya no.

La chica había huido de casa. Muchas de las chicas que acababan en Townsend Park no decían de dónde venían.

—¿Cómo nos encontraste?

—Mi… Una amiga. Me dijo que usted aceptaba chicas. Que podría ayudarme. —Isabel asintió con la cabeza, alentándola—. Mi hermano. No podía decírselo… —Se le quebró la voz y no pudo seguir hablando.

Isabel se inclinó hacia delante para tomar la fría mano de la chica entre las suyas.

—No es necesario que me cuentes nada más. No hasta que estés preparada para hacerlo.

Algunas veces es mejor no hablar.

Georgiana alzó la mirada con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas.

—Mi amiga… Me dijo que usted se encargaría de nosotros.

Isabel asintió con la cabeza.

—Es cierto.

La joven dejó caer los hombros con alivio.

—Creo que ha sido un día muy duro para ti. Te sugiero que intentes dormir un poco. Ya hablaremos mañana en el desayuno.

Unos minutos después, Georgiana se deslizaba entre las sábanas limpias de la estrecha cama. Isabel imaginó que sería, con creces, la cama más humilde en la que hubiera dormido la hermana del duque de Leighton. La observó durante un rato y no salió de la estancia hasta que estuvo segura de que la muchacha estaba realmente dormida.

Se reunió con la colección de curiosas mujeres que la esperaba en el vestíbulo.

—¿Se ha dormido? —susurró Lara, prima y amiga íntima de Isabel.

Ella asintió con la cabeza, terminando de cerrar la puerta antes de volverse hacia su audiencia.

—¿Por qué no está el vestíbulo más iluminado?

—Porque no puedes permitirte pagar las velas.

Por supuesto.

—¿La hermana de un duque, Isabel? —susurró Jane

retóricamente.

—¿Acaso importa quién sea? —sostuvo Gwen, la cocinera—. Nos necesita, y acogemos a cualquier chica que nos necesite.

—No puede quedarse —anunció Kate con determinación, mirando a las demás.

—¿Podríamos continuar esta conversación en un lugar donde esa pobre chica no pueda oírnos? —susurró Isabel, indicando al grupo que se dirigiera hacia la escalera.

—¡No puede quedarse! —repitió Kate mientras caminaban.

—Sí, creo que ya has dejado clara tu opinión sobre el tema —aseveró Isabel, secamente.

—Correríamos un riesgo enorme, Isabel —afirmó Jane cuando ya estaban en lo alto de las escaleras. Como si a ella no se le hubiera ocurrido ya.

Como si el corazón no se le acelerara al pensarlo.

Claro que es peligroso.

Simplemente, no se abrían las puertas a la hermana de un duque —concretamente a uno de los más poderosos de Inglaterra— sin su conocimiento.

Esto podría destruir a James.

Su hermano tenía solo diez años, era el nuevo conde y ya tenía suficiente con conseguir que olvidaran la reputación de su padre. Si el duque de Leighton descubría que su hermana estaba allí, si descubría a las mujeres que se escondían bajo el amparo del conde de Reddich, James no sobreviviría al escándalo.

Las demás tenían razón. Debería rechazar a esa chica. Sería lo más prudente. La única manera de protegerse.

Miró a una mujer tras otra. Cada una de ellas había llegado a Townsend Park en circunstancias similares a las de la joven que dormía en la habitación del piso inferior. Podría haberlas rechazado, pero no lo hizo.

—¿Lara? —preguntó, ignorando las palabras de Jane.

Transcurrió un rato mientras Lara consideraba la cuestión.

—Conozco las reglas, Isabel. Sé lo que dijimos. Pero… ¿la hermana de un duque? Recaerán sobre nosotras todo tipo de sospechas. Y, ¿si viene alguien a buscarla? ¿Qué ocurre si nos descubren?

Isabel lanzó una mirada a la puerta de la estancia donde dormía

la chica.

—Creo que lo más importante de esta cuestión no es lo que puede ocurrir si alguien la encuentra. Ya sé que las hermanas de los duques no suelen desaparecer sin más. —Hizo una pausa y añadió —: pero esta va a experimentar muchos cambios.

Jane emitió un silbido por lo bajo.

—¿Te lo ha dicho ella? —preguntó Gwen.

—No ha sido necesario.

—Bueno —intervino Lara—, entonces es evidente que no podemos rechazarla.

—No es la hija de un comerciante —discrepó Kate—. Ni la esposa de un tabernero. Ni siquiera la heredera de un terrateniente. Es una aristócrata, por el amor de Dios. ¡Es casi como si fuera dos aristócratas en una! Deberíamos enviarla a casa con su aristocrática familia.

—Pertenecer a la nobleza no es siempre lo mejor, Kate. Lo sé mejor que nadie. —Isabel pensó en las profundas ojeras que tenía la chica, en las mejillas hundidas y en la fragilidad que mostraba, señales de lo mal que lo había pasado.

Esta chica se encuentra perdida y sola.

Para ella era suficiente.

—Jamás he rechazado a una chica. No pienso empezar ahora. Mientras lo necesite, tendrá aquí su sitio. Pero deberá mantenerse ocupada; James necesita una institutriz, y estoy segura de que ella lo hará muy bien.

Kate emitió un bufido.

—¿La has visto bien? Te apuesto lo que quieras a que no ha movido un dedo en su vida.

Isabel sonrió.

—Tampoco lo habías movido tú cuando llegaste aquí. Y no conozco a nadie que lleve mejor unos establos.

Kate apartó la mirada, pasándose la mano por el pelo.

—Es la hermana de un duque —susurró.

Isabel miró a las mujeres que se apretujaban a su alrededor: a Jane, que ejercía de mayordomo y llevaba la casa con una habilidad que para sí quisieran hombres que habían sido entrenados durante años; a Gwen, la cocinera, que podría trabajar en las mejores cocinas de Londres si ese fuera su deseo; a Kate, que trataba a los

caballos tan bien como cualquier *jockey* de Ascot. Cada una de ellas había llegado a Townsend Park en circunstancias similares a las de esa chica, cada una de ellas había tenido a su disposición una habitación y una oportunidad para el futuro.

Todas ellas la consideraban invencible, pensaban que podría enfrentarse a cualquier reto y salir victoriosa.

¡*Qué ilusas*!

Estaba tan asustada como ellas.

Inspiró profundamente y cuando habló procuró transmitir confianza, rezando para que las demás la creyeran.

—Esa chica necesita quedarse en Minerva House. Y Minerva House le abrirá sus puertas, enfrentándose al reto que supone.

Eso espero.

Isabel abrió los ojos y se enderezó rápidamente en la silla.

Su prima Lara estaba al otro lado del escritorio del conde.

—Buenos días.

Miró de reojo a las ventanas, donde un brillante cielo azul anunciaba que era casi media mañana. Volvió la vista hacia Lara.

—Me he quedado dormida.

—Sí. Ya lo veo. ¿Por qué no te has ido a la cama?

Isabel flexionó la cabeza hacia atrás, estirando los músculos del cuello y los hombros.

—Tenía demasiados asuntos pendientes. —Se pasó la mano por la mejilla y se quitó un trozo de papel que se le había quedado pegado durante la noche.

Lara puso una taza de té sobre el escritorio y se sentó frente a ella.

—¿Acaso son tan importantes como para que te prives del sueño? —Hizo una pausa y añadió, distraída—: tienes la cara manchada de tinta.

Isabel se pasó la palma por la mejilla y su mirada recayó en el papel que había sobre el escritorio. Repasó la lista que había redactado la noche anterior.

Una lista demasiado larga.

Le dio un vuelco el corazón.

Se apartó un mechón de cabellos castañorrojizos de la cara y se lo colocó detrás de la oreja. Una sensación de culpa la inundó al pensar en todo lo que tenía intención de hacer la noche anterior,

después de dormir unos minutos. Debería haber ideado un plan para poner a salvo a las chicas. Debería haber redactado una carta para el abogado de su padre preguntándole sobre los fondos destinados a la educación de James, aunque estaba segura de que no existían. Debería haber escrito a la oficina de bienes raíces de Dunscroft para comenzar a buscar una casa nueva. Debería haber comenzado a leer el libro sobre la reparación de tejados, antes de que aquel arreglo se convirtiera en una emergencia.

Sin embargo, no había hecho nada. Se había dormido.

—Necesitas un descanso.

—He descansado suficiente. —Isabel comenzó a organizar los papeles diseminados por el escritorio, advirtiendo un nuevo montón de sobres—. ¿De dónde ha salido todo esto? —Tomó uno al azar: una revista femenina a la que se había suscrito por correo para que la leyeran las chicas. El titular captó su atención antes de dejarla a un lado, «En páginas interiores: ¡El lord Pluscuamperfecto al que dar caza!».

—Han llegado en el correo de la mañana. Antes de que abras nada…

Isabel miró a Lara a la vez que tomaba el abrecartas.

—¿Sí?

—Debemos hablar sobre James.

—¿Ahora?

—Se ha saltado sus lecciones.

—No me sorprende. Hablaré con él. ¿Ha conocido ya a su nueva institutriz?

—No exactamente.

Las palabras fueron muy reveladoras.

—¿A qué te refieres, Lara?

—Bien… Kate le encontró espiándola en el baño.

Isabel se inclinó hacia delante.

—Supongo que no querrás decir que estaba espiando a Kate mientras se bañaba.

Lara se rio.

—¿Te lo imaginas? Kate le hubiera desollado.

—¡No podría desollarle, ahora es el conde! Aunque debería comportarse como tal. ¿Espió a la chica nueva mientras se bañaba? ¿Por qué demonios se le ocurrirá hacer ese tipo de cosas?

—Puede que sea conde, Isabel, pero también es un niño. ¿Acaso crees que no siente curiosidad?

—Ha crecido en una casa llena de mujeres. Imaginaba que no le interesarían en absoluto.

—Bueno, pues no es así. De hecho, pienso que no es extraño que James tenga ciertos intereses. Necesita poder hablar con alguien de esas cosas.

—¡Puede hablar conmigo!

Lara la miró con patente incredulidad.

—¡Isabel!

—¡Claro que puede!

—Eres una hermana maravillosa, pero no puede tratar esos temas contigo.

Hubo un silencio mientras ella consideraba aquella afirmación. Claro que no podría. Era un solitario niño de diez años que no contaba con ninguna ayuda masculina para entender el mundo; necesitaba a un hombre con el que pudiera hablar de cosas… de hombres.

Suspiró.

—Debo encontrar la manera de enviar a James al colegio. Pensaba escribirle una carta al abogado de mi padre para tratar ese tema. Aunque no creo que el Condinnoble haya previsto un fondo para ello. —Guardó silencio antes de continuar—. De todas maneras, quizá el nuevo albacea de la propiedad posea esos conocimientos que solo los de su género pueden impartir.

Habían esperado recibir noticias de Oliver, lord Densmore, el misterioso y esquivo albacea que su padre nombraba en el testamento y que no había dado señales de vida desde la muerte del conde. Había transcurrido solo una semana, pero cada día que pasaba sin saber nada de él, Isabel respiraba con un poco más de facilidad.

Sin embargo, el suyo era un espectro que se cernía amenazador sobre ellos, pues si había sido nombrado por el Condinnoble, lo más probable era que lord Densmore no fuera el tipo de protector que hubieran elegido.

—Hay algo más.

Siempre lo hay.

Isabel se estremeció ante ese pensamiento.

—¿Sobre James?

—No. Sobre ti. —Lara se inclinó hacia delante—. Sé por qué te has quedado dormida aquí en vez de ir a la cama. Sé que estás preocupada por nuestro futuro. Por el dinero. Por James. Por Minerva House. —Isabel comenzó a negar con la cabeza—. No me insultes diciéndome que no es así. Te conozco desde que éramos pequeñas, llevamos seis años viviendo juntas; sé que estás preocupada.

Isabel abrió la boca para hablar, pero luego la cerró. Lara tenía razón, por supuesto. Estaba preocupada. No podía olvidar las horribles estrecheces económicas que impedirían que James fuera al colegio, las que le privarían de llegar a aprender a ser conde, de poder restaurar el buen nombre de su título. La aterraba que el nuevo albacea apareciera, que se hiciera cargo de las finanzas. Eso le daba tanto miedo como pensar que quizá se viera obligada a cerrar Minerva House, dejando en la calle a las mujeres que tan duramente habían trabajado para mantenerla a salvo.

Mujeres que la necesitaban.

Tenían goteras, siete ovejas se habían extraviado esa misma semana a causa de un agujero en la cerca del límite occidental y ya no quedaba ni un cuarto de penique a su nombre. Como no encontrara una solución iba a tener que pedir a alguna de las chicas que se fuera.

—Imagino que el conde no dejó dinero —tanteó Lara con suavidad. Era la primera vez que alguno de los residentes del Park se atrevía a tocar ese tema.

Isabel negó con la cabeza, presa de una oleada de frustración.

—No dejó nada.

Nada que pudiera asegurar el futuro del conde de Reddich.

Su padre no se había molestado en asegurarse de que ellos quedaran bien atendidos ni de que su heredero estuviera a salvo. A Isabel le había llevado más de media hora convencer al abogado, que apareció por allí al día siguiente de recibir la noticia de la muerte de su padre, de que era capaz de comprender las finanzas de una propiedad para que la pusiera al tanto de la situación.

Como si fuera tan complicado entender la pobreza.

El Condinnoble se lo había jugado todo —la casa de la ciudad, los carruajes, el mobiliario, los caballos; incluso a su propia hija—.

No quedaba nada. Nada salvo lo que a James le correspondía por derecho.

Y que debería vender.

Notó una punzada de tristeza en el pecho.

Su hermano no había tenido padre ni madre, pero tampoco la educación de la que debería disfrutar un conde. Sin embargo, ella haría todo lo que estuviera en su mano para cambiar la situación.

El conde había muerto.

El heredero era un niño.

La propiedad se desmoronaba.

Estaban a su cargo dos docenas de bocas que alimentar, personas que debían seguir permaneciendo ocultas.

Jamás había tenido tanto miedo en su vida.

Ojalá no se hubiera dormido la noche anterior, podría haber ideado un plan para salvarlos.

Necesitaba tiempo.

Cerró los ojos y respiró hondo para tranquilizarse.

—No te preocupes, Lara —dijo con firmeza, negándose a mostrar sus pensamientos—, conseguiré que todo salga bien.

Lara la miró con ternura.

—Claro que lo harás. Ninguna de nosotras lo ha dudado siquiera un instante.

Claro que no lo habían hecho. Nadie dudaba nunca de su fuerza; ni siquiera cuando deberían hacerlo. Ni siquiera cuando se mantenía en pie gracias a su cabezonería.

Se levantó y se acercó a la ventana para contemplar las tierras Townsend, en un tiempo exuberantes y fértiles. Ahora, los campos estaban baldíos y echados a perder y el ganado había menguado hasta que solo les proporcionaba una mísera renta.

—¿Están preocupadas las chicas?

—No. No creo que se les haya pasado por la cabeza que podrían acabar de nuevo en la calle.

A Isabel se le aceleró el corazón ante esas palabras.

—¡No acabarán en la calle! No digas eso.

—Por supuesto que no —convino Lara.

Pero podría ser. Escuchó las palabras como si hubieran sido dichas en voz alta.

Se giró con rapidez, consiguiendo que las faldas formaran un

remolino alrededor de sus tobillos mientras alzaba un dedo, que meneó ante la nariz de Lara.

—Ya pensaré algo. Conseguiremos dinero. Nos mudaremos a otra casa. No es que esta sea tan maravillosa.

—La segunda Minerva House —dijo Lara.

—Precisamente.

—Una idea fantástica.

Isabel resopló ante el tono de su prima.

—No es necesario que me des la razón en todo, solo preciso un poco de apoyo.

—Eso hago —aseguró Lara—. ¿Tienes guardado dinero en algún sitio? Porque por lo que sé, las casas capaces de albergar a dos docenas de mujeres hay que pagarlas.

—Sí, bueno… Esa es la parte del plan que todavía no he solucionado. —Isabel cruzó la estancia hasta la puerta. Luego se volvió y caminó hacia la mesa. Se sentó con la vista clavada en los papeles esparcidos sobre aquel inmenso escritorio desde el que tres generaciones de condes de Reddich habían dirigido sus propiedades —. Solo hay una manera de obtener los fondos que nos mantendrán a flote —aseguró tras un largo silencio.

—¿Cuál?

Respiró hondo.

—Venderé la colección de estatuas. —Notó un rugido en los oídos cuando lo dijo, como si no escucharse equivaliera a no haberlo dicho.

—¡Isabel! —Lara agitó la cabeza.

Por favor, Lara, no me lleves la contraria en esto. No me quedan fuerzas.

—Es absurdo conservarla, nadie disfruta de ella.

—Tú lo haces.

—Es un lujo que no puedo permitirme.

—No. Es el único lujo que has tenido en tu vida.

Como si no lo supiera.

—¿Se te ocurre alguna solución mejor?

—Quizá —tanteó Lara—. Quizá deberías considerar… Quizá deberías pensar en el matrimonio.

—¿Estás sugiriendo que debería haber aceptado a alguno de esos zoquetes que me han ganado en el juego?

Lara agrandó los ojos.

—¡Oh, no! No me refiero a ellos. En realidad a nadie que conociera a tu padre. Estoy sugiriendo que pienses en otro hombre. Alguien… bueno. Y si dispone de una saneada cuenta corriente en el banco, tanto mejor.

Isabel clavó la vista en la revista que había visto antes.

—¿Estás sugiriendo que intente dar caza a un caballero, prima?

A Lara se le enrojecieron las mejillas.

—No puedes negar que encontrar un buen partido es lo mejor que podría ocurrirte.

Isabel negó con la cabeza. El matrimonio no era la respuesta. Estaba dispuesta a tragar un par de píldoras amargas para mantener a salvo la casa y a las mujeres que se alojaban en ella, pero no sacrificaría su libertad, su cordura o su cuerpo por ellas.

No le importaba si podía ser la solución o no.

Egoísta.

La palabra retumbó en su cabeza como si se la hubieran gritado unos segundos antes en vez de años atrás. Sabía que si cerraba los ojos vería a su madre con la cara retorcida de dolor, lanzándosela como una daga.

Deberías haber permitido que te casara con quien quisiera, egoísta. Él se habría quedado si lo hubieras hecho. Y tú te habrías ido.

Meneó la cabeza, ignorando la imagen, y se aclaró la garganta, repentinamente atascada.

—El matrimonio no es la respuesta, Lara. ¿Crees de verdad que alguien capaz de ayudarnos consideraría casarse con una mujer de veinticuatro años, hija del Condinnoble, que nunca ha pisado un salón de baile?

—¡Por supuesto que sí!

—No. No existe tal hombre. No poseo habilidades sociales, ni educación, ni dote. Solo tengo una casa llena de mujeres, a la mayoría de las cuales oculto ilegalmente. ¿Cómo pretendes que explique tal cosa a un posible pretendiente? —Lara abrió la boca para responder, pero Isabel se lo impidió al continuar hablando—. Yo te lo diré. Es imposible. Nadie en su sano juicio se casaría conmigo, nadie aceptaría las cargas que llevo. Y, francamente, lo agradezco. No, esa no es la solución, tendremos que pensar otra

cosa.

—Podría casarse contigo a pesar de saber la verdad, Isabel. Si se lo explicaras todo.

El silencio se hizo entre ellas e Isabel se permitió considerar por un instante cómo sería tener a alguien con quien compartir todos sus secretos. Alguien que la ayudara a proteger a las chicas, a educar a James… Alguien que aligerara la carga que pesaba sobre sus hombros.

Alejó aquel peligroso pensamiento de inmediato. Compartir la carga que suponía Minerva House suponía compartir sus secretos. Confiar en alguien.

—¿Debo recordarte las horribles criaturas que Minerva House nos ha revelado?

Maridos violentos, tíos y hermanos fanáticos, hombres tan perdidos en el fondo de una botella que no eran capaces de dar de comer a sus hijos… Por no olvidar a mi querido padre, al que no le importó apostar todas las propiedades que poseía, e incluso a su propia hija, dejando sin reputación y sin dinero a su heredero. —Negó con la cabeza—. Si he aprendido una cosa en la vida, Lara, es que la mayoría de los hombres no valen la pena. Y los que la valen, no buscan esposa en los campos de Yorkshire ni se fijan en una solterona como yo.

—No todos son malos —señaló Lara—. Debes admitir, Isabel, que las chicas que se alojan en Minerva House se han topado con la escoria de la humanidad. Quizá los hombres como ese —señaló la revista— sean diferentes.

—A pesar de que lo dudo, te otorgaré el beneficio de la duda. No obstante, debemos ser honestas con nosotras mismas: no soy el tipo de mujer capaz de dar caza a nadie. Mucho menos a un caballero sobre el que escriben un artículo en una revista femenina ensalzando sus excepcionales cualidades.

—Tonterías. Eres preciosa, inteligente e increíblemente competente. Y además, hermana de un conde. Todavía mejor, de un conde que aún no ha arrastrado su nombre por el lodo —aseguró Lara con énfasis—. Estoy segura de que este caballero tan elegible se enamoraría de ti al instante.

—Sí, bueno, además estoy a casi trescientos kilómetros de Londres. Imagino que lord Pluscuamperfecto ya está siendo

perseguido por una buena colección de afortunadas señoritas que no reciben su ejemplar a través de una suscripción por correo.

—Quizá no sea él el elegido —suspiró Lara—. Quizá solo sea una señal.

—¿Una señal?

Lara asintió con la cabeza.

—Piénsalo… —Se detuvo a comprobar el nombre de la revista —. *Perlas y Pellizas*. Tiene que ser una señal. ¿Por qué nos hemos suscrito a esta basura?

Lara agitó la mano con un gesto despectivo.

—A las chicas les gusta.

—Sí. Creo que es una señal para que consideres el matrimonio. Con un buen hombre. Uno que te entienda.

—Lara, el matrimonio solo causaría más problemas —aseguró con suavidad—. E incluso aunque no fuera así, ¿ves acaso una larga fila de hombres elegibles esperando a que baje al pueblo para saltar sobre mí?

Ella abrió la revista y leyó la descripción de lord Nicholas St. John, el primero de los solteros sobre el que había recaído el título de lord Pluscuamperfecto.

—Mira esto. Este hombre es hermano gemelo de uno de los aristócratas más ricos de Gran Bretaña; acaudalado por derecho propio, jinete excepcional, espadachín sin parangón y, por lo que parece, lo suficientemente atractivo como para que todas las damas de la sociedad tengan que llevar encima sales aromáticas. —Hizo una pausa y miró a Lara con picardía—. Una se pregunta cómo es posible que las señoritas de Londres no se desmayen a su paso cuando él y su hermano aparecen juntos en público.

Lara emitió una risita tonta.

—Quizá sean tan galantes como para mantenerse alejados uno del otro por el bien de la sociedad.

—Sí, sería lo mínimo que podría hacer «la quintaesencia de la virilidad».

—¿Quintaesencia de la virilidad?

Isabel comenzó a leer en voz alta.

—«Lord Nicholas es la quintaesencia de la virilidad. Bien parecido, encantador; tan misterioso que sus admiradoras no pueden dejar de pestañear a su paso. Y su s ojos, querida lectora,

¡son muy azules!». Por favor, repíteme por qué esta revista es tan sumamente edificante.

—Bueno, evidentemente no con este artículo en particular. ¿Qué más dice? —Lara estiró el cuello para seguir leyendo.

—«¡Este lord en particular, querida lectora, es mucho más! ¿Por qué?, se preguntará. Sus legendarios viajes, no solo por el Continente sino también por Oriente, han bronceado su piel y expandido su mente de manera que para él no valdrá ninguna tímida señorita. No, señoras, lord Nicholas querrá una compañera con la que poder conversar. ¡Además!».

—No puede poner «¡Además!». —Lara trató de alcanzar la revista con gesto de incredulidad.

—¡Pues lo pone! —Isabel la mantuvo fuera de su alcance—. «¡Además! ¿No hemos encontrado al mejor partido de Londres?».

—Bueno, supongo que si es un hombre tan increíble, será apropiado usar alguna que otra exclamación.

—Mmm. —Isabel siguió leyendo en silencio.

—¿Isabel? —Lara se inclinó para ver qué era lo que había captado la atención de su prima—. ¿Qué pasa?

Ante tan ferviente pregunta, Isabel alzó la cabeza.

—Lara, tienes razón.

—¿La tengo?

—¡Esta estúpida revista es una señal!

—¿Lo es? —Lara estaba confusa.

—Sí. ¡Lo es! —Isabel dejó de leer y tomó un papel en blanco en el que escribir una carta.

—Pero pensaba que…

—Yo también. No obstante, lo es.

—Pero… —Se interrumpió, desconcertada, antes de decir lo primero que le pasó por la mente—. Pero ¿qué ocurre con los trescientos kilómetros que nos separan de Londres?

Isabel permaneció en silencio durante un buen rato y ladeó la cabeza mientras consideraba la cuestión.

—Bueno, supongo que tendré que resultar muy convincente.

Capítulo 3

«Para dar caza a un lord, él debe percibir su presencia, pero apenas notarla. No le abrume con su charla al principio, pues no le gustará que le arranque de sus pensamientos. Aunque esto puede parecer difícil, no se apure, querida lectora, sus encantos serán más que suficientes como para poner un buen señuelo».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Nick había viajado mucho y estaba orgulloso de su habilidad para percibir el encanto incluso del menos interesante de los lugares. Había pasado años cruzando el continente; no Viena o Praga, París o Roma, sino los pueblos pequeños y menos conocidos de Europa. Más tarde, cuando estuvo en Oriente, encontró valiosas gemas en sucios bazares otomanos y aceptó el simple placer que podía hallar en diminutas comunidades en los lugares más remotos del país.

Cuando llevó a cabo aquellos largos periplos con Rock a través del Imperio otomano y por las profundas gargantas griegas, sin nada más que lo que eran capaces de cargar a la espalda; pasó semanas sin comida caliente, sin dormir en una cama y sin disfrutar de un solo lujo, pero ya entonces había descubierto su pasión por las antigüedades y no había estado en ningún lugar al que no pudiera encontrar un par de características redentoras.

Sin embargo, estaba a punto de perder la esperanza con el pequeño pueblo de Dunscroft. Quizá fuera demasiado pequeño para encontrar algo digno de mención.

Se encontraba con Rock en el patio de la única posada del lugar, esperando a que les llevaran los caballos. Hacía un buen rato que aguardaban, y la febril actividad de primera hora de la mañana había dado paso ya a una tranquila quietud. Nick cambió de posición mientras observaba que se abría la puerta de la carnicería

y salía un niño larguirucho con un montón de paquetes en los brazos. Se le cayó uno al polvoriento suelo. Cuando se inclinó para recuperarlo, el montón basculó de manera muy precaria.

Era lo más interesante que había ocurrido desde que llegaron a ese pequeño pueblo de Yorkshire hacía ya dos días.

—Una corona a que se le cae otro antes de llegar a la tienda d e ropa —apostó Nick.

—Que sea un soberano —acordó Rock.

El chico pasó ante la tienda, sin incidentes.

—¿Todavía no estás preparado para regresar a Londres? —preguntó el turco, guardándose las ganancias en el bolsillo.

—No.

—¿Estás dispuesto, al menos, a abandonar Yorkshire?

—No, a menos que tenga motivos para pensar que ella ya no está aquí.

Rock aspiró profundamente, balanceándose sobre los talones.

—Se me ocurre que eres tú quien tiene el compromiso de encontrar a esta chica —meditó tras una larga pausa—. No hay nada que me retenga en este lugar. Incluso Ankara era más divertida que este pueblo.

Nick arqueó una ceja oscura.

—¿Ankara? No estás exagerando un poco. ¿Recuerdas cuál fue nuestro último alojamiento en esas tierras?

—Esto es cosa tuya —masculló Rock—. Podríamos al menos desplazarnos a York. Esta posada es pésima, y estoy siendo generoso.

Nick sonrió.

—Para ser turco te estás convirtiendo en todo un dandi.

—¡Pero si se llama el Cerdo Golpeado!

—¿De verdad crees que en York encontraríamos un establecimiento a tu gusto?

—Creo que sí.

—Bueno, puede ser, pero nuestros últimos informes la sitúan aquí —aseguró Nick—. ¿Dónde está tu sentido de la aventura?

Rock resopló con irritación y miró hacia los establos.

—Perdido, como nuestros caballos. ¿Dónde piensas que los han metido? ¿En el baño? La única excusa plausible para tardar tanto tiempo en traer un caballo es la muerte.

—¿La muerte del animal?

—Me inclinaría más por la del tipo que fue a buscarlo —se burló Rock. Se dio la vuelta y se dirigió hacia los establos, dejándole solo con el pueblo de Dunscroft como único entretenimiento.

Estamos cerca.

Habían seguido el rastro de *lady* Georgiana a través de Inglaterra hasta llegar a Yorkshire, donde desaparecía de golpe. Habían cabalgado durante un día hacia el norte, preguntando a todos los que encontraron a su paso si habían visto a una joven sola. Finalmente llegaron a Dunscroft, un pueblo que parecía insignificante, donde un niño que trabajaba en la oficina de postas recordó haber visto bajar del carruaje a una señora que parecía un ángel. Aunque el crío no fue capaz de decirle hacia dónde se dirigió el ángel en cuestión, Nick sabía que no podía haber ido muy lejos. *Lady* Georgiana estaba en Dunscroft o muy cerca de allí.

Lo presentía.

Suspiró profundamente y contempló el pequeño lugar. Había una sola calle principal, donde se ubicaban una iglesia, una posada y algunas tiendas sencillas como único indicativo de civilización. Frente al patio de la posada estaba la plaza del pueblo, con un poco de césped y un solitario palo vertical, que seguramente sería utilizado el día primero de mayo en la que sería la noche más excitante de Dunscroft.

La solitaria mujer que cruzaba el lugar atrajo su atención.

La joven iba leyendo mientras caminaba, con la cabeza hundida en los papeles que llevaba. Lo primero que notó Nick fue su habilidad para mantener la línea recta a pesar de la evidente falta de consciencia por lo que ocurría a su alrededor.

Guardaba luto. Llevaba un sencillo vestido negro con un diseño bastante común aunque siguiera la moda imperante, algo de esperar considerando el evidente estatus social de la chica. La prenda indicaba que probablemente sería hija de unos terratenientes de la aristocracia local, aunque parecía tan poco consciente de sus movimientos que no creía que hubiera sido presentada en sociedad.

La observó fijamente, notando su altura. No creía haber conocido nunca a una mujer tan alta como ella. Sus zancadas, rápidas y decididas, eran justo lo contrario a los pequeños y melindrosos pasos que las damitas de la sociedad consideraban

graciosos. No pudo resistirse a clavar los ojos en sus faldas, que se ceñían a sus bien proporcionadas piernas a cada paso que daba. Al caminar, el bajo se levantaba un poco, revelando unas fuertes botas, elegidas por su funcionalidad y no para seguir la moda.

El sombrerito negro le ocultaba la cara y protegía sus ojos del sol. Entre el ala del sombrero y el material de lectura, Nick solo podía atisbar la punta de lo que esperaba fuera una nariz recta y muy insolente. Se preguntó de qué color tendría los ojos.

En ese instante la joven casi había llegado a la calzada tras haber cruzado el césped sin levantar la mirada ni una sola vez. La observó pasar una página sin perder el paso ni una palabra del escrito. Su ensimismamiento le resultaba tan fascinante que no pudo evitar preguntarse qué era lo que reclamaba su atención de tal manera. ¿Se concentraría de la misma manera en todo lo que emprendiera?

Nick se enderezó y comenzó a buscar a Rock con la mirada. Decidió que debía llevar demasiado tiempo sin una mujer si se ponía a elucubrar sobre una fémina sin rostro que se había interpuesto en su línea de visión.

Y de repente, se desató el infierno.

Un gran estruendo llegó de algún punto cercano, seguido por una combinación de gritos de hombres, relinchos de caballo y un traqueteo que Nick no pudo situar de inmediato. Se volvió hacia el sonido e, inicialmente, no vio nada, por lo que se dio cuenta de que el ruido llegaba de más allá de la curva en el camino. Al momento, registró la seriedad de la situación y se quedó horrorizado.

Al fondo de la calle principal apareció un tiro de enormes caballos que golpeaban la calzada con todo el poderío de sus cascos, moviéndose con una fuerza inusitada. Arrastraban consigo una carreta que había perdido dos de las ruedas y se escoraba hacia un lado. Con cada zancada perdía parte del cargamento de losas, y el sonido que producían al caer enervaba todavía más a los rocines, que galopaban con todas las fuerzas que les permitían sus músculos. El conductor había desaparecido junto con las ruedas y nadie controlaba el vehículo. Los animales, desbocados, no percibían nada de lo que se interponía en su camino.

Y la chica que tanto le había fascinado estaba a punto de hacerlo.

Ella permaneció ensimismada en la lectura a pesar de que él la llamó a voces.

Cuando la muchacha dio el desafortunado paso final sobre la calzada de la calle principal, supo que no iba a quedarle más remedio que salvarla.

¡Maldición!

Comenzó a correr, atravesando el patio de la posada. Una rápida ojeada confirmó que apenas llegaría a tiempo, suponiendo que no se cayera. Ojalá ella se diera cuenta de la situación.

Aunque no parecía que eso fuera a ocurrir.

Nick sintió la dura tierra vibrando con el estruendo de los cascos de los caballos bajo las suelas de sus botas mientras volaba hacia el otro lado de la calle, dirigiéndose hacia ella con tanta determinación como los enormes y amenazadores animales.

Vaya idiotez.

Ya fuera por la trápala que la rodeaba o un sexto sentido de autoconservación, la joven alzó la mirada.

Sus ojos son castaños.

Y los había abierto como platos.

Ella separó los labios y se detuvo de repente, paralizada por la sorpresa y la incertidumbre, y Nick esperó que no se moviera o los dos acabarían destrozados.

¿Acaso no había aprendido la lección en lo referente a salvar mujeres de un destino estipulado?

Al parecer, no.

De repente llegó junto a ella. La derribó con su cuerpo, mucho más grande, al tiempo que la rodeaba con fuerza entre sus brazos, dejándose llevar por el impulso de la colisión. Los papeles volaron.

Instintivamente, él giró en el aire, protegiéndola de un impacto que, sin duda, la dejaría sin respiración… y con las extremidades entrelazadas con las suyas.

Cuando aterrizaron, sintió una punzada de dolor en el brazo; apretó los dientes mientras rodaban por la hierba crecida. Justo en el momento en que se detuvieron, los caballos pasaron junto a ellos haciendo temblar la tierra y marcándola con sus cascos.

Se quedó inmóvil durante un buen rato, con el hombro izquierdo y la rodilla derecha palpitando de dolor con una preocupante familiaridad. Entonces fue consciente de su posición y de que

envolvía entre sus brazos un cálido y flexible cuerpo femenino.

Se curvaba sobre ella, protegiéndole de manera instintiva la cabeza y el cuello.

Nick alzó la cabeza lentamente y estudió el rostro que acunaba en su abrazo. Ella tenía los ojos cerrados y los labios apretados en una línea delgada y firme. Pudo sentir el acelerado ritmo de la respiración femenina contra el pecho. La joven había perdido el sombrerito en la caída y un espeso rizo castañorrojizo le cubría la mejilla.

Nick movió la mano, que tenía debajo de su cabeza y, sin pensar, le apartó el pelo.

Ella abrió los ojos ante el roce y lo miró, parpadeando.

Los iris no eran simplemente castaños. Presentaban una amplia gama de matices, desde cálidos tonos miel a magníficos caobas, pasando por todos los dorados, que resultaban intensificados por el brillo de las lágrimas, seguramente provocadas por el miedo, la confusión, la sorpresa y el alivio.

Había algo suave y tentador en esa mujer.

Entonces, ella comenzó a revolverse.

—¡Señor! ¡Deje de tocarme! —Ella recuperó la movilidad de las manos y comenzó a golpearle el pecho y los brazos—. ¡Ahora mismo! —Uno de los golpes aterrizó en el brazo herido y él dio un respingo cuando el dolor le subió como un relámpago hasta el hombro.

Estaba equivocado. No había nada suave en ella. Era una bruja.

—¡Basta ya! —La palabra detuvo la tunda.

La joven se puso rígida bajo su cuerpo. Él tomó consciencia al instante de su posición, de la presión del cuerpo femenino contra el suyo, de la sensación de sus pechos contra el torso cada vez que respiraba hondo. Sus muslos estaban entre los de ella, enredados entre las faldas y, de repente, el latido en la rodilla no fue tan insistente como el que sintió en otras partes totalmente diferentes.

No es posible.

Él se alzó lentamente, conteniendo el aliento cuando su hombro protestó por el peso. Siseó por lo bajo al tiempo que curvaba los labios.

—Espero que sus papeles sean lo suficientemente valiosos como para casi matarnos a ambos.

Ella agrandó los ojos al escuchar sus palabras.

—Sin duda alguna no puede echarme la culpa de la situación. ¡Fue usted quien me atacó!

La joven puso las palmas de las manos en su pecho y le empujó con todas sus fuerzas que, sorprendentemente, eran muchas. Sobre todo considerando la reciente experiencia.

Él arqueó una ceja al escucharla, pero se incorporó y se puso en pie. Se sacudió el abrigo al tiempo que tomaba nota de la manga arruinada y del roto a la altura del codo. Tras sujetar el puño de la camisa, tiró de la manga, arrancándola.

Entonces volvió a concentrar su atención en ella, que seguía en el suelo, ahora sentada con la espalda recta, los rizos castañorrojizos flotando en torno a su rostro, y los ojos clavados en la porción de la manga de la camisa que ondeaba con la brisa.

—Bien. Le aseguro que no había otra opción —señaló él, al tiempo que le tendía la mano para que no cupiera duda de a qué se refería.

Ella apartó la vista, como si no estuviera segura de nada.

—Cualquier otro hombre podría sentirse ofendido —aseguró Nick—. Haberle salvado la vida debería ser prueba suficiente de mi buena fe.

Ella parpadeó y, por un fugaz momento, Nick tuvo la seguridad de que vio brillar en su ojos un poco de ¿diversión, quizá? Tomó la mano que él le tendía, aceptando su ayuda para levantarse.

—No me ha salvado la vida. Estaba perfectamente hasta que usted… —Se interrumpió mientras probaba a cargar el peso en un pie tan sutilmente que él no lo hubiera notado si no estuviera tan fascinado con ella.

—Tranquila. —Le deslizó un brazo por la espalda—. Ha sufrido una caída. —La postura hizo que sus caras quedaran a pocos centímetros—. ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que la ayude a llegar a casa? —susurró bajito.

Cuando ella alzó la mirada, él vio un destello de consciencia en sus pupilas.

Esta mujer sabe lo que te hace sentir. Antes de que él pudiera considerar el pensamiento, ella se alejó de él con la cara ruborizada. Algo que parecía incompatible con la mancha que tenía en lo alto del pómulo.

—No será necesario. Me encuentro bien, señor. No requiero su ayuda. No es necesario que pierda más el tiempo.

Nick se quedó estupefacto.

—No supone ningún problema para mí. Me siento encantado de jugar a ser el caballero que auxilia a una necesitada damisela.

—Entiendo que pudiera pensar que me hallaba en problemas. —El tono de la joven indicaba que se había puesto a la defensiva—. Le aseguro, sin embargo, que era plenamente consciente de lo que ocurría a mi alrededor.

Él arqueó una ceja.

—¿De veras?

Ella asintió firmemente.

—De veras.

—¿Y cuándo pensaba apartarse de la trayectoria de los caballos que corrían desbocados hacia usted?

Ella abrió la boca para responder, pero la cerró de golpe. Retrocedió otro paso y comenzó a recoger los papeles caídos, ahora desperdigados por la hierba. Parecía avergonzada, y él se arrepintió al instante de sus palabras. La observó durante un momento antes de ponerse a ayudarla, a recuperar los documentos que se habían desplazado a más distancia. Estudió sin que ella le viera el contenido de los papeles que tanto la habían fascinado, y notó, sorprendido, que eran asientos contables. ¿Por qué una joven tan atractiva estaría enfrascada en asuntos monetarios?

Se acercó a ella, se inclinó en una profunda reverencia y le tendió los escritos.

Cuando ella los tomó, él le capturó la mano y le pasó el pulgar por los nudillos manchados de hierba al tiempo que se enderezaba.

—*Milady*, le pido disculpas. ¿Puedo presentarme? Soy lord Nicholas St. John.

Ella se quedó paralizada ante sus palabras y le miró tan fijamente que él sintió el deseo de recolocarse la corbata.

—¿Ha dicho St. John? —repitió ella, arrancando la mano de la suya.

Había un indicio de reconocimiento en sus palabras y Nick hizo una pausa, sin saber cómo reaccionar.

—Sí.

—¿Lord Nicholas St. John?

Ella le conocía.

¡Maldita revista!

—Sí —respondió de nuevo con un poco de temor.

Ella iba tras él, como todas las demás.

Claro que a ninguna otra se le había ocurrido arriesgar la vida.

Ni era tan hermosa.

Negó con la cabeza para desechar esos pensamientos; hermosa o no, aquella mujer era una víbora. Miró por encima del hombro buscando la manera más rápida de escapar.

—¿Lord Nicholas St. John, el experto en antigüedades?

Nicholas se quedó asombrado. La pregunta era realmente inesperada. Estaba preparado para que preguntaran si era «Nicholas St. John, hermano del marqués de Ralston», o «Nicholas St. John, lord Pluscuamperfecto», incluso «Nicholas St. John, el soltero más codiciado de Londres», pero ¿«Nicholas St. John, el experto en antigüedades»? Resultaba un acercamiento totalmente diferente al que esperaría de cualquier mujer.

Quizá había dado con la única mujer de las islas británicas que no leyera *Perlas y Pellizas*.

—El mismo.

Ella se rio; un sonido brillante y agradable. En ese momento, ella le resultó todavía más hermosa y Nick no pudo evitar responderle con una sonrisa.

—No me lo puedo creer. Está usted muy lejos de su casa, milord.

No demasiado lejos, siempre y cuando ella le sonriera.

Nick ignoró el pensamiento.

—Me parece injusto estar tan lejos y en clara desventaja ante usted. De muchas formas.

—Lo confieso, pensé que sería diferente. —Ella volvió a reírse—. Por supuesto, no había pensado demasiado en cómo sería físicamente. Y aquí está usted. ¡En Dunscroft! ¡Menuda suerte la mía!

Nick intentó aclararse la mente de la confusión en la que ella la había sumido.

—Me temo que no la entiendo.

—¡Por supuesto que no! ¡Pero lo hará! ¿Qué le ha traído por Dunscroft? —Nick abrió la boca, pero ella agitó la mano—. No importa. Da igual. ¡Lo único que importa es que esté aquí!

Nick arqueó las cejas.

—¿Perdón?

—Es una señal.

—¿Una señal?

—Sí. Usted es una señal. Aunque no de lo que Lara pensaba…

—No, claro. —La conversación que mantenían le hizo preguntarse si al caer no habría sufrido un golpe en la cabeza.

Ella negó con la cabeza.

—No. Es una señal de que debo vender la colección de estatuas.

—¿La colección de estatuas?

La joven ladeó la cabeza.

—Lord Nicholas, ¿se encuentra usted bien?

Él parpadeó.

—Sí. Creo que sí.

—Porque se está limitando a repetir mis palabras en vez de responder. —Nick se mantuvo en silencio—. ¿Está seguro de que es lord Nicholas St. John? ¿El experto en antigüedades?

Sí. Era una de las pocas cosas de las que estaba seguro ante aquella desconcertante mujer.

—Sí.

Ella le observó durante un buen rato.

—Bien, supongo que tendrá que serlo.

—¿Perdón?

—Disculpe, es que no se parece en nada al resto de estudiosos.

Ahora fue él quien se sintió ofendido.

—*Milady*, se lo aseguro, si necesita un experto en antigüedades, no encontrará otro mejor que yo.

—No es necesario que se ofenda —aseguró ella—. No es que tenga una larga lista de expertos en antigüedades entre los que elegir. —Sonrió ampliamente, y él notó como si le dieran, otra vez, un golpe en la cabeza.

¿Quién es esta mujer?

—Soy *lady* Isabel Townsend —se presentó ella, como si le hubiera leído el pensamiento—. Y debo agradecerle que me haya facilitado tanto las cosas.

Nick arqueó las cejas.

—¿Perdón?

Pero la desconcertante mujer no respondió. Se giró sobre sí

misma mirando hacia el suelo hasta que, con un grito de triunfo, cojeó unos pasos para recuperar un bolsito un tanto desvaído. La observó registrar el contenido hasta que, finalmente, sacó un pequeño cuadrado de papel, que le tendió.

Él miró el sobre con cierta indecisión.

—¿Qué es eso?

—Es para usted —respondió, como si tal cosa fuera perfectamente razonable.

—¿Para mí?

La joven asintió con la cabeza.

—Bueno, era para la Royal Society de Antigüedades. —Ella sonrió ante su confusión—. Pero puesto que está aquí, creo que le corresponde a usted abrirla.

No ocurría todos los días que Isabel se viera catapultada por el aire para escapar de un tiro de caballos desbocados. Pero si eso era lo que se necesitaba para llevar a Yorkshire a un miembro de la sociedad de antigüedades más importante de Londres, aceptaría con gusto las magulladuras recibidas en la caída.

Sí, la presencia de lord Nicholas St. John era, definitivamente, una señal.

Ese hombre era un experto en antigüedades, en Historia y, más importante todavía, en estatuas griegas. Y daba la casualidad de que ella acertaba a tener una vasta colección de estatuas griegas que era necesario valorar —y vender— lo más rápidamente posible.

Ignoró con decisión el dolor que la consumía cada vez que consideraba el plan.

Es la única solución posible. Necesitaba dinero. Con rapidez. Lord Nicholas no podía ser menos justo que el sumamente dudoso lord Densmore.

Si lo fuera, Isabel —y las demás mujeres del Park— se encontrarían en un serio problema.

No lo es, pensó, y respiró hondo.

No, él era la respuesta a sus plegarias.

De hecho, no sería más feliz si su padre le hubiera dejado diez mil libras.

Bueno, sí; diez mil libras la habrían hecho algo más feliz.

Pero la colección tenía su valor; el dinero suficiente como para alquilar otra casa y sacar a las chicas adelante. Con un poco de

suerte, tendría lista una segunda Minerva House en el plazo de una semana.

Aunque jamás pensó que diría tal cosa, esa revista había sido una bendición.

Observó a lord Nicholas mientras él leía la carta que había redactado esa mañana. No era de extrañar que le hubieran otorgado el título de lord Pluscuamperfecto. Era un espécimen de notable virilidad, empíricamente hablando, por supuesto. Era alto y ancho de hombros, y ella sabía de primera mano que la ropa escondía una buena musculatura que haría parecer enclenques a la mayoría de los hombres de Yorkshire y, probablemente, de toda Gran Bretaña.

Pero no solo era prodigioso su tamaño. También su rostro, afilado y bien parecido; sus labios, ahora apretados en una firme línea, resultaban amables y prestos para una sonrisa, y sus ojos poseían un precioso tono azul que suponía un enorme contraste con el pelo oscuro y la piel bronceada. Isabel no había visto nunca unos ojos tan azules, eran tan impresionantes que hacían que la cicatriz apenas se notara.

Aunque la cicatriz existía.

Era bastante larga y se extendía en diagonal a través del pómulo, desde el extremo de la ceja derecha hasta la mitad de la mejilla; una línea delgada y blanca, casi desdibujada por el tiempo. Isabel se estremeció al imaginar lo dolorosa que debía de haber resultado. Terminaba en la ceja, muy cerca del ojo. De aquel ojo tan brillante y azul. Lord Nicholas tenía suerte de no haberlo perdido.

Quizá debería considerar esa marca como una advertencia, una señal de que ese hombre era peligroso y no debía jugar con él. Y una parte de ella vio la cicatriz como una manifestación de la intensidad que había percibido en él antes de que la abordara en la calle, justo antes de que los hiciera caer a ambos para que no les alcanzaran los caballos. Pero esa idea no le dio miedo, sino que despertó en ella una desesperada curiosidad. ¿Dónde se la había hecho? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—*¿Lady* Isabel? —Se estremeció, abandonando sus meditaciones, al escuchar su nombre.

¿Cuánto tiempo llevaría él esperando a que le respondiera?

Deseando no sonrojarse, le sostuvo la mirada.

—¿Milord?

—¿Es usted hija del conde de Reddich?

—Hermana del actual conde.

Él la miró con simpatía.

—No sabía que su padre había muerto. Por favor, acepte mis condolencias.

Isabel entrecerró los ojos.

—¿Tenía usted trato con él?

Lord Nicholas negó con la cabeza.

—Mucho me temo que no nos movíamos en los mismos círculos.

Ella soltó el aliento que no sabía que retenía.

—No. Imagino que no.

Si él comprendió el significado de las crípticas palabras, no lo demostró. Alzó la carta que ella había escrito.

—¿Debo suponer que tiene una colección de estatuas antiguas?

—No hay otra mejor. —No pudo contener el orgullo que asomó a su voz. Él arqueó una ceja y ella se sonrojó—. Bueno, ninguna colección privada mejor.

Él sonrió ampliamente.

—Jamás he oído hablar de ella.

—Era de mi madre —señaló ella con rapidez, como si eso lo aclarase todo—. Se lo aseguro, merecerá que le dedique su tiempo.

Él asintió con la cabeza.

—*Milady*, acepto gustosamente su oferta para admirarla. Esta tarde tengo que resolver una cuestión pero ¿le vendría bien mañana?

¿Tan pronto?

—¿Mañana? —La palabra salió jadeante. No esperaba recibir la visita del tasador, como mínimo, hasta después de una semana, quizá más. Después de todo, ¿quién iba a imaginar que lord Nicholas St. John se paseara por Dunscroft? ¿Cuántas probabilidades había de que ocurriera tal cosa?

La propiedad no estaba en ese momento en condiciones de ser visitada por un hombre, mucho menos uno proveniente de Londres. Debía preparar a las chicas para su llegada; mostrar su mejor y más discreto comportamiento cuando él llegara. Ni siquiera sabía si le daría tiempo a prepararlas para el día siguiente.

—¿Mañana? —repitió ella.

¿Cómo podía hacer para posponer la visita?

—Eso intentaré. De hecho —añadió él, mirando hacia la posada —, mi hombre se dirige hacia aquí con nuestros caballos. Dependiendo del tiempo que empleemos en la cuestión que nos ocupa, quizá pudiéramos ir esta misma tarde.

Esta misma tarde.

—Su hombre… —Isabel miró por encima del hombro siguiendo su mirada y vio a un tipo enorme que llevaba un caballo gris y otro negro por las riendas. Agrandó los ojos ante el tamaño del hombre. Era por lo menos quince centímetros más alto que el herrero del pueblo y tenía la espalda todavía más ancha. No conocía a nadie tan grande. Era imponente.

Tengo que ir a casa. Tengo que avisar a las chicas.

Volviéndose hacia St. John, intentó posponer lo inevitable.

—Milord… tengo la seguridad de que tiene cosas mucho más importantes que hacer esta tarde que venir a valorar mi colección. Estoy segura de que tenía planes anteriores a…

—A que casi nos matáramos, sí —terminó por ella—. Pero bueno, el azar así lo quiere, no tenemos nada mejor que hacer. Probablemente habríamos pasado la tarde buscando algún tipo de entretenimiento, pero dado que usted me ha proporcionado el suficiente, debo compensarla echándole un vistazo a su colección. —Él se interrumpió como si hubiera leído algo en sus ojos—. No le dará miedo Rock, ¿verdad? Es un gatito.

¿Un gigante que se llama Rock?

¡Oh, desde luego!

—Claro que no —replicó ella con demasiada rapidez—. Tengo la certeza de que el señor Rock es todo un caballero.

—Excelente. Entonces está decidido.

—¿Qué está decidido?

—Iremos a Townsend Park esta tarde… Mañana como muy tarde.

Francamente, me preocupa no acompañarla a casa. Me gustaría tener la certeza de que llega sana y salva, alguien tiene que protegerla de los caballos desbocados si vuelve a distraerse.

Isabel se sonrojó de nuevo al darse cuenta de que estaba bromeando con ella.

—Exagera, señor. No me hubiera pasado nada.

Él adoptó una expresión seria.

—No, *lady* Isabel, eso no es cierto. Habría muerto.

—Tonterías.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Ya veo que usted es del tipo difícil.

—¡No lo soy! —Ella consideró sus palabras—. Al menos no soy tan difícil como otras damas.

—Aprecio su honradez, sin embargo, la mayoría de las mujeres ya me habrían dado las gracias por haberles salvado la vida.

—Yo… —Isabel se interrumpió, sin saber cómo responder. *¿Estaba él bromeando con ella*?

—No, no —dijo St. John, interrumpiendo la retahíla de absurdas palabras que estuviera a punto de decir—. No diga nada por ahora. Solo parecería que la he forzado a mostrar su gratitud.

Sí, definitivamente, estaba bromeando con ella.

Él se inclinó más cerca.

—Puede agradecérmelo en otra ocasión.

A Isabel no le gustó nada que aquella voz ronca le hiciera sentir mariposas en el estómago.

Antes de que ella pudiera responderle, él se giró hacia su amigo y tomó las riendas del caballo bayo.

—*Lady* Isabel —dijo, volviéndose hacia ella—, ¿puedo presentarle a mi amigo y compañero Durukhan?

El hombre resultaba todavía más inmenso de cerca; era tan alto como el garañón negro que sujetaba de las riendas. Isabel le tendió la mano y él ejecutó una reverencia perfecta.

—Señor Durukhan —dijo ella—, es un placer conocerle.

Él se enderezó con evidente curiosidad.

—El placer es todo mío.

Tras mirar los ojos oscuros del hombre, ella se sintió obligada a explicarse.

—Lord Nicholas… er… ha sido lo suficientemente gentil como para apartarme de… —agitó una mano señalando la accidentada carreta— la trayectoria de unos caballos.

—¿De veras? —A Isabel le resultó imposible descifrar la mirada que intercambiaron los dos hombres.

St. John cambió de tema con rapidez.

—*Lady* Isabel nos ha invitado a visitar su colección de antigüedades, Rock.

—Ah —repuso Rock, mirándola—. ¿Iremos ahora?

A Isabel se le desbocó el corazón al imaginar que esos dos hombres podían llegar sin avisar a Minerva House.

—¡No! —exclamó ella, con más énfasis del que quería.

Ellos se miraron entre sí antes de mirarla. Isabel emitió una risita tonta.

—Aún tengo que hacer algunos recados en el pueblo. Y me esperan varias tareas más en casa. Hay que preparar la colección. Después de todo, no esperaba que viniera por aquí. Fue una señal, ¿recuerda?

Cállate, Isabel. Estás comenzando a parecer idiota.

Él le brindó una pequeña sonrisa que le hizo notar un desagradable pinchazo en el estómago.

—Y usted no estaba preparada para esa señal.

—¡Precisamente! —Se quedó callada—. De todas maneras, estoy segura de que me entiende.

St. John asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Tiene mucho que hacer.

—En efecto. —Ella ignoró el divertido brillo en sus ojos y se tocó la cabeza con nerviosismo buscando el sombrerito.

Había salido volando varios metros durante la colisión. Se dirigió hacia allí a grandes zancadas —tan grandes como se podían dar con un tobillo dolorido—, y lo recuperó antes de volverse hacia los dos individuos que la seguían con la mirada.

Si no estuviera tan inquieta, le habrían hecho gracia sus miradas de perplejidad.

En lugar de eso, se acercó a esos hombres imponentes.

—Así que ya ve, lord Nicholas, no puedo mostrarle ahora las antigüedades, pero mañana será bien recibido. ¿Mejor por la tarde? ¿Después de las tres?

Él asintió con la cabeza.

—Mañana, pues.

—Mañana por la tarde —repitió ella.

—De acuerdo.

—Excelente. Estaré esperándole. —Con una sonrisa, que estaba segura resultó falsa, y una ansiosa inclinación de cabeza, Isabel se volvió, alejándose lo más rápido que pudo.

Transcurrieron unos segundos antes de que Rock se volviera

hacia Nick, que la seguía con la mirada.

—No vamos a esperar a mañana, ¿verdad?

Nick negó con la cabeza.

—No.

—Oculta algo.

Nick asintió bruscamente con la cabeza.

—Y no demasiado bien. —La observó, notando una leve cojera en sus pasos mientras ella atravesaba la calle con rapidez para entrar en un edificio cercano.

—Hace años que no veo tal cosa.

Nick no dejó de mirarla.

—¿Que no ves qué?

—La cara del *bulan*.

Pasaron unos instantes antes de que Nick se girara hacia Rock.

—Cien libras a que la hemos encontrado.

Rock meneó la cabeza.

—No acepto la apuesta.

Capítulo 4

Varias horas más tarde, Nick y Rock se encontraban en el ancho camino que conducía a Townsend Park. La casa solariega del conde de Reddich era grande y majestuosa; tres pisos de altos techos, ventanas ojivales y una fachada que hablaba de un pasado mucho más glorioso de lo que indicaba la actual condición del conde.

Había una cierta quietud en el lugar, que Nick encontró intrigante; puede que fuera producto de la atmósfera tranquila que se solía disfrutar en una casa de campo que apenas recibía visitas o que no tuviera nada que ver con la placidez campestre. Él encontraba lo último mucho más interesante. Si la dueña de Townsend Park era una indicación, apostaría lo que fuera a que se trataba de la última opción. Si sus sospechas eran fundadas, estaba a punto de encontrar a la joven a la que estaba buscando.

Suponiendo, claro está, que le permitieran entrar en algún momento.

Rock y él llevaban varios minutos al pie de los escalones que conducían a la puerta principal, esperando que un mayordomo o un lacayo se hicieran eco de su llegada.

Llegados a ese punto, no parecía muy probable que apareciera nadie.

—Eres consciente de que parecemos tontos —comentó Rock secamente, llevando su caballo al borde del camino para poder apoyarse en los anchos escalones de piedra. El negro animal pareció sentir la desaprobación de su amo y pateó el suelo con un relincho impaciente.

—No podemos parecer tontos si nadie nos ve. Está claro que ella no quería que viniéramos hoy. Lo más probable es que sus sirvientes ni siquiera estén al corriente de nuestra llegada.

Rock clavó los ojos en Nick con franqueza.

—Observo que tu inclinación por salvar mujeres que no son capaces de arreglárselas solas se mantiene intacta.

Nick ignoró sus palabras, le lanzó las riendas y empezó a subir las escaleras de dos en dos. Rock siguió sus movimientos, vencido por la curiosidad.

—¿Qué vas a hacer?

Nick se situó delante de la gruesa puerta de roble con una sardónica sonrisa.

—Pues tengo intención de hacer lo que cualquier buen caballero haría en esta situación: llamar a la puerta.

Rock cruzó los brazos sobre el pecho.

—Esto no me lo pierdo. Será entretenido.

Nick alzó la enorme aldaba metálica y la dejó caer con un ominoso sonido al tiempo que trataba de recordar la última vez que había llamado así a una casa.

Antes de que pudiera replicar a Rock, se abrió la puerta. Por un breve momento, Nick pensó que lo había hecho sola hasta que bajó la vista y vio unos familiares ojos castaños en la cara de un niño. Un chico que llevaba la cara cubierta de algo que se parecía mucho a mermelada de fresa.

Nick no estaba seguro de cómo proceder en esas circunstancias, pero antes de que pudiera decir nada, el niño se hizo cargo del asunto… y cerró la puerta con la misma rapidez con que la había abierto.

—¡Hay un hombre en la puerta!

El chillido fue lo suficientemente fuerte como para atravesar la gruesa hoja de roble, y Nick, sorprendido, se dio la vuelta para mirar a Rock y confirmar que aquello estaba pasando en realidad.

Su amigo se estremecía con una risa profunda y retumbante.

—Veo que no vas a ser de mucha ayuda.

En cuanto pudo contener las carcajadas, Rock alzó una mano mostrándole su apoyo.

—Tranquilo, una vez que hayas abierto una brecha en las defensas del castillo, te seguiré.

Nick se volvió hacia la puerta y, tras esperar un buen rato, apoyó la oreja contra la madera, intentando escuchar lo que ocurría detrás. Rock volvió a estallar en carcajadas al verle y él le indicó que se callara, casi seguro de que podía escuchar un frenético

susurro en el interior de la casa. Dio un paso atrás, estiró la mano hacia la aldaba… Pero antes de que pudiera usarla le interrumpieron.

—¿Milord?

Se volvió hacia la voz y se topó justo en la esquina de la casa con otro chico larguirucho, vestido con pantalones de lana, camisa blanca y un sucio chaleco verde. El muchacho llevaba la cabeza cubierta con una gorra; Nick llegó a preguntarse por un instante por qué el criado no se había descubierto, pero en seguida se dio cuenta de que en aquel lugar nada ocurría como debía.

—Nos ha invitado *lady* Isabel.

El chico comenzó a subir los escalones, pero se detuvo.

—¿No iban a venir mañana?

—Hemos venido ahora —le respondió, ignorando aquel insolente comportamiento.

¿Alguna vez le había puesto en entredicho un sirviente de esa manera?

—No la encontrarán en el interior.

—¿No está en casa?

El chico se balanceó sobre los talones, midiendo las palabras.

—Está en casa… pero no dentro.

Nick comenzó a sentirse furioso. No estaba interesado en juegos de críos.

—¿Está *lady* Isabel en casa sí o no?

El criado sonrió, una amplia y ancha sonrisa que no parecía apropiada para un miembro del servicio.

—No está dentro. Está fuera. En realidad está arriba. —El chico señaló al tejado—. Está ahí.

—¿Está en el tejado? —Sin duda alguna, había entendido mal.

—Exactamente —confirmó el chico—. ¿La llamo?

La pregunta era tan insólita que a Nick le llevó un rato descifrar su significado. Sin embargo no le ocurrió lo mismo a Rock.

—Sí, por favor —respondió el turco—. Te agradeceríamos que la llamaras.

El muchacho caminó hasta el borde opuesto del camino, ahuecó las manos alrededor de la boca y se puso a gritar.

—¡*Lady* Isabel! ¡Tiene visita!

Nick bajó también los escalones y, con Rock a su lado, avanzó

con los caballos a remolque. Alzó la mirada hacia arriba sin saber muy bien lo que iba a encontrar, renuente a aceptar la posibilidad de que la joven a la que había salvado esa mañana tuviera una razón para estar encaramada al tejado de una casa de tres plantas. Muy arriba, una cabeza asomó por el borde del alero.

Parecía que sí; *lady* Isabel estaba en el tejado.

¡Santo Dios! Esa mujer estaba buscándose la muerte.

La cabeza desapareció durante un momento, y Nick se preguntó si estaría sufriendo alucinaciones. Cuando reapareció, se convenció de que lo que estaba ocurriendo aquella tarde no era un desvarío de su imaginación.

—Se supone que debía venir mañana. —Las palabras flotaron en el aire—. Hoy no recibo visitas.

Rock lanzó una risotada.

—Parece que nos hemos topado con una mujer que no te considera tan irresistible.

Nick le miró airadamente.

—Así no me ayudas. —Dio la espalda a su amigo y se dirigió a ella—. Pues es una suerte que haya venido hoy, *lady* Isabel, parece que va a necesitar que vuelva a salvarla.

La sonrisa que ella le ofreció fue angelical y muy fingida.

—He sobrevivido veinticuatro años sin guardián, milord. No le necesitaré hoy.

Él sintió el intenso deseo de bajar del tejado a aquella indignante mujer y mostrarle exactamente lo mucho que necesitaba un guardián. El pensamiento apenas se había formado en su mente antes de que le asaltara una imagen de aquella suave y hermosa joven entre sus brazos, completamente a su merced. Por un fugaz momento, dejó que la fantasía siguiera su curso natural: ella, exuberante y desnuda, sometiéndose a sus caprichos. Apartó la imagen. Esa bruja no se sometería jamás a sus caprichos.

—Considerando que ha estado a punto de ser atropellada esta mañana y que ahora podría perder el equilibrio en el tejado, perdone que no comparta su certeza.

—Lord Nicholas, antes de su llegada ni siquiera me había acercado al borde. Si me caigo, será por su culpa. Se lo aseguro. —La vio ladear pensativamente la cabeza.

Ella desapareció otra vez, y el chico se rio entre dientes. Nick

lanzó al muchacho una mirada de desdén señorial, que no intimidó en absoluto al insolente cachorro.

Rock se rio otra vez antes de lanzar al chico las riendas de ambos caballos.

—Puedes llevártelos. Creo que vamos a quedarnos un buen rato.

El mozo no se movió, demasiado fascinado por la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Nick miró a su amigo con el ceño fruncido.

—Esta mujer es capaz de acabar con la paciencia de un santo. ¿Crees que se ha olvidado de que fue ella misma la que me invitó a esta condenada casa?

Ella volvió a asomar la cabeza desde el alero otra vez.

—Milord, debería recordar que los sonidos van hacia arriba. Vigile su lenguaje, por favor.

—Mis disculpas —le ofreció con una exagerada reverencia—. No estoy acostumbrado a departir con damas encaramadas a un tejado. Las reglas de etiqueta no indican cómo conducirse en esta situación.

Ella le miró con los ojos entrecerrados.

—Incluso desde aquí arriba, percibo cuándo está tomándome el pelo.

Él la ignoró.

—¿Sería tan amable de decirnos por qué está en el tejado?

—Estoy aprendiendo —repuso ella, como si aquella fuera una respuesta perfectamente normal.

—¿Aprendiendo cuál es la mejor manera de matarse?

—¿Cuántas veces tengo que decirle que esta mañana no corría peligro? —alzó la voz, indignada.

—Le pido disculpas de nuevo. ¿Qué está aprendiendo?

—Los fundamentos para reparar el tejado. Es algo realmente fascinante. —Sonrió otra vez, y ahora fue de verdad. Él contuvo el aliento. ¿Se acostumbraría en algún momento a aquellas sonrisas?

¿Reparar el tejado?

—Perdón, ¿ha dicho que va a reparar el tejado?

—Bueno, lo que está claro es que no se reparará solo, milord.

Preciosa o no, está loca. Era la única explicación.

Miró a Rock, que le sonreía como un bufón.

—Tiene razón, Nick.

Y su locura es muy contagiosa.

—*Lady* Isabel, debo insistir en que baje. —Ella le observó durante un buen rato, como si estuviera evaluando las posibilidades que tenía de conseguir que se fuera de su casa mientras permanecía en el tejado—. Me gustaría ver su colección, así podré decirle qué valor tiene. ¿Puedo pensar que encontrará mi oferta lo suficientemente generosa como para bajar de ahí?

Ella miró a Rock, luego al mozo de cuadra, antes de suspirar ruidosamente.

—Muy bien. Bajaré.

Nick no pudo contener la oleada de triunfo que le recorrió al escuchar sus palabras. Había restaurado la normalidad en aquel pequeño rincón de Gran Bretaña.

Al menos hasta que ella se pusiera a urdir su siguiente y alocado plan.

—¡Lara!

Isabel, que llevaba pantalones para no manchar la ropa, se deslizó a través del diminuto tragaluz del ático del edificio. Lanzó el libro a un lado y se apartó un mechón de pelo que se le había caído sobre la cara antes de dirigirse a las estrechas escaleras que comunicaban la parte superior de la casa con las instalaciones de los sirvientes. Jane, que había estado en el tejado con ella, la seguía de cerca.

—Jane, deberías…

—Todo estará listo, ve a arreglarte —la interrumpió su peculiar mayordomo mientras recorrían el largo y oscuro pasillo que conducía a la escalera central y a la parte noble de la casa.

Isabel asintió con la cabeza, sin detenerse, mientras Jane se alejaba hacia las escaleras; Lara se unió a ellas, jadeando por la rápida subida, justo cuando ella abría de golpe la puerta de su dormitorio. Entró con rapidez y se dirigió al armario para tomar un vestido.

—¡Le dije a ese hombre irritante que no viniera hasta mañana! —dijo desde dentro del mueble, dando por hecho que Lara la había seguido.

—Parece que no te entendió bien.

—¡No! ¡No lo hizo! ¿Has visto qué cara? ¡Qué se piensa! ¡Como si yo no tuviera otra cosa que hacer más que ponerme a bordar esperando su llegada!

Isabel sostuvo ante sí un vestido amarillo que siempre le había sentado muy bien. Aunque tampoco era su intención que lord Nicholas admirara su figura con ese atavío.

De eso nada.

—No le he visto —repuso Lara—. Isabel, estás de luto.

Soltó un exabrupto y se volvió otra vez hacia el armario.

—¡Debería bajar vestida como estoy! —gritó—. ¡Así le pondría en su lugar! A él y a su maldita y sensible caballerosidad. —Tiró con fuerza de un anodino vestido gris y se giró hacia Lara—. Por supuesto, no pienso hacerlo porque, como insistes en recordarme, estoy de luto.

Lara curvó los labios.

—Tienes razón, claro está. Si bajaras las escaleras en pantalones, saltándote todas las normas de etiqueta, causarías gran alarma en lord Nicholas.

Isabel levantó un dedo sucio ante su prima.

—No tienes gracia.

—Aún así, mi gracia es mayor que tu limpieza. —Se enderezó y se acercó a echar agua en la jofaina—. Creo que deberías deshacerte de él, encontraremos otra manera de conseguir dinero.

—No. Que haya aparecido es un augurio. Ese hombre es una señal. Venderé las estatuas, él es la respuesta.

Isabel lanzó el vestido sobre la cama y se acercó para lavarse.

Lord Nicholas St. John era su única esperanza, y ¡Santo Dios!, ella estaba en el tejado cuando llegó. Las damas no se suben a ellos.

Y, desde luego, los caballeros educados no frecuentan las casas de las damas que se suben a los tejados.

No importaba que la cubierta en cuestión pidiera a gritos una reparación.

Ni que la dama no tuviera otra alternativa.

—Será un milagro si él no ha descubierto ya todos nuestros secretos. Kate estaba fuera, hablando con él. Tengo la certeza de que él y su gigante ya han descubierto que ella es… —Se calló, agitando una mano en el aire antes de salpicarse la cara con agua.

—Tonterías. Si algo he aprendido en los años que llevo aquí, es que la gente ve lo que espera ver. —Lara observó cómo Isabel se lavaba la suciedad—. Lo único importante es que lord Nicholas te considere una dama… Algo que ahora mismo podría resultar un

poco difícil.

Isabel se detuvo en sus abluciones.

—¿Cómo puedo convencerle para que se quede?

—Bueno, es posible que te encuentre fascinante.

Isabel miró a su prima con el agua chorreando por la cara.

—No, lo que es posible es que me encuentre estúpida.

—Sí, esa es otra posibilidad.

—¡Lara! Se supone que debes hacerme sentir mejor. —Isabel estiró el brazo para coger una toalla; cuando estaba secándose la cara, alzó la cabeza y miró con horror a su prima—. Las chicas. Sus libreas.

—Jane se ocupará de todo. —Lara tomó el vestido gris de la cama y se lo pasó a Isabel por la cabeza—. No tienes tiempo para eso.

Isabel se giró para que su prima le abrochara el vestido mientras ella se inclinaba y se quitaba los pantalones por debajo de las faldas. Tiró la prenda sobre la cama y atravesó la estancia hasta el tocador, arrastrando a Lara consigo.

Una vez allí, Isabel se soltó el largo pelo y lo desenredó, cepillándolo bruscamente, tratando de domar los rizos.

Cuando Lara terminó con el vestido, arrancó el cepillo de su mano y comenzó a peinarla.

—Necesitas una doncella.

—Eso no es cierto. Podría ponerme el vestido yo sola perfectamente, aunque no lo haría tan rápido.

—Por eso necesitas una doncella —dijo Lara—. Tienes la casa llena de chicas a tu disposición, Isabel, ¿por qué no instruyes a una como doncella?

Isabel negó con la cabeza al tiempo que observaba a Lara en el espejo.

—Nada muy elaborado… No tenemos tiempo. —Después de un rato, respondió a la pregunta—. No podría hacer eso. Ya ayudan en los cuidados de la casa. Cocinan, comparten la tarea de cuidar a James… Se sienten parte de esto, somos esa especie de gran familia que no habían tenido antes de llegar a Minerva House. Si una de ellas se convirtiera en mi doncella personal… No, no creo que fuera correcto.

—Eso es una absoluta ridiculez. Eres hija de un conde. Nadie te

echaría en cara que tuvieras un par de sirvientes, Isabel.

—Tengo sirvientes, lo único que no tengo es doncella. Y no la necesito. ¿Cuándo fue la última vez que tuve que arreglarme para un apuesto caballero?

—¿Es apuesto?

Sí. Mucho.

—No, no lo es. Es un hombre que parece no poseer la lucidez suficiente como para retener fechas e invitaciones. ¡No debería haber venido hasta mañana! —Isabel observó cómo su prima le ponía una horquilla para asegurar el peinado—. Es suficiente, no puedo retrasarme más. —Se levantó, miró a Lara y se alisó las faldas—. ¿Cómo estoy?

—Muy seria. Todo lo contrario a la mujer que hace unos minutos estaba arreglando el tejado.

Isabel respiró hondo.

—Excelente.

—Sabes que no tienes que hacerlo, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

Lara emitió un leve suspiro.

—No tienes que vender la colección. Encontraremos otra manera.

Isabel apartó la mirada durante un momento mientras aspiraba profundamente.

—No la necesitamos. No sirve para nada.

—Puede que no sirva para nada, Isabel, pero es tuya.

Como si necesitara que se lo recordaran.

Isabel forzó una sonrisa, negándose la licencia de permitirse pensar sobre su decisión.

—Es nuestra última esperanza. La esperanza de conservar Minerva House. La venderé.

Enderezó los hombros y salió por la puerta, cruzando el pasillo hasta donde James, Jane y Gwen la esperaban.

—¡Isabel! —gritó su hermano, abalanzándose sobre ella—. ¡Había un hombre en la puerta!

Isabel no pudo evitar la sonrisa que le curvó los labios al ver la sorpresa en la cara del niño.

—Sí, ya lo he visto.

—Es muy alto. —El comentario hizo que le doliera el corazón.

Por supuesto que James había notado algo tan extraño como que hubieran llegado hombres en Minerva House. En sus apenas diez años había coincidido en muy pocas ocasiones con visitas masculinas y atesoraba la información que le proporcionaban.

James necesita una figura masculina en su vida.

Isabel ignoró el pensamiento.

—Es un hombre muy alto, sí —convino, acariciando el sedoso cabello rubio de su hermano—. No es muy común ver hombres tan altos. También su amigo lo es.

—¿Son dos? —James abrió la boca, sorprendido. Igual que Gwen, la cocinera—. ¿Qué hacen aquí?

—Yo los invité —respondió Isabel, dirigiéndose hacia las escaleras.

—¿Por qué? —La pregunta de James reflejó la curiosidad de todos los presentes.

Ella se volvió hacia él.

—Bueno, uno de ellos es muy listo. Sabe mucho de antigüedades. He pensado que podría ayudarnos.

—Ya entiendo —afirmó James en un tono que indicaba que no entendía nada—. Así que no ha venido para llevarte con él.

—¡Por Dios, no! —Ella miró hacia las escaleras. Lord Nicholas podía esperar un minuto más—. Nadie va a llevarme a ningún sitio.

—¿No necesitas que te acompañe?

Isabel tuvo que contener una sonrisa ante la seriedad de su tono.

—No. De verdad, estoy a salvo.

—¿Y las demás?

Isabel parpadeó al notar la preocupación de su hermano.

—Nadie necesita ser rescatada, cariño. Hoy no.

—Pero estamos encantadas de que nos protejas —dijo Gwen con una sonrisa—. Eres un guardián excelente.

—En efecto —convino Jane con suavidad—. Tenemos mucha suerte de que esté con nosotras, milord.

James hinchó pecho e Isabel casi se rio al ver tal muestra de orgullo infantil.

Casi. Pero el imponente lord que la aguardaba en la salita hizo que el momento no fuera perfecto.

—Ahora, debo ir y convencer a ese hombre de que, a pesar de lo que pudiera parecer cuando llegó, esto no es la torre de Babel.

—Un plan excelente —sonrió Lara.

—Sí, eso pensaba. —Isabel se dirigió hacia las escaleras pero se detuvo de repente y se volvió hacia el grupo—. ¿Dónde está Georgiana? —se interesó por la última residente en Minerva House.

—En la biblioteca. No saldrá de allí. —Jane, por supuesto, había pensado en todo.

Isabel asintió con la cabeza.

—Perfecto. Iré a recibir a nuestra visita.

—¿Alguien le ha invitado a entrar? Me refiero a después de que James le cerrara la puerta en las narices —preguntó Gwen.

Isabel palideció.

—¡Oh, no! —Miró a todos los presentes con la boca abierta—. ¡Oh, no!

Salió disparada escaleras abajo, ignorando el sordo dolor en el tobillo.

¡Santo Dios! Iba a estar furioso.

Si todavía seguía allí.

Tenía que estar. Era su única esperanza.

—Me ha confesado que es muy apuesto —susurró Lara cuando todas comenzaron a bajar atropelladamente las escaleras.

—No lo he hecho.

—¿Lo ha hecho o no lo ha hecho? —preguntó Jane.

—Cuando he dicho «apuesto», me refería al género masculino en el más amplio sentido de la palabra.

—Bien puntualizado, considerando las legiones de hombres apuestos que vienen a diario por aquí, en mitad de la nada —repuso Jane secamente.

Lara se rio. Isabel contuvo la tentación de empujarlas para que bajaran rodando el siguiente tramo de escaleras.

—Es una lástima que cualquier esperanza de llevar a cabo la lección número uno haya desaparecido —se quejó Gwen con tristeza.

Isabel se volvió hacia ella cuando pisó el suelo de la planta baja.

—¿Qué quieres decir?

Gwen negó con la cabeza.

—En realidad, nada. En el último número de Perlas y Pellizas había ciertas sugerencias sobre qué hacer en esta situación.

Jane bufó, incrédula.

—Basta. —Isabel alzó la mano—. No tengo tiempo para esto, Gwen.

—Pero…

—No. Debo reparar de alguna manera el daño que he hecho y conseguir que lord Nicholas eche un vistazo a la colección.

Isabel se volvió hacia la puerta, y Regina, una de los lacayos, agarró el picaporte.

Isabel respiró hondo.

—¿Sigue todavía ahí? —indagó, azorada—. Venga, abre. —De repente…—. ¡Espera! —Se volvió hacia Gwen—. Pensándolo bien, necesito tanta ayuda como sea posible. ¿Qué decía esa ridícula lección?

—Lección número uno: «No trate de hacerse notar en el primer encuentro» —recitó de memoria.

Isabel se quedó callada, considerando el consejo y el primer encuentro con lord Nicholas. Y el segundo…

—Estupendo. Sin duda lo he seguido al pie de la letra.

Cuando la puerta comenzó a abrirse, las ahuyentó con un gesto.

—Ocultaos.

Capítulo 5

La última vez que Nick se vio obligado a esperar por una mujer, acabó con sus huesos en una prisión turca. Dudaba que estuviera a punto de experimentar un destino similar en Yorkshire; no obstante, prefería no verse obligado a seguir aguardando.

Fuera.

Por culpa de una loca.

No importa lo atractiva que sea.

El mozo había desaparecido con los caballos y él se encontraba con Rock ante el umbral de la casa, donde llevaba más tiempo del que era aceptable. Claro que tampoco era que tuviera ninguna expectativa de que en Townsend Park se siguieran las convenciones sociales. Al parecer, mientras el conde provocaba todos los escándalos imaginables en Londres, su familia pasaba el tiempo en el campo.

Posiblemente al cuidado de los lobos.

Por fin, dejaron a un lado los modales y se sentaron en los anchos escalones, esperando que alguien les abriera la puerta.

Y cuanto más furioso estaba él, más parecía divertirse Rock.

—Retiro todo lo que he dicho hasta ahora de Yorkshire —afirmó el turco, apoyando el codo en la balaustrada de piedra mientras giraba una brizna de hierba entre los dedos—. Este asunto ha dado un giro muy favorable, ¿no crees?

—¿Ahora te gustaría vivir aquí? ¿En un lugar tan extraño?

Rock se rio ante su tono hosco.

—Por desgracia, Yorkshire parece haber acabado con tu sentido del humor.

—Sí, bien; estar sentado a la intemperie esperando por una mujer que posee una imaginaria colección de antigüedades fantásticas no ayuda. No sé si no será mejor marcharnos.

—Cinco libras a que es auténtica.

Nick lanzó a su amigo una fría mirada azul.

—Que sean diez.

—Diez libras a que nos quedamos a catalogarla.

Justo en ese preciso instante se abrió la puerta, revelando a una *lady* Isabel suavemente ruborizada embutida en un vestido de muselina gris. El pelo había vuelto a su lugar y era el vivo retrato de la feminidad y la tranquilidad absolutas.

Nick la contempló, apreciando su larga y flexible figura. *Lady* Isabel era alta, ágil, fantástica.

Ya no parecía importante haberse pasado la mitad del día en aquellas miserables escaleras.

Se levantó, al igual que Rock.

—Caballeros —empezó ella con una acogedora sonrisa mientras un joven lacayo con librea abría las puertas de par en par—, por favor, disculpen que les haya hecho esperar.

Mostraba un tono y una conducta tan sumamente equilibrados que nadie podría sospechar que acababa de mantener una conversación desde el tejado.

Ella se apartó a un lado para permitirles la entrada.

Una vez dentro, Nick percibió la tranquilidad del entorno; el vestíbulo estaba débilmente iluminado, la casa se encontraba ya sumida en las sombras de última hora de la tarde.

No había señales del niño que les había abierto antes la puerta. Había sido reemplazado por una mujer que permanecía al pie de una enorme escalera de mármol, también vestida de luto. Nick se detuvo para mirarla. Era rubia y esbelta; mostraba una sonrisa serena y la mirada baja… Justo al contrario que *lady* Isabel.

¿Sería posible que fuera otra hermana Townsend?

Advirtiendo la atención de Nick, Isabel dio un paso adelante.

—Lara, ¿puedo presentarte a lord Nicholas St. John y al señor Durukhan? Lord Nicholas, señor Durukhan, mi prima, la señorita Lara Caldwell.

—Señorita Caldwell —Nick se inclinó ante ella antes de que Rock se acercara.

Lara agrandó los ojos ante el tamaño del turco, que le ofreció una sonrisa acogedora al tiempo que le tendía la mano.

—Señorita Caldwell es un placer conocerla. —El otomano no

apartó los ojos de la cara de Lara mientras Nick se volvía hacia Isabel.

—¿Dónde está el niño?

—¿Milord?

—El niño. El que me abrió la puerta antes.

—Supongo que se refiere a James, mi hermano. El conde. Imagino que debería comenzar a llamarle lord Reddich. —Nick notó que ella se ruborizaba—. Está con su… institutriz. Les pido disculpas de nuevo por nuestro poco ortodoxo comportamiento. Lo cierto es que no solemos recibir invitados, así que en las raras ocasiones en que los tenemos, James se muestra muy…

Rock se volvió ante aquella nerviosa explicación y le miró a los ojos. Estaba claro que a aquella mujer le incomodaba tenerles en casa.

—… y varios de los sirvientes tienen la tarde libre. —Se apresuró a terminar ella.

—Tiempo que usted aprovecha para aprender los fundamentos de las reparaciones de tejados.

—Precisamente. —Ella sonrió con timidez y él se sintió prendado otra vez por el cambio que experimentaba su rostro. Era muy hermosa.

Cuando él le respondió con otra sonrisa, la de ella desapareció como una exhalación, tan rápidamente como había aparecido.

—¿Quiere ver la colección, milord? No me gustaría retenerle demasiado tiempo, en particular cuando debe de estar deseando abandonar Yorkshire en cuanto sea posible.

Sus palabras fueron toda una declaración de intenciones a la que Nick no tenía deseos de responder.

—No se preocupe. De hecho, Rock acaba de señalarme ahora mismo lo cautivadora que le resulta la zona… así que no nos importará pasar un tiempo por aquí. No tenemos prisa.

—Oh —repuso ella. Él notó la decepción en su voz.

Quiere que nos vayamos.

¿Por qué?

Cada vez se sentía más intrigado.

Por el rabillo del ojo, Nick notó que se abría ligeramente una puerta cercana flanqueada por dos lacayos con librea; uno alto y delgado y otro bajo y regordete.

Miró por la rendija y vio el que, sin duda, era un rostro infantil que le miraba con los ojos muy abiertos. Se trataba del niño que le había abierto la puerta.

No pudo evitarlo. Guiñó el ojo al chico y fue recompensado con un entrecortado jadeo que resonó en el espacio antes de desaparecer. Con un leve grit o de afrenta, el muchacho cerró bruscamente la puerta.

Isabel no se inmutó al sentir el portazo, sino que giró sobre sus talones para dirigirse hacia las escaleras.

—Por favor, sígame. Me encantará enseñarle las estatuas.

Subieron en silencio las anchas escaleras de mármol. Nick percibió la tranquila dignidad de aquel lugar, que no se había sometido a una redecoración desde hacía más de una década. Había pocas velas encendidas; los pasillos, en sombras, no estaban flanqueados por sirvientes, y casi todas las puertas permanecían cerradas, indicando que esas habitaciones rara vez se usaban.

—*Lady* Isabel, ¿por qué estaba reparando el tejado? —preguntó mientras ella los guiaba por un corredor largo y estrecho.

La joven iba un poco más adelantada y giró la cabeza levemente al oír la pregunta.

—Por las goteras —explicó tras una larga pausa.

Aquella mujer acabaría con la paciencia de un santo.

Esperó a que se explicara.

—Imagino que esa es la razón más habitual para arreglar un tejado —apuntó al ver que ella no decía nada más.

Ignoró el sonido que emitió Rock, a medias entre una risa y un jadeo.

Cuando llegaron a un extremo de la casa, Nick percibió el familiar y no desagradable olor a rancio que siempre había asociado con los mejores descubrimientos. Ella abrió una puerta cerca del final del pasillo y les indicó que entraran. Le sorprendió la cantidad de luz solar que se filtraba a través de la puerta.

Isabel dio un paso atrás, permitiéndole acceder a la estancia, un espacio simétrico de alto techo y una pared con infinidad de ventanas acristaladas por las que se podían ver las vastas tierras de la heredad. El sol del atardecer iluminaba aquel enorme y espacioso lugar, repleto con docenas de estatuas que, de distintos tamaños y formas, estaban cubiertas por sábanas polvorientas.

La excitación le atravesó al darse cuenta del contenido de la estancia. Las manos le hormigueaban por las ganas de retirar los sudarios, de contemplarlos tesoros que escondían. Se detuvo a unos metros y se volvió hacia Isabel.

—No exageraba.

Ella esbozó una pequeña sonrisa y, cuando habló, el orgullo fue palpable en sus palabras.

—Hay otra habitación, idéntica a esta, al otro lado del pasillo. Sin duda, también querrá verla.

Nick no pudo contener la sorpresa.

—Quizá la señorita Caldwell podría abrir esa estancia para Rock mientras usted me explica algo más sobre estas preciosidades.

Tras un momento de vacilación, Isabel asintió con la cabeza y miró a su prima, que abandonó la estancia, dejando la puerta abierta. Ella destapó una estatua cercana mientras él la miraba, siguiendo sus movimientos mientras retiraba la tela para revelar una alta figura desnuda.

Nick se acercó al mármol y lo examinó mientras deslizaba la mano por el frío brazo.

—Es impresionante —dijo con tono de reverencia.

Ella ladeó la cabeza como si estuviera evaluando la figura.

—Lo es, ¿verdad?

Las respetuosas palabras hicieron que se estremeciera. La miró, percibiendo la manera en que ella estudiaba la estatua; era algo parecido al deseo.

—Más importante todavía, es real.

Ella alzó la vista con rapidez.

—¿Lo dudaba?

—No todos los días se tropieza uno accidentalmente con una mujer que asegura tener una colección de estatuas como esta. —Alzó el borde de una tela cercana—. ¿Puedo? —Cuando ella asintió con la cabeza, tiró con fuerza de la sábana, revelando otra figura. En esta ocasión de un guerrero con una lanza en la mano, presto para una cacería. Nick meneó la cabeza lentamente—. No, no es frecuente tropezarse siquiera una vez en la vida con una mujer que posee realmente tal colección.

Ella sonrió mientras descubría un querubín.

—Me alegro de que nuestro encuentro le haya impresionado

tanto.

Él se mantuvo en silencio para revelar otra figura, que captó su mirada de inmediato.

—*Lady* Isabel, incluso aunque no existiera la colección, creo que me resultaría difícil olvidar nuestro primer encuentro.

Su sonrojo le hizo sentir una oleada de placer.

—Supongo que debería admitir la derrota, milord. Lo cierto es que me salvó la vida, le debo gratitud eterna.

Él pasó la mano por un busto de Dionisio perfectamente trabajado, dibujando con los dedos las intrincadas líneas de las hojas de parra que rodeaban la cabeza de la estatua.

—Permitirme acceder a semejante colección es una manera excelente de pagar esa deuda. —La miró otra vez—. Es una lástima mantenerla oculta.

Ella hizo una pausa, pero cuando habló su voz contenía una tensión que a él no le gustó.

—Pronto pondré remedio a eso, gracias a usted —recordó Isabel con una amarga sonrisa—. Una vez que las catalogue, estas figuras serán vendidas.

Él agrandó los ojos.

—No puede venderlas.

Ella se ocupó en descubrir otra pieza particularmente grande y en excelentes condiciones.

—Claro que puedo, milord. Como usted ha dicho, de poco vale tenerlas aquí, acumulando polvo. Debo venderlas.

—Estas estatuas significan para usted más de lo que valen. —Era evidente su orgullo, su pasión, por aquella colección. Ella se encogió de hombros. Cuando se volvió hacia él, Nick notó que tenía los ojos llenos de lágrimas. Vio que respiraba profundamente.

—Se lo aseguro, lord Nicholas, no las vendería si… —Él sintió que aquel silencio ocultaba un mundo de pesar—… si creyera que están bien aquí. —Pasó la yema de un dedo por el pie de la figura cercana—. ¿Cuánto tiempo cree que le llevará?

Si él hubiera pensado que la tarea que ella le pedía le llevaría menos de una semana, hubiera mentido para darle más tiempo para… reconsiderar su decisión, pero no era necesario mentir.

—Algunas piezas serán más fáciles de catalogar que otras —dijo suavemente, mirando a su alrededor—. Dos semanas mínimo. Quizá

más.

—¡Dos semanas! —Sus ojos se llenaron de desesperación.

—Observo que preferiría librarse antes de mí.

Ella le miró alarmada, pero pareció relajarse al verle sonreír.

—No se trata de eso, sino del tiempo. Esperaba venderlas en menos de dos semanas.

—Imposible. Incluso al mejor anticuario le resultaría increíble tal proeza.

—Lo lamento, milord. Pensaba que usted era el mejor.

Aquellas atrevidas palabras le sobresaltaron, y él sonrió ampliamente.

Resultaron ser toda una sorpresa, y se solazó en aquella broma, más inesperada por proceder de una mujer que parecía cargar con el peso del mundo sobre sus hombros.

Podía ver, sin embargo, que en *lady* Isabel había mucho más de lo que parecía.

—Y tardará más de un mes en obtener un precio razonable por ellas.

—No dispongo de un mes.

—Es probable que sean incluso seis semanas.

—Definitivamente, no tengo seis semanas. —Isabel sonó afligida.

La situación era cada vez más intrigante.

La colección por sí misma habría sido suficiente para convencerle, pero ahora, al observar la preocupación que hacía brillar sus ojos, supo que no serían solo las estatuas lo que le retendría en Yorkshire.

Quería conocer todos sus secretos.

Y ella le había proporcionado la manera perfecta para descubrirlos.

Ahora se encontraban muy cerca el uno del otro y él dio a propósito otro paso hacia ella, atrapándola contra la figura. Isabel agrandó los ojos y él descubrió que le encantaba sorprenderla.

—Dos semanas —le aseguró en voz baja—. Y cuando termine, la ayudaré a venderlas.

—Gracias. —Su alivio fue casi palpable—. Lamento no tener manera de compensarle el favor.

—Estoy seguro de que se nos ocurrirá alguna manera de saldar mis servicios. Las roncas palabras tenían la intención de ser una

broma, pero ella se puso en guardia de inmediato.

—¿Sí?

Alguien le ha hecho daño.

Aquel pensamiento le enfureció, sus músculos se agarrotaron mientras se preguntaba quién habría sido. Y de qué manera.

Él se giró, intentando hablar en tono juguetón.

—¿Puedo proponerle un juego?

—¿Un juego?

—Por cada estatua que catalogue, usted me contará algo sobre Townsend Park y su vida aquí.

Hubo un silencio mientras *lady* Isabel consideraba su oferta. Un silencio que se alargó tanto que él llegó a pensar que ella no iba a responder. La escuchó suspirar profundamente y la miró, buscando sus ojos. Admiró sus profundidades color caoba antes de percibir la incertidumbre. ¡Había allí tantos secretos ocultos que él quería descubrir! Aquello era lo que quedaba del bulan: no era capaz de pasar por alto un misterio.

¿Qué sería necesario para que le contara esos secretos? ¿Para que bajara la guardia?

Una nítida imagen inundó rápidamente su mente: Isabel con la cabeza echada hacia atrás, perdida en la pasión, desnuda e indefensa; su cuerpo, esbelto y ágil, tendido sobre la cama, esperándole. La fuerza de la visión le hizo retroceder y colocarse a una distancia más segura.

Señaló un busto cercano.

—Esta figura es Medusa.

Ella soltó una risa.

—Claro que lo es. Incluso yo puedo identificarla. No pretenderá que comparta mis secretos con usted a cambio de esto.

—No he dicho que tengan que ser secretos —bromeó él—. Pero si lo que quiere es más información: el busto representa a Medusa, está tallado en mármol negro, probablemente procedente de Livadeia. Más importante aún, se trata de Medusa después de que fuera decapitada por Perseo pero antes de que su cabeza apareciera representada en el centro del escudo de Atenea.

—¿Cómo sabe tal cosa?

Él le indicó que se acercara más. Entonces le mostró una pequeña señal donde la cabeza de un áspid desaparecía bajo la cola

de otro.

—Observe esto con atención. ¿Qué ve?

Ella se acercó más, observando con atención aquel oscuro rincón.

—¡Una pluma!

—No es solo una pluma. Es una pluma de las alas de Pegaso, que acabó aquí pegada por culpa de la sangre derramada por la espada de Perseo.

Ella clavó los ojos en él con tanta admiración que Nick se dejó envolver por una sensación de orgullo.

—He estudiado estas figuras infinidad de veces y jamás había percibido esto. ¡Es usted el mejor!

Él se inclinó en una exagerada reverencia.

—Como hemos pactado, *milady*, me debe una prenda.

Isabel se mordisqueó el labio inferior.

—Bien. Le hablaré de la colección.

—Una excelente idea.

Ella se mantuvo un buen rato en silencio, y Nick pensó que cambiaría de idea.

Cuando finalmente comenzó a hablar, las palabras llegaron desde muy lejos, pues se había puesto a pasear entre las figuras, perdida en sus pensamientos.

—Mi padre las ganó en una partida de cartas a un contrabandista francés.

Años de costumbre le impidieron preguntar, y ella colmó el silencio con más pensamientos.

—Ocurrió al principio de la guerra. Siempre fue un jugador empedernido. Lo apostaba todo: dinero, sirvientes, casas y… —Se quedó callada un momento, ensimismada. Luego salió de su meditación y continuó—. Pasábamos semanas sin verle y, de repente, un día cualquiera llegaba a la puerta con una cesta llena de perritos, un cabriolé nuevo… Las estatuas se las regaló a mi madre tres días después de mi séptimo cumpleaños.

Estaba seguro de que la historia era más larga.

—Y ella se las regaló a usted —la apremió.

Ella asintió rígidamente con la cabeza, apretando los labios en una línea.

—Sí, en efecto. Son mías.

Había algo en esa palabra «mías» que le perturbó. A aquella mujer le importaba mucho que fueran suyas.

—No quiere venderlas —aseguró él. Era demasiado obvio.

Su afirmación la arrancó del lugar donde se había ocultado. El silencio se dilató entre ellos y Nick pensó que no le respondería. Cuando lo hizo, sus palabras rebosaban emoción.

—No.

—Entonces, ¿por qué…?

Ella se rio sin humor.

—Algunas veces, milord, debemos hacer cosas que no queremos.

La vio respirar hondo y notó cómo se estiraba el corpiño sobre los pechos.

Acusando el deseo que palpitó en él ante el movimiento, desvió la mirada y sus ojos aterrizaron en una estatua cercana que se cernía sobre ellos. La reconoció en seguida y soltó una ronca risa.

—¿Qué resulta tan divertido?

—Esa figura. ¿Sabe de quién se trata?

Isabel se dio la vuelta, cubriéndose un pecho con la mano como si así pudiera ocultar el vergonzoso estado de desnudez de la imagen. Observó la curva de la columna vertebral de mármol, el placer sereno del rostro, la guirnalda de rosas que subía, enrollada, por una pierna. Negó con la cabeza.

—No.

—Es Voluptas. La hija de Cupido y Psyche.

—¿Cómo lo sabe? Para mí no se diferencia de cualquier otra estatua femenina de las muchas que podemos encontrar aquí dentro.

Él la miró fijamente.

—Lo sé porque soy el mejor.

Ella sonrió, y él sintió una suprema satisfacción al darse cuenta de que podía divertirla. Cuando bajaba la guardia, era exquisita.

El aire pareció espesarse entre ellos y, de repente, Nick sintió calor. En el ambiente flotaba un limpio olor a azahar, una mezcla de frescor y alegría que no lograba ubicar.

Observó la cálida piel de la joven, el lugar en el que el cuello se une al hombro, y se sintió atravesado por el deseo más rápido e intenso que hubiera sentido nunca.

Fue consciente del momento en que ella percibió su anhelo; de

cómo su cercanía la dejaba sin aliento. Sus miradas se encontraron. Estaban muy cerca, atrapados entre dos figuras, a punto de tocarse. Se encontraban solos; nadie los veía, salvo las estatuas.

El deseo crepitó entre ellos.

Él estiró el brazo, casi rozándole la mejilla antes de darse cuenta de que cometería un error si la tocaba. La miró a los ojos, brillantes, ricos en emociones, una intoxicante mezcla de curiosidad, excitación y miedo que le iluminaba toda la cara, convirtiéndola en una inocente sirena rodeada de sus hermanas de mármol.

Isabel cerró los ojos al sentir la cercanía, y él se recreó en su hermoso rostro, su altura, su fuerza, su exuberante boca, la frente libre de preocupaciones. Su belleza era espléndida cuando aparecía.

Ella soltó el aliento que estaba reteniendo con un suspiro inestable y entreabrió los rosados labios.

No había hombre en la tierra capaz de resistirse a ese suspiro.

Se inclinó hacia ella, aunque sabía que estaba mal.

Nada bueno podría resultar de besar a esa inocente dama rural.

Sus labios estaban a un aliento de los de ella cuando escucharon un sonido en el exterior.

Él se recuperó con rapidez, se enderezó y maldijo brevemente por lo bajo.

Retrocedió de inmediato, alejándose, deseando no estar cerca de esa joven que parecía tener un efecto tan negativo en su sentido común.

Ella abrió los ojos de repente. Las emociones centelleaban con tanta intensidad en sus profundidades que, por un momento, no quiso más que envolverla entre sus brazos y mandarlo todo al diablo.

Pero la señorita Caldwell y Rock regresaron, y la única preocupación de Nick fue alejarse hasta establecer una distancia segura entre Isabel y él mientras ella se apoyaba en la estatua de Voluptas con tal desmayo que llegó a pensar que podría llegar a empujarla fuera del pedestal.

Eso, ciertamente, supondría una distracción.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Nick, esperando ocultar la tensión que había entre ellos.

Rock le miró y luego observó a Isabel, después volvió a mirarle a él. Arqueó una ceja. Nick le correspondió, desafiando al turco a

adivinar lo que había ocurrido en la estancia.

—No había visto nada así fuera de Grecia —habló Rock tras un largo silencio.

Procedió a describir las estatuas de la segunda habitación. Nick observó por el rabillo del ojo que Lara cruzaba la estancia hasta su prima e Isabel esbozaba una sonrisa demasiado brillante, una sonrisa que decía todo lo que había ocurrido.

Ella le había deseado.

Se estremeció ante ese pensamiento. Debería agradecer la interrupción que le impidió cometer el inmenso error de besarla. Aquella chica representaba todo lo que él no buscaba en las mujeres. Era inocente, vulnerable, precisamente el tipo de hembra que evitaba: la que querría más de lo que él podría darle. Apostaría lo que fuera a que ella no había sido besada a conciencia. Allí en el campo no habría podido coquetear más que con mozos de cuadras.

No negó que estaría encantado de demostrarle a Isabel lo satisfactorio que podía llegar a resultar un beso.

—Me debes diez libras.

Las palabras de Rock le hicieron regresar al presente.

La colección era real. Su dueña, un misterio.

Se quedarían.

Ignorando la afectada sonrisa de su amigo, Nick volvió a mirar a Isabel, que los observaba con los ojos llenos de curiosidad. Cuando ella percibió su atención, se sonrojó y se pasó la mano por el pelo con nerviosismo.

—*Lady* Isabel —dijo, disfrutando del sonido de su nombre—. Si le parece bien, empezaremos nuestro trabajo de catalogación mañana por la mañana.

Notó la incertidumbre en sus ojos y dedujo de inmediato que ella estaba lamentando que hubieran llegado demasiado lejos como para rechazar su ayuda.

Isabel volvió a pasarse la mano por el pelo en un gesto que él reconoció como inseguridad.

—¡Por supuesto! —La joven pasó junto a ellos para dirigirse a la puerta—. Y… Lara… Lara los acompañará hoy. Yo debo… yo debo… —Se interrumpió. Nick esperó, con media sonrisa, a que terminara de hablar—. Debo irme.

Y se fue; las anodinas faldas de color gris fueron lo último que él

vio cuando huyó de la estancia.

Capítulo 6

«Y en su retina. Aunque la ausencia puede hacer que el corazón se ablande, solo la cercanía dará como resultado un encuentro perdurable. Recuerde, si su lord tiene que ser consciente de que desea una esposa, ¡debe conocer la existencia de tal mujer! Intente que la vea, desfile ante él en los bailes, averigüe a qué horas pasea por el parque, aliente a sus sirvientes a que traben amistad con los suyos. Conocer su horario será la mejor arma para atrapar a un caballero».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Wellington podría decir que lo más difícil para un soldado era retroceder, pero el desenlace de esa acción era demasiado arriesgado como para que permaneciera en la galería de estatuas… con lord Nicholas St. John.

Así que corrió a su habitación lo más rápido que podía correr una dama.

Por lo menos, una dama de luto.

Había querido que él la besara.

Lo había anhelado.

Lo que habría sido un error de proporciones épicas.

Gracias a Dios, habían entrado Lara y el señor Durukhan, o no quería imaginar lo que podría haber pasado.

¿*Qué*?, en efecto.

Isabel se apresuró entre los laberínticos pasillos de la zona de servicio que conducían a la cocina de Townsend Park, segura de que aquella era, posiblemente, la acción más cobarde de su vida.

Pero ¿acaso tenía otra elección? Había tenido que salir de la estancia para aclararse la mente y recriminarse a sí misma.

¿En qué había estado pensando?

Invitar a un hombre extraño a Minerva House era algo muy poco inteligente y demasiado arriesgado. Sin embargo, considerarle algo más que un medio para obtener un fin era inaceptable.

Necesitaba que Nicholas St. John catalogara sus estatuas y que la ayudara a venderlas. Nada más.

Si algo le había enseñado la vida sobre hombres y mujeres, era que las relaciones entre ellos no podían considerarse un juego porque se podía salir malparado. Había visto a suficientes mujeres con el cuerpo y el corazón destrozados —incluida su propia madre — caer rendidas ante unas pocas y hechizantes sonrisas o caricias. Y se había prometido a sí misma que eso jamás le ocurriría.

No pensaba permitir que un londinense la hiciera cambiar de idea. Ni siquiera uno al que se consideraba uno de los solteros más codiciados de Gran Bretaña.

Aspiró profundamente cuando dobló la esquina que conducía a la cocina, dispuesta a ignorar la presencia de lord Nicholas en su casa. ¿Acaso sería tan difícil?

El hombre era un experto en antigüedades. Estaba segura de que solo estaba interesado en las estatuas. Sería muy fácil evitarle.

Además… Tenía una casa repleta de gente a la que alimentar.

Una casa que comprar.

Una casa llena de personas a las que cuidar.

—No pueden obligarme a ir al colegio. Ahora soy conde. Nadie dice a los condes lo que deben hacer.

Al oír esas palabras, Isabel se encaminó al pequeño comedor junto a la cocina.

Tras asegurarse de que no hubiera moros en la costa, vio a James sentado a la mesa sumergiendo descuidadamente un panecillo en el té y salpicando por encima del borde de la taza. El niño hizo un puchero antes de mirar fijamente a Georgiana, que estaba sentada frente a él.

Isabel siguió escuchando a escondidas. Le había pedido a Georgiana que comenzara a hablarle a James del colegio, esperando que el chico aceptara la idea con entusiasmo.

Al parecer no había sido así.

—Desafortunadamente, James, siempre existe alguien que nos puede decir qué debemos hacer. Incluso a los condes. —Georgiana se sirvió una taza de té caliente.

—No me gusta que sea así.

—Sí, bueno, a mí tampoco me parece bien.

—Soy listo —aseguró James a la defensiva.

Georgiana sonrió al tiempo que tomaba un panecillo para sí misma.

—Eres muy listo. Es innegable.

—Sé leer y sumar. Y estoy aprendiendo latín. Tú me enseñas.

—Sí, eso seguro. Es impresionante. Pero los condes tienen que ir al colegio.

—¿Qué me enseñarán allí que no puedas enseñarme tú?

—Toda clase de cosas. Cosas esenciales para los condes.

Él la observó partir el panecillo.

—Deberías mojarlo en el té. Está muy bueno.

Isabel sonrió. Apostaría algo a que Georgiana no había mojado un panecillo en el té en su vida.

—Se hace así —le enseñó James, introduciendo el segundo panecillo en la taza y pescando el primero con los dedos, que hundió hasta los nudillos en el líquido.

Cuando estaba sacándolos la mitad del panecillo se rompió y cayó en el té, salpicando la mesa. Georgiana hizo una mueca que provocó la risa de James.

Isabel se rodeó con los brazos al tiempo que se apoyaba contra la pared. Fuera conde o no, no estaba preparada para perder a James por culpa del título.

—¿Crees que los hombres importantes necesitaron aprender a serlo? —La pregunta del niño rezumaba curiosidad.

—Oh, estoy segura de ello —dijo Georgiana—. Son caballeros admirables. Y los caballeros admirables van al colegio.

Hubo un silencio mientras James consideraba la verdad de la respuesta.

—No sé si sabes que tengo un hermano —añadió Georgiana tan suavemente que Isabel tuvo que inclinarse para escucharla. La chica no había hablado de la vida que dejó en Londres en ningún momento durante las tres semanas que llevaba allí.

—¿De veras? ¿Va al colegio?

—Lo hizo. De hecho, ahora es muy brillante gracias a eso. Es uno de los hombres más listos del país.

Y uno de los más poderosos, añadió Isabel para sus adentros.

—Has debido de aprender de él —dijo James, convencido—. De lo contrario ¿cómo sabría latín una chica?

—Perdone, lord Reddich —intervino Georgiana con cierta impertinencia—. Las chicas sabemos muchas cosas, no solo latín.

Isabel no pudo evitar mirar desde la esquina. James había arrugado la nariz como si realmente no tuviera la seguridad de que las chicas pudieran saber muchas cosas.

—Tú eres la chica más lista que conozco.

Isabel arqueó las cejas sorprendida cuando escuchó el tono de admiración. Sin embargo estaba dispuesta a ignorar el insulto a su propia inteligencia, consecuencia sin duda del encandilamiento de su hermano por su institutriz. —Sin duda la más guapa de cuantas había tenido—. Aun así, no pudo resistirse a interrumpir tan acogedora charla.

—¿Ya es la hora del té? —exclamó con alegría, esbozando una brillante sonrisa.

James la miró con ansiedad.

—¡Isabel! ¿Qué ha sucedido con los hombres? ¡Uno de ellos es enorme! ¿Te has fijado?

Sí, y el otro es muy guapo. Casi me hace perder la cabeza.

Isabel se acercó para servirse una taza de té.

—Sí, claro que me he fijado.

—¿Dónde están? ¿Se quedarán aquí?

—Están en la galería de estatuas.

—¿Puedo ir a verlos?

Apenas pudo resistir la ansiedad en su cara.

—No, no puedes.

—¿Por qué? Ahora soy el conde. Soy el encargado de proteger a los residentes en Townsend Park; creo que deberían conocerme.

Aquella preocupada referencia a su seguridad la sorprendió. Siempre había hecho todo lo posible por mantener a James alejado de la seria situación de las chicas, pero estaba haciéndose mayor y más astuto, por lo que la conversación precisaría más mano izquierda de lo habitual.

—Aprecio tu preocupación —le halagó—, y estoy de acuerdo en que tu papel como conde es fundamental para la seguridad de la propiedad, pero estos caballeros estarán muy ocupados mientras se encuentren aquí y no podemos permitirnos el lujo de distraerlos. —

Sostuvo la terca mirada de James—. Quizá puedas conocerlos a la hora de la cena. ¿Qué te parece?

James consideró la opción con seriedad.

—Creo que es lo más conveniente y educado que podemos hacer.

Isabel se metió un bollito en la boca.

—Me alegro de que estés de acuerdo —aseguró, guiñándole un ojo a Georgiana, que ocultó la sonrisa detrás de la taza de té—. Ahora, puedes marcharte.

James miró a las dos jóvenes, tomó un panecillo más y, tras decidir que había aventuras mucho más interesantes fuera de la cocina, brincó de la silla y desapareció por el oscuro pasillo; el mismo por el que había llegado ella.

Isabel se sentó en la silla que acababa de desocupar su hermano y cogió otro bollito más. Con un suspiro, miró a la joven sentada al otro lado de la mesa.

—Muchas gracias por hablarle del colegio.

—Estoy encantada de hacerlo. Un conde necesita recibir una educación adecuada, *lady* Isabel.

—Te he dicho que debes prescindir de las formalidades, Georgiana.

La chica sonrió.

—Al contrario, estoy a su servicio.

—Tonterías —se burló Isabel—. Las dos sabemos que tú tienes un rango mucho más elevado que el mío. Por favor, me sentiría mucho mejor si me llamaras Isabel.

En la mirada de la joven apareció un brillo de pesar.

—Mi rango es ahora el de una institutriz. Tengo la suerte de poseer esa posición tan preciada.

Isabel se dio cuenta de que no lograría nada, así que cambió de tema.

—¿Conoces a los hombres que han llegado hoy?

Georgiana negó con la cabeza.

—Estuve trabajando en las lecciones de James y no me enteré de que habían llegado hasta después de que los hubieras conducido a la galería de estatuas.

—Son de Londres.

—¿Aristócratas? —Había una leve alarma en el tono de

Georgiana.

—No los dos. Lord Nicholas St. John, sí; es el hermano del marqués de Ralston y un experto en antigüedades… —Isabel se interrumpió al ver que los ojos de la muchacha se abrían como platos—. ¿Georgiana?

—Lord Nicholas y mi hermano… son amigos —terminó con un susurro—. No le conozco personalmente, pero…

Por supuesto que se conocen. Un nuevo reto a tener en cuenta en aquella insostenible situación.

—Georgiana —aseguró con voz firme y suave—. No pasa nada. Cuando te acogí te dije que en Minerva House nos ocuparíamos de ti, ¿verdad?

La joven tragó saliva y respiró hondo.

—Sí.

—Entonces confía en mí —añadió con serenidad—. Te mantendremos bien oculta. Esta es una casa muy grande y tú eres la institutriz de James; no hay ninguna razón por la que debas alternar con ningún invitado.

—¿Por qué está aquí, en Yorkshire?

—No lo sé. Por lo que me ha hecho creer, se trata solo de un viaje de placer. —Hizo una pausa, considerando el temor de la chica—. Estás bajo la protección del conde de Reddich.

Sí, claro, y estás tan segura como cualquiera de nosotras.

Isabel desechó la vocecita insidiosa de su cabeza.

Estaban a salvo. Ella se encargaría de ello.

Georgiana guardó silencio mientras meditaba sus palabras. Finalmente, asintió con la cabeza, confiando en ella. En la casa…

—Bien. —Isabel sirvió más té para ambas, esperando poder conseguir que Georgiana recuperara la tranquilidad—. Cuando estés preparada para discutir las razones que te llevaron a venir aquí, estoy dispuesta a escucharte. Lo sabes, ¿verdad?

Georgiana volvió a asentir con la cabeza.

—Lo sé. Simplemente todavía no estoy…

—Solo quiero que sepas que cuando estés lista, Georgiana, aquí estaré. —Las palabras de Isabel eran simples y directas, fruto de la experiencia de tratar durante años con jóvenes muertas de miedo. Ya fueran mozas de taberna o hermanas de duques, las chicas no eran tan diferentes unas de otras.

No eran tan diferentes de ella.

Si hubiera tenido otra elección, no habría permitido que lord Nicholas St. John entrara en su casa.

Pero, a falta de una salida mejor, y como expulsar de la casa a Georgiana y las demás chicas quedaba fuera de cuestión, no le quedaba más opción que asumir ese riesgo calculado.

Lord Nicholas.

La situación no dejaba de tener su ironía: estaba depositando el futuro de una casa llena de mujeres en manos de uno de los hombres más peligrosos y autoritarios que había conocido nunca. Pero al percibir la manera en que Georgiana apretaba la taza de té entre las manos con la mirada perdida en el líquido, supo que él era el único medio del que disponía para alcanzar un exitoso fin. Su mejor esperanza para el futuro.

Solo debía mantenerle confinado en la galería de estatuas.

Y eso no podía ser tan difícil.

La tarde siguiente se sintió muy orgullosa de sí misma.

Toda su preocupación sobre lord Nicholas había sido en vano. Él no suponía ningún problema.

De hecho, estaba en la galería de estatuas desde que llegó con el señor Durukhan por la mañana, y había dado instrucciones precisas de que nadie los molestara. Ella también los había evitado con suma eficacia.

Bueno, más bien te has ocultado de ellos.

Tonterías. Isabel apartó ese inconveniente pensamiento.

Así que se hallaba otra vez en el tejado, que seguía teniendo goteras. Y, si las nubes que se acercaban desde el oeste eran una señal, la reparación sería particularmente bienvenida en las horas siguientes.

Vestida con pantalones y una amplia camisa, se encontraba de rodillas aplicando cuidadosamente una pasta a base de alquitrán —que olía fatal— entre las tejas sueltas. Hacía ya siete años que los sirvientes de Townsend Park se habían despedido en masa, incluidos los especialistas que trabajaban en más propiedades del condado. Y, con ellos, desapareció cualquier experiencia en reparación de tejados, fachadas de piedra, elementos de madera y todas las demás habilidades particularmente convenientes en una propiedad.

Isabel suspiró ante el recuerdo. Supuso que había tenido suerte de haber tardado tantos años en necesitar realizar reparaciones de más envergadura en la casa y que debía agradecer la gran variedad de títulos sobre arquitectura y métodos constructivos que contenía la amplia biblioteca de la mansión. Sonrió de medio lado.

La reparación de tejados no era la lectura preferida de la mayoría de las damas, pero a ella le serviría para poder quitar el cubo que había en ese momento a los pies de su cama para recoger el agua de lluvia que caía desde el techo.

—¿Te importaría decirme qué es lo que sucedió ayer para que andes escondiéndote de lord Nicholas?

Jane no se andaba con rodeos.

Isabel sumergió el pincel en el cubo de alquitrán.

—No ocurrió nada.

—¿Nada de nada?

Nada que quiera recordar.

—Nada. Él se mostró de acuerdo en catalogar y valorar la colección. Pensé que dejarías ya ese tema. Si todo va bien, Minerva House estará instalada en otra casa en menos de un mes. —Intentó mantener un tono tranquilo. Pausado.

Jane guardó silencio mientras se desplazaba hasta otras tejas en mal estado.

—¿Y lord Nicholas?

—¿Qué pasa con él?

—Eso quiero saber.

—Preferiría que no fuera él quien se encargara del asunto —dijo Isabel, entendiendo mal a sabiendas la pregunta de Jane. Arreció entonces una fuerte ráfaga de aire que hizo que las mangas de su camisa se ondularan como las velas de un barco en una tormenta. Se afianzó frente el dinámico viento, aprovechando ese instante para elegir sus siguientes palabras—. Pero no nos queda otra alternativa.

—Existen más alternativas, Isabel.

—Ninguna digna de ser tenida en cuenta.

Jane movió algunas tejas mientras el silencio se alargaba antes de volverse hacia ella.

—Llevas mucho tiempo cuidando de nosotras. Has convertido Minerva House en una leyenda para todas las chicas en apuros. El

único lugar en el que pueden… en el que pueden encontrar ayuda. Y lo has conseguido tú. —Isabel dejó de alquitranar las tejas para sostener la verde y fría mirada de Jane—. Pero no puedes dar tu vida por esa leyenda.

—No es una leyenda para mí, Jane. Es algo real.

—Pero deberías vivir la vida. Eres hija de un conde.

—Un conde con los mismos principios que un mosquito.

—Hermana del nuevo conde, entonces —rectificó Jane—. Podrías casarte, disfrutar de la vida para la que estabas destinada.

La vida para la que estaba destinada. Parecía una frase simple, concisa, y quizá lo fuera. Las demás chicas de la aristocracia no parecían tener problemas para seguir el camino correcto.

Las demás chicas no han tenido el mismo padre que tú. Ni la misma madre.

Ella negó con la cabeza.

—No. Esta es la vida que debo tener. No quiero casarme, ni tomar té con las damas de la aristocracia, ni disfrutar de la temporada londinense. Y mira dónde he llegado. Recuerda lo que he conseguido para ti, para las demás.

—Pero no deberías sacrificarte por nosotras. ¿No iría eso contra el propósito de Minerva House? ¿No nos has enseñado que nuestra felicidad y nuestras vidas son infinitamente más importantes que los sacrificios que hicimos antes de llegar aquí?

Las palabras fueron suaves pero no vacilantes. Isabel contempló a su mayordomo; las mejillas de Jane habían adquirido un tono rosado, y el espeso pelo castaño se escapaba por debajo de la gorra. Jane fue la primera chica que llegó hasta ella, una chica trabajadora que apenas logró escapar de la paliza de un cliente ebrio y que, sin embargo, encontró el valor para abandonar Escocia en dirección a Londres, lugar en el que había decidido empezar una nueva vida. Había logrado llegar hasta Yorkshire antes de quedarse sin dinero y, cuando este se acabó, se dejó caer a un lado del camino sin otra cosa que la ropa que la cubría. Isabel la encontró durmiendo en los establos al día siguiente, justo después de que los últimos sirvientes hubieran abandonado su puesto.

Isabel tenía en ese momento diecisiete años y se hallaba sola con James, que contaba tres, y su madre, a punto de morir. Cuando vio a Jane, demasiado débil para huir, demasiado quebrada para

luchar, Isabel entendió la desesperación que había llevado a esa chica a correr el riesgo de dormir en un establo que no le pertenecía.

No fue la bondad lo que la llevó a acogerla, sino el pánico. La condesa se moría, presa de la tristeza y la desesperación; los sirvientes los habían abandonado; James necesitaba amor y cuidados, y ella no tenía nada. Cuando ofreció trabajo a Jane, ganó a la más leal de las sirvientas. A la más fiel de las amigas.

Jane fue el único testigo de los últimos días de la condesa. Vio cómo esta escupía veneno contra Isabel; contra el sonriente James; contra Dios y Gran Bretaña, culpándolos de su aislamiento, de su enfermedad. Cuando la condesa murió —cortando el último de los hilos que la unían a su antigua existencia—, fue la fiel muchacha quien impidió que sufriera una crisis nerviosa.

Al cabo de unas semanas, Isabel había tomado la decisión de llevar más mujeres a Townsend Park. Ya que no podía ser una buena hija o una buena mujer, se aseguraría de que otras mujeres tuvieran un lugar para vivir y la posibilidad de empezar una nueva vida. Algunas cartas que intercambió con sus amigas consiguieron que sus propósitos corrieran como un reguero de pólvora y no fue necesario nada más. Las chicas llegaban hasta ellas. Townsend Park fue bautizado como Minerva House, y sus logros se extendieron por toda Gran Bretaña de manera que todas las muchachas con problemas supieran cómo llegar a ella, donde hallarían seguridad.

Al ayudar a esas chicas, Isabel había encontrado un propósito: protegerlas del maltrato y las penurias y darles una nueva oportunidad.

Pero era, además, la manera de probar que ella era más de lo que parecía.

La manera de sentirse necesitada.

No todas las chicas que pasaron por allí a lo largo de esos siete años se habían quedado, docenas de ellas llegaron y escaparon a altas horas de la madrugada, incapaces de evitar regresar a la vida que las había llevado a aquel lugar. Pero eran aún más las que habían logrado reconstruir sus vidas; y era ella quien les había brindado la oportunidad de descubrir sus sueños. Ahora eran modistas, posaderas e incluso una se había casado con el vicario de North Country.

Eran la prueba viviente de que no estaba sola. De que su vida tenía un propósito. De que era algo más que la hija no deseada de un notorio sinvergüenza. De que no era esa niña egoísta, como decía su madre durante sus últimas semanas de vida.

Y cuando pensaba en ellas —en Minerva House—, no se preocupaba por todo lo que no había tenido oportunidad de experimentar.

En todas las cosas que había deseado; que podría haber tenido si hubiera nacido hija de un conde diferente.

No.

—No es un sacrificio continuar con Minerva House —repuso finalmente en voz tan baja que apenas se escuchó por encima del viento—. No me importaría reparar mil goteras para asegurarme de que las chicas tienen un techo sólido sobre sus cabezas.

Jane sonrió.

—¿Me permites recordarte que no estás sola aquí arriba? Jamás podré librarme de este olor tan nauseabundo.

—Bueno, pues apestaremos juntas —se rio Isabel.

—A tu lord no va a gustarle esto.

Isabel no fingió no entenderla.

—No es mi lord.

—Gwen y Lara no opinan lo mismo.

Isabel arqueó las cejas.

—Gwen y Lara son duras de oído. No quiero que me presionéis, Jane. Puedes decírselo también a ellas.

Jane se rio, entonces, un sonido alegre y musical.

—¿Acaso piensas que no tengo otra cosa que hacer que leer esa ridícula revista?

—Espero que no —suspiró Isabel—. Él se quedará solo dos semanas. Lo único que debemos conseguir es mantener alejadas a las chicas de la galería de estatuas.

—¿Y qué ocurre contigo, *lady* «él-no-es-mi-lord»?

Isabel ignoró la pulla al ver reflejada en la cara de Jane el bien parecido rostro de lord Nicholas. Los dientes blancos contrastaban con la piel bronceada, los labios gruesos, suaves y sonrientes. Aquellos tentadores ojos azules que tanto la atraían.

Realmente era muy peligroso.

—Yo haré lo mismo. No creo que sea tan difícil; después de

todo, tengo que reparar el tejado.

Las palabras apenas habían abandonado su boca cuando resonó en sus oídos una familiar voz masculina.

—Debería haber supuesto que la encontraría aquí.

A Isabel se le puso el corazón en la garganta. Lanzó una mirada de temor a Jane, que, al instante, se había puesto a mirar al suelo, como haría cualquier buen sirviente, concentrándose en la tarea que tenía entre manos.

Debía actuar sola o serían descubiertas. Sin otra opción, se volvió hacia lord Nicholas, que salía en ese momento por el pequeño tragaluz.

¿Quién le había permitido subir allí?

Observó cómo una enorme bota negra pisaba tentativamente hacia ella, aplastando una de las tejas ya dañadas.

Como aquel hombre no tuviera un poco de cuidado, acabaría estropeando aún más aquel condenado tejado.

—¡Espere!

Debía decir a su favor que esperó.

—Er… —Miró a Jane, que meneó la cabeza como indicándole que no pensaba ayudarla, y se volvió hacia él—. ¡Yo me acercaré a usted, milord! —Atravesó el espacio sobre las tejas lo más ligeramente que pudo. Cuando llegó hasta él, esbozó una sonrisa demasiado brillante.

Que lord Nicholas no devolvió.

—¡Milord! ¿Qué le trae hasta el tejado? ¿Necesita algo?

—No. —Él escupió aquella única sílaba mientras deslizaba la mirada sobre ella, estudiando su atavío.

¡Santo Dios! Estaba vestida con ropa de hombre. Y eso no era todo. *Claro que no lo es todo, ver a las damas en los tejados no es precisamente frecuente*. No obstante, su atavío era un problema. Y saltar del tejado no era una opción. Por lo tanto, tenía que enfrentarse a él.

Cruzó los brazos sobre los pechos e intentó ignorar el rubor que le cubrió las mejillas.

—No esperaba que se uniera a mí, lord Nicholas —anunció con mordacidad.

—Eso es evidente. Aunque admito que me sorprende verla así vestida delante de sus sirvientes. —Señaló a Jane, que permanecía

cabizbaja mientras colocaba tejas en el tejado.

—¡Oh! —*Cuidado con lo que dices, Isabel*—. Janney lleva muchos años en la familia. Está acostumbrado a mis… excentricidades. —Incluso ella se sorprendió de lo falsa que sonó su risa.

—Entiendo. —El tono de lord Nicholas indicaba que, de hecho, no entendía nada.

—¿Entramos? ¿Quizá le apetezca tomar el té? —le invitó con rapidez, como si así pudiera conseguir que se apresurara a salir del tejado, a desaparecer de la casa y, por supuesto, de Yorkshire.

—No, no me apetece.

—¿Milord?

—Me gustaría saber qué hay en este tejado que la tiene tan fascinada.

—Er… Oh…

¿Era cosa suya o él parecía satisfecho al ver su incomodidad?

—¿Me hace una visita guiada por el lugar de la reparación, *milady*?

Sí, definitivamente, estaba tomándole el pelo.

Es un hombre ruin. No merece que piense en besarle.

—Por supuesto. —Isabel miró a Jane; tenía que conseguir que desapareciera de allí—. Ha sido suficiente por hoy, Janney. Puedes irte.

Jane se levantó como una bala y se dirigió hacia el tragaluz como si allí se encontrara su salvación.

Lo que era cierto, por supuesto.

Pero St. John la detuvo cuando pasó por su lado.

—Deberías cuidar mejor de tu ama.

Jane se detuvo con la cabeza gacha y asintió secamente.

—Espero que me hagas caso.

Isabel contuvo el aliento durante un buen rato, esperando a que él añadiera algo más.

—Eso es todo, Janney —se apresuró a decir cuando St. John se quedó en silencio. Jane se coló por el tragaluz y desapareció en el ático.

Mientras la observaba desvanecerse, Isabel consideró sus opciones. Aunque nunca había recibido enseñanzas de conducta formal o normas de conversación, tenía la certeza de que los tejados

no eran lugares adecuados para conversaciones entre miembros de distintos sexos.

—No me gusta que esté en el tejado. —Las palabras, que resultaron apremiantes como si ella hubiera sido puesta en la tierra para satisfacer sus antojos, la sorprendieron. Le sostuvo la mirada y disfrutó midiendo su irritación con la de él.

No le había pedido que subiera allí, por el amor de Dios.

—Bien, dado que se trata de mi tejado y mi persona, no entiendo cómo le afecta a usted en lo más mínimo.

—Si se cayera…

Ella alzó el pie, mostrándole el calzado.

—Estoy preparada para andar por aquí.

La mirada de St. John recorrió la extremidad de arriba abajo, desde el muslo al pie pasando por la corva y la pantorrilla. La minuciosidad del examen la puso nerviosa. Dejó el pie sobre firme al instante, y el sonido contra la tejas pareció poner fin al movimiento. Se llevó la mano al pelo y se lo apartó de la cara con un gesto de nerviosismo.

—Creo que será mejor que entremos.

Él se desplazó hasta sentarse en la cumbrera. Examinando el trabajo que Jane y ella habían completado.

—¿Por qué se fue ayer de la galería de estatuas?

No era la pregunta que ella esperaba.

—¿Milord?

—En realidad decir que se fue no es lo más apropiado, ¿verdad? Más bien se escapó.

—Prefiero decir que hui, la verdad.

Tal franqueza sorprendió a los dos.

—Un golpe bajo, *lady* Isabel —aseguró, ladeando la cabeza.

Ella se sonrojó ante las palabras, avergonzada por haber hecho tal declaración, pero negándose a retroceder.

—No tengo tiempo para juguetear con usted en la galería de estatuas, lord Nicholas. Tengo demasiadas cosas que hacer.

—¿Es necesario que le recuerde que fue usted quien me pidió que catalogara la colección?

El rubor de sus mejillas se incrementó. Estaba llamándola grosera.

Y no anda muy desencaminado.

—No, no es necesario. Agradezco mucho su ayuda, milord.

Él entrecerró los ojos.

—Estoy encantado de dársela, pero debe admitir que el tiempo que hemos pasado juntos ha sido, más bien, poco ortodoxo.

Ella hizo una mueca de diversión.

—Supongo que el lugar donde nos encontramos ahora no remedia la situación en absoluto.

—Ni su vestimenta, *lady* Isabel —le respondió con una sonrisa antes de volver a insistir—: ¿Por qué huyó de la galería de estatuas?

—Yo… no tuve otra elección.

Pensó que la presionaría más, pero él debió de notar algo en su tono que hizo que dejara de interrogarla.

Hubo un largo silencio antes de que St. John volviera a tomar la palabra.

—Creo que debería decirme por qué está reparando el tejado.

Ella se encogió de hombros.

—Ya se lo he dicho, milord, hay goteras; lo que resulta muy desagradable cuando llueve. Y como nos encontramos en Inglaterra, llueve mucho.

Él apoyó un largo brazo sobre la rodilla doblada y alzó la mirada hacia los campos, ignorando su sarcasmo.

—Está entendiéndome mal a sabiendas. Por lo que veo, no me queda más remedio que recurrir a las armas que tengo a mi alcance. —Suspiró antes de comenzar a recitar—. Voluptas, hija de Cupido y Psyche, está realizada en mármol rosado de Mergozzo una zona de Los Alpes que es conocida por la calidad de su piedra.

—Esa estatua no es rosada. Ni italiana.

Él le lanzó una mirada penetrante y ella se perdió en el brillante tono azul de sus ojos antes de notar que había comenzado a palpitarle un músculo de la mejilla. Se preguntó qué significaría.

—La estatua está realizada en mármol rosado de Mergozzo —repitió él lentamente como si ella fuera tonta—. El mármol rosado no siempre tiene tono rosa.

Y la figura no es italiana. Es romana. Voluptas es una diosa romana.

Ella sabía cuál era la intención de St. John. Estaba obligándola a responder a la pregunta sobre el tejado a cambio de la información sobre la estatua.

Si él tenía razón, iba a verse obligada a hacerlo.

—Debe de estar equivocado —aseguró Isabel sin importarle lo insultantes que resultaran sus palabras.

—Le aseguro que no lo estoy. Voluptas casi siempre ha sido representada envuelta en rosas. Pero si eso no fuera suficiente, el rostro confirma su identidad.

—No es posible diferenciar a una diosa de otra por una cara esculpida en mármol —se burló ella.

—Cualquiera puede distinguir a Voluptas por su expresión.

—Jamás había oído hablar de esa diosa, ¿y usted conoce su rostro?

—Es la diosa del placer sexual.

Isabel abrió involuntariamente la boca al escucharle. No se le ocurría ninguna respuesta.

—Oh.

—Su expresión parece iluminada: placer, dicha, pasión, éxta…

—Sí, ya le he entendido —le interrumpió Isabel, percibiendo la diversión en sus ojos—. Está disfrutando, ¿verdad?

—Inmensamente. —Él sonrió ampliamente y ella tuvo que contenerse para no devolverle la sonrisa. Le miró con el ceño fruncido, provocando que él estallara en carcajadas; el sonido era más atrayente de lo que ella estaba dispuesta a admitir—. Venga, *lady* Isabel, siéntese a mi lado y explíqueme por qué es necesario que usted repare el tejado de una mansión como esta.

Isabel no pudo resistirse. Hizo lo que le pidió.

Una vez que se acomodó a su lado, él no la miró, siguió observando los campos que había frente a la casa, junto al camino.

—¿Por qué repara usted misma el tejado? —repitió en voz baja —. ¿Por qué solo la ayuda el mayordomo?

Ella respiró bruscamente, la cálida brisa del verano los envolvió igual que surcaba los árboles y edificios. La humedad que flotaba en el aire señalaba que se acercaba una tormenta, y ella sintió una punzada de desazón al pensar que las nubes todavía no habían llegado para impedirle responder a esa pregunta. Solo podía responderle la verdad.

—No puedo permitirme pagar a un techador —dijo simplemente, con la mirada clavada en las tejas y soplando para eliminar una mota imaginaria de polvo de una de ellas—. No puedo

permitirme el lujo de contratar a un hombre y no hay ninguno en el que pueda confiar… además de en Janney, claro está.

—¿Y los lacayos?

Bien, para empezar, milord, son lacayas.

—Están ocupados con sus quehaceres —replicó, encogiendo los hombros de manera casi imperceptible—. Puedo aprender a techar tan bien como cualquier persona.

Él se mantuvo en silencio un buen rato, hasta que ella por fin se atrevió a mirarle y vio la comprensión que brillaba en sus ojos, azules como un centelleante cielo de verano. Aquella estúpida revista tenía razón. Eran de un azul precioso.

—Sin embargo, la mayoría de las damas de su posición no aprenden a reparar tejados.

Ella sonrió forzada ante sus palabras.

—Es cierto. Pero la mayoría de las damas de mi posición no hacen la mayoría de las cosas que yo hago.

Él la observó y ella creyó ver cierta admiración en su mirada.

—Eso es cierto. —Meneó la cabeza—. Estoy seguro de que no existe otra hija de conde en todo el reino que comparta su temeridad.

Ella apartó la mirada hacia los campos. No era temeridad, sino desesperación.

—Bueno, imagino que si hubiera otro conde como mi padre, podría existir otra hija como yo. Puede agradecer a cualquiera de los dioses de la galería de estatuas que rompieran el molde después de que naciera el Condinnoble.

—Conoce entonces las andanzas de su padre.

—No al detalle, pero incluso en las lejanas tierras de Yorkshire, una chica escucha ciertas cosas.

—Lo siento.

Ella negó con la cabeza.

—No lo haga. Hacía siete años que no venía por aquí; James no le reconocería aunque le tuviera delante y no puedo decir que yo le conociera mucho mejor.

—Entonces lo lamento todavía más. Sé muy bien lo que es perder a un padre.

Ella leyó en sus ojos la verdad de sus consoladoras palabras. Se preguntó qué historia habría detrás.

—Perdimos a mi padre mucho antes de su muerte. Y lo cierto es que estuvimos mejor sin él. —St. John la observó durante bastante tiempo, hasta que ella se removió, incómoda, bajo su mirada y alzó la vista hacia el cielo, cada vez más oscuro—. No puedo negar que un poco de dinero nos habría venido bien.

—¿No les dejó nada?

Isabel sopesó la pregunta; estaba dispuesta a admitir que su situación financiera era insostenible, pero no a discutirla. No pensaba aceptar su piedad. Lord Nicholas parecía el tipo de hombre que insistiría en seguir sonsacándole. Que querría ayudarla.

Y ella no podía permitirse el lujo de dejar que entrara en su mundo.

Dibujó la forma de una teja con el dedo, sintiendo el peso que llevaba sobre los hombros. Las preocupaciones, que había olvidado durante los últimos minutos, regresaron. Había habido un breve momento en el que había compartido su carga, en el que aquello había resultado correcto.

Pero la suya no era una carga para ser compartida. Era personal e intransferible.

Lo fue desde el día en que su padre se fue, cuando se hizo responsable de la casa y de la gente que en ella vivía. Cuando comenzó a hacer lo que podía sin ayuda de nadie, sin tener en cuenta todas las dudas que la asaltaban. Así había aprendido la lección: una propiedad al borde de la ruina y una casa llena de inadaptadas no eran algo que importara a un aristócrata.

En particular no le importaban a un lord rico y atractivo que andaba de paso por Yorkshire.

—La colección es muy valiosa, Isabel.

Ella tardó unos segundos en comprender el significado de la frase, el mismo que la llevó apartarse de sus pensamientos.

—¿De veras?

—Sin duda.

—¿Lo suficiente como para…? —Se interrumpió. Había tantas maneras de terminar la frase… ¿Lo suficiente como para comprar otra casa? ¿Lo suficiente como para ayudar a las chicas? ¿Lo suficiente como para enviar a James al colegio? ¿Como para limpiar el apellido Townsend después de que su padre lo hubieran arrastrado por el fango durante tantos años de libertinaje?

No podía mencionar ninguna de esas cosas sin revelar sus secretos, así que permaneció en silencio.

—Lo suficiente como para reparar el tejado y mucho más.

Ella soltó el aire que retenía. El alivio resultó casi insoportable.

—Gracias a Dios.

El susurro fue apenas audible, pues se perdió en el retumbar de un trueno lejano que hizo que se estremeciera y se acercara a él en lo más alto del tejado de Townsend Park. Sintió su calor y le miró. Él la observaba fijamente, con una intoxicante mezcla de peligro y curiosidad en los ojos. Una mirada que le aceleró el pulso; parecía como si él pudiera ver a través de ella y descubrir lo que llevaba tanto tiempo ocultando.

Quizá eso no sería tan terrible.

Isabel sabía que era una señal de debilidad, pero no podía apartar la vista de él.

Los ojos de lord Nicholas eran tan azules, su comprensión tan tentadora… Casi parecían capaces de hacerle olvidar todas sus reglas.

No tuvo la oportunidad de reprimir la tentación.

Los cielos se abrieron y el universo intervino.

Capítulo 7

La lluvia no era ligera en los veranos de Yorkshire; caía como si fuera una venganza, como si todo el condado hubiera hecho algo para merecerla. Pero en esa tarde en particular, Nick sabía muy bien quién había conseguido que los cielos se abrieran sobre ellos.

Había sido él.

Y lo hizo cuando, comportándose como un absoluto canalla, había llegado a considerar seriamente besar a *lady* Isabel Townsend en el tejado, justo después de que ella le confesara la cruda pobreza en la que se encontraba.

Ella le miró con esos enormes ojos castaños y él supo que permitiría que la besara. Pero solo como una manera de pagarle su ayuda.

Y la gratitud no era una razón viable para un interludio en un tejado.

Fue entonces cuando los cielos se abrieron sobre ellos. Y por mucho que una parte de él quisiera gritar de frustración, había otra parte que agradecía la interrupción.

Hasta que un relámpago atravesó el cielo y se dio cuenta de que si se quedaban en lo alto de la mansión, no solo iban a mojarse, no; además acabarían muertos.

Aquel pensamiento le impulsó a moverse y, rodeando los hombros de Isabel con un brazo, la obligó a levantarse para caminar, a través del aguacero, hacia el tragaluz del ático. Cuando llegaron al hueco, ella se volvió de repente y se soltó de su brazo. La observó caminar a una alarmante velocidad sobre el tejado, hacia el lugar donde había estado trabajando antes.

—¡La pasta para reparar el tejado!

Entre las tejas mojadas y la lluvia torrencial, por no olvidar el riesgo de un repentino relámpago, la última pizca de su paciencia se

evaporó.

—¡Isabel! —El nombre resonó en el aire, tan ominoso como los truenos que retumbaban a su alrededor. Ella se quedó paralizada y se giró hacia él para mirarle, insegura, con los ojos muy abiertos—. ¡Déjela!

—¡Nos ha llevado horas hacerla! ¡No puedo! —Ella negó con la cabeza y le dio la espalda de nuevo, subiendo por la pendiente del tejado. El viento llevó hasta él sus palabras.

—¡Puede y lo hará! —aseguró él.

Ella le miró por encima del hombro, con ojos retadores.

—Usted no es mi guardián, milord.

Isabel no miró dónde ponía los pies antes de continuar su camino.

Lo cual fue un error.

Su zapatilla se enredó con una teja suelta y la hizo patinar en el tejado inclinado, un movimiento que la desestabilizó. Él pudo ver el miedo en sus ojos cuando comenzó a caer, pero Nick ya se dirigía hacia ella.

Ella extendió la mano para frenar. La fuerza de la caída hizo que se desplazaran más tejas y que cayeran al suelo, muchos metros por debajo. Isabel intentó entonces ponerse a gatear, pero el desesperado movimiento solo contribuyó a incrementar su inestabilidad.

De repente, él estaba allí, apresándole la mano con firmeza, impidiendo que siguiera deslizándose. Nick no dijo nada cuando sus ojos se encontraron, la cólera de su mirada desapareció cuando notó la desesperación en la de ella.

Siguió en silencio mientras ella recuperaba el equilibrio y se levantaba sujeta a sus dedos, y también cuando Isabel respiró hondo varias veces como si intentara sosegar su corazón.

Continuó sin decir nada cuando, alzándola en brazos, la llevó hasta el tragaluz del ático.

Solo en el momento en que la depositó junto al hueco tomó la palabra.

—Puede que yo no sea su guardián, Isabel, pero si no es capaz de mantenerse a salvo sola, alguien deberá serlo. —Señaló la abertura—. Adentro. Ya.

No supo si fue por el tono, por la lluvia o por un innato sexto

sentido de autoconservación, pero ella, milagrosamente, le obedeció al instante.

Nick la observó introducirse por el hueco. Cuando por fin estuvo seguro de que estaba a salvo en el interior, fue a por la condenada pasta para reparar el techo que ella tanto apreciaba.

Ya con el cubo en la mano, miró hacia los campos, hacia las cuadras, donde el chico que conocieron el día anterior estaba cerrando las puertas utilizando para ello todo su peso. Luego le vio correr hacia la mansión, con el viento y la lluvia azotándole la cara. El muchacho bajó la cabeza, protegiéndose del vendaval y el movimiento le arrancó la gorra con que se cubría el pelo, soltándolo ante los elementos desatados.

Un pelo larguísimo.

Nick se tensó mientras contemplaba cómo el mozo empezaba a perseguir la gorra que rodaba por el suelo, impulsada por los invisibles dedos del viento de Yorkshire. El pelo ondeó a su espalda en rojos mechones, que se vieron inmediatamente empapados por la lluvia. Cuando el chico se dirigió por fin hacia la casa, el secreto de Townsend Park ya no era tal.

Recordó a todos los sirvientes: el mozo de cuadras; el afeminado mayordomo; la heterogénea colección de lacayos de poca altura.

Isabel tenía la casa llena de mujeres.

Por eso estaba en el tejado, arriesgándose a matarse.

Porque solo ella podía repararlo.

Maldijo floridamente ante la conclusión, pero la palabra se perdió entre el aullido del viento que azotaba el tejado. Tuviera la casa llena de mujeres o no, no había excusa para su absoluta y completa falta de previsión. Deberían encerrarla en algún lugar; por su bien. Por su propia cordura.

Escuchó unos gritos flotando en el aire y se giró hacia la entrada al ático, por la que ella asomaba. Riachuelos de lluvia se deslizaban por su rostro cuando él le tendió el cubo con la pasta.

Isabel lo tomó y retrocedió para que también él entrara.

Nick tardó un buen rato en cerrar el tragaluz; la lluvia golpeaba el cristal cuando por fin se volvió hacia ella. Estaba empapado y muy frustrado.

Isabel dejó suavemente el cubo en el suelo y le miró vacilante antes de hablar.

—No me habría pasado nada si…

Él se pasó las manos por el pelo en un gesto de impotencia que interrumpió sus palabras. ¡Gracias a Dios! Porque si hubiera continuado hablando, la habría estrangulado.

Era la hembra más recalcitrante que hubiera conocido en su vida. Era un peligro para sí misma y para los demás. ¡Santo Dios! Los dos podrían haber muerto por su culpa.

Ya había tenido suficiente.

—No debe volver a salir al tejado —dijo en voz baja, pero en un tono que hubiera dejado paralizados a aguerridos asesinos.

Algo que pareció indignar a Isabel.

—¿Perdón?

—Es evidente que los años que lleva atrapada en Yorkshire al mando de la propiedad le han arrebatado cualquier onza de sentido común. No volverá a pisar el tejado de ahora en adelante.

—De todos los hombres arrogantes, condescendientes y apremiantes…

—Puede llamarme como guste. Para mí se trata de asegurar su seguridad y la de los que la rodean. —Hizo una breve pausa, mientras contenía el deseo de sacudirla—. ¿Se le ha ocurrido pensar que yo mismo podría haber muerto por su culpa?

—No le pedí que me rescatara, lord Nicholas —comenzó, alzando la voz.

—Sí, bueno, dado que le he salvado dos veces la vida en tan solo dos días, debería sugerirle que la próxima vez sí me lo pidiera.

Ella se irguió en toda su altura y se dejó llevar por la ira, sin que pareciera preocuparle que la escuchara cualquiera que estuviera cerca.

—¡Estaba perfectamente a salvo en el tejado hasta que usted llegó! ¿Ha llegado a tener en cuenta que, quizá, me encontrara ahí fuera porque estaba escondiéndome de usted?

La confesión surgió antes de que pudiera contenerla, asombrándolos a los dos.

—¿Estaba ocultándose de mí?

Ella no respondió, apartó la vista de él al tiempo que daba una patada en el suelo.

—¡Fue usted la que me invitó a venir!

—Eso es más que evidente. —Como él no aportó nada, ella

continuó, ansiosa por llenar el silencio—. Me tomó por sorpresa ese… ese momento en la galería de estatuas. No esperaba que…

Él siguió con la vista los nerviosos movimientos de sus manos, que se pasó por las perneras del pantalón antes de cruzar los brazos, consiguiendo que la camisa blanca de algodón se tensara contra los pechos, torturándole con la imagen de aquellos oscuros picos tentadores. De repente, Nick fue consciente de su situación.

Estaban en el sombrío ático de la mansión. El ensordecedor ruido de la lluvia amortiguaba cualquier sonido; el espacio estrecho, cálido y acogedor los envolvía.

Era el lugar perfecto para una cita clandestina.

Isabel respiró hondo y miró al techo durante un buen rato. Una gota de lluvia se le deslizó lentamente a la altura de la garganta y él no pudo apartar la vista cuando el líquido desapareció dentro del cuello de la camisa.

¿Estaba sintiendo realmente celos de una gotita de agua? Yorkshire era muy malo para su cordura.

—No esperaba estar… —Ella volvió a intentarlo, clavando los ojos en los suyos antes de que sus palabras se desvanecieran.

Él dio un paso hacia ella. Ahora estaban a escasos centímetros el uno del otro.

—¿Sí? —Sabía que no debería presionarla, pero no pudo evitarlo.

Suspiró, resignada.

—Parece que… me siento atraída por usted.

Otro paso.

—¿Se siente atraída por mí?

Nick nunca había conocido a una dama que admitiera tal cosa. Había algo abrumador en la honradez de la confesión.

Ella retrocedió y él observó que la vergüenza hacía que se le ruborizaran furiosamente las mejillas.

—Estoy segura de que se trata de una fase pasajera —dijo a la carrera—. Creo que será mejor que se vaya. Encontraré otra manera de vender la colección…

Su nerviosismo resultaba embriagador.

Él estiró la mano para rozarle con la punta de los dedos la suave piel de la sien, mientras contenía el flujo de palabras. Le colocó un largo y mojado mechón detrás de la oreja antes de pasarle el dorso

de los dedos por la mejilla, apaciguando la cálida piel con el pulgar.

Ella agrandó los ojos ante aquella caricia y él sonrió al notar su sorpresa. Alzó también el otro brazo y le encerró la cara entre las manos, obligándola a levantarla para poder ver mejor su expresión en aquel espacio tranquilo y débilmente iluminado.

No debería besarla. Lo sabía.

Pero era distinta a todas las mujeres que había conocido en su vida y quería conocer sus secretos. Más aún, la deseaba.

Le cubrió los labios con su boca, y fue suya.

Al igual que en el resto de su persona, no había nada vacilante en los besos de Nicholas St. John. En un momento, Isabel estaba luchando contra las extrañas e inquietantes emociones que le provocaba aquel arrogante hombre y, al siguiente, él reclamaba su boca con un beso abrasador, despojándola del aliento, los pensamientos y la cordura.

Ella se quedó paralizada al instante, saboreando la sensación de sus labios, de sus manos acunándole la cara, de sus dedos estirándose hasta el cuello mientras le acariciaba las mejillas con los pulgares, consiguiendo que ardiera sin control. Él la sostuvo firmemente contra su cuerpo, devorándole la boca y haciéndole sentir oleadas de emociones que la recorrían de pies a cabeza. La caricia continuó lentamente. Lord Nicholas alzó la boca hasta que apenas rozó la de ella y comenzó a chuparle el labio inferior, frotando su lengua, cálida y áspera, contra la tierna piel.

Isabel se quedó sin aliento ante la extraña y lujuriosa sensación.

Era espléndida.

Él volvió a apresarle la boca, que acarició hasta que ella separó los labios con incertidumbre. No estaba segura de qué debía hacer; le daba miedo tocarle, moverse, hacer cualquier cosa que pudiera poner fin a la caricia y al placer que le proporcionaba.

Él pareció leerle el pensamiento y, con un suave movimiento, deslizó los labios por la mejilla hacia la oreja, donde atrapó el lóbulo entre los dientes, haciéndola temblar de placer.

—Tóqueme, Isabel.

Eso era lo que hacía que las mujeres se volvieran locas por los hombres. Esa intoxicante mezcla de poder e impotencia.

Isabel sabía que no debería tocarle. Pero la urgencia de las palabras, combinada con el sensual roce de sus dientes en la oreja,

hizo que olvidara cualquier contención.

Le puso las manos en el pecho y las deslizó hacia los hombros. El movimiento hizo que él la rodeara con sus brazos para apretarla contra su firme y cálido cuerpo. Lord Nicholas echó la cabeza hacia atrás y la miró a los ojos, como si quisiera confirmar que ella quería aquello tanto como él, luego reclamó de nuevo su boca.

Isabel se vio inundada por las sensaciones, por el ataque de su lengua, la presión de su cuerpo, su olor. Se abandonó a las caricias, correspondiendo a su beso con aquella inocente pasión que él le provocaba. Ella le enredó los dedos en el pelo húmedo de la nuca y se puso de puntillas para llegar mejor a su boca. Él la dejó explorar, luego incrementó la intensidad del beso antes de dejarle tomar la iniciativa.

Isabel le pasó tímidamente la punta de la lengua por el labio inferior y, cuando le escuchó gemir, sintió una aguda satisfacción, distinta a cualquier otra cosa que hubiera experimentado antes.

De pronto, él la interrumpió y retomó el control para deslizarle los labios por el cuello y respirar hondo en el lugar donde se une con el hombro antes de lamerle la piel, enviando otra oleada de placer a todo su cuerpo. Ella jadeó ante la sensación y notó que él curvaba los labios en una sonrisa, que supo, sin verla, que estaba llena de lujuriosas promesas.

Él alzó la cabeza; sus ojos azules estaban casi negros por el ardor de la pasión.

Entreabrió los labios levemente y ella contuvo el aliento, esperando el siguiente movimiento.

—¿Isabel?

El sonido de su nombre le resultó extraño. Por un fugaz momento, no supo de dónde llegaba. Estaba demasiado concentrada en el hecho de que lord Nicholas la había soltado y dado un paso atrás, alejándose de ella como si quisiera poner tanta distancia entre ellos como pudiera. De repente se estremeció de frío al notar que perdía toda calidez. Se llevó la mano a la boca como si quisiera confirmar dónde habían estado sus labios hacía tan solo unos segundos.

—¡Isabel!

La segunda vez que James la llamó, fue consciente de la realidad. Se dio cuenta de su posición, de la situación, de sus

acciones, y se vio inundada por el intenso deseo de escapar al tejado por el tragaluz y comenzar a vivir allí. Por lo menos durante un tiempo.

Al menos hasta que lord Nicholas se fuera.

Pero en lugar de huir, le miró con los ojos muy abiertos.

—Es mi hermano —susurró.

—Ya me he dado cuenta —replicó él secamente—. ¿No cree que debería responderle?

—Yo… —Él tenía razón, por supuesto—. ¡James! —le llamó, dirigiéndose hacia las escaleras—. ¡Estoy aquí arriba!

—¡Izzy! ¡Kate está buscándote!

La mención del jefe de establos —un jefe de establos del género equivocado—, hizo que se pusiera en guardia. Se volvió a mirar a Nick, consciente de que a pesar de lo que acababa de ocurrir entre ellos, tenía secretos que no le quedaba más remedio que ocultarle.

Todo acababa de complicarse infinitamente.

Sin saber qué decir ni cómo enfrentarse a aquello, escupió lo primero que se le pasó por la mente; lo único que simplificaría la situación.

—Debe irse.

—¿Y cómo sugiere que lo haga? ¿Por el alero?

Ella respiró hondo, intentando recuperar la calma y la confianza en sí misma.

—Claro que no. Puede hacerlo por la puerta principal.

—¡Qué magnánima! —se congratuló él. Isabel le ignoró y comenzó a bajar la escalera. No había alcanzado el segundo peldaño cuando la detuvieron sus palabras—. No puede bajar así.

Ella hizo un vago gesto con las manos.

—Todos me han visto vestida con prendas masculinas alguna vez. No pasa nada.

—No me refiero a su ropa, Isabel.

Ella se volvió hacia él, enfrentándose a su brillante mirada azul que parecía ser capaz de leer en ella como en un libro abierto.

—Entonces, ¿a qué se refiere?

—A su apariencia.

Isabel se llevó la mano al pelo con nerviosismo.

—¿Por qué? ¿Qué me ocurre?

—Es evidente que ha sido besada a conciencia.

Notó que un ardiente rubor la cubría por completo. Se apretó las manos contra la cara, antes de enderezarse.

—Debe irse. Inmediatamente —ordenó con su tomo más frío.

Y dicho eso, se apresuró hacia las escaleras para ocuparse del nuevo reto que le pusieran en su camino.

—¿Qué quieres decir con que no pueden irse?

Kate intentó escurrirse el pelo empapado mientras se apoyaba contra la puerta del establo de uno de los dos caballos que quedaban en Townsend Park.

—Pues eso: no pueden irse. La lluvia ha inundado el camino. No hay manera de llegar al pueblo.

—¡No es posible! ¡Tienen que irse!

Kate frunció el ceño al oír su agudo chillido.

—Isabel, no sé qué crees que puedo hacer al respecto. No está en mi mano dirigir el clima.

—Solo tendremos que mantener a las chicas ocultas —apuntó Jane, siempre práctica, desde el interior del cubículo—. Ya lo hemos hecho antes.

Isabel se volvió, presa de un ataque de frustración. Se puso las manos en las mejillas y respiró hondo varias veces.

Cuando se giró hacia sus amigas, tenía una mirada muy seria.

—Lord Nicholas no es tonto. Se dará cuenta de inmediato de que Townsend Park no es lo que parece. Y su amigo también. Notarán que aquí no hay hombres.

—No si están demasiado ocupados para notar la falta de sirvientes —apuntó Gwen, pasando un dedo por la curva de la silla de montar que colgaba sobre la puerta del establo—. No han visto a las chicas, podríamos esconderlas y rezar para que ocurra lo mejor. —Hizo un gesto de oración con las manos y sonrió. Si su intención era hacerla sentir mejor, no lo consiguió.

—¿Siete años protegiendo a las chicas y Minerva House y esa es la mejor solución que se te ocurre? —Gwen asintió, feliz, y ella entrecerró los ojos con suspicacia—. ¿Qué estás tramando?

Gwen separó los labios para hablar, pero antes de que pudiera decir una palabra, Kate fingió una tosecilla y la cocinera cerró la boca. Negó con la cabeza y apartó la mirada. Jane se acercó al caballo para acariciarle el hocico. Lara pareció sentirse muy atraída por sus guantes. Kate se puso a mirar el techo de los establos.

Allí pasaba algo.

Isabel las miró una a una.

—¿Qué os ocurre?

Nadie respondió.

—Ninguna de vosotras ha sido capaz de ocultarme nunca nada —intentó—. ¿Qué ocurre?

Gwen no pudo mantener por más tiempo las palabras en su interior.

—Parece como si incluso los elementos atmosféricos se hicieran partícipes de nuestro plan.

—Gwen… —advirtió Jane.

—¿Vuestro plan?

—Ya sabes —dijo la cocinera mirando a Lara en busca de apoyo —. *Perlas y Pellizas*.

—Por supuesto. Debería haberme imaginado que esto tendría algo que ver con esa ridícula revista.

—¿Qué mejor manera de mantenerle aquí que una tormenta que parece no tener fin? Ni siquiera tenemos que inventar la manera de que no te aparte de sus pensamientos. ¡La naturaleza lo ha conseguido!

Isabel arqueó las cejas.

—¿Crees que quiero atraer el interés de ese hombre? ¡Lo único que quiero es que catalogue la colección! —Concentrándose en Kate, añadió—: ¿De verdad que no hay manera de mandarlos de regreso a Dunscroft?

Kate negó con la cabeza.

—De verdad. Si deja de llover esta noche, el camino estará transitable mañana, pero no se me ocurriría mandar a unos desconocidos al pueblo con este tiempo.

—¿Estás diciéndome la verdad o buscando una excusa convincente para llevar a cabo esa locura de Gwen?

Kate miró a Isabel como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Crees que yo participaría en algo relacionado con la revista?

Isabel alzó las manos y miró a Lara.

—¿Qué hago?

—Tendremos que seguir adelante y esperar que el nubarrón pase de largo. —Lara hizo una pausa, esperando a que entendieran el doble sentido de sus palabras.

—Esto no se trata de un nubarrón, Lara. Solo de un camino inundado y un hombre que es demasiado observador para nuestro bien.

—¡Tonterías! —aseguró Lara—. ¡Esto quiere decir que dispondrá de más tiempo para estudiar la colección! ¡Quizá la lluvia consiga que tarde menos en hacer su valoración!

Isabel lo dudaba.

—Y te olvidas de lo más importante —añadió Jane.

—¿Qué es…?

—Mientras el camino esté inundado, el vizconde Densmore no podrá venir aquí.

Isabel consideró esa idea. Jane tenía razón. Puede que no hubiera muchas cosas peores que el hecho de que la tormenta hubiera atrapado a lord Nicholas en Townsend Park, pero la llegada de Densmore era una de ellas.

—Quizá lord Nicholas pueda facilitarnos información sobre el vizconde. —El susurro de Gwen resonó en los establos.

—Preferiría que lord Nicholas no tuviera la más mínima idea de nuestros problemas —aseveró Isabel—. Ya es suficientemente malo que nos veamos obligadas a tenerle aquí esta noche.

Particularmente para ella.

—Parecen buenos hombres —intervino Lara, atrayendo la atención de todas.

—¿De veras? —preguntó Gwen.

—Bueno, no he pasado mucho tiempo con lord Nicholas —aclaró Lara—, pero el señor Durukhan me parece encantador.

—Encantador —repitió Kate.

—Sí. Encantador. Bueno, agradable. Por lo menos conmigo ha resultado bastante agradable.

Todas estudiaron a Lara durante un buen rato, hasta que ella se dio la vuelta y concentró su atención en uno de los enormes purasangres de los hombres objeto del debate. Aquel movimiento la traicionó y todas se miraron entre sí, confirmando sus sospechas con las demás.

—Lara, ¿ese gigantón ha captado tu interés? —preguntó Isabel en tono ligero, alegrándose de encontrar una distracción a sus problemas.

Lara la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Yo no he dicho eso!

—No ha sido necesario —aclaró Kate—. Te ha delatado el rubor en tus mejillas.

Y así era. Isabel la observó abrir y cerrar la boca; entendió perfectamente la situación de su prima. Sabía lo que era perder la cabeza por un hombre que había conocido apenas un día antes.

—Ayer escuché que lord Nicholas le llamaba Rock —dijo Kate—. Me parece un nombre muy apropiado para su complexión.

Lara meditó durante un rato.

—Tiene unos ojos muy amables —respondió simplemente.

Isabel sonrió ante aquella descripción del enorme turco, preguntándose cuánto tiempo sería necesario para que sus invitados fascinaran a todas las mujeres de la casa. Después de todo, esos hombres no era los que acostumbraban a pasar por Minerva House; por el contrario, eran apuestos e inteligentes.

Y sabían besar muy bien.

No. No iba a valorar los aspectos positivos de ese hombre. Si quería conservar un rastro de cordura mientras él estaba en la casa —algo necesario para no arriesgar la labor de tantos años—, debía concentrarse en su abrumadora arrogancia, en sus frívolas bromas y en aquel comportamiento absolutamente inaceptable en el ático.

Por supuesto, no había tenido ningún problema para aceptarlo en aquel momento.

Sus experiencias con los hombres eran muy escasas; además de los comerciantes del pueblo y el vicario, no había razón para que interactuara con otros miembros del sexo opuesto, en particular con solteros elegibles recién llegados de Londres, como por ejemplo ese que ahora se alojaba en su casa y que poseía anchos hombros, brazos de acero y los ojos más azules del mundo.

No.

Se había pasado la vida esquivando a hombres ricos y encantadores. Esos que toman nota de cada hembra de la localidad con las corbatas perfectamente anudadas y una rápida y fácil sonrisa en la cara. Hombres a los que gustaba privar a los demás de la felicidad.

Hombres como su padre.

Aquellos que siempre lo echaban todo a perder. Que transformaban sus matrimonios en una farsa y convertían a las

mujeres que los amaban en féminas desesperadas capaces de encontrar una razón para justificar la pérdida de sus maridos.

Entonces había llegado lord Nicholas St. John, apuesto, arrogante, y ella esperó que fuera igual. Sin embargo, él se había mostrado dispuesto a ayudarla, se había preocupado por su seguridad y le había asegurado que sus problemas podrían resolverse en poco tiempo.

No era de extrañar que la pusiera nerviosa. Aquel hombre no era normal. Ni siquiera teniendo en cuenta lo poco estricta que era con el significado de ese concepto.

Y ahora estaba atrapado en su casa, era su invitado. Entre dos docenas de mujeres que se ocultaban allí de todo tipo de maldades masculinas que uno pudiera imaginar.

Para empeorar las cosas, la había besado.

Y no es que ella se lo hubiera impedido. Ni siquiera se le había pasado por la mente tal cosa.

Durante años había soñado cómo sería su primer beso. Lo imaginó en incontables lugares, con infinitos hombres sin rostro, individuos anónimos, héroes por derecho propio y como parte de declaraciones de amor, propuestas de matrimonio y otras fantasías que recreaba cualquier joven inocente.

Siempre muy consciente de que se trataba de sueños. Porque los héroes no existían. No era cierto que el amor completara a las mujeres. La experiencia le había demostrado que el amor, en realidad, solo mermaba a las pobres infelices que creían alcanzarlo, dejándolas doloridas, desoladas y débiles.

Ella no quería eso.

Y aun así, en los brazos de lord Nicholas había vislumbrado esa efímera promesa; la brutal tentación de ser el foco de toda su atención. En ese momento, había vuelto a ser una chica soñadora que quería disfrutar de su primer beso.

Sin embargo, jamás había imaginado que el primer beso se lo daría un virtual desconocido en el polvoriento ático de su casa, después de haber estado a punto de caerse del tejado.

En honor a la verdad, tampoco había pensado que sería tan maravilloso.

Y estaba segura de que en ninguna de sus fantasías secretas imaginó que sería con un hombre tan apuesto y bien plantado.

Suspiró por lo bajo, atrayendo la atención de las demás. Jane entrecerró los ojos.

—¿Isabel? ¿Hay algo que quieras contarnos?

Ella bajó la mirada y se ajustó los puños de la camisa, empapados por la lluvia.

—No, ¿por qué iba a querer contaros algo?

—¿Sucedió algo después de que abandonaras el tejado con lord Nicholas?

—¿Has estado a solas con él? ¡Qué bien! En Perlas y Pellizas aconsejan que intentes causar una impresión imborrable en su mente. —Gwen parecía emocionada.

Isabel frunció los labios.

—Sí, bueno, dado que el pobre hombre se ha quedado aquí atrapado, creo que le he causado ya una impresión imborrable. Sirva para lo que sirva.

—Jane, dejarlos solos en el tejado fue una idea estupenda. ¡Bien hecho!

Jane puso los ojos en blanco.

—No fue idea mía. Estoy segura de que si me hubiera quedado, él se hubiera dado cuenta de que no soy un hombre. No se ha percatado todavía porque no puede alejar los ojos de Isabel.

Ella alzó la cabeza de repente para enfrentarse a Jane.

—¡Eso no es cierto!

¿O lo era?

—¿De veras? —intervino Kate—. Eso explicaría su extraña reacción cuando te vio ayer en el tejado.

—¡No fue una reacción extraña! —protestó Isabel—. No todos los días se puede encontrar a una dama en el tejado de su casa, Kate.

—Yo también lo noté ayer en la galería de estatuas —intervino Lara, que no pareció darse cuenta de su incomodidad ante aquel interrogatorio sin cuartel—. Lord Nicholas se siente atraído por ella.

—¡No!

Ella no era atractiva. ¿O sí lo era?

—¿Qué ocurrió después de que bajarais del tejado? —preguntó Jane, como si le diera igual la respuesta.

—No pasó nada. Comenzó a llover y entramos. —Isabel se mordió la lengua.

Quizá nadie hubiera notado el nerviosismo en su voz; había hablado demasiado rápido.

Sí, lo notaron. Cuatro pares de ojos se clavaron en ella, que tuvo que recordarse a sí misma que los besos no dejaban señal.

—Estábamos mojados.

Kate entrecerró los ojos.

—¿De veras?

—¿Qué pasó después? —Gwen jadeaba de excitación.

Tal arrobada atención le resultaba desconcertante.

—¡Después no pasó nada! —gritó con frustración, en un tono mucho más agudo de lo habitual, mirando al techo—. Entonces me llamó James; me dijo que Kate me necesitaba y salí corriendo de allí porque me aterraba pensar que él pudiera venir a los establos o a cualquier otro lugar y se diera cuenta de que ¡aquí solo hay mujeres, que ni son sirvientes ni nada y están disfrazadas de hombres!

Cayó sobre la estancia un pesado silencio. Isabel miró a las demás, observando sus expresiones idénticas: ojos muy abiertos clavados en un punto por encima de su hombro izquierdo. Un sexto sentido la llevó a seguir la dirección de sus miradas.

¡Oh, por supuesto!

En la puerta de los establos estaba el señor Durukhan, que miraba boquiabierto a Jane, y a Kate, percibiendo sus ropas masculinas, la gorra que escondía el pelo de Kate y la coleta que Jane prefería usar. Advirtió, sin duda, cada uno de los delicados rasgos imposibles de ocultar. Las mejillas imberbes, la frente despejada y el cuello largo de Kate; los sonrojados pómulos y la exuberante boca de Jane.

Las había pillado.

Durukhan se aclaró la voz y efectuó una ligera reverencia para todas.

—*Lady* Isabel, señorita Lara —saludó, ignorando los pantalones que vestía Isabel—. Venía a hablar con ustedes y su jefe de establos sobre nuestra partida.

Hubo un largo silencio roto solamente por el relincho de uno de los caballos, que pateó en la cuadra al escuchar la voz de su amo. Las cuatro mujeres se habían quedado mudas. Si no estuvieran tan horrorizadas, habría resultado divertido.

Nadie parecía dispuesto a ser el primero en hablar; en admitir lo que él había escuchado, evidentemente, sin intención.

Isabel tragó saliva. Era la dueña de la casa. Le tocaba tomar la palabra. Manejar aquella cuestión de manera que pudiera guardar sus secretos lo mejor posible.

Aquellos secretos que había revelado tan alegremente.

—Señor Durukhan…

—Por favor —la interrumpió él, con una media sonrisa—. Llámeme Rock.

—¡Oh, no…! No podría.

La media sonrisa se convirtió en una en toda la extensión de la palabra.

—Antes de este momento en particular, *milady*, habría estado de acuerdo. Sin embargo, me parece que ahora tenemos una relación mucho más próxima, ¿no está de acuerdo?

Gwen se rio disimuladamente, recibiendo un codazo de Kate en las costillas.

Isabel ignoró el jadeo de dolor y el furioso susurro que emitieron porque estaba demasiado concentrada en observar, llena de pánico, a aquel hombre enorme, que no hacía otra cosa que deslizar los ojos de arriba abajo por Kate y Jane, confirmando sin duda la información que había escuchado sin querer.

Oh, Isabel. —Cerró los ojos por un momento—. ¿Cómo has podido ser tan tonta?

Había estado distraída por culpa de lord Nicholas. Si él no la hubiera dejado tan obnubilada…

¡Oh, no! Lord Nicholas.

Sin duda alguna, Rock le contaría todo. Lo que quería decir que era solo cuestión de tiempo que todo Londres supiera de la existencia de Minerva House.

El temor comenzó a roerle las entrañas. Si él se enteraba, sería la ruina.

Quizá hubiera una manera de ocultárselo. Quizá el hombre que las miraba anonadado mantuviera la boca cerrada.

—Imagino que tienen una razón muy buena para tal mascarada, ¿verdad?

Isabel parpadeó ante aquellas palabras, que aunque parecían casuales no lo eran.

—¿Señor?

Rock clavó en ella los ojos oscuros.

—Su jefe de cuadras, *milady*. Y su mayordomo. ¿Puedo suponer que sus… sus uniformes son así por algún motivo?

Isabel entrecerró los ojos. ¿Adónde quería ir a parar ese hombre?

—Er… sí…

Él asintió con la cabeza.

—Eso me parecía.

—Yo… —comenzó, sin saber qué decir—. Nosotras… —Miró a las demás en busca de ayuda, pero ninguna parecía deseosa de intervenir—. Esto…

—¡Por el amor de Dios, Isabel! ¡Díselo de una vez! Espero que nos guarde el secreto, señor.

Él la miró durante un buen rato con la constante lluvia repicando contra el tejado del establo como único sonido. Le costó un gran esfuerzo no moverse, nerviosa, bajo aquella mirada penetrante.

—Quiere que no le diga nada a St. John.

Eso lo resumía todo. Había llegado el momento de la verdad.

—Sí. Eso es precisamente lo que quiero.

Él se mantuvo en silencio, e Isabel comenzó a sofocarse al pensar que podía negarse. Su mente se puso a funcionar a toda velocidad, pensando en qué lugares y con qué personas podría enviar a las chicas. Debería dispersar a las ocupantes de Minerva House antes de que nadie descubriera su localización. No pensaba permitir que sufrieran ningún daño por culpa de su metedura de pata.

—De acuerdo.

Isabel estaba tan concentrada en su miedo que apenas percibió la respuesta.

—¿Perdón?

—Todos tenemos secretos, *milady*.

—¿De veras?

Él esbozó una ladeada sonrisa.

—Por lo menos yo los tengo. Y no me gustaría pensar que usted fuera a ir pregonándolos si los descubriera.

—No lo haría, por supuesto. —Negó vehementemente con la

cabeza.

—Aunque no las comprenda, imagino que tiene razones muy serias para esta… —señaló a las mujeres— disposición tan poco ortodoxa.

Isabel asintió con la cabeza.

—Es evidente.

Al percatarse de que ella no pensaba extenderse más, él inclinó la cabeza, satisfecho con la respuesta. Quizá Lara tuviera razón. Quizá él fuera un buen hombre.

—Se da cuenta, sin embargo, de que Nick lo descubrirá tarde o temprano.

Isabel alzó las cejas alarmada. No, Lara se equivocaba. No era un buen hombre.

—No veo por qué. Muchos hombres, incluido usted mismo, han estado en el interior de Townsend Park sin notar nada.

—Isabel… —la advirtió Lara.

Rock la ignoró.

—St. John no es como los demás hombres. Percibe todo lo que ocurre a su alrededor. Me aventuro a afirmar que si no estuviera tan distraído por «otras peculiaridades de la casa», ya se habría dado cuenta de todo.

—¡No hay nada peculiar en Townsend Park! —protestó Isabel.

Él desplazó la mirada de ella a Kate y Jane, y se detuvo un buen rato en las prendas masculinas que las tres llevaban puestas.

—Por supuesto que no. —Volvió a mirarla a ella—. No le gustará ser el último en enterarse.

—No va a ser el último en enterarse —afirmó ella, empecinada —. Simplemente no se enterará.

Rock chasqueó la lengua.

—Bueno, en cualquier caso, hemos terminado en la galería de estatuas por hoy, así que tiene toda la noche para decidir cómo piensa continuar mañana con esta charada. —Miró a Kate, como si la situación fuera normal por completo—. Necesitamos los caballos.

Entonces sonó un ominoso trueno que tuvo el poder de poner a las mujeres en movimiento.

—Por supuesto. —Kate caminó hacia donde estaba estabulado el caballo de Rock antes de detenerse de golpe. Se volvió con los ojos muy abiertos y clavó la mirada en Isabel—. ¡Oh…!

—¿Algún problema? —intervino Rock.

—¡No! —exclamaron al unísono Lara, Kate y Gwen, mirándose las unas a las otras.

—Es solo que… —comenzó Jane pero se calló de golpe.

—Señor, lo que ocurre es… —intentó Gwen, sin éxito.

—El camino está impracticable —farfulló Kate.

—No es tan malo como parece… De hecho suele ser frecuente que ocurra cuando hay tormentas veraniegas, pero se soluciona de un día para otro —se apresuró a explicar Lara, intentando que la situación no pareciera demasiado mala.

Por supuesto, era todavía peor.

—¿Entonces? —Rock miró a Isabel.

¿Era diversión lo que iluminaba sus ojos?

—No pueden irse —admitió Isabel, derrotada.

Transcurrió un rato mientras Rock procesaba la información.

—Entiendo. Entonces la situación es mucho más interesante de lo que pensaba en un principio. —Hizo una pausa—. ¿Puedo escoltarla de regreso a la casa? —Le ofreció un brazo a Lara.

Su prima se quedó parada, sin saber cómo comportarse, hasta que Gwen le dio un codazo, obligándola a enlazar su brazo con el de Rock.

—Muchas gracias, señor.

Él cubrió su mano con la de él.

—Rock, por favor.

Lara se sonrojó y emitió una risita tonta.

Isabel arqueó las cejas.

¿Su prima acababa de emitir una risita tonta?

De todas las razones por las que mantenían a los hombres lejos de Townsend Park, reírse tontamente encabezaba la lista.

Todos comenzaron a salir de los establos, dejándola atrás mientras consideraba sus opciones. Los hombres tenían que pasar allí la noche, y lord Nicholas no tardaría mucho en enterarse de sus secretos, ya fuera por su amigo o no. Las chicas no sabrían cómo comportarse con hombres en la casa. Interpretaban unos papeles, se disfrazaban durante un momento pasajero, no era un subterfugio a largo plazo. Era cuestión de tiempo que cualquiera de ellas revelara el disfraz.

Y serían descubiertas por lord Nicholas.

Podía no ser durante esa noche, pero él trabajaría allí durante dos semanas más; sería imposible guardar el secreto tanto tiempo.

Suspiró. No lo conseguirían.

Volvió a perder la esperanza. Nada había cambiado. No había solucionado ninguno de los problemas, incluso había empeorado la situación. Había invitado a un hombre a su casa, a alguien que podría arruinarlas con una sola palabra.

No parecía el tipo de hombre capaz de hacerlo, pero todo era posible. Y eso era suficiente para llevarla al borde de un ataque de nervios.

Tenía que encontrar la manera de que se pusiera de su lado, para que cuando descubriera la verdad, no las entregara.

Pero ¿cómo?

—¿Isabel?

El sonido de su nombre interrumpió sus pensamientos. Alzó la vista para toparse con la curiosa mirada de Gwen.

—¿Te pasa algo?

Sí.

—No, no me pasa nada.

Gwen la miró con incredulidad.

—Todo saldrá bien, Isabel.

Isabel no pudo contener una risita de pánico.

—Va a enterarse de todo.

La cocinera asintió con la cabeza.

—Sí.

Fue como si esa sílaba abriera todas las esclusas.

—¿Qué nos ocurrirá? —explotó con rapidez—. Al menos con mi padre estábamos a salvo. No suscitaba el interés de nadie. Nadie venía por Townsend Park ni se preocupaba por Minerva House. No teníamos dinero ni protección pero, sin embargo, estábamos a salvo. —Se paseó por el granero sin dejar de hablar, incapaz de quedarse quieta—. Y, como si mi padre no hubiera hecho suficiente abandonándonos a nuestra suerte, va y se muere. ¡Sin dejarnos nada! Ni dinero, ni seguridad, ni siquiera a alguien en quien poder confiar.

Gwen se acercó a ella.

—Isabel, de veras, todo saldrá bien.

Aquellas palabras fueron demasiado para ella. Se cubrió la cara

con las dos manos, llena de frustración.

—¡Deja de decir eso!

Gwen se quedó quieta y la tensión se espesó entre ellas.

—Deja de decirlo —repitió Isabel en voz baja—. No sabes qué pasará.

—Sé que tú encontrarás la manera de salir adelante.

—Lo he intentado, Gwen. He intentado buscar una forma. Desde que recibí las noticias de su muerte, he intentado pensar la manera de que todo saliera bien. —Meneó la cabeza—. Pero todo sale al revés: la casa se cae a pedazos, James no tiene posibilidades de aprender a ser conde; no tenemos dinero para pagar las deudas y, por último, he metido al zorro en el gallinero. —Se mantuvo en silencio un momento antes de emitir una risita amarga—. ¡Oh, qué metáfora más apropiada!

Se dejó caer pesadamente sobre una paca de heno.

—Ya no sé qué hacer, me he quedado sin ideas. —Estaba desesperada—. Y parece que con esta lluvia nos hemos quedado sin tiempo.

Ya no podría protegerlas.

No podría mantener unida la casa.

Siempre había sabido que ese día llegaría. Que sería por culpa de un error absurdo, por pura mala suerte. Siempre supo que no era lo suficientemente fuerte para protegerlas.

Había llegado el momento de admitirlo.

Le picaron los ojos.

—No puedo salvaros, Gwen.

Había una cierta aceptación en aquellas palabras que había pensado tantas veces —centenares de veces—, pero que nunca había dicho. Expresarlas en alto la ayudó.

Gwen meditó durante un buen rato qué debía responderle.

—Quizá él no sea peligroso para nosotras. Aún no he conocido a lord Nicholas, pero su amigo parece un buen tipo.

—Es imposible estar seguras.

—Se te olvida que he conocido a suficientes hombres malvados para poseer una experta opinión.

Era cierto, por supuesto. Gwen era hija de un vicario rural con una cierta inclinación al fuego y el azufre. Aunque no hablaba a menudo de su infancia, durante sus primeras semanas en Minerva

House había comentado que su padre consideraba que ella tenía más inclinación al pecado que sus hermanos, quienes se mostraban de acuerdo con su progenitor. Gwen se fue de su casa en cuanto pudo, casándose con un agricultor de la localidad que resultó ser todavía peor que su padre y sus hermanos. Había soportado las palizas durante más de un año antes de desafiar la ley y dirigirse a los brazos de Isabel.

Cuando ya llevaba tres días en Townsend Park, Gwen se despertó y encontró el camino a la cocina. Para entonces sus magulladuras ya habían comenzado a desvanecerse. Con una amplia sonrisa, que había llegado a ser su rasgo más reconocible, había proclamado que los residentes de la mansión eran el «batallón de Minerva y de los demás dioses de la guerra y la sabiduría».

Acababa de bautizar Minerva House.

Y ella estaba a punto de echarlo todo a perder.

—Es un desconocido. No podemos confiar en él.

—Soy la primera en cuestionar la naturaleza de los hombres, Isabel. Pero no todos son malos. No estoy de acuerdo contigo. —Hizo una pausa antes de continuar—. Quizá en este se pueda confiar.

Oh, ojalá fuera cierto.

—Es un incordio —dijo Isabel.

—Los hombres apuestos suelen serlo —replicó Gwen—. He leído que tiene los ojos increíblemente azules.

—Es cierto.

Gwen sonrió.

—Ah, te has fijado.

Isabel se sonrojó.

—No, no me he fijado. Es solo que…

—Te besó en el tejado, ¿verdad?

Isabel abrió los ojos como platos.

—¿Cómo lo sabes?

La sonrisa de Gwen se agrandó hasta ocupar toda la cara.

—No lo sabía. Sin embargo, ahora sí lo sé.

—¡Gwen! ¡No se lo digas a nadie!

La cocinera negó con la cabeza.

—Lo siento. No puedo prometerte eso. ¿Te gustó?

Su rubor se hizo más intenso.

—No.

Gwen soltó una carcajada.

—No sabes mentir, Isabel.

—Oh, de acuerdo. Sí, me gustó. Me parece que lord Nicholas sabe besar muy bien.

—Deberías tener cuidado. Aunque sientas inclinación por este hombre, no sabes lo que puede llegar a pasarte.

Isabel sopesó las palabras, valorándolas una y otra vez en su mente. Aquello estaba descontrolándose. Corría el riesgo de perder todo lo que le importaba, todo lo que quería. Y se dedicaba a besar a desconocidos en el tejado. Gwen tenía razón.

No sabía lo que podría llegar a ocurrirle.

Capítulo 8

—El servicio está formado solo por mujeres.

En el interior de la biblioteca de Townsend Park, Nick se apoyó en la larga mesa sobre la que había esparcido todas sus notas sobre la colección de estatuas. A pesar de que había intentado concentrarse en las figuras de mármol —lo único de aquella casa que creía comprender— después de la cena, desistió al cabo de unos minutos, demasiado intrigado por el secreto de aquel lugar. Y por su dueña.

Rock alzó la mirada del libro, impasible.

—Sí.

—Ya lo sabías.

—Sí.

Nick arqueó las cejas.

—¿Has pensado que yo no debía saberlo?

Rock se encogió de hombros.

—Estaba esperando a ver cuánto tiempo tardabas en darte cuenta.

—No mucho.

—No es que lo oculten demasiado bien.

—No. ¿Te has fijado en el lacayo que nos sirvió la cena?

—¿Te refieres a si he notado que tenía pechos?

Nick le miró con diversión.

—No deberías fijarte en esas partes del cuerpo de los miembros del servicio, Rock.

Nick se acercó a la ventana y contempló la oscuridad. Seguía cayendo una lluvia torrencial.

—¿Por qué tendrá la casa llena de mujeres?

Rock dejó el libro a un lado, se reclinó en el respaldo y miró al techo.

—No existe una respuesta lógica a esa pregunta.

—Aunque hace solo dos días que conozco a *lady* Isabel, «lógica» no es una palabra que asociaría con ella. —Se volvió hacia su amigo —. ¿Será algún tipo de escuela? ¿Una academia para señoritas?

Rock meneó la cabeza.

—No habría razón para ocultarlo. Tanto secretismo hace pensar que quizá se trate de algo ilegal.

La idea le dejó mal sabor de boca.

—Lo dudo mucho.

—Si está haciendo algo ilegal, acabará pagándolo su hermano —apuntó Rock—. Londres jamás le aceptará si tanto su padre como su hermana están involucrados en actividades de dudosa moralidad.

Nick valoró las posibilidades.

—*Lady* Isabel no tiene dinero. Si es una alcahueta no es demasiado buena. —Hizo una pausa—. ¿Crees que nos encontramos en un burdel?

—No hay burdeles sin hombres.

Nick pensó un buen rato.

—Quizá sea alguna clase de harén. Para el conde.

Rock le lanzó una mirada de incredulidad.

—¿Crees de verdad que si el Condinnoble hubiera tenido un harén no lo habría pregonado a los cuatro vientos?

La idea era absurda, por supuesto.

—No, claro que no. Pero ¿qué demonios es este lugar? Está claro que no hay ningún hombre por alguna razón.

Rock se incorporó en la silla.

—A menos que…

—A menos que, ¿qué?

—Se trata de una casa llena de mujeres.

—Sí…

—Quizá sean mujeres que no tienen interés en los hombres, sino más bien en… otras mujeres.

Nick negó con la cabeza.

—No se trata de eso.

—Nick, piénsalo. Es posible que sean…

—Puede que alguna lo sea. Pero Isabel, no.

—No puedes estar seguro.

Nick le miró indignado.

—Sí, Rock, estoy seguro. Isabel no está interesada en placeres lésbicos.

Su amigo comprendió de repente.

—¿Ya?

Ya. Y ella era suave e increíble y él quería más.

Nick regresó al lugar donde había estado trabajando antes sin responder.

—¡Bien, St. John! —dijo Rock arrastrando las palabras—. Solo puedo decir que bien hecho.

Nick se inclinó sobre la mesa con un gruñido y se puso a revisar las notas que había tomado en la galería de estatuas, ignorando la diversión de su amigo. No debería haberlo admitido. Besar a Isabel había sido un error garrafal.

O por lo menos de eso había tratado de convencerse a sí mismo, sin mucho éxito.

En vez de ello, cada vez que pensaba que podría olvidar a Isabel y el interludio en el ático, todo volvía bruscamente a su memoria… Ella, dúctil y entregada entre sus brazos.

El suspiro de una mujer era un arma, ya debería saberlo. Pero ¿cómo se resistiría a ello un hombre en sus cabales?

Era suficiente como para darse a la bebida.

Lo que era otro problema, ya que no parecía que hubiera ni una gota de alcohol en aquella condenada casa.

Les habían dado una pequeña jarra de vino con la cena que, por supuesto, habían disfrutado a solas. Las damas se habían disculpado; Isabel puso como excusa que el luto que llevaba hacía imposible que pudiera entretenerles y, en consecuencia, Lara tampoco podía acompañarlos, dado que sería incorrecto que una joven cenara a solas con dos hombres solteros.

Aunque no entendía por qué, la conveniencia era un asunto muy importante en una casa llena de mujeres vestidas de hombres.

Así que cenó a solas con Rock —una comida excelente compuesta por carne fría y verduras calientes—, y cuando les retiraron los platos, fueron conducidos por un silencioso lacayo —no, lacaya— a la biblioteca de la mansión.

Un lugar que satisfaría a Nick perfectamente si pudiera concentrarse en algo que no fuera la dueña de la casa, que suponía para él una distracción de la peor clase.

Desordenó los papeles hasta dar con los apuntes que había tomado sobre Voluptas. «Muestra una expresión de éxtasis», había escrito en las notas sobre la deliciosa figura, antes de imaginar a su propietaria en un estado similar.

Después de aquello, no había vuelto a concentrarse.

Fue entonces, con la imagen de Isabel en la cima del placer grabada en la mente, cuando comenzó a buscarla. Había sabido que estar con ella resultaría un castigo y nada más, y el encuentro en el tejado solo lo había confirmado.

Quiso que el beso no terminara nunca. Al contrario, había querido tumbarla en el polvoriento suelo del ático y demostrarle lo bien que podían pasárselo a pesar de sufrir los efectos de una tormenta de verano. De no ser por la interrupción del j oven conde, estaba seguro de que lo hubiera hecho.

Se removió con inquietud en la silla al pensarlo; la estrechez de los pantalones le recordó que aquello era un… error.

No se había sentido tan frustrado en su vida: frustrado por el bloqueo mental al que le había conducido la situación; por la autoritaria mujer que le había estremecido hasta los huesos; por la lluvia, que le había atrapado en aquella casa.

—Debe de tener alguna clase de problema. —Volvió a ponerse de pie y caminó hasta la ventana antes de regresar a la mesa y golpear la tabla con la palma de la mano. Se giró hacia Rock—. ¿No te molesta esta lluvia incesante?

El turco esbozó una media sonrisa.

—Ni siquiera nosotros podemos mover montañas, Nick.

Las palabras le molestaron.

—No quiero detener la lluvia, Rock. Solo quiero salir de esta casa.

—¿De veras?

Nick entrecerró los ojos.

—Sí. ¿Acaso lo dudas?

—No, en absoluto. —Rock volvió a concentrarse en su libro, negándose a morder el cebo.

Siempre había sido así de rastrero.

De repente, Nick abrió de golpe la ventana y atisbo en la oscuridad. Solo se veía la tormenta que envolvía la casa y una impenetrable oscuridad, un impresionante vacío negro.

Esa tarde la había deseado.

Y ahora que no podía comprenderla, la ansiaba todavía más.

Apretó los dientes.

Una copa te ayudaría a sentirte mejor.

Cerró la ventana e, ignorando el pelo mojado, se acercó al aparador para revolver entre los estantes.

—Tiene que haber alguna clase de licor en esta casa.

—Esto ya lo has hecho antes, lo sabes, ¿verdad?

Nick se volvió para mirarle fijamente.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Claro que no. —Su amigo esbozó una sonrisa irónica y volvió a enfrascarse en el libro.

Entrecerró los ojos ante tan crípticas palabras.

—¿De qué hablas?

Rock no se molestó en alzar la cabeza.

—Pues de eso. Desde que te conozco has sido presa fácil de cualquier mujer misteriosa. Todavía más si además de misteriosa tiene problemas. ¿Te atreves a negarlo? —Nick se mantuvo en silencio. Rock continuó—. Cuando te liberé de esa prisión turca, apenas podías moverte por la paliza que habías recibido por culpa de una mujer. Nos hemos visto envueltos en más peleas de las que puedo recordar dada tu inclinación por salvar a cualquier mujer que consideres en peligro. Pero, dejando a un lado el hecho de que hemos venido a Yorkshire para rescatar a una chica que todavía no has encontrado, por supuesto tienes razón. No estamos atrapados en este lugar, donde solo disponemos de libros para entretenernos, por culpa de ese extraño sentido del deber que te impulsa a proteger a todas las mujeres que conoces.

Nick frunció el ceño.

—¿Estás advirtiéndome de la inamovible esencia de la naturaleza? Como continúe lloviendo así, tendremos que construir un arca. Yo no manejo el clima, Rock.

El turco recorrió la estancia con la mirada.

—No, no lo haces, pero si *lady* Isabel fuera lord Reddich, ¿estaríamos aquí atrapados?

No le gustó aquella pregunta.

Cuando Rock pasó la página en silencio, Nick se inclinó en busca de una botella. Llegados a ese punto, le daba igual qué contuviera.

Bebería lo que encontrara.

Por lo general, habría disfrutado de una noche así, de la lluvia que le impedía abandonar la casa, de tener que ver o ser visto.

Pero ahora no lo hacía. Y no lo hacía porque estaba bajo ese techo. Bajo su techo.

Esa tormenta en particular le hacía pensar en rizos castañorrojizos goteando, en la humedad de un pecho resbaladizo por la lluvia.

Emitió una risita sin humor. Estaba en una propiedad extraña, en una biblioteca extraña, con Rock y sus notas sobre una estatua en pleno éxtasis como única compañía mientras codiciaba a la hembra más desconcertante que hubiera conocido nunca, y que resultaba ser la dueña de la casa más desconcertante que hubiera visitado jamás.

Y debía superarlo sin una copa.

Estaba claro que el universo se había conjurado contra él.

Debía salir de allí.

Giró sobre sus talones y se apresuró hacia la puerta. El rápido movimiento atrajo la atención de Rock.

—¿Adónde vas?

—Regreso a la galería de estatuas. Aquí no puedo concentrarme.

—Interesante.

Nick se detuvo en seco para lanzar una mirada airada a su amigo.

—¿Estás insinuando algo, Rock?

El turco sonrió burlonamente.

—En absoluto. Me resulta divertido que hayamos huido de las jaurías de mujeres que te acosaban en Londres para acabar aquí, con otra manada de mujeres todavía más peligrosa.

—Estás exagerando. Son inofensivas.

—¿Lo son?

Nick se irritó al escucharle. Llevaba solo un día en esa casa y ya estaba a punto de comenzar una pelea.

—Me voy a trabajar.

Atravesó la estancia y abrió bruscamente la puerta, decidido a alejar a Isabel de su mente.

Si ella no hubiera estado en el vestíbulo justo en ese momento, podría haberlo conseguido.

Pero allí estaba, paralizada; tan solo el remolino de las faldas indicaba que se había movido un instante antes. Sintió una leve decepción al verla ataviada con apropiada ropa femenina, mostrando una conservadora imagen de la excitante mujer que llenaba su mente. La prenda que la cubría era de luto riguroso, y así vestida bien podía haberse confundido con la oscuridad si no fuera por lo consciente que él era de su presencia.

Tras un rato, la tensión entre ellos creció hasta resultar demasiado intensa, y ella giró la cabeza para mirar hacia la puerta de la biblioteca. La tenue luz le iluminó el ángulo de la barbilla, la línea del cuello… y él se sintió fascinado por aquella piel de alabastro.

Isabel se giró hacia él, y el olor a azahar le envolvió. Ignoró el ramalazo de placer que atravesó su cuerpo al ver las dilatadas pupilas, el rápido movimiento de su pecho con cada aliento.

Nick se recostó contra el marco de la puerta.

—*Lady* Isabel, ¿puedo hacer algo por usted?

Era su biblioteca, ¡por el amor de Dios! Y su vestíbulo. Bueno, más exactamente la biblioteca y el vestíbulo de James, pero la cuestión era que no eran propiedad de lord Nicholas.

Y no existía absolutamente ninguna razón para que se sintiera como una niña a la que hubieran pillado con las manos en la masa. Era su hogar.

Podía andar a escondidas si quería.

Pero… La postura indolente con la que él se apoyaba contra la puerta, como si no tuviera otra cosa que hacer que observarla con una burlona sonrisa, la hacía sentir como si él supiera que llevaba casi un cuarto de hora parada ante la puerta de la biblioteca, reuniendo el valor suficiente para entrar.

Había decidido ir a verlos con la esperanza de poder sonsacarles alguna información. Fueron necesarios los ánimos de Gwen y Lara para convencerla una vez tomada la decisión.

Durante cada uno de los minutos que tuvo los ojos clavados en esa inmensa puerta, se había dicho a sí misma que Rock podría estar contando a lord Nicholas lo que había descubierto en los establos. O que el propio lord Nicholas podría estar informando a su amigo de lo ocurrido en el ático.

Había estado a punto de llamar a la puerta.

De verdad.

Hasta que decidió que debería asegurarse de que recibirían un buen desayuno a la mañana siguiente. Y comenzó a dirigirse hacia la cocina.

Él eligió justo ese momento exacto para abrir la puerta.

¡Vaya casualidad! Qué hombre más irritante.

Bien, ella también sabía parecer casual.

—¡Lord Nicholas! ¡Justo a quien quería ver!

Mmm. No has sonado casual, sino más bien como un cerdito alarmado.

Isabel ignoró la vocecita en su cabeza.

—Me alegro de poder satisfacer sus deseos —dijo él arrastrando las palabras.

Lord Nicholas estaba iluminado a contraluz por la claridad proveniente del interior de la biblioteca, y de frente, por la oscilante vela que había en el pasillo; a pesar de que su rostro quedaba en sombras, Isabel pudo intuir la sonrisa que le curvó los labios.

—Está tomándome el pelo.

—Solo un poco —confesó él, abriendo más la puerta para permitirle entrar.

Ella aceptó la invitación y, en cuanto traspasó el umbral, él cerró la puerta, atrapándola.

Isabel se detuvo en seco. Miró con aprensión la cálida estancia, percibiendo los papeles esparcidos sobre el escritorio. Regina los había acompañado al lugar y no había notado nada raro; parecía que se habían puesto cómodos con rapidez una vez que la lacayo se fue.

En una esquina, Rock cerraba una ventana. Se volvió cuando escuchó la puerta y le brindó una acogedora sonrisa y una pequeña reverencia.

—*Lady* Isabel, estaba comprobando la intensidad de la lluvia.

—Ha comenzado a disminuir —confirmó Isabel, aferrándose a aquel tema seguro—. Espero que mañana el camino vuelva a estar transitable.

—¿Con qué frecuencia se quedan incomunicados con el pueblo? —preguntó Nick.

—Sucede con frecuencia. Parte del encanto de Townsend Park es su aislamiento del mundo exterior. Hay peores cosas que las

inundaciones o la nieve, siempre que se esté dentro. —Al escuchar su gruñido, se apresuró a continuar hablando—. Claro que nuestras pertenencias no están en el pueblo. Lamento todas las incomodidades que están padeciendo.

Lord Nicholas la observaba con una minuciosidad tal que ella tuvo que contener el deseo de comprobar el estado de su peinado. Pero se limitó a sostenerle la mirada y a permanecer tan calmada como él. El silencio se alargó entre ellos; notó que lord Nicholas tenía el pelo mojado, una solitaria gota de agua le resbalaba por el puente de la nariz.

¿Habría salido afuera?

Apenas le había dado tiempo de pensar aquello cuando Nick dio un paso hacia ella para hablarle en voz baja y ronca, haciendo que se enervara de pies a cabeza.

—¿Podemos ayudarla en algo?

¿Por qué estaba allí?

Para impedir que descubra tus secretos. Para intentar que no lo eche todo a perder.

Bien, no podía responderle eso.

Por un breve momento, Isabel se quedó paralizada, aferrando la botella que sostenía entre las manos. Por fin, la llamarada de diversión que apareció en aquellos ojos azules la sacó de su ensimismamiento.

—Les he traído una botella de licor —anunció con demasiada fuerza, alzando la polvorienta botella. Ante las miradas sorprendidas de ambos hombres, continuó hablando—. No tengo ni idea de qué licor se trata, pero tenemos una caja abajo… en el sótano… Hay más. Me pareció que sería lo más apropiado en este momento. —Hizo una pausa antes de continuar atropelladamente —. Bueno, no es que a mí me guste beber, claro, pero tengo entendido que los hombres como ustedes disfrutan con ello. —Se mantuvo entonces en silencio, dándose cuenta, sorprendida, de que ellos habían permanecido mudos todo el rato mientras asimilaban su verborrea con las cejas arqueadas.

Isabel, cállate.

Cerró los labios en una línea tensa y apretada mientras le tendía la botella, una oferta de paz no muy afortunada.

Él la tomó sin apartar de ella aquella gélida mirada azul.

—Gracias.

La palabra, ronca y pausada, le aceleró el corazón, antes de derretírselo. Se le ruborizaron las mejillas de manera inesperada. Apartó la vista para mirar a Rock; mucho más grande y sombrío, pero de alguna manera más seguro. Respiró hondo.

—De nada.

Se sintió atraída por las manos de lord Nicholas cuando comenzaron a retirar el sello de lacre de la botella. Notó el cuidado, la seguridad de sus dedos… los mismos dedos que la habían acariciado aquella tarde. Estaban bronceados por el sol y tenían las uñas cuidadas, pero no se parecían en nada a las afeminadas manos de los nobles aristócratas que había conocido en el pasado.

Eran realmente preciosas.

Las admiró, ensimismada, durante un buen rato. Cuando por fin apartó la vista y lo miró, notó en sus ojos un brillo malicioso, como si él pudiera leerle los pensamientos, como si supiera que había estado admirando sus manos.

¡Qué humillante!

Por un fugaz momento, sopesó la idea de marcharse, de huir corriendo y no volver a verle. Sin embargo, cuando Rock ladeó la cabeza, recordó la razón por la que estaba allí.

Debía quedarse y entretenerlos. Debía impedir que Rock revelara el secreto de Minerva House y que lord Nicholas confesara su interludio.

Así que se quedó, aparentando indiferencia bajo el intenso escrutinio. Sin duda, aquellos hombres eran un problema.

Escondiendo su frustración con lo que esperaba que fuera una sonrisa cordial, se puso en pie.

—Necesitarán copas.

Nick asintió con la cabeza y se dirigió al aparador en el extremo más alejado de la biblioteca, se inclinó y sacó tres copas de cristal.

Ella no pudo ocultar la sorpresa.

—Observo que no le ha costado trabajo sentirse en su casa. ¿Puedo suponer que conoce también el lugar donde guardamos el resto de la cristalería?

Él le brindó una amplia sonrisa que hizo aparecer un hoyuelo en su mejilla. Ella pudo imaginar al niño problemático y encantador que debía de haber sido.

Le gustó la idea.

—Solo he echado un vistazo, se lo aseguro. Rock no me quitaba los ojos de encima… Él le confirmará que no me he quedado con nada.

Isabel miró a Rock.

—Lord Nicholas es un caballero pluscuamperfecto —aseguró con burlona seriedad.

Isabel no pudo evitar sonreír al mirar de nuevo a lord Nicholas.

—Me temo que me resulta difícil de creer.

Las palabras salieron antes de que pudiera retenerlas y supo al instante que Rock podía llegar a sospechar que hubieran tenido algún encuentro clandestino. Tal cosa no sería correcta. Volvió la vista hacia el gigante, con los ojos muy abiertos, sin saber qué paso dar a continuación. Cuando el turco comenzó a reírse, ella respiró aliviada, soltando el aire que no sabía que retenía.

—Lamento que no tengamos nada mejor —se apuró, ansiosa, cambiando de tema y señalando la polvorienta botella que lord Nicholas tenía en las manos—. Lo siento, pero no bebemos licores.

Nick vertió dos dedos de un líquido ambarino en cada copa, luego atravesó la estancia para ofrecer una a su amigo y otra a ella.

—No, gracias. —Isabel se acercó al escritorio que ocupaba una esquina lejana de la estancia. Agitó la mano en el aire—. Sin embargo, me gustaría saber qué es.

Nick tomó un trago, luego se apoyó en una estantería baja, observándola con los ojos entrecerrados.

—Es *brandy*.

Ella ladeó la cabeza.

—¿De veras?

—Sí. Podría añadir que es un *brandy* añejo que posee una calidad espectacular.

Isabel miró a Rock buscando la confirmación.

—Confieso mi sorpresa —dijo cuando el turco asintió con la cabeza—. No imagino cómo es posible que mi padre haya dejado que una botella de *brandy* espectacular permaneciera intacta tantos años en la bodega. Sobre todo cuando podría haber encontrado buen acomodo en su estómago. —Volvió la atención a la mesa—. Parece que ha realizado un montón de trabajo en una sola tarde.

Él se acercó a ella con la copa en la mano.

—Estoy deseando que amanezca para regresar a la tarea. —Hizo una pausa y la observó durante un largo rato antes de volver a hablar—. ¿Cómo cree que llegó a manos de su padre un *brandy* francés de tan buena calidad?

Isabel miró la copa de cristal que sostenía lord Nicholas, el brillo ámbar bajo sus dedos firmes. Recordaba cuándo su padre llevó aquel licor. Fue la última vez que le vio. Cuándo la tentó con un viaje a Londres, con la promesa de disfrutar de una temporada. Entonces pensó que él había cambiado hasta que descubrió que había planeado casarla, venderla al mejor postor.

Acudió a su madre, rogándole que la ayudara, que la defendiera. Y esta, desesperada por recobrar el amor que había perdido, se negó a ayudarla y la llamó egoísta.

El conde se marchó una semana después, al darse cuenta de que una hija renuente y sin dote no valía demasiado en el mercado matrimonial.

No había regresado jamás.

Su madre no la había perdonado.

Bueno, era evidente que no podía contarle la verdad a lord Nicholas.

Isabel no levantó la vista, deseando que su voz pareciera firme.

—Milord, aprendí hace mucho tiempo a no elucubrar sobre mi padre. Imagino que el *brandy* llegaría de la misma manera que todo lo demás.

—Quizá no. —Notó la cautela en su voz.

—Es posible. Nunca lo sabremos, ¿verdad?

Se puso a mirar los papeles sobre la mesa. Extendió la mano y los removió sin fijarse, desplazando las notas. Su mirada se deslizó involuntariamente sobre las palabras hasta que registró allí escrita, con líneas firmes y fluidas, la palabra «éxtasis» y se quedó paralizada.

Pero ¿qué notas estaba tomando ese hombre?

Ella ladeó la cabeza para ver mejor las palabras en el papel antes de que él la interrumpiera.

—¿*Lady* Isabel? —llamó en tono divertido.

Alzó la vista con una sonrisa demasiado brillante, ignorando el calor que le alcanzó las mejillas al percibir la mirada petulante y burlona de Nick. Aquel hombre indignante sabía perfectamente qué

era lo que había leído.

Era muy malo.

Bien, no le permitiría vencer.

—Por favor. No se queden de pie por mí. Sentémonos todos. —Señaló los sillones donde Rock había dejado el libro que estaba leyendo—. ¿Ha encontrado algo interesante que leer en esta horrible noche?

El turco pareció cohibirse ante su pregunta. Se acercó al libro con rapidez y lo tomó antes de que ella pudiera leer el título.

—En efecto.

Isabel esbozó una sonrisa.

—¿De veras? ¿De qué libro se trata?

La disimulada risa de lord Nicholas captó su atención, pero cuando le miró, él se llevó la copa a la boca.

—No tengo ni idea de qué está leyendo —dijo con aire indiferente.

Ella volvió la mirada de nuevo hacia Rock, que observaba a su amigo con una agitación que solo podía describirse como violenta.

Lo que había comenzado como una manera de alejar la conversación de su padre, se había convertido el algo mucho más interesante. ¿Estaba sonrojándose el gigante?

—¿Rock?

—*El castillo de Otranto*.

Isabel intentó contener la risa al oír el título, pero no lo consiguió. Aquella novela gótica era una de las favoritas de las chicas. Una historia que relataba las numerosas aventuras de un atormentado lord, un matrimonio forzado y la caída de un príncipe. No era el tipo de libro que esperaba que entretuviera a un hombre así.

—No me daría por aludido, Rock —aseguró Nick secamente al escucharla reír—. *Lady* Isabel jamás juzgaría a nadie por leer una novela gótica.

—¡Oh, no! No estoy juzgándole, Rock. Se lo aseguro.

—No pasa nada —intervino Rock al notar su apuro por reconfortarle—. No haga caso a Nick. Me resulta una historia muy convincente.

Nick se rio entre dientes e Isabel le lanzó una mirada de reproche antes de seguir hablando con Rock.

—¡Lo es! Cuando la leyeron las demás… —Rock agrandó los ojos al oírla y ella se apresuró a corregir su error—. Por «las demás» me refiero a Lara y otras amigas… del pueblo. Disfrutaron mucho.

—¿Y usted, *milady*? —La pregunta del turco sirvió para cubrir la metedura de pata.

—Oh, yo no la he leído. Bueno, no toda…

—¿No pudo terminarla?

Isabel negó con la cabeza.

—No llegué a empezarla. Me leí el final.

Nick se inclinó hacia delante.

—¿El final?

—Siempre comienzo los libros por el final —confesó ella.

Rock arqueó las cejas.

—¿Por algún motivo en especial?

—Me gusta estar preparada. —Se encogió de hombros.

Nick se rio y ella le sostuvo la mirada. ¿Estaba burlándose de ella?

—¿Lo encuentra divertido, lord Nicholas?

Él no se dio por aludido cuando ella insinuó que la había ofendido.

—En efecto, *lady* Isabel.

—¿Por qué?

—Porque explica muchas cosas.

¿Qué quería decir con eso?

Isabel resistió el deseo de insistir sobre el tema y se concentró en su otro invitado, que resultaba, sin duda, mucho más agradable. Se acercó a una estantería cercana y comenzó a buscar un libro, dispuesta a ignorar a lord Nicholas.

—También tenemos por aquí *La madre misteriosa*. En seguida lo encontraré.

—*Lady* Isabel —intervino Rock con ironía—, aunque agradezco su oferta, no necesito más libros para esta noche. Con este me llega y me sobra.

Ella se volvió hacia su voz.

—Oh. —Se alisó las faldas—. Estupendo. Si en algún momento decide leerlo, no dude en pedírmelo.

Rock asintió con un gesto gentil.

—Se lo agradezco pero, por ahora, creo que me conformaré con

leer sobre lord Otranto y su desafortunado hijo.

Isabel parpadeó cuando le vio dirigirse hacia la puerta. *Nunca. Ojalá Rock se quedara.*

Pero, al parecer, los dioses no estaban interesados en mantener el buen nombre de las tragedias góticas.

Hizo un último esfuerzo por retenerle en la biblioteca.

—¡Oh! ¿No prefiere leer aquí? Hay mejor luz. ¡Podríamos discutir sobre los matices del texto!

—Al menos sobre los del final, Rock —señaló Nick secamente.

Ella quiso darle con un libro en la cabeza. A ser posible uno bien gordo. La Biblia de Gutenberg, por ejemplo.

Rock sonrió.

—Me parece buena idea, *milady*. ¿Quizá mañana?

No podía insistir más sin que pareciera que no quería quedarse sola con lord Nicholas, llamando la atención sobre la tensión existente entre ellos.

—Por supuesto, mañana —convino sin entusiasmo. Y él salió de la habitación sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Cuando la puerta se cerró, la atmósfera pareció espesarse. De repente fue muy consciente de que estaba a solas con lord Nicholas. Respiró jadeante y le miró, sin saber lo que ocurriría.

Él tomó la copa de *brandy* que ella había rechazado antes y se acercó. Le recordó a un enorme felino a punto de saltar sobre su presa. Le sostuvo la mirada, admirando una vez más el vívido tono azul de sus ojos.

—Debería marcharme, ya he interrumpido su trabajo demasiado tiempo.

Nick se detuvo, considerando las palabras.

—En efecto, lo ha hecho. Pero no se me ocurriría echarla de su biblioteca. ¿Por qué no se sienta? Hablemos.

Isabel no se dio cuenta de que la había arrinconado contra uno de los sillones de la esquina hasta que sintió el asiento contra las corvas.

—¿Hablar?

Él curvó la comisura al notar su tono de incredulidad.

—Soy capaz de conversar, Isabel. Al menos eso creo.

No resultaba fácil interpretar el significado de sus palabras cuando estaba tan cerca.

Isabel se sentó, aceptando la copa que él le tendía.

—Excelente. —Él la imitó, relajándose en otro sillón, frente a ella—. Ahora, por favor, confiéseme sus secretos.

Capítulo 9

LECCIÓN NÚMERO TRES

«No tema mostrar sus mejores virtudes para seducir a su lord.

»Cuando él indague sobre sus pensamientos, asegúrese de compartir pequeñas partes de su mente; por supuesto, nada demasiado intelectual, ¡no vaya a considerarla una sabelotodo! Pero sí puede premiarle con delicados bocaditos que despierten su admiración, como cuál es su color favorito; mostrarle su inclinación por el bordado o la pintura; decirle el nombre de su primer poni… Trabaje el arte de la ubicuidad, a pesar de permanecer cerca, no se haga notar».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Isabel se quedó paralizada al escucharle, sin saber cómo responder.

—¿Mis… mis qué?

—Sus secretos, *lady* Isabel —repitió él con voz ronca y melosa —. Si mi instinto no se equivoca, son muchos y variados.

—¡Qué idea tan absurda! Mi vida es un libro abierto.

Él la observó durante un buen rato, con los ojos entrecerrados, como si deseara que le explicara algo y ya supiera que ella no iba a explicárselo. *¿Sería posible que Rock hubiera traicionado la confianza depositada en él? ¿La confianza de una casa llena de mujeres necesitadas*?

No parecía muy caballeroso por su parte, pero ¿quién aseguraba que el gigante fuera un caballero? Desde luego su amigo, lord Nicholas, no había actuado según un código de conducta demasiado honorable esa misma tarde.

Isabel meneó la cabeza. No, no iba a recordar los acontecimientos ocurridos en el ático. Y menos cuando estaba allí, en la biblioteca.

Con un canalla.

Lord Nicholas arqueó una ceja y se reclinó sobre el respaldo, desperezándose como si fuera el dueño del lugar antes de cruzar las piernas con arrogancia. Isabel se colocó las faldas apartándolas de sus botas. Él la observó con una afectada sonrisa muy acorde con su insolente mirada. Ambos sabían de sobra que el calzado ni siquiera rozaba la ropa.

A pesar de ello, no debería regodearse.

—Perdóneme, *milady*, si le digo que no la creo.

Ella abrió aún más los ojos.

—¿Perdón? —repuso en un tono tan altivo como el de cualquier reina—. ¿Está llamándome mentirosa?

—La acuso de no contar la verdad.

—¡Habrase visto! De todo lo que… —Lo de menos era que él tuviera razón y que ella le ocultara muchos secretos. Un caballero no cuestionaba jamás la veracidad de las palabras de una dama—. ¿Necesita que le recuerde que, como invitado en Townsend Park, me debe un cierto respeto?

—¿Necesita usted que le recuerde, mi muy considerada anfitriona, que tiene una deuda conmigo?

Isabel se inclinó hacia delante, ya no tan considerada.

—¿Qué quiere decir?

—Que sería mejor que me pusiera al tanto de la verdad sobre la situación antes de que la descubra por mí mismo.

—Yo… —Ella se interrumpió. ¿A qué situación se referiría?

—Conozco tu situación financiera, Isabel.

—*Lady* Isabel para usted. —Él no rectificó—. Y sigo sin entender por qué puede interesarle ese tema, lord Nicholas.

—St. John o Nick. Muy poca gente me llama lord Nicholas. —Ella tampoco rectificó—. Y es un asunto muy serio para mí, Isabel. Después de todo, fuiste tú quien me requirió para que catalogara la colección de estatuas.

—Sí. Pero yo… —tuvo que contener las palabras cuidadosamente—, yo le libero de ello.

—Sí, pero parece que la naturaleza tiene otros planes para

nosotros. —Hizo una pausa—. ¿Cuánto dinero necesitas?

¡Qué desfachatez! ¡Ese hombre era imposible! Sencillamente, un caballero que se preciara de serlo no tocaría temas monetarios delante de una dama. Era de lo más vulgar.

Después de todo, no imaginaba por qué alguna mujer querría dar caza a ese caballero en concreto. Desde luego, ella no quería.

Eso facilita las cosas.

—¡Lord Nicholas!

—Cada vez que me llames lord Nicholas, te haré una pregunta impropia.

—No hay muchas más impropias que esa.

—Por el contrario, Isabel, sé de muchos temas menos apropiados que este y que me encantaría tratar contigo.

¿Por ejemplo?

Él pareció leerle los pensamientos; sus ojos azules brillaron con intensidad como si poseyera un inquietante conocimiento y, en ese momento, ella quiso poseer la lista de todos aquellos temas impropios. Notó que se le enrojecían las mejillas solo de pensarlo. Para ocultar su rubor, tomó un sorbo de *brandy* y el líquido le quemó la garganta. Tosió un par de veces, intentando que la acción pareciera delicada y no atraer la atención masculina. Cuando notó que él no apartaba la mirada, se puso todavía más roja.

No pensaba dejar que le ganara la mano.

—En este juego podemos participar los dos, milord. Por cada pregunta impropia que me haga. Yo haré otra de la misma naturaleza.

—De acuerdo, pero ¿será capaz de formularla?

Estaba poniéndola a prueba y los dos lo sabían.

—¿Dónde se hizo…? —se interrumpió.

Hubo una larga pausa en la que él esperó a que terminara la pregunta. Ella bajó la mirada a la copa que sostenía entre las manos, muy consciente del peso del cristal, del líquido ambarino que contenían sus paredes. No era capaz de terminar la frase.

—¿Dónde me hice…?

Isabel negó con la cabeza, sin alzar la mirada. Había una gotita de licor en el borde de la copa y, llevada por el nerviosismo, la tocó con el dedo, observando cómo el líquido desaparecía en su piel y deseando poder hacer lo mismo: desaparecer de aquel lugar, de esa

conversación que estaba muy alejada de su experiencia.

—Me desilusionas, Isabel —dijo bajito—. Esperaba que resultaras una adversaria formidable. Pero parece que me equivocaba.

Al oírle, ella alzó la cabeza de golpe, llena de nuevo coraje. Observó que Nick tenía un hoyuelo en la mejilla y decidió poner fin a su diversión.

—¿Dónde se hizo esa cicatriz?

Las palabras siguieron flotando en el aire a pesar de que ella quiso recuperarlas.

¿*Cómo se te ocurre preguntar eso*?

Él sonrió de oreja a oreja y tomó un sorbo de *brandy*.

—Buena chica. Sabía que podrías hacerlo. ¿Sabes? Ninguna mujer me ha preguntado eso.

Ella deseó poder borrar la pregunta.

—Estoy segura de que no notan que…

Él arqueó una solitaria ceja, y el movimiento interrumpió sus palabras.

—No lo arruines ahora, Isabel. Me la hice en Turquía.

Ella negó con la cabeza, como si quisiera aclarársela.

—No… no quería que…

—Claro que querías. —Sostuvo en alto la copa para un brindis —. Ahora que hemos aclarado eso, ¿cuánto necesitas?

Los pensamientos de Isabel corrían a toda velocidad.

Había sido él quien había abierto la puerta.

—No estoy segura. Más de lo que produce la propiedad. ¿Cuándo?

Él no fingió entenderla mal. Mantuvo la copa casualmente en la mano pero, por un momento, olvidó el líquido que contenía.

—Hace nueve años. ¿Quieres decir que la propiedad no se puede mantener por sí sola?

Isabel bebió de nuevo. Se reclinó contra el respaldo del sillón.

—Algunos meses sí, cuando tenemos ganado y los cultivos van bien. Pero no sobra nada. Ni para enviar a James al colegio, ni para comprar ropa nueva, ni…

—¿Te gustaría tener ropa nueva?

—No. —Ella negó con la cabeza—. Me refiero a ropa nueva para James, para… —Se interrumpió. *Para las chicas*. Buscó sus ojos—.

¿Le dolió?

—Pudo doler más.

—¿Más que un corte de más de diez centímetros en la mejilla?

Él negó lentamente con la cabeza.

—Me toca a mí. Y para que conste, a mí sí me gustaría que tuvieras ropa nueva. Me gustaría verte ataviada con colores brillantes y atrevidos. Creo que te favorecerían… Por lo menos te favorecerían más que los colores del luto. Me encantaría verte de rojo. O de rosa intenso. —Ya fuera por el *brandy* o por la conversación, Isabel se sintió más relajada. La envolvió una cálida sensación mientras esperaba que Nick continuara hablando. Se preguntó qué diría a continuación, ansiosa por seguir la conversación pero temiendo los temas que podría sacar a colación —. ¿Por qué no te has casado?

No era la pregunta que esperaba.

—Pues… —Se interrumpió, insegura—. ¿Qué importancia tiene eso?

Él curvó la boca en una ladeada y astuta sonrisa.

—Oh, veo que he encontrado un tema interesante.

—Se lo aseguro, milord, no es nada interesante.

—Claro que lo es. —Nick se puso en pie y atravesó la estancia para rellenar la copa. Regresó con la botella para servirle a ella un poco más; Isabel no se negó—. El matrimonio es la respuesta a tus problemas, Isabel. ¿Por qué no te casas?

Isabel había pensado que no existía un tema que quisiera discutir menos que la situación financiera de la propiedad. Pero al parecer se equivocaba.

—Jamás ha sido una opción. ¿Cómo ocurrió?

Él se sentó de nuevo frente a ella.

—Estaba donde no debía estar. No creo que sea porque el matrimonio no haya sido una opción. Inténtalo de nuevo.

—Los únicos hombres que han mostrado interés por mí han sido los amigos de mi padre. Si le hubiera conocido, tampoco consideraría el matrimonio una opción. —Tomó otro sorbo. En esta ocasión, el sabor del licor le resultó más agradable—. No me creo que se tratara solamente de que estuviera donde no debía. Inténtelo de nuevo.

Él sonrió al reconocer sus palabras.

—Una buena maniobra, *milady*. —Él se reclinó en el sillón—. Te lo contaré si eres honesta conmigo. ¿Estás preparada para aceptar el reto?

No. Pero, en ese momento, no había nada que no le prometiera con tal de escuchar su historia.

—Por supuesto.

Él arqueó una ceja, pero comenzó a hablar.

—Por culpa de una inmensa mala suerte y por fiarme de quien no debía, acabé en una prisión turca mientras estaba en Oriente. —Ella contuvo el aliento, esperando que continuara—. Permanecí allí veintidós días antes de que Rock me encontrara y me rescatara. Haber salido de allí con solo una cicatriz visible es bastante impresionante.

¡*Qué horror*! Qué afortunado había sido de que Rock le encontrara. ¿Qué habría ocurrido si no lo hubiera hecho? ¿Y si hubiera pasado allí un mes? ¿Un año? ¿Tendría entonces más siniestras cicatrices?

Él se inclinó hacia delante y estiró un brazo hacia ella. Se puso rígida cuando los largos dedos rozaron el espacio entre sus cejas, alisando el ceño fruncido.

—Casi puedo ver tus pensamientos.

Ella negó con la cabeza, alejándose de la suave caricia.

—Tonterías. Me alegro de que escapara de sus captores. ¡Debió de ser horrible!

Fue una suerte que Rock diera con usted.

—No te formes ideas románticas, Isabel —la advirtió—. Te aseguro que merecí la cicatriz. —Las palabras fueron como una piedra que cayera entre ellos. ¿Qué querría decir con aquello? *¿Cómo era posible que ese hombre, ese caballero, ese… experto en antigüedades… hubiera hecho algo para ganarse esa marca*?

Isabel abrió la boca, pero él continuó antes de que pudiera formular ninguna de las preguntas que le pasaban por la mente.

—Es tu turno. —Ella parpadeó un par de veces. ¿A qué se refería?—. Matrimonio.

Ahora debía andarse con pies de plomo.

—Nunca… nunca he querido casarme.

Él esperó.

—¿Y…? —la apremió cuando vio que no añadía nada más.

Ella negó con la cabeza.

—Tiene razón. El matrimonio solucionaría muchos de mis problemas… pero creo que causaría muchos más.

Él se rio.

—Perdona. Pero no he conocido a ninguna mujer que piense eso del matrimonio —explicó cuando le miró.

Ella supo al instante que él estaba pensando en los artículos de *Perlas y Pellizas*.

—No, claro. Ya imagino.

—¿No sientes ningún deseo de casarte?

—Quizá si estuviera totalmente segura de que sería un matrimonio feliz. —Isabel chasqueó la lengua tras decir eso mientras miraba fijamente la copa antes de beber el último sorbo. La verdad era más fácil de aceptar ahora—. Pero un matrimonio feliz jamás fue una opción viable.

—¿No?

Ella alzó la vista y le sostuvo la mirada.

—No. ¿Conoció a mi padre personalmente?

—No.

—Una suerte para usted, se lo aseguro. —Por un momento, pensó que él replicaría a sus amargas palabras, pero guardó silencio —. No pasaba aquí mucho tiempo… Mi madre… Mi madre estaba enamorada de él, aunque yo nunca he comprendido la razón. Supongo que era un tipo atractivo y, desde luego, muy divertido. Para él todo era una fiesta. Pero jamás estuvo aquí cuando le necesitamos.

Podría decir más —mucho más—, pero permaneció en silencio. A pesar de lo fácil que le resultara hablar con lord Nicholas St. John, él era un peligro para ella… para todas. Y debía mantenerle a distancia.

—No es necesario que añada que no me apetece nada padecer un matrimonio así.

Él asintió una vez con la cabeza, lentamente, como si la entendiera.

—No todos los matrimonios son así.

—Quizá —convino ella, antes de volver a mirar la copa vacía—. Supongo que tiene una familia afectuosa, cariñosa y maravillosa. Que es el producto de una unión por amor.

A Nick le dio la risa al escucharla y el sonido atrajo su atención.

—No puedes estar más alejada de la realidad. —No se extendió más; cambió de tema—. Así que vas a vender la colección.

La punzada de dolor se extendió como una llamarada. Guando habló no pudo evitar la pena en su voz.

—Sí.

—Pero no quieres.

No tenía sentido mentir.

—No.

—Entonces ¿por qué lo haces? ¿No ha designado tu padre un albacea que pueda ayudarte?

—Nuestro protector, si se le puede llamar así, no ha dado señales de vida.

Como siempre, mi padre me ha dejado a mí la tarea de poner comida en la mesa y un techo sobre nuestras cabezas. —Hizo una pausa, luego sonrió—. Literalmente.

Él sonrió al escuchar su chiste y, durante ese momento de diversión compartida, algo cambió en sus pupilas, tornándose afectuosas como el cielo en una tarde de verano. Ella supo cuál había sido el rumbo de sus pensamientos: el tejado, la lluvia y su encuentro en el ático. Notó que se ruborizaba y luchó contra el deseo de cubrirse las mejillas con los dedos para ocultar el color.

—Quizá le conozca.

—¿A su albacea?

Ella asintió con la cabeza.

—Oliver, lord Densmore.

Nick arqueó las cejas bruscamente.

—¿Densmore es el albacea?

No le gustó cómo sonaba aquello.

—¿Le conoce?

—Sí.

—¿Y cómo es?

—Es… —Observó a Nick fijamente mientras él buscaba el adjetivo adecuado—. Bueno, es entretenido.

—Entretenido… —Isabel repitió la palabra, decidiendo que no le gustaba.

—Sí. ¿Qué dijiste de tu padre? ¿Que para él todo era una fiesta?

Isabel asintió con la cabeza.

—Pues Densmore es igual, no es mal tipo, pero no es el hombre que elegiría para proteger a mi familia.

Por supuesto.

Siempre lo había sabido, aunque una parte de ella esperaba que, en su última voluntad, su padre se hubiera comportado como un padre de verdad; ya que no con ella, al menos con James.

Cuando las palabras de Nick confirmaron sus peores presagios, una inmensa opresión se alojó en su pecho. De repente, no podía respirar. Otro hombre irresponsable y desequilibrado podía caer en cualquier momento sobre James, las chicas y ella. La sensación de pánico crecía sin restricciones.

Tenía que sacar a las chicas de allí. En ese preciso instante. Antes de que las descubrieran.

Antes de que un hombre como su padre echara por tierra todo lo que había conseguido.

Isabel respiró hondo, pero no había aire.

—Isabel.

El sonido de su nombre llegó desde muy lejos cuando cerró los ojos, necesitaba respirar. Nick estaba a su lado; su firme mano en la espalda, sobre el corsé.

—Estas cosas son instrumentos de tortura —masculló él, alzándole la barbilla con un dedo y obligándola a mirarle—. Mírame. Respira.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy… —Se interrumpió; volvió a intentarlo—. Estoy bien.

—No, no lo estás. Respira.

La voz, firme y calmada, la sosegó, y obedeció la orden. Respiró hondo muchas veces, temblorosa, bajo la guía de su mirada y la tierna caricia de su mano.

Cuando volvió a la normalidad se dejó caer contra un brazo del sillón, ansiosa por alejarse de aquel inquietante contacto. Él la soltó, pero no se movió del lugar en el que estaba, agachado al lado del asiento. Isabel apartó la vista, sintiéndose culpable y avergonzada por su reacción. Entonces su mirada cayó sobre la puerta en el extremo de la biblioteca y valoró si tenía alguna posibilidad de escapar.

—Ni se te ocurra marcharte.

Podría irse si quisiera. Era su casa, por el amor de Dios. Él no

tenía ningún poder sobre ella. Se aferró al borde del sillón hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No es necesario que estés tan preocupada.

Los ojos de Nick brillaron intensamente cuando apoyó las rodillas en el suelo y le tomó ambas manos entre las suyas.

—Te pesan demasiado los secretos, Isabel. En algún momento tienes que compartirlos.

Le miró. El hombre que se había arrodillado ante ella parecía un buen tipo. Y fuerte. Y rico. Se dio cuenta de que era, de hecho, su mejor esperanza.

Ojalá ese pensamiento no la hiciera sentir tan culpable.

—¿Por qué no empiezas con tu padre? —Ella se retiró, resistiéndose físicamente a la idea de hablar sobre el hombre que había determinado el rumbo de su vida, a pesar suyo. Él le apretó las manos—. ¿Por qué no me hablas de eso en lo que no puedes dejar de pensar?

Isabel contuvo el aliento ante tan sutil engatusamiento.

¿Qué pasaba si se lo decía?

¿Qué ocurriría si liberaba algunos de sus secretos?

Revoloteaban en su interior, como a punto de ser atraídos por algo más fuerte que ellos. Sintió el silencio como si fuera un peso físico. Ninguno de los dos se había puesto guantes esa tarde; la naturaleza casual de la situación no lo requirió.

Él le frotó las manos suavemente, deslizando las puntas de sus dedos, anchas y —para su sorpresa— ásperas, por cada una de sus falanges. Ella observó el movimiento, sorprendida por las callosidades en su piel. ¿Cómo era posible que uno de los caballeros más codiciados de Londres tuviera las manos de un trabajador? Se dejó llevar por la sensación de sus cálidas manos hasta que casi cedió a su petición.

Casi.

Pero una parte profundamente enterrada en su interior sabía que abrir el corazón a ese hombre sería demasiado peligroso.

Él la hacía creer que podría compartir sus cargas con él.

Cuando lo cierto era que estaba sola y siempre lo estaría.

Siempre pensó que eso era lo mejor. Cada una de las mujeres que conocía y que había decidido compartir su vida con un hombre, habría acabado lamentándolo.

Aquello era algo que aprendió de su madre, de las mujeres de Minerva House.

Compartir la existencia con un hombre llevaba a convertirse en media mujer. Y ella no quería sentirse así.

Por mucho que la tentaran sus manos calientes y sus palabras alentadoras.

Tragó saliva, deseando que su voz resultara fuerte y firme.

—No tengo nada que decir sobre él. Sabe de su reputación tan bien como yo. Mejor, imagino. No le conocíamos y él tampoco tenía interés en conocernos a nosotros. —Encogió los hombros ligeramente y tiró de las manos, ansiosa por liberarlas de las suyas.

Nick no respondió. Le soltó una de las manos pero retuvo la otra con firmeza.

Le dio la vuelta y clavó en ella los ojos antes de comenzar a trazar lentos círculos sobre la palma. La sensación era embriagadora.

—No tienes que contarme nada —susurró—, pero quiero que me creas cuando te digo que no puedes dejar que controle tu vida. No permitas que te prive del placer de vivir.

Alzó los ojos a los de él, pero Nick no la miraba. Observaba los movimientos de sus dedos, la presión de sus pulgares, que enviaban aquellas maravillosas y excitantes oleadas por todo su cuerpo. Isabel suspiró y se dejó caer sobre el cojín del sillón sabiendo que debería detenerle, pero incapaz de reunir la energía necesaria para hacerlo. Lo que fuera que le estaba haciendo en la mano… era delicioso. Lo más delicioso que ella hubiera experimentado en mucho tiempo.

Salvo quizá su beso.

Aquello también resultó delicioso.

Lo cierto era que debería apartar su mano de la de él.

Pero algo de lo que le hacía… Quizá aquella manera en que sus yemas encontraban el lugar más sensible de su palma, le hacía experimentar un placer desconocido.

Deslizó la mirada por sus brazos hasta llegar a la altura de la garganta; un tendón musculoso desaparecía bajo el cuello de la camisa. La línea que trazaba era preciosa y estaba bronceada por el sol. Jamás se había fijado en el cuello de nadie y se preguntó por qué lo hacía entonces, sin dejar de deslizar la vista por la longitud

del cuello y la mandíbula.

Realmente, los cuellos eran algo magnífico.

Él aflojó la presión en la palma para frotarle con los pulgares las yemas de los dedos. Ella se derritió con la fricción, hundiéndose más en el sillón. Nick continuó su caricia, deslizando, apretando, acariciando, enviando oleadas de placer a todo su cuerpo. Isabel suspiró; sabía que debía detenerle, pero no era capaz de hacerlo.

Se limitó a alzar la vista hasta su cara, notando el afilado ángulo de su mandíbula donde se unía con el cuello, la barbilla firme y los labios suaves. No se demoró en la boca… ni en los inquietantes recuerdos que le provocaba; concentró su atención en una pequeña y casi imperceptible curva en su nariz.

Se la había roto en algún momento. ¿Quizá cuando se hizo la cicatriz?

¿Quién era ese hombre? A veces era un caballero experto en antigüedades; otras, un misterioso fugitivo de una prisión turca y, por último, el tipo que mejor besaba del mundo.

¿Por qué parecía comprenderla tan bien?

Y, más importante todavía, ¿por qué ella quería que la conociera mejor?

Llevó de nuevo la mirada a sus ojos; seguía concentrado en sus manos, pero ella estudió sus pupilas con atención. El brillante azul que hacía que todas las mujeres de Londres quisieran cazarle —si se fiaba de aquella estúpida revista— no era simplemente azul. Era una sensacional combinación de motitas grises, amarillas y zafiro… Y estaban rodeados por unas largas pestañas negras que serían la envidia de cualquier cortesana.

Era muy apuesto.

El pensamiento se abrió paso en su cabeza haciendo que se enderezara; tiró bruscamente de la mano que él sostenía y rechazó la sensación de pérdida que la inundó al hacerlo. Tragó saliva en busca de valor.

—Se toma usted demasiadas libertades, lord Nicholas. —Logró no arredrarse al notar que le temblaba la voz, y se sintió orgullosa de su valor.

Sin vacilar, Nick se puso las manos sobre sus muslos y curvó los labios en una irónica sonrisa.

—Te he escuchado suspirar, Isabel. Tu cuerpo no pensaba que

estuviera tomándome demasiadas libertades.

Ella abrió los ojos como platos al escucharle.

—¡De todos los hombres arrogantes y poco caballerosos…! ¿Cómo se atreve a decir eso?

Él encogió los hombros de manera imperceptible.

—Te advertí lo que pasaría si volvías a llamarme lord Nicholas.

Isabel abrió la boca para replicar, pero la cerró porque no sabía qué decir. Qué frustrante. En las novelas, a la protagonista siempre se le ocurría algo oportuno.

Pero ella no era una heroína.

Meneó la cabeza para aclararse los pensamientos, luego enderezó los hombros y se levantó frente a él, disfrutando del roce de las faldas contra su hombro.

Cuando consideró que estaba lo suficientemente lejos, se volvió.

Pero se lo encontró de pie a su lado, demasiado cerca.

Se quedó paralizada. Observó con nerviosismo que él subía la mano hasta su mejilla y deslizaba las puntas de los dedos sobre su piel, haciendo que se estremeciera. Se sintió envuelta en su olor; una intoxicante combinación de *brandy*, sándalo y algo embriagador que no lograba situar. Resistió la tentación de cerrar los ojos y apoyarse en él, alentándole a que fuera más allá.

¿Qué ocurriría si lo hacía? ¿Qué pasaría entonces?

¿Volvería a besarla?

¿Querría ella que lo hiciera?

Isabel permaneció completamente quieta, embelesada por la ternura de su contacto.

Sí. Quería que la besara.

Su mirada buscó la de él, anhelando que se acercara más, que repitiera lo que había hecho esa tarde.

Nick estaba leyéndole los pensamientos, y ella lo sabía. Notó el masculino parpadeo de satisfacción en su mirada cuando percibió su deseo, pero no le importó.

No le importaba nada con tal de que él la besara.

Estaba muy cerca. La volvía loca. No podía soportar la espera, la intensa anticipación por aquella caricia y, finalmente, cerró los ojos, incapaz de sostener su mirada azul, penetrante e inteligente. Al no percibir nada con la vista, Isabel se dejó llevar por su calidez. Sabía que estaba siendo descarada, pero había algo en ese hombre que la

hacía olvidarse de sí misma y del pasado. De todo lo que se había prometido que no haría.

—Isabel… —susurró él.

Ella resistió el deseo de abrir los ojos por miedo a quebrar aquel cálido e íntimo hechizo que se había tejido en torno a ellos. Se limitó a celebrar el sonido de su nombre, su voz profunda, mientras alzaba las manos para rozar la gruesa tela de su chaqueta, con los dedos hormigueándole por el deseo de explorar el ancho pecho.

Él le había hablado de los placeres de la vida. Ella quería que se los mostrara.

El breve roce pareció sacar a Nick de su embeleso y ella suspiró cuando le rozó los labios con los suyos, embargada por una mezcla de alivio y placer.

El beso fue más suave, menos urgente que el que compartieron esa misma tarde, más una exploración que una caricia. Él le deslizó las manos por la nuca, debajo del cabello, al tiempo que abandonaba sus labios para rozarle suavemente el cuello, haciéndole experimentar embriagadoras sensaciones. Suspiró y separó los labios. Nick la recompensó con un beso más profundo antes de dibujar un camino de fuego con la lengua en el labio inferior.

Ella extendió los dedos y le pasó las manos por los anchos hombros, apretándose contra su pecho, acercándose todo lo que podía. Él correspondió rodeándola con los brazos y acunándola entre ellos mientras le acariciaba la mejilla con los labios, camino de la oreja, donde susurró su nombre —más una sensación que un sonido— antes de tomar suavemente el lóbulo entre los dientes y mordisquearlo hasta que un intenso escalofrío de placer le hizo rodearle el cuello.

Notó su sonrisa de satisfacción cuando le presionó la boca detrás de la oreja, donde el pulso palpitaba con un ritmo alocado e insoportable. Él siguió besándola con pequeños besos irresistibles en el cuello, tomándose su tiempo para rozarle la piel con los dientes hasta que ella gimió de placer y casi perdió el equilibrio.

Entonces él la alzó entre sus brazos y, sin apartar la boca de la de ella, se sentó en el sillón junto a la chimenea con ella en el regazo. Nick alzó la cabeza buscándole los ojos, para confirmar su consentimiento antes de continuar. Ella suspiró con aprobación

cuando la obligó a alzar la barbilla y buscó con la boca la suave piel donde el hombro se une con el cuello para lamerla con suavidad. La aspereza de su lengua hizo que la envolviera una salvaje sensación.

Contuvo el aliento y el sonido hizo que él se concentrara en su boca. Nick volvió a apoderarse de sus labios, introduciendo la lengua entre ellos mientras deslizaba una mano por el lateral de un pecho. Una vez allí, se detuvo, pero la sensación de calor la volvió loca. Notó que el seno se volvía infinitamente más pesado que nunca, que se hinchaba desesperado por ser tocado. Quería que él moviera esa mano de una manera que no había soñado antes de ese momento…

Antes de ese hombre.

Se retorció en su regazo, incitándole a moverse, a tocarla; él abandonó sus labios y abrió los brillantes ojos azules para capturar su mirada.

—¿Es esto lo que quieres, preciosa? —Movió el pulgar ligeramente, pero lo suficiente como para demostrar que sabía muy bien lo que ella quería. Estaba jugando con ella.

—Yo… —No fue capaz de decir más.

Él presionó la mano —aquella mano malvada que estaba cerca de donde ella quería— al tiempo que llevaba los labios a su oreja.

—Tan hermosa… tan apasionada… mi propia Voluptas. —Las palabras, apenas audibles, le hicieron sentir una oleada de calor—. Enséñame lo que quieres.

Entonces se desató algo en su interior. Deslizó los dedos bajo el brazo hasta la mano inmóvil. Se retiró para buscar sus ojos con más valor del que tenía y se la colocó de tal manera que le envolviera el pecho. Cuando el henchido peso se acomodó en su palma, ambos observaron la manera en que él deslizaba las yemas, pasando el pulgar sobre el lugar donde el pezón se tensaba bajo la tela. Ella contuvo el aliento y sus miradas se encontraron.

—Dime lo que sientes.

Ella se sonrojó.

—No… no puedo.

Él repitió la caricia y ella jadeó.

—Claro que puedes.

Isabel negó con la cabeza.

—No tengo… Es demasiado… demasiado bueno.

Él la recompensó con otro largo beso mientras le deslizaba el dedo por el borde del vestido, recorriendo la tela que se tensaba contra la piel. Ella gimió, interrumpiendo el beso. Nick apoyó la frente en la suya, con una sonrisa bailando en sus labios hinchados.

—Y será todavía mejor —prometió con pasión.

La alzó otra vez, sorprendiéndola con el movimiento cuando él se levantó y volvió a sentarla con absoluta facilidad. Se recostó sobre ella, apoyándose en los brazos de la silla, y la besó de nuevo, hasta que a Isabel le resultó imposible moverse.

Entonces se retiró y ella abrió los ojos. Leyó en los de él un intenso deseo que fue sustituido con rapidez por algo que solo pudo definir como decisión. Confundida por el cambio, no pudo hacer otra cosa que observarle.

—No sé lo que ocultas, Isabel —le susurró—, pero lo averiguaré muy pronto. Y si está en mi poder cambiarlo, lo haré.

Se quedó boquiabierta ante aquellas inesperadas palabras.

Él se apartó y, mientras ella seguía anhelando sus caricias, salió de la estancia con unos movimientos tan confiados como sus palabras.

Capítulo 10

Nick supo que alguien le observaba antes de abrir los ojos. Mantuvo la respiración sosegada mientras barajaba sus opciones.

Escuchaba un suave jadeo a tan solo unos metros. El extraño estaba cerca, muy cerca de la cama, y no parecía nervioso. Si hubiera sido diez años antes, si estuviera en Turquía, estaría preocupado, pero… Se hallaba en Yorkshire, atrapado por una tormenta y con un número de visitantes muy limitado.

No olía a flores de azahar, lo que quería decir que, desafortunadamente, no se trataba de Isabel. Le hubiera gustado despertar a su lado. Los acontecimientos de la noche anterior solo habían servido para incrementar su curiosidad; jamás había conocido a una mujer tan apasionada… y misteriosa. Quería descubrirlo todo sobre ella.

Sí, le hubiera gustado haber despertado acurrucado a su lado en un nido caliente, ver su somnolienta y acogedora mirada de miel. No había nada en el mundo que le hubiera hecho dejar esa cama.

Apartó a un lado esos pensamientos para concentrarse en el presente. Su visita no era peligrosa —por lo menos no era un peligro que no pudiera capear—, pero no era el momento para dejarse llevar por fantasías sobre la dueña del lugar. De hecho, soñar con Isabel sería, ciertamente, una tarea muy comprometida.

Abrió los ojos y se topó con una seria mirada castaña, pero muy diferente de la que había estado imaginando.

—Bien. Ya está despierto.

De todas las personas posibles, jamás hubiera esperado encontrarse con el joven conde de Reddich arrodillado junto a su cama, mirándole sin parpadear.

—Eso parece.

—Estaba esperando a que despertara —anunció James.

—Lamento haberle hecho esperar —repuso Nick con brusquedad.

—No importa. No tengo clase hasta dentro de una hora.

Nick se sentó en la cama, las sábanas de lino cayeron hasta su cintura desnuda cuando se pasó la mano por la cara para ahuyentar el sueño.

—¿No le han dicho nunca que meterse en los dormitorios de los invitados es de mala educación?

James ladeó la cabeza.

—Pensaba que se referían solo a las habitaciones de las chicas.

Nick sonrió.

—Sí, bueno, es todavía más importante que no lo haga en las habitaciones de las damas.

James asintió con la cabeza, como si le hubiera contado un gran secreto.

—Lo recordaré.

Ocultando su diversión, Nick pasó las piernas por el borde de la cama y se puso la bata —demasiado estrecha— que le habían ofrecido la noche anterior. Se levantó y se anudó el cinturón antes de volverse al niño que le miraba desde el lado contrario de la cama.

El niño transmitía un aire de seriedad; sus ojos castaños mostraban demasiada cautela para sus pocos años mientras estudiaba sus movimientos. Incapaz de mantener los pensamientos alejados de Isabel, pensó que al parecer la seriedad era un rasgo hereditario.

—¿Qué puedo hacer por usted, lord Reddich?

James meneó la cabeza.

—Nadie me llama así.

—Pues deberían empezar a hacerlo. Eres el conde de Reddich, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces?

James se mordisqueó el labio inferior.

—Lo cierto es que no hago las cosas que hacen los condes. No soy lo suficientemente mayor.

—¿A qué te refieres?

—A las cosas que hacía mi padre.

—Sí, bueno, tengo la certeza de que no eres lo suficientemente mayor para hacer las cosas que hacía tu padre —convino Nick, cruzando la habitación para inclinarse sobre la jofaina y lavarse la cara. Tomó una toalla que estaba doblada al lado y se secó antes de volverse hacia el chico, que ahora estaba sentado a los pies de la cama, observándole.

—Supongo que pronto aprenderé —confesó James. Nick notó la falta de ilusión en su tono—, Isabel dice que cuando usted termine de catalogar la colección, tendremos dinero para enviarme al colegio.

Nick asintió con la cabeza y se volvió para coger los útiles de afeitado que había junto a la jofaina. Se enjabonó la cara mirándose en el espejo, consciente de que el niño seguía sus movimientos con fascinación.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez.

La edad a la que a él le cambió la vida.

Tomó la navaja de la mesa cercana y se desentendió de la atenta mirada del muchacho. Apoyó el filo sobre la mejilla.

—Mi hermano es marqués, ¿sabes?

A James le llevó un momento percatarse de las palabras, concentrado como estaba en el movimiento de la hoja sobre su piel. Cuando por fin las asimiló, el joven conde agrandó los ojos.

—¿De veras?

—De veras. —Nick se dedicó unos segundos a la tarea antes de seguir hablando—. Fue en el colegio donde aprendió a ser marqués.

El silencio flotó entre ellos, interrumpido solamente por el sonido del agua cuando Nick enjuagaba la navaja.

—¿Usted ha ido al colegio? —preguntó el niño tras considerar su información durante unos minutos.

—Sí.

—¿Le gustó?

—A veces.

—¿Y el resto del tiempo?

Nick permaneció en silencio mientras se rasuraba la barbilla pensando las respuestas. Tenía mucho en común con aquel muchacho: una historia extraña que le hacía diferente al resto de los niños de la aristocracia, un futuro incierto, un pasado aciago. Nick

recordó la marcha de su madre, la cantidad de murmuraciones a las que dio pie su partida, la manera en que su padre los envió al colegio sin haber pasado por las manos de un tutor, sin pensar que serían presa fácil de las bromas de los demás chicos. Como segundón sin título, él había recibido la mayor parte de las burlas, así que se refugió en los estudios, entregándose por completo a la tarea escolar.

Aquello fue antes de que aprendiera a utilizar los puños; de que se diera cuenta de que su tamaño, su estatura y su poderío físico podían abrirle la puerta a una vida en la que era algo más que el segundón del marqués de Ralston.

No, no le había gustado el colegio. Pero sería diferente para James. Él no era hijo de un marqués débil y una marquesa sin principios. Era conde, y le respetarían por su título.

—Algunas veces, los hombres debemos hacer cosas que no nos gustan. Es lo que nos hace hombres.

James sopesó las palabras. Nick le observó a través del espejo, preguntándose qué estaría pensando. Por fin el niño alzó la cabeza.

—Me gustaría que me consideraran un hombre.

—Entonces me temo que deberás ir al colegio.

—Pero eso es…

Nick no presionó más al niño, se dedicó a secarse la cara recién afeitada y a esperar a que hablara.

—¿Qué ocurrirá con las chicas?

Nick notó una opresión en el pecho, una cálida sensación que se extendió por todo su cuerpo. El chico estaba preocupado por su hermana. Y, considerando las imprudencias que esta había cometido durante los últimos días, Nick no le culpaba.

No se lo dijo, claro está.

—Tu hermana parece saber cuidarse sola, ¿no crees?

James negó con la cabeza.

—A Isabel no le gusta estar sola. Se pondría muy triste si me fuera.

En su mente apareció una imagen de Isabel solitaria y triste. No le gustó nada.

—Creo que comprenderá cuál es tu deber.

El niño volvió a mordisquearse el labio, una costumbre cautivadora que Eton se ocuparía de quebrar, pensó con una

punzada de decepción.

—¿Y qué ocurre con mi deber aquí? ¿Con las chicas? —preguntó James.

—Isabel y Lara seguirán aquí cuando regreses. Y estarán encantadas de que sepas ser conde.

James negó con la cabeza vehementemente.

—No, no… —Se interrumpió para meditar sobre la situación y comenzó de nuevo—. No podré protegerlas si estoy en el colegio.

Nick se puso alerta al escuchar esas palabras.

—¿Protegerlas? —repitió, manteniendo un tono pausado mientras se acercaba a James—. ¿Protegerlas de qué?

El niño apartó la mirada y se puso a contemplar por la ventana el verde paisaje.

—De… todo.

Nick supo en seguida que James no se refería a una hipotética preocupación general, sino a algo específico. También supo que el niño no lo compartiría con facilidad.

—James —comenzó, intentando no asustarle—, si algo te preocupa yo puedo ayudarte.

James volvió la mirada atrás y clavó los ojos en la cicatriz de Nick. No le sorprendía que la mirara, sino que estaba seguro de que era la primera vez que la veía. Sin embargo, James pronto desvió la atención, en esta ocasión a sus hombros, donde se tensaba la tela de la bata, demasiado pequeña para él.

—Sí, creo que podría ayudarme —concluyó finalmente—. Creo que es lo suficientemente grande para hacerlo.

Si no estuviera tan preocupado por las palabras de James, Nick habría sonreído.

Conocía su tamaño y sabía que resultaba apabullante para los que no estaban acostumbrados a él.

—Jamás me he enfrentado a un peligro que no pudiera superar.

Esas palabras tan pedantes eran solo una verdad a medias, pero el niño no tenía por qué saberlo.

James asintió con la cabeza.

—Necesitarán que alguien las proteja. En especial…

Isabel.

El nombre flotó en la mente de Nick al notar una gran preocupación en la cara del joven conde.

¿Sería posible que ella corriera un serio peligro? ¿Que alguien la persiguiera?

¿Que estuviera ocultándose? Nick apretó los dientes presa de una abrumadora ansia de protección. Quería salir de aquella estancia, buscarla y arrancarle toda la información que pudiera. ¿En qué demonios estaba metida esa chica?

—En especial Georgiana —susurró James finalmente.

Se le encendieron todas las alarmas. ¿*Georgiana*?

—¿Quién es Georgiana?

—Mi institutriz.

La habían encontrado.

Surgió el placer de la cacería, pero se apresuró a aplastarlo, conservando un tono casual.

—¿Cuánto tiempo hace que es tu institutriz?

—Tan solo unas semanas. Pero es muy buena. Sabe latín y muchas cosas sobre ser conde.

Conocimientos normales en la hermana de un duque.

—¿Qué ocurre si me necesita y no estoy aquí?

La pregunta del niño le arrancó de sus pensamientos. ¿Cuántas veces se había preguntado lo mismo cuando tenía la edad de James? ¿Qué ocurriría si su madre le necesitaba y él no lo sabía? ¿Cómo podía protegerla cuando no tenía ni idea de adónde había ido?

Meneó la cabeza para aclarársela. Aquel era un niño embelesado con su institutriz; algo completamente diferente.

—Sé que es difícil imaginarte lejos de aquí, pero tengo la certeza de que estará bien sin ti. —James pareció no estar de acuerdo, pero Nick no le dejó intervenir—. Ahora está bien, ¿verdad?

—Sí. Pero ¿qué ocurrirá si alguien viene a buscarla?

Se sintió culpable como el pecado. Ya ha llegado alguien para llevársela.

—Estará bien.

Al menos podía prometerle eso.

James quería decir algo más, era evidente, pero bajó la mirada al suelo.

—Supongo. Quizá si yo me fuera podría quedarse usted. Solo para estar seguro de que está a salvo.

Nick estudió al pequeño conde, notó la preocupación en sus ojos

y la reconoció como igual a la que había visto en los ojos de Isabel la noche anterior.

¿Qué demonios ocurría allí? ¿Quiénes eran las chicas que se alojaban allí? ¿Eran todas de la nobleza?

Contuvo el aliento. Si Isabel tenía la casa llena de jóvenes aristócratas, estaría violando una docena de leyes de la Corona. Se encontraría en graves problemas.

Problemas demasiado grandes para que él pudiera echarle una mano.

Nick se acercó a la ropa doblada y a la camisa que le habían facilitado. Tomó la prenda y se volvió hacia James, que esperaba su respuesta con ansiedad.

—Me quedaré el tiempo suficiente como para tener la certeza de que todo está bien. ¿Llega con eso?

—¿Me da su palabra?

—Sí.

La cara de James se convirtió en una enorme sonrisa de alivio que le hizo recordar a Isabel.

No pudo evitar una punzada de placer al ver la felicidad del crío.

—Ahora, espérame fuera mientras me visto y podrás enseñarme tu clase. Tengo muchas ganas de conocer a tu institutriz.

Un cuarto de hora después, Nick seguía a James por el pasillo de una de las plantas superiores de Townsend Park.

—Está camino a la galería de estatuas, quizá podría hacer una vista durante el almuerzo. Si cree que va a apetecerle, claro está. —El niño había hablado sin cesar desde que Nick se reunió con él en la puerta de su habitación. Parecía que su conversación le había tranquilizado y, aunque no tenía experiencia con niños, se sentía encantado de haber podido ahuyentar las preocupaciones del joven conde.

Una legítima preocupación.

Nick se tragó la sensación de culpa.

—Quizá. Ya veremos cómo llevo el trabajo para entonces. Aunque lo intentaré.

La respuesta pareció satisfacer a James, que asintió con la cabeza mientras miraba una puerta cercana. El tono de la madera hacía que se la pasara por alto en el oscuro pasillo. James apoyó las

palmas en la hoja y empujó, revelando una sala bien iluminada y bastante acogedora.

Nick siguió al niño al interior. Habían pasado muchos años desde que tuviera un motivo para pisar un aula, pero el espacio le resultó a la vez extraño y familiar; desde los vocablos en latín escritos en la pizarra al aroma delator a polvo de tiza que le inundó las fosas nasales.

En la esquina, Isabel estaba recostada sobre un enorme rectángulo de vidrio, y una joven rubia la observaba. *Georgiana*. Incluso aunque no supiera que era la hija de un duque —tan erguida y correcta como intocable—. Nick lo habría supuesto. Era una Leighton de pies a cabeza; desde los rizos rubios, iguales a los que hacían que las mujeres cayeran a los pies del duque, a los ojos dorados. Se giró al escuchar el saludo de James y al instante le miró a él. Nick ocultó que la había reconocido, pero vio el destello de miedo en sus ojos y supo que en Townsend Park no estaban reteniendo a las chicas, sino salvándolas. Georgiana se aterrorizó al verle. Sabía quién era y, si Isabel no se lo hubiera dicho ya, la cicatriz le habría delatado. Era probable que supiera que era amigo de su hermano.

La joven susurró una excusa y se fue; un lío de faldas revoloteó a su lado cuando atravesó la estancia a toda velocidad hasta una puerta cercana que comunicaba con la habitación contigua. Él la observó salir mientras una extraña emoción le retorcía las entrañas.

Se sentía culpable.

Y no le gustó.

Con decisión, centró la atención en Isabel, que vestida con muselina gris inclinaba la cabeza sobre una caja de vidrio con el brazo sumergido dentro.

—No sé cómo estuve de acuerdo en esto. Y esa maldita criatura se aleja tanto de mí como puede.

—¡Izzy! —James se acercó corriendo y se aferró a la mano libre de su hermana—. ¿Qué estás haciendo? ¡Vas a hacerle daño!

—No, no se lo haré. —Las palabras flotaron fuera de la caja y Nick se acercó para poder ver mejor la estructura que, llena de rocas y ramitas verdes, parecía un bosque diminuto. A través del cristal podía ver las puntas de los dedos de Isabel, apartando hojas y guijarros hasta llegar, por fin, a una rama gruesa. La observó mover

una piedra enorme hasta que la agarró con fuerza—. ¡La tengo!

Se incorporó con una amplia sonrisa de triunfo. Algunos mechones de pelo se habían soltado y la hacían parecer una excitada joven de campo. Nick recordó al instante la noche anterior, cuando sus besos habían sido inocentes, ansiosos y decididos. La contempló; Isabel sostenía su presa en alto, fuera del alcance de James, con una amplia sonrisa.

El joven conde estaba de puntillas, tratando de alcanzar lo que fuera que ella sujetaba.

—¡Izzy! ¡Dámela!

—¿Por qué debería hacerlo? —Nick notó el tono provocador y se sintió atraído por él—. Yo la he rescatado. Por ley, ahora me pertenece.

—¡Ni siquiera te gustan las tortugas!

—Eso es algo que deberías agradecer eternamente, mi querido hermano. —Miró a su hermano con una risita y luego le vio. Supo en qué momento exacto notó su presencia. La sonrisa desapareció y miró a su alrededor. Buscaba a Georgiana.

Quería esconderla. La cólera la recorrió como una llamarada al descubrir que… no confiaba en él.

No es que debiera hacerlo, claro está; él estaba a punto de delatarla ante el mundo.

La vio pasarse la mano por el pelo en un movimiento que reconoció como nervioso. Desanimada, bajó el brazo, entregando aquello que con tanta determinación había mantenido alejado de la mano de James.

Nick sintió un cierto desencanto al verla cambiar de actitud. Él quería conocer a la Isabel sonriente y feliz. Ya la había visto seria demasiadas veces.

Ladeó la cabeza.

—*Lady* Isabel. Una vez más nos encontramos en peculiares circunstancias.

Ella le hizo una reverencia rápida y casi imperceptible, más para evitar su mirada que otra cosa, supuso.

—Lord Nicholas. Si dejara de aparecer donde nadie le invita, le aseguro que le parecería menos peculiar.

—Jamás he dicho que fuera peculiar. Única, sí. Intrigante, seguramente. Pero jamás peculiar.

Isabel se ruborizó y Nick sintió un intenso placer al verlo. Al tiempo que sopesaba dejarse llevar por el instinto, recordó la presencia de James. Fijándose en el niño, se agachó a su lado.

—Sé mucho de tortugas, lord Reddich. La tuya parece ser un espécimen muy raro. ¿Puedo echarle un vistazo?

James le tendió, orgulloso, su mascota.

Nick simuló examinar la tortuga.

—Muy guapa, sin duda.

James sonrió.

—Se llama *Jorge*, como el rey.

—Estoy seguro de que el rey se sentirá muy orgulloso de tener tal tocayo.

—La encontré en primavera. Izzy y yo le construimos un terrario. Nos llevó varias semanas que quedara perfecto.

Nick observó a Isabel, intrigado porque una joven se dedicara a desarrollar el hábitat de una tortuga.

—¿Lo hizo usted? —No pudo dejar de mirarla—. ¡Qué proyecto más interesante!

Ella gruñó con irritación ante aquella conversación y miró hacia otro lado con los brazos cruzados, haciendo que la tela del vestido se tensara sobre sus pechos.

Nick deseó no haberse fijado.

Tiene unos pechos preciosos.

—Sí, bien, si no movemos el terrario, *Jorge* se quedará sin casa —dijo Isabel, consiguiendo que él centrara la atención en lo que llevaba en la mano—. Está justo debajo de una gotera.

James y Nick siguieron la dirección de su dedo, que señalaba el techo. Había una gotera en el techo y el terrario de *Jorge* no tenía tejado propio.

—Si quiere puede quedarse, lord Nicholas —le invitó Isabel, si bien él notó la sequedad en su tono—. Puede que su fuerza física nos sea de utilidad.

Nick sintió una primitiva satisfacción ante sus palabras; era el reconocimiento de las diferencias más básicas entre ellos. Supo, sin embargo, que aquella reacción visceral no era algo de lo que sentirse orgulloso.

—Tomaré como un gran cumplido que me encuentre útil, *lady* Isabel.

Notó que ella curvaba los labios antes de volverse hacia el terrario. No era la mujer indiferente que deseaba ser.

—Deja a *Jorge* allí, en el suelo —le indicó a su hermano señalando una mesa baja en un rincón lejano—. Luego ven a ayudarnos. —Isabel miró el techo como considerando sus opciones.

Por fin, se volvió hacia él y le indicó un lugar alejado.

—Creo que ese es el mejor sitio.

Nick asintió con aprobación y se situó a un lado del terrario.

—Imagino que no me permitirá ir a buscar a Rock para que nos ayude en vez de hacerlo usted misma, ¿verdad?

Isabel se colocó en una posición simétrica a la de él.

—Si necesitara ayuda, St. John, llamaría a un lacayo.

—Claro que sí —convino Nick, preguntándose a cuál de las mujeres que formaban el servicio llamaría. No valía la pena discutir. Apoyó el hombro contra el vidrio y empujó. ¡Santo Dios! Esa cosa pesaba una tonelada. Aunque él hizo casi todo el trabajo, Isabel puso su granito de arena para guiarle a la nueva ubicación. James los miraba con Jorge apresado firmemente entre los dedos.

De repente, el techo cayó.

En un momento estaba recobrando el aliento, esperando que Isabel le indicara si estaba satisfecha con la nueva ubicación del terrario, y al siguiente, escuchó un estruendo a su espalda. Se volvió con rapidez hacia el sonido y se encontró con que había caído un enorme trozo de escayola del techo, aterrizando justo en el lugar exacto donde habían estado tan solo un minuto antes. Una polvareda indicaba por dónde había caído, y a través del agujero se veía el tejado mojado, calado por las goteras.

Hubo un momento de aturdido silencio cuando todos digirieron los daños antes de que Isabel dejara escapar un largo suspiro.

—Supongo que solo era cuestión de tiempo. Ahora entenderá por qué ayer estaba arreglando el tejado, lord Nicholas. —Se volvió hacia James—. Y tú ve en busca de tu institutriz. No pienses que vas a librarte de las lecciones.

James parpadeó, considerando sus opciones. Al parecer, pasar una tarde con su institutriz en algún lugar distinto del aula era demasiado atrayente. Devolvió a Jorge a su casa y se fue corriendo, dejándolos a cargo del desorden.

Nick observó cómo la tortuga asomaba la cabeza y tomaba un

trozo de una hoja cercana para masticarla lentamente, ignorante de todo lo que ocurría a su alrededor.

¡*Oh, quién fuera tortuga*!

Se volvió hacia Isabel, que seguía mirando fijamente el hueco en el techo.

Entonces la vio. Una solitaria lágrima se deslizaba por su mejilla. Se la secó de inmediato, con tanta rapidez que fue casi como si no hubiera ocurrido.

Pero él la había visto.

¡*Maldición*!

—Isabel… —empezó, la incertidumbre en su tono resultó extraña incluso para sí mismo.

Ella le miró con un profundo suspiro.

—Por ahora no podemos hacer nada, ¿verdad? Tendremos que esperar a que deje de llover antes de construir aquí un cuarto de baño.

Y entonces se dio cuenta de lo mucho que admiraba a esa mujer. Cualquier otra hembra que hubiera conocido —su madre, sus amantes— habrían utilizado las lágrimas para manipularle.

Esta las ocultaba.

Lo que la hacía todavía más notable.

Quiso abrazarla. Darle la oportunidad de que bajara la guardia. Ella cargaba demasiadas responsabilidades sobre los hombros; no era extraño que se sintiera sobrepasada. Pero sabía que no querría que mencionara las lágrimas, así que no lo hizo.

—En las mejores casas de Londres han instalado un cuarto de baño. Se gastan pequeñas fortunas en ello. Estaréis a la última moda.

Cuando ella le sostuvo la mirada, había en sus ojos una mezcla de alivio y gratitud.

—Bien, ¿no somos afortunados por tener un techo tan complaciente?

La escuchó reírse entre dientes, un alegre sonido que le enervó los sentidos. Se permitió unirse a ella y sus carcajadas se mezclaron durante un buen rato, en el que disfrutaron del compañerismo y la liberación.

Cuando se tranquilizaron y se hizo el silencio, fue consciente de una certeza: le gustaba esa mujer mucho más de lo que quería

admitir.

Eso le daba que pensar. Algo que inevitablemente conducía al sufrimiento. O a los grilletes.

Nick se aclaró la voz.

—Me ha sorprendido lo nervioso que pone a James tu seguridad, pero ahora veo que se preocupa con razón. El peligro parece acecharte.

Ella arqueó las cejas.

—¿James está preocupado por mi seguridad?

—Por la tuya, por la de su institutriz, por la de Lara… por las chicas. —Ella apartó la mirada al instante—. Isabel, ¿hay algo que debas decirme?

Dímelo. Deseaba que ella se lo confesara todo. Si lo hacía, él haría todo lo posible por protegerlos. Pero tenía que confiar en él.

Ella no dijo nada, por supuesto. Atravesó la estancia para ir a buscar un cubo en el que recoger los trozos más grandes de yeso que se habían diseminado por todo el cuarto con el impacto.

—Isabel… puedo ayudarte. —Al tiempo que escuchaba las palabras, supo que no debía haberlas dicho.

—¿Qué le hace pensar que necesito ayuda? —El tono fue suave, pero Nick notó la tensión subyacente. Estaba demasiado pendiente de ella para no hacerlo.

Él se inclinó a su lado, donde ella se había agachado para limpiar el yeso. La tomó por la muñeca, dejando que su mano desnuda palpara la porción de piel sin cubrir entre la manga y el guante.

—No me tomes por idiota. Me doy cuenta de que ocurre algo malo.

Isabel miró el lugar donde se tocaban y luego alzó la vista hasta sus ojos.

—No soy yo la que está insistiendo, milord. Lo único malo es que tenemos un agujero en el techo y una visita que no se irá durante bastante tiempo. Deje de tratar de comprendernos. No es asunto suyo. No es problema suyo, lord Nicholas. Nos hará un favor a ambos cuando deje de pretenderlo. —El silencio cayó sobre ellos como un sudario. Arrancó el brazo de su mano y siguió limpiando el suelo—. Puedo encargarme de todo. Como siempre.

Había un deje de dolor en su voz.

—No he sugerido que no pudieras.

Ella se volvió entonces hacia él, rígida de furia.

—Sí, lo ha hecho. Todo el mundo lo hace. Pero llevo años sola. He mantenido la casa en pie y seguiré haciéndolo después de que usted se vaya. Da igual el agujero en el techo, que el conde aún sea un niño y todo lo demás.

El agitado movimiento de sus pechos acentuaba la frustración y él dijo lo único que pudo pensar. Las palabras equivocadas.

—Déjame ayudarte.

Le miró con los ojos entrecerrados, solo se oía su respiración entrecortada.

—¿Quiere ayudarme? Catalogue la maldita colección.

Se dio la vuelta otra vez mientras él la observaba con los puños apretados por la furia.

Podía hacer mucho por ese lugar. Él se había enfrentado a los enemigos más crueles, a hombres capaces de infligir dolor con precisión científica; a mujeres con corazones tan fríos que podrían rivalizar con cualquier hombre; a villanos con más riqueza y poder del que nadie debería poseer. Sabía con inquebrantable certeza que podía conquistar a cualquier demonio que acechara a Isabel, que podía salvarla. A ella, al título. Sí, no tenía ninguna duda.

Pero no sabía por qué era tan importante que lo hiciera.

¿Qué tenían esa mujer, esa casa, ese lugar, que quería quedarse allí? Máxime cuando, durante toda su vida, cualquier vago indicio de permanencia, de responsabilidad, incluso la amenaza de establecerse en un lugar demasiado tiempo le había hecho correr en busca de la siguiente aventura.

No pensaba dejarla. No hasta que estuviera seguro de que estaba a salvo de no importaba qué maldades.

Sencillamente, tenía que convencerla de que dejarle protegerla era lo mejor.

Uno de los dos tenía que dejar de mentir.

Así que le diría la verdad.

Al menos parte de ella.

—¡Por el amor de Dios, Isabel! Sé lo de las chicas.

Capítulo 11

«Hacer la corte a un lord es como planificar una batalla. Necesitará una estrategia bien pensada, tácticas eficaces y apoyo de confianza —tanto masculino como femenino— que le ayuden a alcanzar la victoria. ¡Las alianzas serán la mejor estrategia para tener éxito! Cuente con amigos, familia, sirvientes, en general con todo aquel que pueda ayudarle. No menosprecie el poder de unos anfitriones amigos; un caballero que se precie jamás ignorará una insinuación para bailar el vals. Y solo hay un pequeño paso entre bailar el vals y dar un paseo por los jardines, y otro, más pequeño aún, entre los jardines y recorrer el camino al altar».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Había algo tranquilizador en saber que él había descubierto la existencia de Minerva House.

Isabel no esperaba esa sensación. Por el contrario creía que sería presa del pánico, o que se sentiría impulsada a negar lo que él había descubierto, burlándose de sus hallazgos y conclusiones como si no hubiera cambiado nada.

Pero cuando él la miró de frente y confesó lo que había descubierto con la misma tranquilidad que si estuviera hablando del clima, lo que sintió fue más alivio que pánico. Estaba harta de esconderse de él… De esperar con el corazón en un puño que él descubriera su secreto de un modo u otro. Y lo cierto era que, viéndolo de manera retrospectiva, había sido absurdo llegar a imaginar que podría mantenerle alejado de la verdad.

—Tu mayordomo es una mujer, así como los lacayos y el mozo de cuadra.

Ella asimiló sus palabras mientras se quitaba los guantes, arruinados por el yeso que había limpiado.

—Perdón, el jefe de cuadras.

Él ignoró la corrección.

—Esta casa está llena de mujeres.

—No todos son mujeres.

—¿Ah, no?

Ella hizo una pausa.

—Todos menos uno.

Él se volvió hacia ella. Isabel percibió la cicatriz en su mejilla, blanca y sombría por la frustración. Observó la manera en que cerraba los puños mientras alzaba la mirada al techo.

—Tu hermano.

—El conde. —Lo dijo con voz firme, poniendo mucho énfasis en el título.

—Un conde de diez años.

—¿Y eso qué importa? ¡Sigue siendo conde!

—¡Importa porque a ti no te protege nadie! —Las palabras resonaron en la estancia, asombrándola por su fuerza. También ella se enfadó. Se enfadó por la verdad de la exclamación. Se enfadó con el universo; con ese hombre, que a pesar de que la conocía desde hacía solo tres días, seguía insistiendo en que alguien debía protegerla. Era como si pensara que ella no podía cuidar de sí misma, de su hermano, de sus chicas.

—¿Cree que no comprendo la apurada situación en que nos encontramos? ¿El riesgo que corremos? ¿Cree acaso que si hubiera otra manera, no la habría encontrado? —Las lágrimas surgieron rápidas y furiosas—. Nunca he pedido su ayuda, lord Nicholas. No le he pedido que me proteja.

Él le sostuvo la mirada con los ojos azules llenos de frustración.

—Lo sé, Isabel. No te atreves a pedírmela porque crees que eso hará que parezcas débil.

—Quizá no le pido ayuda porque es de los hombres de quienes necesitamos protección. ¿No se le había ocurrido?

Lamentó las palabras al instante; cuando cayeron entre ellos como una losa.

Él no las merecía. No era como otros hombres, y ella lo sabía.

Igual que sabía que era infinitamente más peligroso.

—Lo siento.

Él la miró a los ojos durante un buen rato.

—Me resultó muy fácil darme cuenta de que eran mujeres, pero ¿quiénes son?

¿Por qué están aquí?

Ella negó con la cabeza.

—No creerá realmente que pienso responder a esas preguntas.

—¿Son criminales?

—Estoy segura de que pensará eso de algunas de ellas. —Sabía que estaba siendo injusta, pero no podía evitarlo. Se sintió fascinada por los puños que Nick abría y cerraba lentamente—. Algunas son chicas que solo necesitaban un lugar a donde escapar.

—Si estás protegiendo a criminales, Isabel, podrías acabar en la cárcel. —Ella no respondió—. Hay gente que las busca, por eso las ocultas en secreto.

Nick estaba juntando las piezas del puzle, pero ella no le daría el placer de confirmarle que lo hacía bien.

—La colección. Tu preocupación por la situación financiera, no es solo por James, también es por ellas.

—Nunca he negado que necesitara el dinero para algo más que el colegio de James.

—No, simplemente no contaste toda la verdad.

—No es asunto suyo.

—Sin embargo, parece que sí lo es.

—Jamás le he pedido que se interese por ello.

Él no respondió, sino que se volvió hacia la ventana para estudiar la tierra mojada y la tormenta incesante. Ella solo podía ver la parte de su cara que tenía la cicatriz; la blanca línea resaltaba bajo la grisácea luz matutina, más blanca todavía por su forzado silencio. Nick permaneció allí durante muchos minutos, sin hablar, hasta que ella pensó que se volvería loca.

—Puedes confiar en mí —dijo simplemente cuando por fin habló.

Confianza, qué palabra más preciosa.

Había algo en ese hombre, en su fuerza, en el carácter que mostraba en cada acción, en la manera en que la miraba con paciencia, honradez y promesas, que la impulsaba desesperadamente a creerle. Que hacía que quisiera depositar en él su fe, su confianza, sus chicas y su… Todo lo que tenía. Que provocaba que quisiera pedirle que la ayudara.

Pero no podía.

No era tan tonta.

Oh, claro que él pensaba que podría ayudarlos. Estaba convencido de que podría ser su protector. Seguramente esa idea apaciguaba alguna especie de necesidad masculina… pero había visto ya lo que ocurría cuando las palabras bonitas de los hombres se convertían en humo. Lo que ocurría con las necesidades de las mujeres que formaban parte de sus vidas. Fue testigo de cómo su padre abandonó a su madre, dejándola sin otra cosa que una propiedad al borde de la ruina, y el corazón roto.

Si se apoyaba ahora en él, no sobreviviría cuando se marchara.

—Me has metido en tu mundo, Isabel. Sea bueno o malo, merezco saber lo que ocurre.

No le era posible confiar en él por mucho que ella quisiera hacerlo. Por mucho que su fuerza, su seguridad y… sus besos la reclamaran.

Aquel hombre era mucho más peligroso que una docena de individuos como su padre.

Negó con la cabeza.

—No vas a decírmelo.

—No —se mantuvo firme.

—No confías en mí.

¡*Quiero hacerlo*!

—N-no puedo.

Algo ardió en los ojos de Nick —algo peligroso—, e Isabel deseó no haber dicho aquellas palabras.

Él se acercó un poco más a ella.

—Sabes que acabaré enterándome por mí mismo —susurró con voz ronca y sombría—. Soy un cazador excelente.

Ella no lo dudaba, pero a pesar de todo no podía decírselo.

—¡Oh, por el amor de Dios! No se trata de una colección de estatuas. No puede esperar que, de repente, le abra el corazón.

Él curvó la boca.

—No serías la primera mujer que lo hiciera.

A Isabel no le gustó la idea de que otras mujeres le hubieran contado sus secretos. Guardó silencio.

—¿Es así como serán las cosas, Izzy?

Hubo algo en el sonido de su apodo de la infancia que le hizo

sentirse expuesta.

No le gustó, pero no mordió el anzuelo. Enderezó los hombros.

—Eso parece.

—Excelente. Que comience la cacería.

—Esto lo simplifica todo, ¿no crees?

—Las chicas se alegrarán de no tener que andarse con tanto cuidado.

Isabel pasó la mirada de Gwen a Jane, segura de que las dos se habían vuelto locas.

—Creo que no lo habéis entendido. No se trata de algo bueno, lord Nicholas ha descubierto que en esta casa se ocultan mujeres. Conoce la existencia de Minerva House. Y eso no es, precisamente, bueno.

Sacó un montón de papeles y un tintero de un cajón de la cocina y se sentó ante la enorme mesa que dominaba la estancia.

—Tengo que encontrar un lugar en el que acomodaros a todas. Os iréis de Townsend Park hasta que todo se solucione. Estoy segura de que encontraremos familias en el pueblo dispuestas a acoger a un par de chicas durante unos días.

En el silencio que siguió a las palabras de Isabel, solo se escuchó el rasgueo de la pluma sobre el papel. Gwen y Jane se miraron entre sí y luego clavaron los ojos en Kate, instándola a tomar la palabra.

—Isabel… Quizá deberías reconsiderar una decisión tan drástica.

—No es drástica en absoluto. Es lo único inteligente. Lord Nicholas sabe que ocultamos a mujeres; es solo cuestión de tiempo que descubra cómo habéis llegado aquí. Y ¿entonces qué? ¿Creéis que Margaret acogerá a un par de chicas?

—Margaret también estuvo aquí. Por supuesto que dará alojamiento a algunas chicas. Pero ¿es necesario? ¿Por qué no nos limitamos a esperar a que la colección se venda?

Isabel negó con la cabeza.

—Es demasiado tarde para eso.

—No puedes pensar que lord Nicholas va a descubrirnos —se escandalizó Kate.

—Por supuesto que lo pienso —aseguró Isabel sin alzar la mirada de la mesa—. ¿Por qué iba a ponerse de nuestro lado?

—No, él no haría eso.

—¡Es un disparate! —convino Gwen—. Es evidente que lord Nicholas es un buen hombre.

Isabel dejó de escribir para mirar a la cocinera.

—¿Cómo lo sabes? ¡Ni siquiera le conoces!

—Bueno, le he visto. Y le he escuchado hablar contigo. Entre eso y su comportamiento con nosotras, me parece suficiente.

Isabel parpadeó.

—No es suficiente.

—Creo que Gwen está tratando de decirte que parece un buen hombre —explicó Jane cuidadosamente—. Después de todo, estuvo dispuesto a catalogar tu colección a raíz de una simple invitación. No es frecuente tal nivel de generosidad.

—¡Tal nivel de generosidad es muy frecuente cuando se quiere algo! ¡Puede que él sea alguien…! ¡Podría ser…! —Isabel hizo una pausa, buscando la peor identidad posible. Las chicas se quedaron observando su impotencia mientras intentaban ocultar las sonrisas que asomaban a sus labios.

—¿Sí? —la apremió Jane.

—¡Podría ser un tratante de mujeres! —anunció Isabel, trazando unas comillas en el aire con el dedo—. ¡Un proxeneta!

Jane emitió un gemido.

Kate miró al techo.

—Isabel, no es un proxeneta. Es un hombre interesado en ayudarnos. Y no nos vendría nada mal aceptar su ayuda.

—Y resulta que es también lord Pluscuamperfecto, no te olvides —añadió Gwen.

—Eso —convino Kate.

Ahora fue Isabel la que gimió.

—Oh, cómo desearía que no hubierais visto nunca esa ridícula revista. ¡Entonces no me encontraría en esta situación! —Miró a las demás jóvenes una a una—. Santo Dios. ¡Pensáis que debo conquistarle!

—Quizá podrías probar con alguna de las lecciones de la revista. ¿La tres, tal vez? —Gwen parecía esperanzada.

—¡Intentar conquistar a lord Nicholas St. John no es una solución razonable para este problema!

—¡Por Dios, Isabel! —Fue Jane la que tomó la palabra—. Es un caballero generoso, rico…

—Y también guapo —la interrumpió Gwen.

—Estupendo. Un caballero generoso, rico y guapo —corrigió Jane—, que parece querer mostrarse servicial y amable contigo a pesar de todos tus intentos de disuadirlo. Un hombre que se interesa por nuestra situación, la cual, podría añadir, es el tipo de situación que se resuelve con el interés de un caballero rico. Por lo que a mí respecta, intentar conquistar a St. John es la mejor solución a nuestros problemas.

—Sin mencionar que no tienes otra elección, Isabel —añadió Kate—. Si quieres mantener en secreto la existencia de Minerva House, esta es la mejor opción.

Isabel miró a su mayordomo, a la jefe de cuadras y a la cocinera.

—¡Pensaba que ninguna de vosotras daba crédito a esa estúpida revista y a sus absurdas reglas!

Tuvieron la discreción de parecer avergonzadas.

—Eso fue antes de que esta nos pareciera la mejor manera de mantener un techo sobre nuestras cabezas —confesó Jane.

Isabel la miró con el ceño fruncido.

—¡Es un caballero rico que da la casualidad de que conoce a la mitad de los habitantes de Londres! ¿Qué ocurre si conoce a tu padre, Kate? ¿O al hombre al que robaste, Jane?

Kate negó con la cabeza, desechando la amenaza.

—Para empezar, dudo mucho que tu apuesto lord conozca a un bruto como mi padre. Y para seguir, creo que si esos son tus únicos temores, no tienes de qué preocuparte.

Isabel entrecerró los ojos.

—No es *mi apuesto lord*.

—No es eso lo que Gwen dice —bromeó Jane mientras Kate y Gwen se reían disimuladamente.

Isabel barajó la idea de estrangularlas. ¿Por qué no podían tomarse eso en serio?

¿Por qué no lo hacían? Era por su seguridad por lo que habían protegido celosamente Minerva House durante tanto tiempo. Era por ellas por lo que Isabel había trabajado para mantener el lugar y su identidad ocultos.

—Isabel —intervino Kate—. Sabemos que has pasado gran parte de tu vida tratando de protegernos. Nos has dado mucho más que seguridad, nos has dado confianza y fe en nosotras mismas y en el

mundo. No es que estemos ignorando tus sentimientos, pero debes de darte cuenta de que el hecho de que un hombre conozca…

—Dos hombres —corrigió Isabel.

—… El que dos hombres conozcan la existencia de Minerva House no es suficiente para destruirla.

—No hace falta más.

—No lo permitiremos —aseguró Kate.

—Lo haréis. —A Isabel no le interesaba discutir.

Kate se puso rígida.

—Bueno, no puedo hablar por el resto, pero yo no lo permitiré.

Supo que decía la verdad y sostuvo la mirada de Kate por encima de la mesa.

Kate había sido la que llegó más joven a Minerva House. Apenas contaba catorce años cuando subió, orgullosa, los escalones de piedra de Townsend Park con un perro sarnoso como único acompañante. Llamó a la puerta, más altiva que nadie.

Isabel fue quien abrió aquella mañana y solo una mirada a la desafiante mandíbula de Kate la convenció de que la chica debía quedarse.

Cinco años después, Kate era insustituible en Minerva House. Era su fuerza la que daba coraje a las chicas. Era su ética por el trabajo la que motivaba a las demás.

Nadie era más leal que ella y, cuando la veía tensar la mandíbula de la misma manera que el día en que llegó, sabía que sería capaz de atravesar el fuego para salvar a cualquiera de ellas.

Isabel puso la pluma en la mesa.

—A ver —comenzó Kate—, ¿por qué no nos dices qué piensas de verdad sobre lord Nicholas?

La pregunta resonó en sus oídos haciéndole levantarse de la mesa donde estaban reunidas. Pasó el dedo por un profundo surco en la madera gastada, preguntándose para sus adentros cuál sería la mejor manera de responder a aquella pregunta.

—Er…

¿Qué pensaba de él?

Lo cierto es que Nick no había conseguido nada que le hiciera merecedor de su desconfianza.

Le había salvado la vida dos veces, estaba dispuesto a catalogar su colección, a hacerse amigo de su hermano y, además, se había

ofrecido para protegerlas.

Y la había besado.

La verdad era que en tan solo tres días había hecho más para garantizar su confianza que ningún otro hombre en los veinticuatro años anteriores. Suspiró.

No sabía qué pensar.

—Imagino que me gusta.

La repentina llegada de unos risueños Rock y Lara la salvó de tener que explicar detalladamente su declaración. Los recién llegados entraron desde el jardín.

Su prima estaba envuelta en la inmensa capa de Rock y se la quitó cuando él cerró la puerta a sus espaldas, dejando fuera el viento y aquella lluvia que amenazaba con no escampar jamás.

Lara miró a su alrededor y observó las caras serias de las demás.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lord Nicholas ha descubierto la existencia de Minerva House —repuso Jane.

Lara se retiró el pelo mojado de la cara, escurriendo el agua que lo empapaba.

—¿Cómo?

—Lo sabe desde ayer —informó Rock, quitándose el sombrero.

Isabel supuso que debería sorprenderse, pero no fue así.

—Todo esto es culpa mía. Si no los hubiera invitado a…

Lara negó con la cabeza.

—No, Isabel. Si no los hubieras invitado, no habría ninguna posibilidad de salvar Minerva House.

—Quiere que le cuente todo —añadió Isabel.

—¿Qué vas a hacer? —se interesó Lara.

—No lo sé.

—Acaba de decir que él le gusta —anunció Kate.

—¡Kate! —Isabel se sonrojó mirando a Rock, que se esforzaba en ignorar la noticia.

—¡Eso es maravilloso! —Lara jadeó de excitación—. ¡Esta lluvia hace mucho más fácil que puedas conquistarle!

Rock emitió una tosecilla e Isabel tuvo la impresión de que al gigante le gustaría desaparecer.

—No tengo ninguna intención de conquistarle —le aseguró.

—Yo no he dicho nada —sonrió él.

Isabel se encogió de hombros.

En el silencio que hubo a continuación, se preguntó si todos los presentes la consideraban imbécil. Jamás se había sentido más insegura de lo que debía hacer. No le gustaba que esa nueva sensación de duda fuera por culpa de un hombre.

—¿Me permite dar mi opinión? —intervino Rock, arrancándola de sus pensamientos. Le hizo gracia aquel tono cuidadoso en un hombre de ese tamaño.

Hizo un gesto en el aire.

—Por supuesto —aseguró con ironía—. Aquí nadie se guarda su opinión para sí mismo.

—Supongo que a él no le habrá gustado nada que siga guardando sus secretos.

—En efecto. De hecho, me amenazó con intentar averiguar la verdad por sí mismo. —Isabel tomó un bollito del plato—. No sé por qué no puede ocuparse de sus propios asuntos.

A Rock le dio la risa.

—Nick nunca ha sido capaz de centrarse en sus propios asuntos. En particular si hay una mujer hermosa de por medio. —Isabel comenzó a protestar, pero él continuó hablando—. Le molesta que no comparta sus secretos con él. Si no los conoce, no puede protegerlos.

—¿Cómo sé que los protegerá?

Él retrocedió como si le hubiera pegado un tortazo.

—No le habrá sugerido a él nada semejante, ¿verdad?

—Es posible —tanteó.

—Bueno, supongo que no se lo tomó muy bien.

—No.

—Sé pocas cosas con seguridad, *lady* Isabel, pero esta es una de ellas: si lord Nicholas St. John promete luchar a su favor, lo hará.

Se sintió abochornada.

—Yo no he insinuado que…

—Pues eso es lo que ha parecido, Isabel —señaló Lara—. Señor Durukhan, ¿le apetece tomar el té?

Rock centró en Lara toda su atención.

—Me encantaría tomar el té, señorita Caldwell. Muchas gracias.

Isabel observó a su prima mientras preparaba una taza de té para Rock. En un momento dado, Lara alzó la vista y miró al turco

con una suave sonrisa. Cuando él le correspondió, Isabel sintió que en su pecho despertaba el anhelo al ser testigo de aquel momento lleno de dulzura. Había algo muy tentador en el evidente interés que aquellos dos sentían el uno por el otro.

El momento pasó al instante y Rock volvió a centrarse en ella.

—Por supuesto, usted debe hacer lo que considere más conveniente para su casa y su gente, *lady* Isabel. Pero debería considerar a Nick como un gran aliado. Él comprende la necesidad de guardar determinados secretos. Él mismo tiene los suyos y no le gusta que se cuenten.

A Isabel no le sorprendió saberlo. Había algo profundamente imponente en lord Nicholas St. John, un misterio que acechaba bajo su piel, una oscuridad que había saboreado de primera mano cuando estuvo entre sus brazos.

Era algo que le resultaba familiar. Algo que le hacía creer —después de tantos años luchando contra el mundo— que había encontrado a alguien que la comprendía. Que podía ayudarla.

Quizá pudiera confiar en él.

Es decir, si no le había perturbado por completo.

—Creo que se ha enfadado conmigo.

Rock intentó darle ánimos con una sonrisa.

—Nick no suele permanecer enfadado mucho tiempo.

—Voy a ponerle al tanto de la situación. —Los presentes la miraron sin decir nada—. ¿Os dais cuenta de que eso lo cambiará todo? Una vez que lo sepa, no hay marcha atrás. —Isabel respiró en profundidad, preparándose duramente para la batalla—. No estoy pensando en mí, sino en Minerva House. En James. En el título.

Pero no en mí.

Tenía que creer eso para no volverse loca.

Lara le cogió la mano.

—Él nos ayudará.

Isabel miró a su prima durante un buen rato antes de volverse hacia Rock, sosteniendo su mirada seria y oscura. Él la observó detenidamente, como si evaluara su carácter. Por fin, asintió con la cabeza.

—Usted es el tipo de mujer que él necesita.

Ella se sonrojó.

—Oh, yo no quiero…

—Puede que no —convino él—, pero sin embargo lo es.

Se le hizo un nudo en el estómago al escucharle. A pesar del nerviosismo que la inundó, no podía retroceder. Irguió los hombros y se dirigió a la puerta, dispuesta a encontrarle dondequiera que estuviera.

—¿Isabel? —la llamó Gwen. Cuando se volvió, la cocinera continuó—. Por si te interesa, a los caballeros les gusta que las damas compartan con ellos sus aficiones.

Isabel emitió una risita.

—¿*Perlas y Pellizas*? ¿Sigues insistiendo?

Gwen sonrió.

—Hasta ahora ha funcionado.

—Oh, sí, funciona maravillosamente —repuso con sarcasmo, a pesar del rubor que le cubrió las mejillas.

—Bueno, funcionaría si siguieras las indicaciones al pie de la letra. Además ¡no temas acercarte a él!

Isabel miró al techo como pidiendo paciencia.

—Me marcho.

Gwen asintió con la cabeza.

—¡Buena suerte!

Isabel se giró sobre sus talones, deseando que Perlas y Pellizas hubiera publicado «Diez maneras de disculparse con un lord».

Por desgracia, no le quedaba más remedio que actuar sin ayuda de nadie.

Capítulo 12

«Una vez que con el primer encuentro haya conseguido atraer la atención del caballero, llega el momento de apoyarle con un prudente e inquebrantable compañerismo. Cualquier hombre tendrá intereses masculinos, claro está, pero siempre existe la manera en que usted pueda compartirlos sin perder por ello su dulce feminidad. ¿A su lord le gusta montar a caballo? Pues quizá sea oportuno bordarle una manta para la silla. Y no desfallezca, querida lectora, ¡está muy cerca de lograr su objetivo!».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Isabel se detuvo en el umbral de la galería de estatuas y observó cómo trabajaba Nick.

La tormenta había oscurecido el cielo de una manera casi sobrenatural, y los truenos y el viento, que aullaba incesante, impidieron que él percibiera su llegada, por lo que pudo estudiarle sin que se diera cuenta. Ya fuera por la escasa luz, el escenario o el contenido de la estancia, Nick le pareció enorme al verle inclinarse sobre el cuaderno de notas para escribir algunos datos sobre una estatua cercana.

No había conocido a otro hombre como él. Tenía la espalda tan ancha y firme que resultaba imposible para cualquier espectador no compararlo con una de aquellas enormes esculturas que habían sido talladas a imagen de la perfección física.

Pero Nick, con sus anchos hombros, sus largas piernas y su poderosa musculatura, podría hacer sentir complejo de inferioridad a cualquiera de esas figuras. Contempló el espeso mechón de pelo oscuro que le caía sobre la frente, casi encima del borde metálico de las gafas. Era la primera vez que le veía con ellas, y parecían un adorno casi misterioso en un hombre tan intimidante, aunque

servían para que resultara todavía más tentador.

Se recriminó al momento por tal pensamiento. ¿Desde cuándo eran tentadoras unas lentes?

Todavía peor ¿desde cuándo era tentador ese hombre?

De repente se sintió nerviosa por lo que tenía que hacer. Nick la hacía sentirse confusa. Un momento le quería lejos y al siguiente, cerca. Ojalá pudiera quedarse allí para siempre.

Suspiró, y el sonido, suave y apenas audible, hizo que él volviera la cabeza.

Nick buscó sus ojos con una mirada impenetrable mientras esperaba, pacientemente, a que ella diera el primer paso. Isabel se mantuvo inmóvil durante un instante junto a la puerta, incapaz de apartar la vista.

Por fin, entró y cerró la puerta a su espalda.

Él se enderezó cuando ella se acercó, se quitó las gafas y las dejó sobre el pedestal de una enorme estatua cercana antes de esperarla apoyado contra la base con los brazos cruzados.

Muestra interés por sus aficiones.

Eso podía hacerlo.

Se detuvo a unos centímetros y contempló la figura.

—Parece un mármol excepcional. ¿Ha identificado ya a la figura?

Él no siguió la dirección de su mirada.

—Es Apolo.

—¡Oh! —El agudo chillido le retumbó en los oídos. Se aclaró la voz delicadamente—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque soy experto en antigüedades.

Él no iba a facilitarle las cosas.

—Ya veo. Supongo que tendré que pagar la información con la respuesta a una pregunta.

Él se volvió hacia el cuaderno de apuntes.

—Me he cansado de ese juego.

—Nick. —El sonido del nombre en sus labios los sorprendió a ambos. Él se volvió hacia ella y esperó. Isabel mantuvo la vista clavada durante un buen rato en la piel bronceada de su cuello antes de hablar—. Lo siento.

El único sonido después de la disculpa fue la lenta y constante respiración masculina. Había algo en su cadencia que la impulsó a

seguir hablando.

—Nunca le he hablado a nadie sobre Minerva House. —Reconoció un atisbo de curiosidad en su mirada—. Es así como llamamos a todo esto: la casa, alojar a las chicas…

Se mantuvo en silencio, por si él quería hacerle alguna pregunta. Al ver que no lo hacía, siguió hablando todavía con un nudo en la garganta, incapaz de sostenerle la mirada pero sin poder apartarla por completo.

—No teníamos nada. Mi padre se había ido y mi madre estaba postrada en la cama, cada vez más enferma. No quería siquiera comer, pasaba los días sin ver a nadie. Y cuando se levantaba… —Tragó saliva. No, no podía contarle eso—. No pagábamos al servicio, y tengo la certeza de que nos robaron. De repente, un día, se marcharon.

—¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete. —Isabel negó con la cabeza, perdida en sus pensamientos—. Jane fue la primera en llegar. Necesitaba trabajo, refugio. Yo, a mi vez, necesitaba a alguien que me ayudara a poner la propiedad en funcionamiento. Jane es inteligente, fuerte, responsable. Y tenía amigas que pasaban por problemas similares. Al cabo de unos meses había aquí media docena de chicas. Todas escapaban de algo: de la pobreza, de la familia, de los hombres. Supongo que yo también trataba de librarme de algo.

»Si estaban dispuestas a trabajar, les ofrecía alojamiento y a cambio mantenían a flote la propiedad. Se ocuparon de las cabras, de abonar las tierras, de ararlas. Trabajaron tan duro como los hombres que habíamos tenido antes. Lo hicieron incluso mejor.

—Y tú les guardabas el secreto.

Entonces le miró a los ojos.

—No fue tan difícil. Mi padre nunca venía por aquí. Se pagaba sus gastos cuando andaba bien de dinero, luego apostó el contenido de la casa de Londres y, por último, la propia casa. —Hizo una pausa para reírse amargamente.

—¿Y tu madre?

Isabel meneó la cabeza y apretó los labios en una fina línea, mientras recordaba.

—No volvió a ser la misma después de que él se fuera. Murió poco después de que Jane llegara.

Él le tendió los brazos.

Isabel no se resistió, aunque sabía que aquello no era correcto, que no debía permitir que la abrazara. Pero ¿cómo resistirse a su tierna fuerza y a la manera en que la confortaba? ¿Cuánto tiempo hacía que nadie la abrazaba? ¿Que nadie la consolaba?

—¿Por qué lo haces?

Ella giró la cabeza, apoyando la oreja contra la suave lana de su chaqueta.

No fingió no entenderle.

—Me necesitan.

Y cuantas más me necesitan, más fácil me resulta olvidarme de que estoy sola.

Él respiró hondo y el sonido la alentó a seguir.

—Hay docenas ahí fuera… Ahora son costureras, institutrices, madres y esposas. Una es la propietaria de una pastelería en Bath. No tenían nada cuando llegaron a mí.

—Tú les diste algo.

Ella guardó silencio durante mucho tiempo y finalmente rompió el abrazo.

Cuando él la dejó ir, ella lamentó que no le impidiera alejarse.

—Es lo único que he hecho bien en mi vida. —Estudió la estatua de Apolo—. No pude evitar que mi padre se fuera ni que mi madre se quedara sola. Apenas puedo mantener la propiedad a flote, pero consigo ayudar a esas chicas.

Nick la entendía; podía leerlo en su mirada clara.

—Estoy asustada —añadió con suavidad.

—Lo sé.

—No espero que Densmore nos proteja. Ni que guarde nuestros secretos.

—Isabel. —Se interrumpió y ella supo que estaba eligiendo con cuidado sus siguientes palabras—. ¿Quiénes son esas chicas que tanto miedo te da que descubran?

Ella permaneció en silencio.

—¿Están casadas?

—Algunas sí —susurró—. Han infringido la ley al venir aquí.

—Y tú también al ocultarlas.

—Sí.

—Sabes que estás arriesgando la reputación de James, y ya tiene

suficiente con un escándalo que vencer.

La frustración surgió como una llamarada. No le gustaba pensar que sería James el que podía acabar pagando sus acciones.

—Sí.

—Isabel. —Empezó en un tono que era una mezcla de exasperación y preocupación—. No puedes continuar tú sola con esta carga. Es demasiado.

—¿Qué sugieres que haga? —Se rodeó con los brazos, a la defensiva—. No pienso abandonarlas.

—No es necesario.

—Entonces, ¿qué?

—Hay otras formas.

A ella le dio la risa.

—¿No se te ha ocurrido que a lo largo de siete años he tenido en cuenta cada posibilidad? ¿Conoces a alguien más dispuesto a arriesgarse a acoger a una mujer que ha roto los votos matrimoniales? ¿A enfrentarse a un miembro de la nobleza que busca a su hija fugitiva? E incluso aunque alguien lo estuviera, ¿quién tendría menos que perder que la hija del Condinnoble?

—Déjame ayudarte.

Ella guardó silencio. Nunca había deseado confiar en alguien tanto como quería confiar en él; ese hombre que destilaba fuerza, poder y seguridad. En la cocina, cuando habló con las demás, la misión le había parecido muy sencilla, pero ahora que se enfrentaba a Nick en realidad… ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Podría confiar en él? ¿Podría dejar el futuro en sus manos?

A Nick le brillaron intensamente los ojos por algo que ella no entendió antes de que se pasara las manos por el pelo y le diera la espalda. La frustración le llevó a alejarse varios metros antes de volver a hablar.

—Eres la mujer más frustrante que haya conocido nunca. —Se volvió hacia ella y siguió acusándola con impotencia—. Estás orgullosa de haber conseguido esto tú sola, ¿verdad? Es *tus* chicas. Eres *tú* quien las ha salvado. Es tu trabajo.

»Y es normal que estés orgullosa de ello, Isabel, bien lo sabe Dios; pero además eres lo suficientemente inteligente para saber lo que se avecina. No hay nada que te proteja salvo estas cuatro paredes. Yo te ofrezco mi ayuda. Mi protección.

Isabel estaba a punto de saltar por el borde de un precipicio; de dar un paso monumental que lo cambiaría todo. Buscó su mirada y la sostuvo. Sus ojos azules prometían todo lo que había soñado: seguridad para las chicas, para mantener la casa a salvo, ayuda con James.

Era un buen hombre, estaba segura de ello.

Pero renunciar a su poder de decisión, confiarle todo a él, no era fácil.

—No sé qué hacer —susurró.

Él suspiró.

—Isabel, creo que deberías marcharte. Cuanto antes te vayas, antes acabaré de catalogar esta condenada colección y antes me alejaré de tu vida.

Nick se dio la vuelta, indicándole con más claridad todavía lo que quería que hiciera.

Pero ella no quería irse.

—No lo entiendes. Estas son mis chicas.

Él soltó un bufido.

—Eso seguirá siendo así aunque me permitas ayudarte.

—¡No tengo nada más!

Ahí estaban; las palabras malditas. Y ya no podía reprimirlas más.

—¡Esto es todo lo que he tenido nunca! ¡Lo único que soy! Si necesito que tú me ayudes a conservarlo intacto, ¿en qué me convierto? ¿Qué sería de mí entonces?

—Eso no es cierto. —Él se acercó a ella como hipnotizado. Le encerró la cara entre las manos haciéndole sentir una oleada de calor, de anhelo—. Sé que piensas que estás sola en el mundo, Isabel. Pero no es cierto.

Ella odiaba sentirse sola.

Había estado sola demasiado tiempo.

Cerró los ojos ante ese pensamiento, sin querer mostrarle su pesar.

Su debilidad.

Con todo y con eso, cuando él habló otra vez, no pudo evitar volver a abrir los párpados para mirarle.

—Jamás he conocido a nadie como tú. Nunca me había tropezado con nadie, ya fuera hombre o mujer, con tanta fuerza;

con tanto coraje. No estás sola. Nunca estarás sola.

Isabel no supo quién se movió primero, cuál de los dos hizo desaparecer la distancia que los separaba. Lo único que supo fue que, cuando él la besaba, no se sentía sola en absoluto.

Se dejó llevar por la sensación.

Durante un buen rato, él permaneció inmóvil, con los labios pegados dulcemente a los suyos, haciéndole consciente de su presencia, de su fuerza, de su control. Al principio ella se recreó en todas esas emociones hasta que su cercanía, su calidez y su corpulencia la abrumaron y llegó a pensar que se volvería loca si él no abandonaba esa quietud.

Entonces se movió.

Aquellas cálidas manos le alzaron el rostro para tener mejor acceso cuando comenzó a jugar con sus labios, exigiéndole que correspondiera del mismo modo. Y lo hizo. Él tomó todo lo que le ofreció, acariciando, chupando, apresándole la boca con un beso implacable con el que hizo que zozobraran sus sentidos; acaparando todas sus sensaciones. Ella se aferró a los musculosos brazos y se embriagó de aquel poder, de su tamaño, entregándose por completo mientras suspiraba contra su boca, respondiendo a cada avance, a cada caricia.

Cuando él por fin se retiró y la miró con los ojos entrecerrados, la sombra de una sonrisa jugueteaba en sus labios. La alzó en brazos, haciéndole contener el aliento al notar el rápido movimiento, y se inclinó sobre su boca abierta para robarle otro beso rápido e intoxicante.

—¿Quieres que te demuestre que no estás sola? —preguntó con una oscura promesa en la voz.

No podría haber dicho nada más maravilloso que eso.

—Sí —susurró con una voz apenas audible—. Por favor.

Nick hizo un sinuoso recorrido por la galería, hasta llegar al extremo más alejado de la estancia, donde había un ancho banco bajo un enorme rosetón. Se sentó y la acomodó en su regazo antes de llevar las manos a su cabeza para despojarla de las horquillas y soltarle el pelo, que flotó alrededor de su cara. Ella le observó tomar un puñado de rizos castañorrojizos, pero cerró los ojos cuando comenzó a peinarlo con los dedos. Reclinó la cabeza en su pecho y se dejó llevar por la caricia. El movimiento dejó al

descubierto su cuello y, con un ronco gemido, él se inclinó sobre ella y apretó los labios contra la suave piel, sumiéndola en envolventes oleadas de placer cuando comenzó a lamer aquel lugar. Contuvo el aliento en el momento en que en vez de la lengua percibió los dientes en ese tierno punto donde se une el cuello con los hombros y notó que él había curvado los labios al escucharla. Entonces Nick desplazó los labios al lugar donde le palpitaba el pulso y pensó que moriría de placer.

Ella emitió un gemido y se retorció entre sus brazos, ansiosa por tocarle, por besarle. Sus labios cayeron sobre la esquina del ojo de Nick y, sin pensar, rozó con la punta de la lengua la áspera línea de la cicatriz. La caricia pareció volverle loco y, al instante, comenzó a aflojarle los cierres del corpiño, dejando más piel al descubierto mientras esparcía húmedos besos apresurados por el nacimiento de los pechos. Pasó la lengua por el borde de la tela para dibujar un rastro de fuego mientras tiraba de esta hacia abajo y liberaba los senos, que cubrió de inmediato con sus manos anhelantes.

Abrió los ojos al sentir sus caricias, segura de que le encontraría observándola, deseando que así fuera. Un relámpago brilló en ese momento en el cielo tras él e iluminó sus pechos con un blanco destello justo cuando él deslizaba el dedo por la suave piel, rodeando la punta con reverencia. Soltó el aire, temblorosa, y él alzó la mirada hacia ella, con un intenso brillo azul en los ojos.

—Eres tan hermosa… —dijo mientras rodeaba el pezón una y otra vez, contemplando cómo la cima se endurecía en respuesta a la caricia—. Tan apasionada, tan anhelante… —Alzó la mirada hacia la de ella—. Estás aquí, Isabel. Y yo también.

Ya no estaba sola.

Isabel percibió entonces el deseo en sus ojos y notó que la atravesaba una oleada de satisfacción femenina. Nick la deseaba.

—Tócame —ordenó ella, sin saber de dónde surgieron las palabras.

Observó que los ojos de Nick llameaban de sorpresa, que fue seguida con rapidez por algo más intenso, más apasionado.

—Con mucho gusto.

Nick inclinó la cabeza hacia el pecho y comenzó a chupar la punta endurecida, acariciándola con los labios, la lengua y los dientes hasta que ella gritó y se aferró a sus cabellos, lo único

estable a su alrededor.

La necesidad de estar más cerca la llevó a retorcerse contra él. Nick alzó la cabeza y la inmovilizó con una mano, pero sin dejar de tironear del pezón. Con un instinto femenino que no sabía que poseía, volvió a mecerse deliberadamente hasta que él apartó la boca de ella y la miró a los ojos.

—Espera… —susurró al tiempo que le ponía una mano en la nuca para capturar su boca con un beso abrasador. A la vez, la alzó para ponerla a horcajadas, acercándola todavía más—. Así estás mucho mejor, ¿no crees?

Ella probó la posición meciéndose otra vez, ahora con las faldas enrolladas entre ellos.

—¡Oh, sí! Mucho mejor —aseguró cuando le escuchó gemir ante el involuntario roce.

Él se rio, un sonido que la hizo estremecer de placer.

—¿Quieres que te demuestre lo buena que es esta postura, mi Voluptas?

Ella sonrió tímidamente.

—Sí, por favor.

—Bueno, ya que me lo pides tan educadamente… —Se inclinó y posó los labios sobre un seno, haciéndole gemir su nombre, que retumbó en la estancia.

Isabel se vio inundada por un nuevo placer cuando él incrementó la presión de la boca mientras jugaba con la cima del otro seno. El movimiento de sus dedos pellizcando el enhiesto pezón provocó un ardiente fuego en su interior.

Él cambió de posición. Le deslizó las manos por las piernas, apretándola contra su cuerpo y guiando sus movimientos hasta que pudo acceder a las cintas que cerraban los calzones, para desatarlas. Se concentró en aquel lugar que ella no había sabido que le ansiaba tan desesperadamente aunque, sin duda, ahora sí tenía constancia de ello. Curvó una mano sobre su suave montículo y comenzó a acariciarla, lanzando un dardo de placer a cada rincón de su ser. Jadeó ante la sensación y él alzó la cabeza, con una lujuriosa sonrisa que le hizo contener el aliento.

La lluvia que golpeaba contra las ventanas era lo único que se escuchaba.

Nick volvió a apoderarse de su boca, consumiéndola, haciendo

que se olvidara de todo menos de sus manos, de sus labios, de su cuerpo bajo el de ella. Le apresó los espesos y suaves mechones al tiempo que emitía un gemido cuando él le apretó la palma de la mano contra la entrepierna, dándole aquello que quería pero que no sabía pedir. Se apartó un poco con un leve jadeo sin saber cómo controlar las sensaciones que él provocaba en su interior.

—Nick… —pronunció con una mezcla de confusión y pasión.

—Sí, preciosa, aquí estoy. —Tenía la boca junto a su oreja, sus dientes jugueteaban con el lóbulo y le vaciaban la cabeza de cualquier pensamiento. Isabel suspiró al sentir la lengua contra su sensible piel, la mano contra su sexo. Se movió, anhelante contra ella, pero él no le dio lo que le pedía—. Isabel —su nombre era una oscura promesa—, ¿qué quieres?

Ella abrió los ojos y volvió la cara para buscar los brillantes ojos azules; esos hermosos ojos que amenazaban su cordura.

—Quiero que… —meneó la cabeza—, necesito…

—Déjame a mí. —Nick deslizó un dedo entre los suaves rizos que cubrían el monte de Venus hasta separar los pliegues e introducirse en su más íntima calidez—. ¿Es esto lo que necesitas?

Ella cerró los ojos al notar la tierna caricia y emitió un ronco gemido de placer.

—Mmm… Creo que sí, que es justo lo que necesitas… —Nick comenzó a mover el dedo, rodeando la secreta entrada mientras susurraba en su oído, un sonido suave y pecaminoso que la hizo arder sin control—. ¿Te has tocado aquí alguna vez, Isabel?

Ella se mordió los labios y negó con la cabeza.

—Oh, deberías haberlo hecho. Eres tan suave, tan resbaladiza… estás tan mojada… —Continuó acariciando su carne palpitante, dándole justo lo que anhelaba. Introducía un dedo en su interior mientras con el pulgar trazaba lentos círculos en el centro del placer. Isabel gritó ante la sensación y su voz se volvió más ronca por el deseo—. Estás a punto de estallar. ¿Lo notas, cariño?

Ella asintió con la cabeza y apretó los ojos cuando la empujó todavía un poco más cerca del borde, Nick le daba aquello que necesitaba con desesperación pero a lo que no sabía cómo llamar. Los movimientos del pulgar se hicieron más rápidos y firmes e Isabel se apretó contra él, olvidándose de todo menos del sonido de su voz, de la sensación de su mano en aquel lugar secreto.

—Déjate llevar, Isabel. Acepta la pasión. Estoy contigo.

Ella se tensó como la cuerda de un arco en busca del éxtasis; él le robó un beso en ese instante y ella le respondió entregándose por completo. Un segundo dedo se unió al primero en su interior y presionó profundamente. Movió las caderas en una silenciosa demanda para que él se lo diera todo. Nick siguió penetrándola durante mucho tiempo, acariciándola donde más lo necesitaba en aquel doloroso vacío. De repente, él se echó hacia atrás para buscar su mirada.

Isabel gimió su nombre, desesperada.

—Déjate llevar, preciosa. Yo te sostendré.

Y porque él la sujetaba, dejó de contenerse, estallando entre sus brazos, contorsionándose, suplicando más a pesar de que él le ofrecía ya todo lo que ella quería. Y cuando el éxtasis llegó a su fin, cuando se desvaneció el último latido acompañado de un gemido, él la sostuvo entre sus firmes brazos mientras recuperaba el sentido.

Lentamente él comenzó a arreglarle la ropa. Ella permitió que le atara de nuevo las cintas de los calzones, que le alisara las faldas y le abrochara el corpiño del vestido para intentar ofrecer una imagen de aparente normalidad. Cuando terminó, la recostó sobre su pecho y le acarició suavemente la espalda.

Esto es todo lo contrario a estar sola.

Después de unos minutos, él tensó los brazos en torno a ella y le rozó la sien con los labios.

—Creo que es más conveniente que nos levantemos antes de que comiencen a buscarnos.

Las palabras la arrancaron de su estupor y la devolvieron a la realidad. Se levantó, liberándose de su abrazo, casi de un salto. Se arrodilló al instante en busca de las horquillas que él había dejado caer.

Nick apoyó los codos en las rodillas y la observó durante un rato.

—Isabel, no pasa nada.

Ella se sentó sobre los talones y le miró.

—Sí, claro que pasa, milord.

Nick suspiró.

—¿Vamos a volver otra vez al «milord»? ¿De verdad?

Ella ya se había inclinado de nuevo en busca de más horquillas.

Cuando las hubo recogido todas, se puso en pie y se acercó a una estatua cercana para dejarla s sobre el pedestal mientras se peinaba para intentar ofrecer una cierta imagen de decoro.

—¡Yo nunca debería…! —exclamó en su tono más indignado—. ¡Tú no deberías…!

—Sí, bueno, pero no pienso disculparme.

Isabel se volvió hacia él.

—Eso no es muy caballeroso.

Él le sostuvo la mirada con ardor.

—Sin embargo, he disfrutado. Y creo que tú también lo has hecho.

Ella se sonrojó.

—Parece que no me equivoco —dedujo, arqueando una ceja.

Ella entrecerró los ojos, pero estuvo segura de que su censura no fue demasiado convincente al tener los brazos por encima de la cabeza intentando recomponer el peinado.

—Eres un hombre incorregible.

—Admítelo, Isabel.

Ella le dio la espalda.

—No, no puedo —masculló.

Nick comenzó a reírse y se reclinó en el banco.

—Acabas de hacerlo, preciosa.

Isabel se giró de nuevo.

—¡No me llames así!

Incluso aunque me guste.

Mucho.

—¿Por qué?

—Sabes perfectamente por qué —susurró por lo bajo.

—Confiesa que te ha gustado y dejaré de hacerlo.

—No.

Nick se estiró las mangas de la chaqueta.

—Como quieras. Me encanta llamarte «preciosa». Y además, lo eres.

—De acuerdo, me ha gustado.

Él esbozó una amplia y pícara sonrisa.

—Ya lo sabía.

Isabel tuvo que darse la vuelta para que no la viera sonreír ante su arrogancia.

¡Ay, Dios bendito! ¿En qué se había metido?

Le miró por encima del hombro.

—Esta conversación es muy inadecuada. Insisto en que le pongas fin.

Él soltó una carcajada ante su tono.

—Isabel, estoy seguro de que tarde o temprano abandonarás esa altivez.

Ella se sonrojó.

—¡Eres demasiado… demasiado…!

Él le lanzó una mirada casi líquida.

—Te puedo asegurar, cariño, que soy justo lo que necesitas.

Aunque no comprendió totalmente sus palabras, su tono fue suficiente como para imaginar el significado.

—Debo irme —dijo con las mejillas ardiendo.

—¡No! —La retuvo, poniéndose en pie—. No te vayas. Quédate. Intentaré comportarme como un perfecto caballero.

Isabel arqueó una ceja imitando aquella mirada que le había visto a él tantas veces.

—Me lo creeré cuando lo vea, milord.

Él volvió a reírse.

—Buen golpe, *milady*. —A Isabel no le quedó más remedio que compartir la risa que, al desaparecer, dejó un agradable silencio. Fue Nick quien lo interrumpió primero—. ¿Por qué no he sabido nunca de ti?

—¿Perdón? —Isabel frunció el ceño.

—Es cierto que no me he movido en los mismos círculos que tu padre, pero eres la hija del conde de Reddich, bien conocido a lo largo y ancho de Londres. ¿Por qué no he oído hablar de ti?

Gracias a Dios no has oído hablar de mí.

Isabel tragó saliva, insegura.

—Mi madre nunca quiso que fuera a Londres… Supongo que no quería que supiera la verdad sobre mi padre. O quizá no quería saberla ella. —Buscó sus ojos y vio comprensión en sus profundidades. Él también tenía una historia a sus espaldas. Saberlo hizo que siguiera hablando, revelando otra parte de su pasado—. Mi madre siempre hablaba maravillas de mi padre. Ahora sé que eran mentira; recuerdos novelados en su mayor parte, edulcoradas interpretaciones de la realidad según las cuales él era el ser más

poderoso y magnífico de la creación. Algo irreal y fantástico.

»Pero la creí. Y, por tanto, creí en él. Los primeros recuerdos que tengo de mi padre son una falsa combinación de fantasía y realidad, porque los recuerdos sonriendo juntos, amándose el uno al otro, y ni siquiera estoy segura de que alguna vez ocurriera algo semejante.

Nick asintió con la cabeza y ella se vio obligada a continuar.

—Pero preguntabas por Londres —recordó.

—Sí. Es posible que tu madre no quisiera ir, pero tú deberías haber sido presentada, haber disfrutado de una temporada.

Ella se puso rígida al recordar. Se lo habían prometido, por supuesto, cuando su padre anunció las intenciones de utilizar a su única hija para obtener dinero. Sintió una oleada de vergüenza. No podía contarle esa historia. No quería que tuviera una mala opinión de ella.

—No. No he tenido temporada —se limitó a decir, negando con la cabeza.

La miró con los ojos entrecerrados y ella vio su incredulidad. Deseó que no le hiciera más preguntas.

—¿Porque no querías ocupar tu lugar en la sociedad?

Isabel curvó los labios con ironía.

—Dígame, lord Nicholas, ¿cree que las puertas de Almack's se habrían abierto para la hija del Condinnoble?

—Maldito Almack's. —La mirada de Nick se oscureció.

—Ha hablado un hombre que puede elegir si entra o no allí.

Él negó con la cabeza.

—En absoluto. Mi familia también ha protagonizado muchos escándalos, Isabel.

De hecho, hace pocos meses negaron la entrada a mi hermana.

—Estás tomándome el pelo —repuso Isabel con los ojos como platos.

—No, es cierto.

—Pero ¡es la hermana del marqués de Ralston!

—Hermanastra —reconoció Nick con una mueca—. Y, hasta hace unos meses, mi hermano no era aceptado en sociedad salvo en contadas ocasiones. Su pasado no es precisamente impoluto.

—¿Por qué motivo ha cambiado esa circunstancia?

—Se casó con una mujer cuya familia posee las conexiones y la reputación adecuadas.

—Una excelente estrategia.

Nick sonrió.

—Sí, lo sería si Gabriel hubiera planeado una estrategia, pero no fue así. Lo cierto es que se enamoró de Callie de manera totalmente involuntaria.

—¿Esas cosas ocurren de verdad? —Arqueó una ceja.

—Eso parece. Están locos el uno por el otro.

Isabel ignoró la oleada de envidia que la inundó ante aquella historia tan…

—Qué agradable.

Él sonrió.

—La cuestión es que, asistieras o no a Almack's, podrías haber sido presentada.

Todavía podrías serlo.

Isabel consideró las palabras. Había pasado mucho tiempo —muchos años— desde la última vez que pensó en ser presentada en sociedad. Ni siquiera sabría comportarse adecuadamente, y la idea de tener que aprender todas las reglas y comportamientos de la sociedad era suficiente para que le diera un ataque de pánico.

No. Londres no era para ella.

—Creo que le das demasiado valor a esas cosas.

Él ladeó la cabeza con una pregunta en los ojos.

Ella suspiró antes de darse la vuelta.

—No sabría cómo comportarme —confesó, pasando la mano por el pedestal más cercano—. Tengo la certeza de que mis conversaciones no serían adecuadas; de que acabaría avergonzando a todos los que me rodean sin ni siquiera proponérmelo.

Aunque me defiendo con la costura, no bordo. No conozco la moda y no sé bailar. —Se estremeció después de decir aquellas palabras. No creía que él encontrara elogioso nada de lo que acababa de decir.

Claro que no le importaba que él pudiera encontrarlo o no elogioso.

Mentirosa.

Isabel ignoró la vocecita en su cabeza.

—¿No sabes bailar?

Por supuesto, no se le iba a pasar eso por alto.

—Lo cierto es que no.

—Bien, eso tiene fácil solución.

A ella le dio la risa.

—Por si acaso no te has dado cuenta, no se organizan muchos bailes en Yorkshire.

—¿No es entonces una suerte que esté yo aquí? Me encantaría enseñarte a bailar.

Isabel se volvió hacia él con incredulidad.

—¿Perdón?

—Creo que podríamos comenzar esta noche. La casa tiene salón de baile, ¿verdad?

—Sí. —Sin duda alguna no hablaba en serio.

—Excelente. ¿Quedamos después de la cena?

Ella parpadeó.

—¿Después de la cena?

—Consideraré eso como una aceptación.

—Er…

—No tendrás miedo, ¿verdad?

Bueno, ahora que le había puesto ese cebo…

Isabel se aclaró la voz.

—Por supuesto que no.

Nick sonrió.

—Eso pensaba. Ahora, si dejas de distraerme, te veré en la cena.

—Claro… por supuesto. —Presa del estupor, Isabel caminó entre las estatuas hacia la puerta.

—E… ¿Isabel?

El sonido de su nombre en los labios de Nick era una pícara promesa a pesar de la respetable distancia. Se giró hacia él, jadeando de pronto.

—¿Sí?

—Aunque solo sea por esta noche, ¿podemos imaginar que no estás de luto?

Las palabras le hicieron sentir una fuerte emoción y tuvo el presentimiento de que si accedía a su petición, todo cambiaría.

Respiró hondo, con las palabras en la punta de la lengua. No importaba lo mucho que intentara convencerse a sí misma de lo contrario: no era inmune a ese hombre y a sus encantos. Era la tentación hecha carne. Y quería ceder a ella.

Tomó aire profundamente.

—Me parece una idea estupenda.

Capítulo 13

Un poco antes de la cena, Nick acababa de abrocharse la camisa cuando sonó un golpe en la puerta de su dormitorio, que le sobresaltó. Se recriminó por su respuesta.

Si era honesto consigo mismo, debía admitir que tenía los nervios de punta por lo que había vivido aquella tarde con Isabel y por la velada que se avecinaba.

Pero no tenía interés en ser honesto consigo mismo.

Cuando escuchó un segundo golpe, se volvió hacia la puerta a tiempo de ver que James asomaba la cabeza entre la hoja y el marco.

—Me han dicho que va a unirse a nosotros para la cena.

Nick arqueó una ceja.

—Sí, así es.

—Bien. —James asintió solemnemente con la cabeza.

El niño no se movió de donde estaba, ni dentro ni fuera de la habitación. Nick se volvió hacia el espejo consciente del escrutinio al que era sometido y alzó el peine para intentar domar su pelo.

Durante unos momentos, ninguno de los dos dijo nada.

—¿Quieres entrar, James? —se rindió Nick, finalmente.

Las palabras hicieron reaccionar al niño, que se introdujo en la habitación con rapidez, y cerró la puerta a su espalda.

—Sí, por favor.

Nick ocultó su sonrisa y se concentró en observar a la visita por el espejo mientras terminaba de arreglarse. Se abrochó los puños de la camisa de lino y la alisó a lo largo del torso. Entonces tomó la corbata de una silla cercana.

—¿Querías algo?

James negó con la cabeza, distraído por los movimientos seguros y firmes de los dedos de Nick, que comenzó a anudarse la prenda

con los intrincados gestos necesarios para rematar el elaborado nudo.

—¿Cómo sabe hacer eso?

Nick se detuvo.

—Hace mucho que aprendí.

James se acercó más.

—Pero ¿cómo aprendió?

Nick lo pensó durante un momento.

—Imagino que me enseñó mi ayuda de cámara.

—Oh. —James consideró la respuesta en silencio—. ¿Debería aprender a hacerlo antes de ir al colegio?

Nick se volvió hacia él.

—¿Te gustaría que te enseñara?

—¿No le importaría? —Los ojos del niño brillaban como estrellas.

—En absoluto. —Nick se quitó la tira de seda blanca del cuello y la colocó alrededor del de James. Condujo al niño ante el espejo y le indicó los movimientos que debía seguir hasta que la corbata se asemejó al nudo que había realizado antes.

James se inclinó hacia el espejo y admiró su obra desde todos los ángulos mientras Nick seguía arreglándose para la cena.

—Me queda muy bien.

Había algo en el orgullo del niño que activó los recuerdos de Nick. Aunque no podía acordarse de cuándo aprendió a anudar una corbata, recordaba muy bien el intenso deseo de ser aprobado, de que le aceptaran en el mundo masculino.

Cuando tenía la edad de James su madre los abandonó, huyendo en medio de la noche sin importarle dejar atrás a sus hijos y a un marido afligido. Las semanas posteriores, su padre desapareció también, cada vez más perdido en la lástima por sí mismo, obligándolos a superar solos el aplastante golpe que supuso aquella pérdida.

Al cabo de un mes comenzaron a asistir al colegio gracias a la intervención de una tía paterna que se percató de la devastación que la ausencia de su madre había provocado en su hogar.

Nick trabajó tan duro como pudo durante el primer año de colegio, ansioso por impresionar a su padre, convencido de que cuando Gabriel y él regresaran a casa en verano, y dados los

honores recibidos en el colegio, convencería a su padre de que con ellos sería suficiente para superar la huida de su esposa.

Pronto se dio cuenta de que nada haría desaparecer el dolor de su padre; que este nunca superaría la pérdida de su marquesa. Y mirando a ese niño, el joven conde de Reddich, recordó que, a pesar de que en su momento estuvo seguro de que tendría éxito, no había conseguido hacer reaccionar a su padre.

Y quiso darle a ese niño lo que él no había tenido.

—Desde luego que sí. Tendrás que practicar para que te quede perfecta, pero no tardarás en dominar la técnica. —Se abotonó el chaleco, observando el brillo de determinación en los ojos del niño cuando desató la corbata y volvió a anudarla frente al espejo. Se rio al ver que el conde sacaba la punta de la lengua por la comisura de la boca al tiempo que fruncía el ceño, tratando de recordar los movimientos que acababa de aprender. Cuando completó el nudo otra vez, James le miró con una amplia sonrisa.

¿Quién iba a pensar que allí, en los páramos de Yorkshire, encontraría tal satisfacción al lograr hacer sonreír a los Townsend?

Aunque, por supuesto, las sonrisas que arrancaba a la hermana mayor no tenían nada de inocentes.

Cuando James tiró del extremo para repetir el proceso, Nick se permitió pensar en Isabel. A veces, ella intentaba alejarle, le quería fuera de su casa y de su vida, y en otras ocasiones, le confesaba su pasado, sus secretos y se derretía entre sus brazos, dulce, sensual y apasionada.

No había conocido nunca a una mujer como ella.

La manera en que le había abierto el corazón, confiándole la historia del abandono de su padre y la desolación de su madre, continuando con el compromiso que tenía consigo misma para proteger a la pequeña familia que había formado, para mantener a Townsend Park en pie a pesar de las devastadoras circunstancias, hacía que se sintiera totalmente intrigado por aquella hembra tan enigmática.

—Da otra vuelta —indicó a James mientras tomaba la chaqueta.

El niño siguió cuidadosamente sus instrucciones.

—He estado pensando.

—¿Sí?

—Creo que debería casarse con Isabel.

Nick se quedó paralizado, con la chaqueta a medio poner, para mirar el serio semblante del niño.

—¿Perdón?

—Es pura lógica.

—¿De veras? —De todas las cosas que podría haber dicho el pequeño conde, aquella era la única que no se le había pasado por la cabeza.

James asintió categóricamente.

—Sí. Isabel sería una esposa excelente. ¿Quiere saber por qué?

—Por supuesto.

El niño respiró hondo, como si hubiera estado ensayando las palabras.

—Sabe llevar una casa. Sabe sumar mejor que nadie que conozca. Sabe montar como un hombre; quizá cuando deje de llover podrá comprobarlo usted mismo.

—Eso espero. —Le sorprendió darse cuenta de que lo decía de verdad.

—Además es buenísima en los juegos.

—Esa es una virtud que todos los hombres buscan en una esposa.

—Hay más cosas. —James ladeó la cabeza, pensando—. No es fea.

Nick tuvo que contener una sonrisa.

—No, no lo es. Pero ¿puedo sugerirte que no se lo digas nunca de esa manera?

—No lo haré. Quizá pueda hacerlo usted, a las chicas les gustan los cumplidos.

—Si ya sabes eso a tus años, vas a desenvolverte maravillosamente bien con el sexo opuesto cuando llegue el momento —aseguró Nick—. Sí, le diré que no es fea.

Se volvió hacia el espejo, notando que su joven compañero le observaba con la corbata irremediablemente arrugada.

—Creo que sería un buen marido para ella.

Nick miró a James, decidido a decir la verdad.

—No estoy tan seguro.

James frunció el ceño.

—¿Por qué no? —Nick no dijo nada. ¿Qué podría decir para que el crío lo entendiera?—. ¿Es porque no tiene título nobiliario?

—No. No creo que poseer un título convierta a un hombre en un buen marido.

—Yo tampoco. Mi padre no fue un marido demasiado bueno.

Nick asintió con la cabeza.

—Lamento mucho escuchar eso.

James se encogió de hombros.

—No le recuerdo.

—¿Te gustaría hacerlo?

El niño pensó durante un buen rato.

—Algunas veces.

Nick respiró hondo ante aquella respuesta tan honesta. Sabía lo que era tener diez años y no saber a quién pedir ayuda o consejo. Entendía la confusión que James sentía hacia el que fuera su padre; en realidad no era más que un misterio para él.

—¿Qué le dirías si pudieras conocerle ahora?

James negó con la cabeza.

—No puedo conocerle ya, está muerto.

—Eso no importa. ¿Qué le dirías?

James se acercó a la ventana más cercana y miró hacia el exterior durante un buen rato antes de volverse.

—Le diría que pienso ser un conde mucho mejor que él.

Nick asintió solemnemente con la cabeza.

—Bien pensado.

James se mantuvo en silencio, considerando la respuesta.

—También le preguntaría por qué no nos quería —añadió.

A Nick no le gustó la opresión que sintió en el pecho por lo familiares que le resultaron las palabras del niño. ¿Acaso no se había preguntado lo mismo miles de veces a lo largo de los años, después de que su madre los hubiera abandonado?

—No creo que no os quisiera.

Los enormes ojos castaños de James rezumaban franqueza.

—Pero usted no sabe si nos quería o no.

—No. No lo sé. —Nick sintió la importancia que tendría su respuesta para el niño—. Pero puedo decirte que si estuviera en su posición, te querría.

—¿Y a Isabel?

—A Isabel también. —Y era cierto, pensó sorprendido mientras se pasaba el peine por el pelo otra vez.

James siguió sus movimientos con la vista.

—Entonces, ¿reflexionará sobre la idea de casarse con ella?

Nick esbozó una leve sonrisa. El joven conde poseía la misma tenacidad que su hermana. Dejó el peine sobre el tocador y se volvió hacia el niño. Nunca había viso a nadie tan lleno de esperanza como James en ese momento, como si una propuesta de matrimonio por su parte pudiera cambiarlo todo.

Lo que James no sabía era que Isabel no querría saber nada de él si llegara a darse el caso.

El pensamiento le molestó.

—Creo que a Isabel no le gustaría la idea de que habláramos de ella sin que estuviera presente.

—Soy el conde, ¿sabe? Y esto es un asunto de hombres.

Nick se rio.

—Un hombre que tiene una hermana casi tan obstinada como él. Te sugiero que no digas eso delante de ella si no quieres que te mate.

James suspiró.

—Da igual. Si no le importa, le elijo para ella.

—Me siento halagado por el honor. —Nick arqueó una ceja—. ¿Tu hermana ha tenido alguna otra propuesta?

No debería hacer esas preguntas.

James asintió con la cabeza.

—Algunos hombres vienen a reclamarla de vez en cuando.

Nick se quedó boquiabierto.

—¿A reclamarla?

James asintió con la cabeza.

—Casi todos los que vienen la han ganado.

—¿Ganado? ¿Conquistando su corazón?

Esa idea no le gustaba nada.

Él niño negó con la cabeza.

—No. La han ganado en una apuesta.

Nick notó que la cólera crecía en su interior. Era imposible que lo hubiera interpretado bien.

—¿La han ganado apostando contra quién?

—Contra nuestro padre, supongo.

Nick apretó los dientes. La idea de que el anterior conde de Reddich hubiera apostado a su única hija —hubiera apostado a

Isabel— era demasiado increíble. En ese instante quiso golpear algo con los puños. Apretó los dedos, imaginando el placer que le produciría estampar el puño en la cara del presumido aristócrata que hubiera aceptado la apuesta. Y en la del difunto conde.

Quiso preguntar más, llegar a entender un poco aquel alocado mundo en el que se habían criado Isabel y James, pero no podía hacerlo. Se obligó a relajar los músculos que se le habían tensado involuntariamente al escuchar la revelación del niño. No era el momento ni el lugar para averiguar ciertas cosas.

En ese instante se iba a cenar.

Y después pensaba enseñar a Isabel a bailar.

Ella estaba a punto de subir las escaleras para averiguar qué les había ocurrido a James y a Nick cuando los escuchó bajar hacia el comedor. Se le aceleró el pulso al oír la profunda voz de Nick en el vestíbulo. Aunque no era capaz de interpretar lo que decía, el simple sonido de su ronca voz era suficiente para enervarla.

Se alisó la falda del vestido, repentinamente nerviosa por su apariencia. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo que arreglarse, y aquel vestido tan pasado de moda había sido rescatado de las profundidades del armario.

Seguramente las mujeres con las que él alternaba en Londres estaban *au courant*: serían bellas y correctas y jamás se les ocurriría ponerse un vestido que tuviera más de un mes. Si se vieran en la tesitura de tener que usar uno que contara con varios años, se desmayarían.

Se sorprendió al notar que Nick y James compartían unas risas en el vestíbulo, al otro lado de la puerta. No debería haber accedido a su absurda petición. Se sintió muy tonta.

Entonces él entró.

Sin corbata.

Llevaba el cuello abierto y se apreciaba una cuña de piel cálida y bronceada que contrastaba con la tela blanca de la camisa y la chaqueta verde oscuro, la misma que le había visto desde que él y Rock se quedaron atrapados allí. Cuando James y él entraron en el comedor, su atención se vio atraída de inmediato por aquel tentador triángulo de su pecho y le llevó unos segundos recobrarse de la impresión.

En el momento en que fue capaz de mirar, por fin, la cara de

Nick, percibió que él tenía los ojos clavados en ella, concretamente en el corpiño del vestido, en el punto donde la tela se interrumpía para dar paso al suave montículo del pecho. Reconoció la admiración masculina y, sonrojándose, se concentró en su hermano.

Entonces descubrió que también James llevaba un conjunto igual de reprobable: pantalones cortos, una camisa blanca, sucia, y una corbata arrugada. La corbata de Nick.

Había estado enseñando a su hermano cómo anudarse la corbata.

Sintió que la atravesaba una cálida oleada.

—¡Qué nudo tan bien hecho! —El niño pareció hincharse ante la alabanza mientras ella buscaba los ojos de Nick—. Gracias.

Cada vez resultaba más difícil resistirse a él.

Rock notó que su amigo había perdido la corbata y se rio con ganas.

—Pareces haber olvidado algo, St. John.

Nick sonrió ampliamente.

—Espero perdone mi extraño atavío, *lady* Isabel —dijo Nick, en aquel tono provocativo suyo, al tiempo que se adelantaba para tomarle la mano y llevársela a los labios. Ella sintió la caricia a través del guante—. Aunque tengo excusa: me tropecé con un alumno con muchas ganas de llevar un adorno en el cuello esta noche.

Una imagen de su hermano y aquel hombre inclinados ante el espejo para anudar la prenda parpadeó en la mente de Isabel; era una fantasía recurrente, James contaba con un hombre para guiarle por los complicados e inseguros entresijos masculinos, y ella, con una pareja que la ayudaba a enfrentarse a los retos de criar al joven conde.

Una pareja.

Qué palabra más hermosa.

Sostuvo la mirada de Nick durante un largo momento, perdida en la idea de que estaba allí para ayudarla.

—No se preocupe —intervino, dejando a un lado aquel atrayente pensamiento—. Estoy segura de que podremos encontrar otra corbata para reemplazar la que él le ha sustraído.

—La entregué libremente, *milady*.

Él sonrió haciéndola sentir, de repente, que la habitación se

quedaba sin aire.

—Bueno, lo cierto es que esta noche no son necesarias las formalidades. No me importa que cene sin corbata si a usted no le molesta. —Isabel contuvo el aliento, contemplando a su hermano con ese hombre y la encantadora estampa que ofrecían.

Nick resultaba de repente más accesible, más encantador. Más atractivo.

Demasiado atractivo.

—¿Cenamos? —invitó después de aclararse la voz.

Se dirigieron a la mesa, que había sido elaboradamente adornada —seguramente bajo órdenes estrictas de Gwen— y los caballeros ayudaron a las damas a sentarse. Hubo una cierta intimidad en el gesto cuando Nick le sostuvo la silla para que se sentara y en la forma en la que se inclinó sobre ella, bombardeándola con su calidez y su olor a sándalo. Isabel giró la cabeza en su dirección para agradecerle la ayuda.

—Te aseguro que el placer es todo mío —susurró él, solo para sus oídos, tuteándola. Isabel sintió el roce de su aliento en el hombro desnudo—. Sabía que estarías impresionante de rojo.

La atravesó una rápida oleada de placer.

Era un hombre peligroso.

Se estremeció ante los pensamientos que inundaron su mente; todos muy indecentes, y fue recompensada con la llegada de la cena. Gwen se había superado a sí misma esa noche creando una comida sencilla pero sabrosa que estaba realizada por completo con productos obtenidos de la propiedad. No resultaba demasiado extravagante —estaba segura de que lord Nicholas había asistido a otras mucho más sofisticadas—, pero se hallaba en su punto y era un lujo para lo que acostumbraban a comer en Townsend Park.

Cuando contempló la carne de cordero y la jalea que formaban el segundo plato, se sintió insegura. Quizá aquella comida fuera demasiado sencilla para satisfacer a esos hombres que habían viajado por todo el mundo y desarrollado paladares y mentes más sofisticados. ¿Qué iban a ver de especial en una comida casera en los páramos de Yorkshire? ¿Qué les resultaría interesante de la compañía de dos jóvenes incultas y un niño de diez años?

Aquellos pensamientos fueron enconándose en su mente durante toda la cena, obligándola a guardar silencio sin participar en las

conversaciones que se sucedían a su alrededor.

Mientras Rock y Lara se interesaban por las lecciones de James y los acontecimientos del día, Nick se inclinó hacia ella para hablarle en voz muy baja.

—Estás muy lejos de aquí.

Ella se enderezó en la silla.

—Estaba pensando en la comida.

—Está deliciosa —susurró, y su incertidumbre creció un poco más.

—Estoy segura de que resulta demasiado sencilla para lo que estás acostumbrado —repuso del mismo modo.

—En absoluto.

—Seguramente no sea tan sofisticada como la que sueles paladear.

Nick le lanzó una mirada seria, una que no toleraba aquel rechazo.

—Al contrario, Isabel. Esta comida es la culminación ideal para un día… extraordinario.

Y allí, en lo más profundo de su agradable voz de tenor, estaba aquello que ahuyentaba sus dudas. Las palabras eran un recordatorio de aquellas imágenes y emociones que habían creado durante su encuentro en la galería de estatuas y contenían algo que la hacía desear que él la besara otra vez. Que la hacía anhelar volverse a quedar a solas con él.

Pero no era así.

Estaban cenando.

Con más gente.

¡Por el amor Dios!, con un niño.

Inclinó la cabeza para ocultar el rubor en el plato.

—Me alegro de que la estés disfrutando.

—… y entonces, lord Nicholas y yo tuvimos nuestra conversación.

Isabel escuchó las palabras finales de su hermano y advirtió la mirada sorprendida de Lara.

—¿Vuestra conversación? ¿Qué clase de conversación?

James pareció recordar de pronto que ella estaba allí.

—Una conversación de hombres.

Ella se recostó en la silla.

—¿Perdón?

—Teníamos que tratar unos temas —dijo James como si así lo aclarara todo.

Ella miró a Nick.

—Unos temas…

Él alzó la copa en un brindis.

—Sí.

—Esto… —Se volvió hacia James. *¿De qué tenían que hablar sin que ella estuviera presente*?—. ¿Qué temas?

—No es nada que te incumba, Isabel. Le he preguntado a lord Nicholas algunas cuestiones como conde.

¿*Como conde*?

Abrió los ojos como platos al escuchar las palabras de su hermano. En silencio, se volvió hacia Nick, que tenía evidentes dificultades para contener la risa.

—No pude negarme, *lady* Isabel. Es, sin duda, el conde. Mi anfitrión, nada menos. —Hizo una pausa antes de desviar el tema —. Este cordero está buenísimo, y poner jalea de acompañamiento es una idea excelente. ¿No opinas igual, Rock?

—En efecto —repuso el gigante. Isabel no se perdió la diversión en su tono.

Le encantó verles dar buena cuenta del contenido del plato.

Alzó la mirada hacia Lara y notó la risa que bailaba en sus ojos. Frunció el ceño, pero Lara, impertérrita, se volvió hacia James.

—¡Es impresionante lo bien que has aprendido a anudarte la corbata!

—¡Oh, sí! —contestó James, tomando los extremos de la prenda dispuesto a tirar de ellos—. ¿Te gustaría ver cómo lo hago?

Antes de que Lara pudiera responder, James deshizo el nudo; un despliegue impropio de una cena de gala.

Cuando comenzó a explicarle a su prima la manera correcta de anudar una corbata, Isabel se inclinó hacia Nick.

—Como puedes ver —susurró—, mi hermano es el conde, pero no sabe actuar como tal. Me gustaría que me contaras sobre qué temas hablasteis.

—Sobre ti —respondió Nick sin apartar los ojos de James.

—¿Sobre mí? —Sin duda no había oído bien.

—Sobre ti.

—¿Qué teníais que hablar sobre mí?

Él se tomó su tiempo para cortar un trozo de carne de cordero y metérselo en la boca, acompañado de un poco de patata. Masticó pensativamente durante tanto rato que a Isabel la superó la frustración.

—¡Oh, por Dios! ¡Traga de una vez!

Nick se giró con fingida sorpresa.

—Pero ¡*lady* Isabel, qué enérgica! Debería tener cuidado, si le hiciera caso podría darme una indigestión.

—Eso sí que sería una lástima, lord Nicholas. —Él se rio por lo bajo, y ella sintió una oleada de calor al escuchar el sonido, que solo oyó ella—. Estás disfrutando con esto —musitó.

Él buscó sus ojos y no fue posible malinterpretar el calor de su mirada azul.

—Lo reconozco. De hecho, disfruto muchísimo cada vez que estoy contigo.

Isabel se sonrojó por las palabras y por el placer que le produjeron.

¿Qué estaba haciéndole ese hombre?

No podía quedar reducida a ser una muñequita estúpida cada vez que hablaban. Se aclaró la voz.

—Debo insistir. ¿Qué temas trataste con James?

—Isabel, no te preocupes —repuso—. Tu hermano está intranquilo por lo que será de ti una vez que él esté en el colegio.

Isabel miró a James, que estiraba el cuello torpemente para atar la corbata mientras Rock le ayudaba a completar el nudo.

—¿Por qué ha pensado que hablar contigo serviría para algo?

Nick se reclinó en la silla mientras retiraban los platos y la miró directamente.

—Se le ha ocurrido un plan para protegerte y me pidió ayuda. —Se volvió hacia el niño, al otro lado de la mesa—. Bien hecho, James. ¡Ahora te ha salido todavía mejor!

James sonrió de placer ante el cumplido y se volvió hacia Lara en busca de más alabanzas.

Pero Isabel tenía la mente en otro asunto.

—¿Qué tipo de plan? —le murmuró al oído con el ceño fruncido.

Nick esperó a que Regina retirara el plato medio vacío antes de

inclinarse hacia ella.

—Cree que tú y yo deberíamos casarnos.

Isabel abrió la boca, la cerró y repitió de nuevo el proceso.

Nick curvó los labios con evidente diversión.

—¡Vaya por Dios, Isabel! Me parece que te he dejado muda.

—Er… —Isabel apretó los labios sin saber qué decir.

—Lo ha razonado cabalmente, no creas —aseguró—. Está seguro de que tus habilidades para llevar una casa y lo bien que se te da sumar te convertirían en una excelente esposa.

Era imposible que estuviera ocurriéndole eso. Y menos allí, sentada a la mesa.

—Dijo que debería contemplarte encima de un caballo. Al parecer tu pericia como amazona terminará de convencerme. Lo cierto es que estoy deseando verte en tal tesitura.

—Yo…

—Ah, también agregó, y esto es fundamental, que no eres fea.

Isabel parpadeó.

Los ojos de Nick brillaban de diversión.

—Isabel, recuerda que fue tu hermano quien lo dijo. Yo no me atrevería a atribuirme el mérito de tan bonitas palabras. Habría dicho algo mucho más prosaico. Se requiere ser un gran orador para conseguir que…

—Así que no soy fea. —Meneó la cabeza—. ¡Qué cumplido más bonito!

—Oh, has recobrado la voz. —Nick sonrió, atrevido y pícaro, y ella no pudo evitar corresponderle.

—Eso parece. —Hizo una pausa—. Dígame, milord, ¿le enseñarán en el colegio unas palabras más bonitas con las que hacer la corte a su futura condesa?

—Eso espero —repuso él—. En caso contrario deberíamos comenzar a preocuparnos por la sucesión del título de Reddich.

Isabel no pudo más que reírse ante aquella situación absurda, llamando la atención de sus compañeros de mesa.

—Durante nuestra conversación, James me dijo una cosa sobre *lady* Isabel que me tiene muy intrigado.

La atención de todos los comensales se centró entonces en ella, e Isabel se sintió un poco nerviosa. Sin duda alguna no repetiría lo que acababa de contarle, ¿verdad?

—¿De qué se trata, lord Nicholas? —le apremió Lara.

—Afirmó que es buenísima en los juegos.

—¡Oh, lo es! —convino Lara—. No he visto nada igual.

—Eso me gustaría verlo. —Le lanzó una mirada especulativa—, pero antes tenemos una cita. El baile nos espera.

En el tiempo que les llevó desplazarse hasta el salón de baile, la anticipación la puso muy nerviosa.

Nick le sostuvo la silla para que se pusiera en pie y, cuando se lo agradeció, le encontró mirándola pensativamente.

—Gracias —dijo inclinando la cabeza ante tanta intensidad.

Él le ofreció el brazo. Lo tomó y el calor del cuerpo de Nick traspasó la gruesa tela de la chaqueta.

—Creo que deberías saber que yo habría usado una frase diferente para describirte.

Isabel notó que se le aceleraba el corazón, pero intentó disimularlo.

—¿Te refieres a algo distinto a «no es fea»?

Él no sonrió y, de repente, pareció que en la estancia había menos aire que antes. Isabel respiró hondo.

—Yo habría dicho que eres magnífica.

El salón de baile estaba transformado.

Isabel se detuvo de golpe al entrar en el enorme lugar. Había tratado el tema con Jane justo después de dejar a Nick por la tarde, haciéndole saber que deberían sacudir las cortinas y que habría que limpiar el polvo del piano para poder usarlo esa noche.

Pero Jane había obrado un milagro.

El extremo más alejado del salón estaba iluminado por la suave luz dorada de docenas de velas —algo sin precedente, puesto que se escatimaban en toda la casa— instaladas en altos candelabros de pie.

Las luces habían sido estratégicamente colocadas para poder utilizar un área más íntima, delimitada con dos divanes en los extremos y varias sillas de aspecto confortable en otro de los lados.

Había también una mesa de refrescos con una gran ponchera llena de limonada, una botella de *brandy*, recién llevada del sótano, con varias copas al lado, y una bandeja de pastelitos que James se puso a saquear al instante. Isabel no pudo evitar sonreír al verla; apostaría lo que fuera a que Gwen se había pasado gran parte de la

tarde realizando aquellas diminutas delicias.

El suelo brillaba haciendo que se preguntara cuántas chicas habrían sido necesarias para convertir aquel espacio sin uso en un pequeño minisalón de baile para la velada.

—Es precioso —susurró, olvidándose de los presentes durante un momento.

—Pareces sorprendida —respondió Nick por lo bajo.

—Lo estoy. —Se rio. Un leve sonido feliz—. Hace más de una década que este lugar no se utiliza para su función. Lo limpiamos periódicamente y lo usamos en algunas ocasiones, claro que nunca para bailar. —Alzó la mano en el aire, distraídamente, como si buscara el resto de la frase—. No tenemos muchas razones para ofrecer bailes en Townsend Park. Y carecemos de parejas.

Él sonrió al escucharla reír otra vez y se inclinó ante ella en una exagerada reverencia.

—Pues esta noche tiene dónde elegir, *milady*.

Ella le correspondió con otra.

—Es cierto.

En ese momento se abrió la puerta interior del salón de baile y entró Georgiana con la cabeza baja, desplazándose con rapidez, como si no estuviera interesada en las actividades de los presentes. Isabel abrió la boca para preguntarle si ocurría algo, sorprendida de que la institutriz —que se había mostrado aterrada ante la idea de que Nick pudiera reconocerla— se uniera a ellos. Sin embargo se quedó callada cuando la joven se sentó al piano, débilmente iluminado, y comenzó a tocar un vals.

James se sentó junto a ella al tiempo que Rock se inclinaba ante Lara, invitándola a bailar. Al cabo de unos segundos, estaba entre sus brazos, girando por la estancia; la seda azul claro del vestido de Lara brillaba intensamente bajo la luz de las velas. Isabel los observó con una mezcla de nerviosismo y curiosidad. Era evidente que entre ellos comenzaba a surgir algo pero, por otro lado, era demasiado consciente de la cercanía de Nick.

Tras una interminable espera, fue recompensada con un susurro ronco y profundo.

—¿Isabel…?

—¿Mmmm? —Intentó lograr un tono de distante interés.

—¿Te gustaría bailar? —Pudo escuchar la risa en sus palabras.

—Sí, por favor —repuso, apenas con un susurro.

Y, de pronto, se encontró entre sus brazos, girando sin cesar por la pista.

—La institutriz de James tiene un don para tocar el piano.

—Minerva House posee muchos talentos ocultos. —Isabel no quería hablar de las chicas. No quería esconderse de él, no mientras estaba entre sus brazos—. Eres un bailarín excelente.

Él ladeó la cabeza e hizo girar a Isabel en torno a un alto candelabro para dirigirse al extremo más alejado de la pista.

—¿Por qué dices que no sabes bailar el vals?

—Porque nunca lo he… hecho. —Él volvió a girar otra vez y ella cerró los ojos para disfrutar del movimiento, de la fuerza masculina, de la manera en que la hacía flotar al ritmo de la música.

—Pues deberías. Tu cuerpo parece haber sido creado para ello. —Las palabras fueron tiernas y rotundas en su oído y supo que estaban demasiado cerca. Debería decirle que se alejara.

Pero no pudo.

Dieron una vuelta más y, cuando ella abrió los ojos, su mirada se topó con la pared del fondo y la puerta por donde había entrado Georgiana. Estaba abierta, y una fila de caras curiosas asomaba entre la puerta y el marco: Gwen, Jane y Kate parecían absortas por los acontecimientos que ocurrían en el interior. Isabel no pudo contener la risa.

Nick bajó la mirada hacia ella.

—¿Qué pasa?

Ella alzó la vista, divertida, y se enfrentó a las inquisitivas pupilas.

—No mires ahora, Nick, pero parece que tenemos público.

Él sonrió ampliamente, entendiendo lo que ocurría.

—Oh, ya. Sí, imagino de quiénes se trata.

—En honor a la verdad, intentan ser discretas.

—Se les da mejor que a las mujeres de mi familia.

Las palabras, dichas con irónico sarcasmo, estimularon su curiosidad.

—Háblame de ellas.

Él pensó durante un momento antes de hablar.

—Mi hermanastra, Juliana, es italiana, lo que significa que hace todo lo que puedas imaginar. Es visceral e irritable y le gusta decir

las cosas más inadecuadas en las ocasiones menos indicadas.

Isabel se vio atraída por la risa en su voz.

—Suena maravillosa.

Él soltó una carcajada.

—Creo que te gustaría. Desde luego tú le gustarás a ella; no tiene paciencia con Londres, ni con la sociedad. Muestra una particular aversión por las mujeres bobas y los caballeros emperifollados; lo que hará que sea virtualmente imposible encontrarle marido. Pero eso es problema de Gabriel.

Isabel sonrió.

—Oh, la ventaja de ser el segundón.

—En efecto.

—¿Y tu cuñada?

—Callie te adorará.

Ella se rio.

—Veo difícil que la marquesa de Ralston adore a una joven del campo que se pone pantalones porque le resulta más cómodo y ha pasado la mayor parte de su vida rodeada de mujeres que han hecho las cosas más improcedentes.

Nick sonrió ampliamente.

—Por eso, precisamente, te adorará.

—No te creo. —Isabel le lanzó una mirada franca.

—Isabel, algún día te llevaré a Londres y tú misma serás testigo de la verdad cuando conozcas a mi hermano y a mi cuñada.

Isabel sintió una cálida emoción al escuchar aquella promesa, como si cupiera la posibilidad de que en algún momento estuvieran juntos en Londres. Como si fuera verdad que conocería a su familia y que podría interesarse por la vida privada de una de las parejas más envidiadas de la sociedad londinense.

Deseó que fuera cierto.

Resultaba extraño. En esa habitación en sombras, envueltos en la magia del vals, bajo la luz de las velas y perdida entre los brazos de ese hombre fuerte y maravilloso, quiso que fuera verdad. Quería estar unida a él. Ser su pareja. Tener la vida que asomaba a hurtadillas detrás de sus palabras. Allí, apresada por las sensaciones que le provocaba el baile, por el balanceo de sus cuerpos y el calor de los brazos que la rodeaban, se permitió soñar con aquello que reprimía desde hacía tanto tiempo.

El sueño de que aquel, su primer vals, lo estuviera bailando con un hombre que se preocuparía por ella, que la protegería y compartiría sus preocupaciones y, sí, que la amaría.

Isabel cerró los ojos otra vez y se abandonó al movimiento, consciente del lugar en donde la mano de Nick, sin guante, le calentaba la cintura a través del vestido.

Sentía las largas y musculosas piernas rozando contra las suyas mientras él la guiaba en aquel viaje interminable. Después de un buen rato abrió los ojos y se encontró con la abrasadora mirada.

—¿Lo estás pasando bien, Isabel?

Sabía que debía mostrarse recatada. Sabía que si Nick estuviera en Londres, la mujer que tendría entre sus brazos le respondería algo brillante y ocurrente, coquetearía con él. Pero Isabel no sabía hacerlo.

—Mucho.

—Bien. Mereces disfrutar de la vida. Creo que no te permites hacerlo.

Ella apartó la vista, avergonzada. ¿Cómo era posible que ese hombre hubiera llegado a conocerla tan bien en tan poco tiempo?

—¿Por qué haces eso? —le preguntó él con voz suave, haciéndole sentir su aliento contra la sien—. ¿Por qué no disfrutas del placer?

Ella cerró los ojos y meneó la cabeza.

—Lo… lo hago.

—No, preciosa. No creo que lo hagas. —Él se acercó todavía más, y el calor que emitía su cuerpo inundó sus pensamientos—. ¿Por qué no bailas, ríes y vives de la manera en que deseas?

¿*Por qué, en efecto*?

—Los sueños son para las niñas que no tienen preocupaciones —dijo ella, negando las palabras en el mismo momento en que las decía.

—Tonterías. Todos tenemos sueños.

Ella abrió los ojos y buscó las brillantes pupilas azules.

—¿Tú también?

—Sí, incluso yo.

—¿Y con qué sueñas tú? —La pregunta le salió con una voz tan ronca que apenas la reconoció como propia.

—Esta noche, soñaré contigo —repuso Nick sin vacilar.

Debería haber encontrado aquellas palabras tontas y vanas. Pero solo pudo escuchar en ellas una promesa, una que quiso creer con todas sus fuerzas.

—Cuéntame con qué sueñas tú, Isabel.

—Debería soñar con poder pagar el colegio para James. Con la seguridad de las chicas. Con una reparación del tejado y un suministro infinito de velas.

A él le dio la risa.

—Venga, Isabel. Puedes hacerlo mejor. Ese no es tu sueño. Quiero que me digas lo que quieres para ti. Lo que anhelas.

Por un largo momento, Isabel se quedó en blanco. ¿Cuánto tiempo hacía que no consideraba lo que quería en realidad?

Le brindó una sonrisa.

—Quiero seguir bailando.

Vio los brillantes dientes de Nick.

—A su servicio, *milady*. —La hizo girar en círculos al ritmo de la música, y la suave iluminación de las velas en la enorme sala le ofreció la ilusión de que bailaba bajo la luz de las estrellas. En aquel momento llegó a creer que si decía sus deseos en voz alta, podrían llegar a hacerse realidad.

—¿Qué más quieres? —indagó él después de mucho tiempo.

—No… no lo sé.

Él arqueó las cejas.

—¿No se te ocurre nada? ¿No hay nada que quieras para ti?

—No quisiera ser egoísta —susurró ella.

Él apresó su mirada y su atención. Hizo que giraran una vez más y ella se dio cuenta de que estaban casi en el extremo más alejado, donde uno de los divanes marcaba el límite con la oscuridad.

—¿Egoísta?

Clavó los ojos en el hoyuelo en la barbilla de Nick y asintió con la cabeza.

Él se rio, presa de la incredulidad.

—Isabel, eres la persona menos egoísta que he conocido.

Ella negó con la cabeza.

—Eso no es cierto.

—¿Por qué estás tan segura?

Isabel apretó los labios; temía decir en voz alta la respuesta.

Pero el deseo de compartirla era demasiado grande.

Habló con la mirada fija en su barbilla.

—Mi… mi padre me dio una vez la oportunidad de arreglarlo todo. De salvar la casa, de restaurar el buen nombre del título. Todo. —Jamás se lo había contado a nadie—. Lo único que tenía que hacer era ir a Londres; él pensaba arreglar mi matrimonio.

—¿Cuántos años tenías? —Las palabras, frías y duras, le hicieron tener un mal presentimiento e imaginó que él estaba juzgando sus acciones de la misma manera que las había juzgado su madre.

—Diecisiete.

—Y te negaste.

Ella asintió con la cabeza, notando que se le hacía un nudo en la garganta.

—No quería… No quería un matrimonio como el de mis padres. No quería ser media mujer, media persona. Él se fue y no volvió nunca. Mi madre murió al poco tiempo. Me culpó de la deserción de mi padre hasta el último momento.

Él se quedó inmóvil. En silencio.

No debería habérselo dicho.

—Lamento haberte decepcionado.

El fuerte jadeo de Nick atrajo su atención.

Él le puso un dedo debajo de la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos. Contuvo el aliento al ver la emoción que encerraban.

—No me has decepcionado, cariño —susurró en voz tan baja que ella casi sintió, más que oyó, las palabras—. Estoy furioso. —Isabel abrió los ojos como platos cuando él le encerró la cara entre las manos tras levantar la vista para asegurarse de que nadie los veía. Ella sintió que le temblaban los dedos—. Ojalá hubiera estado aquí. Desearía poder…

Él se interrumpió cuando ella cerró los ojos.

Yo también desearía que hubieras estado aquí.

Él le deslizó los dedos por el cuello hasta el lugar donde el pulso le palpitaba sin control.

Isabel no quería pensar en el pasado. No en ese momento en el que él estaba tan cerca.

—Me gustaría que me besaras.

La cruda confesión los sorprendió a ambos.

—Ah, Isabel, si estuviéramos en otro lugar… —susurró bajito.

Ella inclinó la cabeza al oírle.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Sabes cuánto te deseo?

No era capaz de mirarle.

—Sí.

Notó que Nick le acariciaba suavemente la piel de la muñeca con el pulgar, una caricia enloquecedora que le aceleró el pulso.

—¿Cómo es posible que lo sepas?

El susurro, ronco y provocativo, le dio el coraje necesario para mirarle. Nick tenía las pupilas dilatadas, apenas se distinguía su color en la oscuridad, pero sus pensamientos se leían en aquellas insondables profundidades como en un libro abierto.

—Porque yo también te deseo.

Nick gruñó, y notó que el sonido la atravesaba de pies a cabeza, hasta llegar a su corazón, donde produjo un intenso placer. Comenzó a apartar la cara de nuevo, pero él se lo impidió con un dedo bajo la barbilla.

—No, preciosa. Mírame.

¿Cómo negarse a tan apremiante demanda?

—No soy perfecto. No puedo prometerte que no haré cosas que acaben lastimándote. —Se interrumpió, su cicatriz era una pálida línea contra la piel bronceada—. Pero haré todo lo posible para protegeros a ti y a James, y también a las chicas.

Se interrumpió, y ella contuvo el aliento esperando las siguientes palabras.

—Creo que deberías considerar el plan de tu hermano.

Capítulo 14

»¡Nuestro lord requiere todo su tesón, estimada lectora! No es una misión adecuada para débiles de carácter o flojos de corazón. Una vez que haya elegido al caballero en cuestión y que él la considere su dama, no debe dejarse llevar por la inactividad. ¡No es el momento de acomodarse! Recuerde que muchas batallas se ganan o se pierden en la etapa final. ¡La labor requiere constancia, determinación y resistencia!».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Isabel estaba metida en una gran bañera de cobre, sonrojada por culpa del vapor que emanaba del agua caliente. Alzó la mano, distraída, y se miró las arrugadas puntas de los dedos.

—Me dijo que si tuviera que describirme, la palabra que utilizaría sería «magnífica».

Lara sonrió desde la cama de Isabel, donde estaba sentada.

—¡Quiere casarse contigo!

Las palabras crearon una oleada de nerviosismo en su interior.

—No dijo eso. Dijo que quizá debería considerar el plan de James.

—¡Que es matrimonio! ¡Con él!

—No, no quiere decir que quiera casarse conmigo.

Lo más probable es que te considere un amargo y patético caso, digno de lástima.

Lara la miró fijamente.

—Isabel. Eso es justo lo que él quiere decir.

—No, quiere decir que debo considerar el matrimonio, pero no necesariamente con él.

—Isabel, creo que estás siendo muy obtusa. Está claro que

estaba haciendo referencia a un hipotético matrimonio entre vosotros dos.

—Eso es imposible.

Imposible.

—¡De imposible nada! Y voy explicarte por qué. ¡Porque por Townsend Park no ha venido otro hombre casadero en dos años! ¿Con quién iba a sugerirte que te casaras? Y… —añadió— soy testigo de cómo te mira. La manera en que bailabais. Él te desea.

—De acuerdo, tal vez me desee —dijo Isabel, tercamente— pero es imposible que desee casarse conmigo.

Lara se incorporó para mirar a su prima.

—¿Por qué no? —dijo en tono ofendido—. ¡Eres la candidata ideal para lord Nicholas St. John! Es más, siendo hija de un conde, hay quien diría que podrías aspirar a algo más que a un segundón.

Isabel se rio ante la idea.

—Quizá sería cierto si mi padre no fuera la oveja negra de la aristocracia. Pero dada la situación actual, creo que lord Nicholas está por encima de mis aspiraciones.

—Tonterías. —La voz de su prima temblaba de irritación—. Eres preciosa, capaz, inteligente, divertida. —Fue contando las cualidades con los dedos—. Cualquier caballero se sentiría afortunado si te casaras con él.

Isabel curvó los labios en una sonrisa burlona.

—Gracias, prima.

Lara arqueó una ceja.

—No se trata de un cumplido. Es un hecho. Debes saber que un hombre así no estaría barajando la posibilidad de casarse contigo si no encontrara la idea más que apetecible.

Apetecible, ¡qué palabra más horrible!

Isabel no respondió, apoyó la cabeza contra el borde de la bañera y cerró los ojos.

Doce horas antes, escuchar que lord Nicholas la encontraba apetecible la habría puesto de los nervios, habría huido de su compañía con intención de no volver a verle para que él no se creara falsas expectativas. Ahora, detestaba que él pudiera sentir algo tan ambivalente por ella.

¿Cómo era posible que comenzara a sentir algo por ese hombre? ¿Cómo había logrado invadir sus pensamientos en menos de dos

días? ¿Cómo podía tener tal confianza en aquel absoluto desconocido? ¡Por Dios, si no sabía nada de él!

Nada salvo lo que te hace sentir.

Suspiró. No le gustaba la manera en que la hacía sentir. No le gustaba que sus palabras le aceleraran el pulso, ni que sus pícaras sonrisas le pusieran la piel de gallina, ni que su penetrante y honesta mirada hiciera que quisiera contarle toda su vida. Darle acceso a su mundo. A su pasado… y a su presente.

Y ahora la tentaba con la promesa del futuro mencionando el matrimonio. Por primera vez en su vida, estaba valorando realmente la idea. No le daba la impresión de que casarse con él fuera a ser parecido a los matrimonios que había visto en el pasado: trampas, luchas por el poder protegiéndose el uno del otro.

El matrimonio con Nick no sería así.

Y, de repente, casarse no le pareció tan malo.

Salvo que…

—No me ha pedido que me case con él.

Lara puso los ojos en blanco.

—Claro que lo ha hecho.

—No. No ha dicho las palabras.

—¿Qué palabras?

Isabel bajó la mirada a la bañera; su cuerpo se perdía en el agua, oscura bajo la oscilante luz de las velas que arrancaban brillos como pequeñas estrellas de la superficie haciéndole recordar el salón de baile, el vals y su confesión.

—Él no dijo «cásate conmigo, Isabel».

—Eso es pura semántica. —Lara hizo un gesto de desdén con la mano.

La semántica parecía, de repente, vital.

—Incluso así.

Su prima se quedó quieta, inmóvil sobre el borde de la cama, con los ojos muy abiertos a pesar de la escasa luz.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre? —Isabel contuvo el aliento ante su tono.

—Tú.

—¿Qué me pasa?

—Estás enamorada.

—No lo estoy. —Isabel apartó la mirada.

—¡Lo estás! —Las palabras de Lara fueron triunfantes—. ¡Estás enamorada de lord Nicholas!

—Hace solo tres días que le conozco.

—Tras lo ocurrido esta noche, la cena, el baile… Tres días son suficientes —aseguró Lara, como si fuera toda una experta en cuestiones románticas.

—Oh, ¿cómo lo sabes?

—Lo sé. Igual que sé que estás enamorada de lord Nicholas St. John.

—Me gustaría que dejaras de decir eso —murmuró Isabel.

—¿Que estás enamorada?

—Sí, eso.

—¿Cómo ha ocurrido?

—¡No lo sé! —gimió Isabel, sacando las manos del agua para cubrirse la cara—. ¡Ni siquiera le conozco!

—Creo que le conoces lo suficiente —bromeó Lara.

Isabel alzó la mirada.

—No me hace gracia. Es horrible.

—¿Por qué? Él quiere casarse contigo.

—Sin ninguna razón lógica.

Lara ladeó la cabeza.

—No creo que haya una razón lógica para el matrimonio, Isabel.

—¡Claro que la hay! —insistió Isabel—. Podría casarse conmigo por dinero, por crecer socialmente, por apaciguar rumores o añadir cierta respetabilidad a su nombre. Pero ¡no puede hacerlo por ninguna de esas razones porque yo, definitivamente, no puedo proporcionarle ninguna de esas cosas!

Lara se rio al escucharla.

—Isabel…

—No es gracioso, te lo aseguro. Bueno, salvo que se tenga un sentido del humor muy particular.

—Estás siendo un poco dramática. ¿Quieres decir que no tienes ni idea de por qué lord Nicholas quiere casarse contigo?

La pregunta fue seguida por un largo silencio mientras Isabel miraba el techo con un suspiro de frustración.

Se había pasado veinticuatro años convenciéndose a sí misma de que no quería casarse. De que no quería tener hijos. De que no quería tener pareja. Tenía una visión muy clara de su futuro: ayudar

a James a restaurar la dignidad a su título y sacar adelante Minerva House. Envejecer con el conocimiento de que estaba realizando su pequeña aportación al mundo.

Hasta esa noche, había estado muy satisfecha con la vida que le esperaba.

Casi siempre.

Y, de repente, todo su mundo, todo lo que había pensado que era cierto, correcto y seguro, se había vuelto del revés.

¿Acaso no había soñado con lo demás? ¿Con casarse, tener niños, bailar valses y el amor?

Sí.

Si era honesta consigo misma, sí. En la oscuridad, a altas horas de la noche, mientras yacía en la cama, preocupada por el futuro, por las chicas y por James, sí, se había preocupado también por sí misma. Y había fantaseado con lo que podría haber sido. Había soñado, en secreto, cómo sería haber ido a Londres y llenar su carnet de baile, cómo sería pasear por Hyde Park y que la cortejaran, cómo sería encontrar al hombre que fuera su pareja, su protector.

Pero aquel nunca había sido un sueño real.

Porque era inalcanzable.

Hasta ahora.

Cuando podía imaginar que extendía la mano y lo tomaba.

Cuando casi podía saber cómo sería amarle.

Amor.

Una palabra extraña para ella; una fantasía tentadora cuando era niña, que la aterró cuando creció, cuando fue testigo de la destrucción de su madre.

No. No le amaría.

Era demasiado lista para hacerlo.

Pero…

—Me gusta —murmuró por lo bajo.

Lara escuchó sus palabras.

—Lo sé.

Y ahora que lo he reconocido, temo lo que pueda venir después.

—Estoy aterrada.

Lara sonrió.

—Eso también lo sé.

Isabel arqueó las cejas.

—¿Cómo es posible?

—Es que a mí me gusta su amigo.

—¡Sí! —Isabel se incorporó de golpe, derramando el agua por el borde de la bañera—. ¡Y él siente lo mismo por ti! ¿Cómo ha ocurrido?

—¡No lo sé! En un momento estaba enseñándole las estatuas y al siguiente le acompañaba a dar de comer a los caballos y entonces… entonces… él… —Se interrumpió, inclinando la cabeza, avergonzada.

—Parece que él hizo algo que no debería haber hecho.

—¡Isabel! —Lara alzó la cara con las mejillas rojas como la grana.

—¡Le has besado! —la acusó Isabel.

—¡Oh! ¡No eres la persona adecuada para juzgarme!

Isabel se rio.

—No. Supongo que no.

—Es muy agradable, ¿verdad?

—¿Los besos? No estoy segura de que esa sea la palabra adecuada para describirlos. Quizá sea más correcto decir que son desequilibrantes, molestos y muy…

—… Maravillosos.

Isabel sonrió.

—Exactamente.

Lara hizo lo propio.

—Vaya dos…

—Después de pasarnos años sin ver a un hombre, vamos y nos volvemos locas por los primeros que nos ponen delante.

—No han sido los primeros. Rechazaste al señor Asperton.

Isabel recordó al sibilino y afeminado personaje y se estremeció.

—Fue todo un reto, está claro, pero sí, rechacé al señor Asperton.

Lara se tumbó en la cama y se apoyó sobre los codos para alzar la cabeza mientras Isabel salía de la bañera.

—¿Aceptarás la proposición de lord Nicholas?

Isabel se envolvió en una amplia toalla para evitar el frío de la estancia. Se acercó a la cama y se sentó en el borde, mirando a su

prima.

Consideró la pregunta. Nick era la respuesta a sus problemas. Una inteligente, atractiva, entretenida y amable respuesta a sus problemas.

—Sí. Si me lo pide, aceptaré. Por nuestro bien.

En cuanto lo dijo, supo que era mentira. Por mucho que le gustara creer que aceptaría una imaginaria propuesta por Minerva House, también lo haría por sí misma a pesar del riesgo que suponía atarse a ese hombre, que podría llegar a importarle con demasiada facilidad.

Del que podría llegar a enamorarse si no ponía cuidado.

No. No cometería los mismos errores que su madre.

Pero Nick no se parecía a su padre. Era honesto, franco y amable. Y parecía el tipo de hombre que cumplía sus promesas.

Que facilitaba las cosas.

Sencillamente, tenía que asegurarse de que, si se casaba con él, sería según sus términos. Sí, se preocuparía por él. Sin duda, disfrutaría de su compañía, de su ingenio y de sus agradables caricias… Sus más que agradables caricias, capaces de arrancar cualquier pensamiento racional de su cabeza.

Pero no le amaría.

Miró a Lara con una sonrisa.

—Quizá no sea tan malo, después de todo.

En lugar de eso hubo un simple cambio, fue como apagar una vela. Un momento llovía con fuerza, y al siguiente reinaba el silencio.

Y, después de tres días en los que el repique de la lluvia en las ventanas había sido un compañero constante, el silencio resultaba ensordecedor.

Nick levantó los ojos de las cartas y sostuvo la aguda mirada de Rock.

—Por fin.

Nick sonrió ampliamente.

—¿Echas de menos el Cerdo Golpeado?

—En absoluto —dijo Rock—. Es que estoy cansado de verte con esa chaqueta un día tras otro. —Tiró una carta, y él, sabiéndose perdedor, lanzó las que tenía en la mano sobre la mesa. Rock recogió las ganancias—. Esperaba que te hubieras cansado de perder contra mí después de tantos años.

Nick se reclinó en la silla y tomó un trago de *brandy*.

—Voy a casarme con ella —confesó mirándole fijamente.

Rock comenzó a barajar los naipes tranquilamente.

—¿De veras?

—Me necesita.

—Esa no es la razón más apropiada para casarse con una chica, Nick. En particular cuando dicha chica tiene una casa llena de fugitivas.

Miró a Rock con los ojos entrecerrados.

—No creo que tenga la casa llena. Y no creo que esté haciendo nada malo.

Además, confiesa, tampoco tú lo crees así.

—No. No lo creo.

—¿Entonces?

—¿No has dicho siempre que el matrimonio no es para ti?

Nick no fingió no entenderle. Había dicho esas palabras centenares de veces durante los últimos años, convencido de que no estaba hecho para casarse. Sabía lo mucho que costaba que un matrimonio resultara un éxito, y sabía mejor que nadie que podía aspirar a una opción mejor que la que se le presentaba. Sí, no iba a atarse a esa mujer para formalizar una alianza ni porque fuera una heredera con una buena dote.

Pero tampoco era eso lo que buscaba.

Solo pensaba en que, cuando estaban juntos, ambos encontraban placer.

Un inmenso placer.

Sí, casarse con Isabel era muy apetecible.

—He cambiado de opinión. Y me encanta la idea de estar a su lado.

—¿De estar a su lado? ¿De eso se trata? —Rock alzó una ceja—. ¿Y qué piensas hacer cuando descubra que llegaste aquí en busca de una de sus chicas? —Nick no respondió. Era la pregunta que había evitado formularse durante los últimos dos días. Rock repartió otra vez las cartas, y Nick estudió su mano distraídamente—. Cásate con ella por la colección de estatuas, porque quieras llevártela a la cama, pero no lo hagas porque ella te necesite.

—No voy casarme con ella por las estatuas; si solo quisiera eso, se las compraría. Y tampoco estoy completamente seguro de que

ella me necesite.

—Observo que no niegas que quieres acostarte con ella.

Nick echó una carta. La deseaba con toda su alma. Lo ocurrido entre ellos esa tarde, la manera en que Isabel se había entregado a él, ver cómo dejaba caer la cabeza hacia atrás mientras alcanzaba el éxtasis entre sus brazos, tenerla tan cerca mientras bailaban había sido una tortura. Tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no besarla en el oscurecido salón de baile después de su confesión y, cuando finalmente ella se fue a la cama, tuvo que obligarse a permanecer en la planta baja en lugar de seguirla al dormitorio para mostrarle todos los placeres imaginables.

Cambió de posición en la silla, ignorando la sagaz sonrisa de Rock.

—Te diré que no me gusta tu insinuación. —Lanzó otro naipe. Rock respondió al envite y tiró otra carta antes de maldecir por lo bajo—. Y ¿qué has dicho de que siempre pierdo ante ti?

—¿Cómo decís los ingleses? ¿La excepción confirma la regla? —Nick se levantó y comenzó a andar mientras su amigo continuaba hablando—. Volviendo al tema que teníamos entre manos: la chica no te necesita. Necesita dinero, cómprale las estatuas.

—Isabel necesita algo más que dinero. —Hizo una pausa—. Además, no quiere vender la colección.

Rock emitió un bufido.

—Pues ya me dirás qué demonios estamos haciendo aquí.

—Hasta hacía cinco minutos no teníamos otra opción. —Nick sostuvo la oscura mirada de Rock—. Y tú te lo estabas pasando muy bien leyendo esas estúpidas novelas y despojándome poco a poco de mi fortuna. ¿Qué ha cambiado?

Rock se sirvió una nueva copa de *brandy*.

—Nada. Simplemente quiero irme.

—¿Te ha ocurrido algo con Lara?

—Señorita Caldwell para ti —advirtió con el ceño fruncido.

—Perdona, ¿te ha ocurrido algo con la señorita Caldwell? Parecías disfrutar de su compañía hace solo un rato… —Nick se detuvo, sus palabras se apagaron—. Ah…

Rock le miró de manera penetrante.

—¿Qué quieres decir con «ah»?

—Parece que no soy el único con problemas de faldas. ¿Es el

tuyo tan complicado como el mío?

Rock lanzó una moneda sobre la mesa.

—Reparte.

Nick obedeció y barajó. Las siguientes partidas transcurrieron en silencio.

—Es preciosa —confesó finalmente Rock.

Nick asintió con la cabeza.

—Lo es.

—En realidad no es simplemente preciosa. Es perfecta.

Las palabras fueron tan inesperadas que a Nick le llevó algunos momentos asimilarlas.

—No entiendo nada. Entonces, ¿cuál es el problema?

—No puedo hacer nada al respecto.

—¿Por qué no?

Rock le miró con desolación.

—Mírame, Nick.

—Ya lo hago.

Rock lanzó las cartas sobre el tapete.

—Es hija de un caballero. Yo soy un pagano nacido en las calles de Turquía.

—Vive en una casa donde se da alojamiento a fugitivas. Dudo que siga a pies juntillas las normas de la sociedad. Al menos, no las sigue de la manera que tú sugieres. —Nick hizo una pausa—. Imagino que tus intenciones son honorables, ¿verdad?

Rock se puso en pie, incapaz de permanecer quieto. Se acercó a la ventana para abrirla y dejar entrar el aire fresco, todavía húmedo por la reciente lluvia.

—Si llegara a haber una relación entre nosotros, se vería apartada socialmente.

—¿Quedaría más aislada de lo que está en Yorkshire? —inquirió Nick secamente.

—Actualmente se encuentra exiliada aquí porque quiere —repuso Rock con suavidad.

Nick observó a su amigo durante un buen rato antes de ponerse en pie y reunirse con él junto a la ventana.

—Estás dándole demasiadas vueltas al asunto. Tienes docenas de amigos ricos y con título a los que no les importaría nada relacionarse con ella.

Rock meneó la cabeza.

—Sabes que no es así.

—Sí, lo es. Y si no fuera así no valdrían la pena —se burló Nick.

El turco dio la espalda a la ventana y buscó sus ojos.

—Piensas eso porque a ti no te importaría. Pero es lo que ocurre. Cuando voy en carruaje por Londres acompañado de una hermosa belleza rubia, les importa. Ya no soy su amigo, sino un enemigo de otra raza que les roba a sus mujeres.

Nick sostuvo la mirada de Rock durante mucho tiempo, asimilando la realidad de sus palabras. Finalmente, juró por lo bajo y puso la mano sobre el hombro de su amigo.

—¿Te importa esa mujer?

—Sí.

—Bien, pues eso es lo único que hay que tener en cuenta. Olvídate de todo lo demás.

Rock curvó los labios en una leve sonrisa.

—Para ti es fácil decirlo. Eres el segundón de un marqués, que está pensando en casarse con la hija de un conde.

—Ella no me ha aceptado todavía.

—Lo hará. Estaría loca si no lo hiciera. Pero prométeme una cosa: prométeme que te casas por algo más que ese demente deseo de salvarla.

Nick evaluó las palabras. Sabía lo que estaba diciendo Rock en realidad. ¿*Sería capaz Isabel de reparar el daño que le había causado Alana*? ¿Podría borrar aquella valiente inglesa sin parangón los recuerdos de la traicionera turca?

Ni se molestó en compararlas.

—No es lo mismo.

—No estoy seguro de que seas capaz de sobrevivir con una mujer sin rendirte a la necesidad de ayudarla.

—¿Qué te hace pensar que no puedo actuar de otra manera?

—Que siempre ha sido así, Nick. Por lo menos desde que te conozco.

Hubo un largo silencio antes de que Nick emitiera una risita.

—También antes.

—Y, ya puestos, puedes intentar ayudarla sin entregarle tu vida. Eso es lo que quiero decir.

Nick sopesó sus palabras. ¿Era eso todo lo que quería? ¿Ayudar

a Isabel? Sin duda, aquello era una parte: asegurarse de que estaba a salvo, darle la tranquilidad de que nadie tocaría su casa, de que sus chicas saldrían adelante, de que su hermano podría ocupar el lugar que le correspondía. Pero Rock tenía razón, él podría conseguir todo eso sin necesidad de casarse con ella. Podría regresar a Londres, buscar a Densmore y convencerle para que le pasara la tutela de Townsend Park. O mucho se equivocaba o Densmore renunciaría felizmente a cualquier responsabilidad.

Entonces, ¿por qué pensaba en el matrimonio? ¿Por qué esa idea sobresalía de manera tan abrumadora entre todos sus pensamientos?

¿Qué era lo que hacía que ansiara tanto ayudarla?

Surgió en su mente una imagen de Isabel descansada, hermosa, relajada y feliz, segura de que el mundo no iba a derrumbarse a su alrededor. Jamás la había visto así. La vio hermosa y provocativa, hermosa y preocupada por los que la rodeaban, hermosa y entregada entre sus brazos, pero nunca hermosa y segura de sí misma.

Del futuro. De él.

Y quería ofrecerle la oportunidad de sentirse así.

Quizá fuera producto de su debilidad por las mujeres.

Quizá fuera a consecuencia de lo ocurrido en Turquía. Quizá estaba destinado a ser atrapado por esa mujer de la misma manera que se vio atrapado por Alana, por su madre. Pero le resultaba imposible pensar que Isabel era como ellas.

Parecía mucho más honesta.

Y estaba seguro de que la deseaba infinitamente más.

Esto era mucho más que la repetición de la historia de su vida.

Era su futuro.

Buscó los ojos de Rock.

—Voy a casarme con ella. Formaremos una buena pareja.

El turco asintió con la cabeza.

—Estoy seguro de ello. —Durante un buen rato permanecieron en silencio, mirando la oscuridad a través de la ventana—. Sabes que no puedes hacerlo sin contarle la verdad.

Las palabras cayeron entre ellos como un jarro de agua fría. Claro que lo sabía.

Desde el principio supo que tendría que confesar su relación con

el duque de Leighton. Tendría que decirle a Isabel que estaba buscando a Georgiana y soportar el peso de su cólera y todas sus dudas.

Pero una parte de él esperaba poder convencerla de que se casara con él y firmara todos los papeles antes de admitir aquella parte menos honesta de sus acciones.

Y no estaba totalmente seguro de que no pudiera hacerlo así.

Había algo muy tentador en casarse con ella, en atarla a él, y solo entonces, cuando ya no pudiera dejarle, contarle toda la verdad.

Rock le leyó los pensamientos.

—Contárselo es la mejor opción. Mucho mejor que dejar que ella lo descubra por casualidad en el futuro.

—Lo sé.

Pero tampoco le gustaba cómo sonaba esa opción.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, Isabel encontró a Nick trabajando en la galería de estatuas.

Había ido a buscarle después del desayuno, diciéndose que debía informarle de que los caminos volvieron a estar transitables una vez que dejó de llover. La excitación que sintió cuando le vio inclinado sobre su cuaderno de notas en la iluminada galería indicó que su motivación para encontrarle había sido muy diferente.

Las manos de Nick volaban sobre el papel, firmes y seguras, y ella sintió un fugaz ramalazo de envidia al ver la absoluta atención que dedicaba a su trabajo.

Observó que un mechón de pelo, negro como el azabache, caía sobre las gafas, y contuvo el aliento.

Nick era realmente apuesto.

Y ella estaba convirtiéndose en una idiota.

El pensamiento logró que se centrara en la realidad y se aclaró la voz delicadamente, obteniendo su atención. Él la miró fijamente. Ella sintió su escrutinio y entrelazó las manos delante de las faldas para contenerse y no alisarse el vestido ni el pelo.

—No quería molestarte, pero he pensado que te gustaría saber que Rock ha ido al pueblo a recoger vuestras pertenencias. Estaremos encantados de alojaros en Townsend Park durante el tiempo que sea necesario.

Él se quitó las gafas, e Isabel sintió una punzada de decepción. Había algo en las lentes que hacía que le encontrara imponente; algo que subrayaba lo inteligente, lo honesto que era bajo aquella fachada tan bien parecida y arrolladora.

Nick sonrió, una sonrisa tierna y amable que le aflojó las rodillas. Sí. Prefería verle con el amortiguador que suponían las lentes.

—Es muy generoso por tu parte, Isabel. Gracias.

Ella no supo qué responder, así que dio unos pasos en la entrada, presa de la incertidumbre.

Él arqueó una ceja con evidente diversión. Había notado que estaba nerviosa y disfrutaba con ello.

—¿Te apetece entrar?

Isabel dio varios pasos más, consciente de que el día anterior él la había besado allí mismo. En realidad había hecho mucho más que besarla.

Quizá debería cerrar la puerta.

El pensamiento le aceleró el corazón. Pero si lo hacía, él podría tomarlo como una invitación para repetir los hechos de la tarde anterior.

Cierra la puerta, Isabel.

No podía, ¿qué pensaría él?

¿*Acaso importa*?

Sin duda alguna, era demasiado temprano para tales actividades.

Apenas acababan de desayunar.

Su mirada se tropezó con los brillantes ojos azules de Nick y supo que él sabía perfectamente lo que estaba pensando. Había un cierto desafío en las insondables pupilas, como si deseara que cerrara la puerta y tomara aquello que no había podido alejar de su mente desde el día anterior.

Se adentró en la galería dejando la puerta abierta. Ignoró la punzada de decepción que la atravesó centrando la atención en una cercana figura. Buscó un tema seguro.

—¿Qué fue lo que te hizo sentir tanto interés por las antigüedades?

Él vaciló antes de responder, como si estuviera eligiendo las palabras, y durante esa dilatada pausa ella se encontró presa de una desesperada curiosidad.

—Siempre me han gustado las estatuas —comenzó él—, desde que era niño. En el colegio me sentí atraído por la mitología. Supongo que no resulta extraño que cuando acabé de estudiar y viajé al continente, me viera hechizado por las culturas antiguas.

Isabel se apoyó en un pedestal cercano.

—¿Así que has estado en Grecia e Italia?

Él apartó la mirada brevemente.

—Italia estaba en guerra, resultaba peligroso visitarla. Era más fácil ir a Oriente, y eso hice, recorrí el Imperio otomano y otros territorios más alejados, en Asia. El arte que encontré allí es de una belleza indescriptible. La historia de esa zona es más antigua que la del continente y, a pesar de saberlo, jamás imaginé tales pinturas, cerámicas y demás objetos pasando de mano en mano a través de generaciones. No se trata solo de arquitectura o escultura. Incluso sus cuerpos, sus propios espíritus son arte.

Ella se vio atraída por la reverencia en su voz.

—¿De veras?

Él le sostuvo la mirada, y la excitación que vio en sus ojos hizo que se le acelerara el corazón.

—En la cultura oriental existen determinadas cosas que se consideran sagradas; cuando estudian música, baile o teatro, lo hacen entregándose por completo. En China hay guerreros que se pasan años aprendiendo el arte de ciertas disciplinas marciales. En la India el baile es un ritual, el comienzo y el final del mundo se celebra con un movimiento aparentemente sencillo de las caderas femeninas.

Las palabras de Nick se habían vuelto más suaves, atrayéndola hacia él.

—Suena maravilloso.

—Lo es. Y mucho más sensual que el baile que compartimos anoche.

A Isabel le resultaba difícil creer que hubiera algo más sensual que el vals de la noche anterior.

—Me gustaría enseñarte todas las cosas que aprendí en la India. —Ahora había algo oscuro y líquido en sus ojos.

Ella quería aprenderlas.

—¿Qué clase de cosas?

—Por desgracia, se trata de cosas que las educadas damas inglesas no aprenden.

—Da la casualidad de que jamás se me ha dado bien ser una educada dama inglesa.

Hubo un largo silencio en el que ella se sintió avergonzada de aquellas audaces palabras. ¿Debería disculparse?

—Yo…

—Si vas a disculparte, no lo hagas. Da la casualidad de que a mí

me gusta mucho la Isabel más atrevida.

Sus miradas se encontraron, y el destello de la pícara sonrisa de Nick la derritió. No pudo más que responderle con otra, disfrutando de la sensación de compartir un secreto con ese hombre tan intrigante. Quería saber más de él. Quería saberlo todo.

—¿Cómo has llegado a ser un experto en antigüedades griegas y romanas si adonde fuiste fue a Oriente?

—Tras pasar algunos años en Oriente, regresé a Europa —aclaró con sencillez.

—Desde Turquía.

Él no respondió. No era necesario.

—Me recuperé en Grecia. Tuve meses para empaparme de sus antigüedades, para aprender sus secretos. En Roma estuve después, antes de regresar a Londres.

Quería preguntarle sobre el tiempo que pasó en Grecia, en Turquía, pero sabía que no compartiría más de lo que ya le había contado. Así que buscó un nuevo tema de conversación, algo que los devolviera a la agradable charla que habían compartido antes, antes de que ella le hiciera recordar sus más sombríos recuerdos.

Clavó la mirada en la estatua que él estaba valorando antes de que ella entrara.

—¿Todavía sigues tomando notas de Voluptas?

—Al parecer soy incapaz de abandonarla.

—Es muy hermosa.

—En efecto, lo es. —Nick señaló la estatua—. ¿Notas que es diferente a las demás?

Isabel consideró la cara de la diosa, los ojos entreabiertos, los labios sensuales apenas separados. Reconoció la emoción en el rostro de la figura, una expresión que siempre había considerado de somnolencia. Ahora sabía de qué se trataba. Sintió que le ardía la piel.

—Oh, ya veo que sí. —La voz de Nick había cambiado; era ardiente, íntima y tierna, y hacía que le bajaran escalofríos por la espalda—. Sin embargo, no es solo su cara. Lo que hace a esta estatua diferente de las demás es el cuidado que el escultor se tomó para que cada parte fuera tan claramente sensual.

Isabel estaba fascinada por su voz y, cuando él llevó las manos hasta la figura, no pudo apartar la mirada.

—Se puede reconocer la pasión en cada centímetro, en la inclinación de su cuello, en la manera en que alza la barbilla como si no pudiera respirar por culpa de las sensaciones que la atraviesan.

Observó, excitada, cómo las firmes y morenas manos de Nick recorrían la mandíbula de la figura, cómo dibujaban la línea de la garganta. Él siguió hablando, representando con los dedos aquellas palabras oscuras y provocativas.

—El placer la lleva a echar los hombros hacia atrás, a alzar uno de los brazos para tocarse el pelo y a bajar el otro para protegerse el tenso vientre redondeado, como si con eso fuera suficiente para aquietar los estremecimientos que allí se suceden.

Sin pensar, su mano reflejó la acción de la estatua. Las palabras de Nick, sus dedos acariciando suavemente el mármol, eran suficientes como para acelerarle el corazón. Le miró, sosteniendo aquella ardiente mirada azul, reconociendo la pasión en las brillantes pupilas. Él sabía lo que le hacía sentir. La estaba seduciendo.

Cuando vio que Nick se volvía hacia la estatua, Isabel respiró hondo.

—Pero quizá el mayor indicador de sus emociones sea esto. —Él deslizó una mano sobre el pulido mármol blanco hasta acariciar uno de los fríos pechos—. Sus senos son más grandes que los de otras estatuas romanas de su época…

¿*Cómo podía mantenerse tan impasible*?

—Y es anatómicamente perfecta. Se puede observar hasta el endurecimiento del pezón… —Isabel se mordió los labios cuando le vio rodear la mencionada cima con el pulgar, resistiendo el deseo de imitar los movimientos de Nick.

Quería que la tocara a ella.

Soltó el aliento que retenía con un largo y estremecedor suspiro, que él oyó a pesar de que fue apenas audible. Volvió la cabeza hacia ella y dejó de tocar a Voluptas. Cuando la miró, ella se percató de que sus ojos se habían oscurecido hasta alcanzar un hermoso azul más oscuro.

—¿Quieres que continúe?

Ella dio un paso hacia él, deteniéndose tan cerca como podía sin tocarle. Reparó entonces en la tensión en sus hombros, en la vena

que le palpitaba en la mejilla por culpa de una emoción que reconoció como contención. Nick quería tocarla, pero estaba esperando a ver cómo reaccionaba ella.

Bien, pues ya no iba a contenerse más.

Isabel le posó las manos en el pecho y se apoyó en él para ponerse de puntillas, acercándose todo lo posible.

—No con la estatua —respondió, sin saber de dónde habían surgido las palabras.

Le besó.

Descubrió que, al tomar el placer que anhelaba, vibraba de euforia. Nick permaneció inmóvil bajo su beso, sin tocarla, sin moverse contra sus labios, y se dio cuenta de que él le estaba permitiendo llevar las riendas.

Le gustó mucho la idea.

Quiso reírse ante la intoxicante sensación que le producía aquel nuevo poder.

Pero no le pareció apropiado.

Deslizó los brazos más arriba, hasta rodearle el cuello, presionando su cuerpo contra el de él. Nick le puso las manos en las caderas para ayudarla a guardar el equilibrio y la calidez de sus palmas a través de la ropa la hizo estremecer. Ella abrió la boca, ofreciéndose, diciéndole sin palabras que estaba dispuesta a quedarse allí, en esa habitación, entre sus brazos. Al ver que él no se adueñaba de su boca, le pasó la punta de la lengua tímidamente por el firme labio inferior.

Y descubrió la clave que ponía en movimiento al león.

Él gimió contra sus labios al tiempo que separaba los suyos para permitirle acceder a su pecaminosa boca. Al principio ella había estado nerviosa, renuente a tomar lo que le pedía, pero cuando la rodeó con los cálidos y acerados brazos y la apretó contra él, ella perdió cualquier tipo de contención. Sus lenguas se encontraron, se acariciaron, se enredaron y pasaron muchos minutos antes de que Nick interrumpiera el beso y la alzara para subirla al pedestal de Voluptas.

—Espérame aquí —ordenó Nick tras romper el beso, y se alejó para cerrar la puerta que tanto le había costado dejar abierta. Cuando lo hizo, regresó a su lado y ella se estremeció al ver la manera en que la miraba aquel depredador fibroso y poderoso. El

corazón le latía en los oídos cuando él se acercó, se detuvo frente a ella y la contempló con la misma concentración que si fuera la estatua.

En aquella posición, ella era varios centímetros más alta que él y, cuando ya no pudo resistirlo más, estiró la mano para pasarle los dedos por el pelo y hacerle alzar la cabeza para poder mirarle. En sus ojos brillaba una promesa, y se fijó en que la cicatriz había palidecido bajo su mirada. Isabel se inclinó y le lamió el inicio de la marca, justo en la esquina de la ceja, antes de apresar sus labios en otro beso intoxicante.

Él deslizó las manos por su cuerpo, igualando su intrepidez cuando subió los dedos por los costados del corpiño hasta el lugar donde la tela daba paso a la piel.

Separándose un momento, Nick bajó la boca a su cuello para rasparle con los dientes los rígidos tendones cuando ella dejó caer la cabeza hacia atrás envuelta en el placer de la caricia. Él tiró de la parte superior del corpiño, liberando un seno de sus restricciones, y se detuvo para admirarlo, maravillándose de la enhiesta punta que quedaba justo en la línea de su boca.

—Mi Voluptas de carne y hueso —susurró, provocando que el pezón se endureciera todavía más con su cálido aliento antes de apresarlo con los labios y los dientes para comenzar a adorarlo.

Ella le estrechó la cabeza contra el pecho con un grito de placer y se perdió en las poderosas sensaciones que la atravesaban con cada tirón, con cada roce. Cuando Nick, por fin, alzó la cabeza, ambos jadeaban y ella debía apoyarse en sus hombros para no caer.

—Antes de que lleguemos más lejos —intervino Nick, con la respiración entrecortada—, creo que deberíamos discutir los términos de nuestro matrimonio.

Ella no quería que él se detuviera. ¿No podían ocuparse de eso más tarde?

Intentó abrazarle.

—Sí.

Él la besó otra vez, haciéndole bajar la cabeza para capturar su boca en una drogada caricia que consiguió que dejara de pensar.

—Sí, ¿qué?

¿*De qué estaban hablando*?

—¿Qué?

Él sonrió, y al verlo se estremeció por dentro.

—Isabel. Creo que deberíamos casarnos.

Ella respondió con otra sonrisa.

—Estoy de acuerdo.

—Buena chica. —La recompensó con otro largo beso antes de hacerle alzar los brazos por encima de la cabeza para colocarle las manos en torno al cuello de la estatua. Quedó medio desnuda, apoyada en la inmóvil diosa de mármol. Una vez que la situó a su gusto, él devolvió la atención a sus pechos. Isabel contuvo el aliento cuando sostuvo entre los dientes un pezón para darle tiernos toquecitos con la lengua, calmando el dolor que sentía, y volvió a contenerlo cuando sintió una corriente de aire en las piernas. Él deslizó las manos por ellas en busca del lugar donde tanto ansiaba sus caricias.

—¿Lo haremos pronto? —preguntó Nick, alzando la cabeza.

Como no la tocara pronto, se moriría.

Isabel abrió los ojos ante la pregunta. Estaba completamente concentrada en el rastro seguido por sus manos, que le acariciaban los muslos de la más enloquecedora manera.

—Sí. Sigue.

Él desató con rapidez las cintas de los calzones y deslizó una mano en el interior, obligándola a separar las piernas y rozando con la yema de los dedos el centro de su placer.

—Bien. No creo que pueda esperar mucho más tiempo para tenerte.

—No. —La palabra fue un jadeo cuando él deslizó un dedo en su interior.

—Me alegra ver que sientes lo mismo. —Las palabras, que parecían inocuas, provocaron que un líquido ardiente atravesara sus venas despojándola de cualquier pensamiento inteligente. Se soltó de la estatua y se aferró a él, que, sin quitar la mano de aquel cálido refugio, la acercó a su cuerpo y la llevó en volandas hasta la ventana salediza, el mismo lugar donde la había hecho alcanzar el placer el día anterior. Pero esa vez no se sentó, la depositó sobre el banco y se arrodilló ante ella en el suelo.

Isabel estaba en llamas. Deseaba sus caricias con toda su alma.

Esa era la emoción que acababa con las mujeres. Era eso lo que las arruinaba.

Debía resistirse. Debía resistirse a él.

Abrió los ojos y sostuvo la ardiente mirada de Nick.

—Espera.

Él movió los dedos lentamente en su interior.

—¿Sí?

Isabel se arqueó ante aquel notable movimiento, respiró hondo y se forzó a recordar lo que estaba a punto de decir.

—Er… creo que deberías saber… que… que no puedo amarte.

—¿De veras? —Frotó el pulgar en círculos en torno a ese lugar que le había descubierto el día anterior.

Ella contuvo el aliento.

—Aunque creo que podría tomarte mucho cariño.

Nick se rio bajito, una risa pícara y ronca, mientras deslizaba la otra mano bajo las faldas.

—Creo que podría ocurrirme lo mismo.

—Pero realmente… no creo… —Nick le separó más las piernas y exhibió su carne desnuda al aire y a sus propios ojos—. ¡Espera! ¡No puedes… ! ¡No puedes hacer eso!

Intentó cerrar los muslos con todas sus fuerzas, apresando la mano de Nick entre ellos, y tomó el borde de la falda, intentando empujarla hacia abajo para ocultarse de él. No era posible que Nick quisiera mirarla allí.

—Isabel —pronunció tan lenta y pesadamente que su voz fue una caricia.

Ella se detuvo.

—¿Sí?

Él se inclinó hacia delante y amoldó sus labios a los de ella en un beso profundo. Cuando ella se derritió otra vez entre sus brazos, se retiró dándole un beso final en la comisura de los labios.

—Confía en mí —susurró—. Te va a encantar.

Él le separó suavemente las piernas otra vez y deslizó las manos, firmes y experimentadas, por la suave piel. Cuando Nick inclinó la cabeza y depositó un húmedo beso en la rodilla y comenzó a subir, lamiendo la pálida carne del interior de los muslos, Isabel se cubrió los ojos avergonzada al pensar que su boca estaba tan cerca de aquel lugar privado y secreto. Cuando comenzó a juguetear con los rizos castañorrojizos que cubrían su monte de Venus, se retorció envuelta en el anhelo de sentir una caricia más profunda.

Finalmente, descubrió los ojos y se dejó llevar por la sensual promesa que leyó en las ardientes pupilas de Nick.

—Esto es lo que estaba esperando. No te escondas de mí, preciosa.

Entonces separó los resbaladizos pliegues de su sexo y comenzó a acariciarle en aquel punto palpitante con un dedo, haciendo que se arqueara contra él.

Nick se acercó más. Cuando habló, sus palabras fueron una cálida ráfaga de aire contra su carne anhelante.

—Eres preciosa aquí también. Quiero conocer cada centímetro de ti. Quiero sentir tu calor. —Presionó el dedo contra el nudo de nervios con la fuerza precisa para arrancarle un gemido.

—¿Sabes cuántas ganas tengo de saborearte?

Ella agrandó los ojos al oírle. Sin duda alguna no querría decir… No, eso era imposible.

Pero lo hizo.

Aplicó la boca en aquel punto y su cuerpo dejó de ser suyo, se entregó a Nick por completo. Contuvo el aliento ante la sensación, se aferró a sus suaves y espesos cabellos sin moverse; no quería apartarle, pero tampoco estaba dispuesta a acercarle más.

Sin embargo, él sabía lo que ella quería. La amó con la boca de todas las maneras posibles. Acarició con la lengua el húmedo calor, lamiéndola hasta el mismo centro de su cuerpo, trazando círculos de placer justo donde más lo anhelaba. Ella supo que no resistiría mucho más. Nick la llevó cada vez más alto, haciendo que se perdiera en el deseo, hasta que pensó que moriría de placer. Arqueó las caderas y él aceptó el ofrecimiento, soportando su peso mientras succionaba el dolorido e hinchado brote, que torturó con una serie de toquecitos de la lengua que la dejaron sin aliento.

Ella se acercó más, incapaz de prescindir de aquella sensación imposible y extraordinaria y del hombre que llevaba su cuerpo al límite del éxtasis. Los movimientos se aceleraron y, cuanto más rápidos eran, más cerca estaba de perder la cordura.

Gimió su nombre, pero él se detuvo durante un largo e insoportable momento.

Isabel comenzó a retorcerse, aunque él se lo impidió manteniéndola quieta antes de volver a apretar la boca y la lengua contra su sexo con penosa lentitud. Iba a matarla.

—¡Nick! —susurró—. Por favor… por favor, no te detengas.

Él recompensó su súplica incrementando el ritmo, cerrando los labios sobre el hinchado y apremiante brote y succionando. La despojó de la razón, del aliento, y la dejó a la merced de las sensaciones.

Y las sensaciones eran demasiado intensas para resistirlas.

—No… Nick… para…

Pero aquella boca malvada y conocedora no tuvo piedad y comenzó a lamer con más rapidez, a acariciar con más profundidad y, finalmente, introdujo primero uno y luego dos dedos en su interior. La llevó cada vez más cerca de un desconocido precipicio que ella quería alcanzar a pesar del temor.

Y de repente, estaba allí, en el borde de la cornisa del deseo; la boca, las manos y el intenso y satisfecho gruñido que salió de la garganta de Nick la llevaron a alcanzar una oleada de placer diferente a todo lo que conocía. Isabel gritó su nombre cuando la habitación comenzó a girar en torno a ellos, se aferró a sus cabellos, a él; lo único estable en aquella vorágine de sensaciones.

Cayó desmadejada en el asiento y, tras un largo y persistente momento, Nick alzó la cabeza y buscó sus ojos. Ella percibió allí placer y pasión; respiró hondo tratando de sosegarse cuando él le bajó las faldas y se movió para sentarse a su lado.

Le depositó un beso en la sien y la apretó contra sí hasta que se recuperó.

Isabel puso distraídamente su mano sobre la de él y Nick, que advirtió el gesto, se la capturó.

—¿Te… te he hecho daño? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

Él sonrió de medio lado.

—En absoluto. Pero ahora estoy más desesperado por ti.

Isabel pareció comprenderle.

—¿Te gustaría que hiciera… que hiciera algo?

Él se rio y le apretó la mano.

—Nada me gustaría más. —Le besó la palma—. Pero este no es el lugar ni el momento. Sin embargo, estoy muy feliz de que hayas decidido casarte conmigo. Porque tengo intención de recordarte ese ofrecimiento muy pronto.

Ella se ruborizó al instante al rememorar la manera en que

habían discutido sobre el matrimonio.

También él tuvo la delicadeza de parecer abochornado.

—No me he declarado correctamente.

Ella negó con la cabeza.

—No es necesario que te andes con ceremonias. No espero formalidades.

—Sin embargo, te compensaré.

Ella apartó la vista, mirando las manos unidas en su regazo.

—Debo confesar que me gusta la manera en que te declaraste.

Él le puso la mano bajo la barbilla, obligándola a mirarle. Buceó en sus ojos en busca de algo. Algo que debió de encontrar porque se inclinó y la besó; un beso suave pero apasionado que la hizo sentir más que satisfecha de haberse mostrado de acuerdo en casarse con ese hombre que conseguía encandilarla con tanta facilidad.

Ojalá pudiera tener la certeza de que no sería tan fácil de amar.

Apenas le dio tiempo de considerar aquel pensamiento cuando sonó un golpe en la puerta. Isabel se puso en pie de un brinco con el corazón en la garganta. Si hubieran sido interrumpidos tan solo unos minutos antes…

La puerta se abrió y entró Lara.

—¿Isabel?

Al principio, Lara no los vio, ocultos en el extremo más alejado de la galería, detrás de las altas figuras de la colección. Isabel aprovechó el tiempo para hablar en voz alta.

—Creo que esta es una estatua de Apolo, lord Nicholas.

Nick se puso en pie, lentamente, y pasó junto a ella para mirar la figura a la que ella se refería.

—Me temo, *lady* Isabel, que está usted equivocada.

Isabel no le prestaba demasiada atención, sino que observaba a su prima, que se encaminaba hacia ellos atravesando el laberinto de estatuas.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno —aclaró secamente—, en primer lugar, porque es una figura femenina.

Isabel alzó la cabeza para mirar la estatua por primera vez.

—Es evidente que no me refería a esta pieza, sino a aquella.

—Por supuesto, el error ha sido mío. —Él la miró con sorna—.

¿Cuál?

—Aquella. —Agitó la mano distraídamente mientras Lara se acercaba—. ¿Lara? ¿Va todo bien?

Su prima se acercó.

—Isabel… —No, no todo iba bien.

Isabel supo que había ocurrido algo.

—¿Qué ha pasado?

Lara respiró hondo, recobrando el aliento; estaba claro que había ido corriendo.

—Georgiana.

Isabel sintió que Nick se tensaba a su lado. Le miró y se sorprendió al ver su expresión seria. Había desaparecido el hombre provocativo y juguetón de hacía unos minutos, reemplazado por un individuo de rostro impávido.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ha desaparecido.

—¿Qué hacemos? —inquirió Nick, sosteniéndole la mirada.

Si se hubiera parado a considerar sus palabras, se habría sentido feliz por el uso del plural; una prueba más de que formarían una buena pareja. Pero Isabel ya se dirigía a la puerta con Lara pisándole los talones.

—La encontraremos.

Capítulo 16

»Nada le gusta más a un caballero que ser recordado por su fuerza superior, su inteligencia o su poder. Finja ignorancia y permítale ocuparse de todo. Será suyo de inmediato. Bríndele pequeñas oportunidades para ayudarla: rócele los dedos pidiéndole sin palabras que haga gala de sus habilidades superiores, da igual que sea jugando al dragón o a las cartas y, siempre que sea posible, alabe sus vastos conocimientos y su minuciosidad».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

—¿Quién la vio por última vez?

La pregunta de Isabel fue breve y concisa cuando entró en la cocina de Minerva House. Tomó el rollo de papel que le tendía Gwen y se acercó a la mesa situada en medio de la estancia.

Nick observó que Rock entraba por la puerta de servicio justo en ese momento, de regreso de su salida al pueblo. Buscó los ojos de su amigo y leyó la urgencia en ellos antes de apartar la mirada, distraído, por el resto de los ocupantes de la cocina, un poco abrumado por ellos.

Estaba allí Minerva House al completo.

Había al menos dos docenas de mujeres, todas vestidas con ropa masculina: pantalones, camisas de lino, botas y el pelo oculto bajo las gorras. Se pusieron en pie cuando entró Isabel, como si se tratara del propio Wellington. Y, en ese momento, podría haberlo sido. Con la calma y la seguridad de un general, Isabel desenrolló el papel sobre la mesa, sujetándolo con un bote de cocina, un salero y dos tazas de madera. Nick dio un paso adelante para echarle un vistazo y supo que era un mapa de la propiedad, extendido ante ella como el plano de una batalla.

Aquella no era la primera vez que ocurría algo así.

—Fui yo quien la vio por última vez —aseguró Jane, que estaba sentada frente a ella—. Caminaba hacia el lavadero con algo de ropa de James.

Nick buscó la mirada de Rock a través de la estancia. El turco le indicó que se dirigiera a la puerta trasera con los ojos. Nick negó con la cabeza.

Quería ver a Isabel en acción.

—¿Cuándo?

—Hace media hora, quizá cuarenta minutos.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Meg ha encontrado la ropa tirada en el camino —informó Jane, señalando a una mujer cercana.

—¿Cuándo? —Nick se adelantó unos pasos, incapaz de mantenerse en silencio, atrayendo la atención de todas las presentes. Puede que no lograra convencer a Isabel de que debía confiar en él, pero por Dios que la ayudaría a encontrar a esa chica.

Que, seguramente, había sido secuestrada por su culpa.

¡Maldición! ¡La mujer llamada Meg había mirado a Isabel buscando su aprobación antes de responder a la pregunta! Solo habló cuando esta se mostró de acuerdo con un leve gesto de cabeza.

—Hace más o menos veinte minutos, milord.

—¿Dónde está ahora la ropa? —preguntó Nick.

Meg se la mostró; estaba amontonada en un taburete cercano.

—Espero haber hecho bien al traerla, Isabel.

—Sí, Meg, ha sido lo mejor. —Isabel se acercó para revisar cuidadosamente cada prenda. Alzó la vista para mirarle a él—. Apenas está mojada.

Nick admiró su sagacidad. Había captado de inmediato la intención de la pregunta; dada la ingente cantidad de agua caída durante los últimos dos días, la tela se habría empapado con rapidez.

—No está lejos.

Isabel se volvió hacia el mapa.

—Imagino que habrá desaparecido hace veinticinco minutos —dijo con rapidez—, treinta a lo sumo. Han debido de venir a pie o Kate habría visto los caballos. —Miró hacia la responsable de los

establos, que negó con la cabeza.

—No podrán viajar muy lejos a la luz del día —aseguró Nick—. Al menos si no quieren ser atrapados.

Isabel le miró mientras estudiaba sus palabras y, al instante, asintió con la cabeza.

—Lo que quiere decir que, probablemente, esté oculta en algún lugar de la propiedad.

Nick soltó el aire poco a poco. Isabel confiaba en él.

Un error por su parte.

Relegó aquella vocecita insidiosa al fondo de su mente mientras Isabel continuaba hablando.

—Conocemos el Park como la palma de la mano, lo que nos da una enorme ventaja. Kate, Meg, Regina, revisad el bosque y los pastos orientales. Jane, Carolina, Frannie, id al portón oeste, cruzad las tierras arrendadas a Marbury y revisad los cobertizos donde este pone el heno a secar.

Siguió asignando tareas con eficacia, marcando las áreas en el mapa según las iba cubriendo. Nick observó que la cocinera abría una pequeña alacena y le daba un pequeño cuerno de caza a cada uno de los grupos.

—Si notáis algo extraño, un sonido, un movimiento, lo que sea, haced sonad el cuerno. No hagáis nada antes de que lleguemos junto a vosotros. Os quiero de vuelta antes de que vuelva a llover. Como siempre, Gwen se quedará aquí. Si necesitáis algo, decídselo a ella.

Cuando terminó de explicar el plan al resto de las mujeres, se incorporó, y Nick se maravilló por la manera en que las demás de la casa se irguieron ante su presencia, cuadraron hombros y pusieron la columna tan recta como cualquier soldado decidido a impresionar a su comandante. Nick supo al instante que eran un ejército y que, como tal, seguirían sin titubear las órdenes de Isabel.

Se dio cuenta de que él estaba dispuesto a imitarlas.

—Lara y yo registraremos la zona entre la casa y la calle mayor. ¿Alguna pregunta?

No iba a permitir que se pusieran a buscar a la chica sin contar con él.

—*Lady* Isabel, me gustaría ver el lugar de donde se llevaron a Georgiana.

Ella negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo.

Él sabía el riesgo que suponía cuestionarla delante de las chicas, pero también sabía que su experiencia podía acortar la búsqueda. Tenía que demostrárselo y estar dispuesto a responder a las preguntas que surgieran en el proceso. No era el momento de dudar.

—Estoy entrenado como rastreador.

Un poco más allá, notó que Rock arqueaba las cejas con sorpresa. Le ignoró. Ella le miró a los ojos y meditó sus palabras durante un buen rato.

—Le llevaré hasta allí —resolvió tras asentir con la cabeza—. Señor Durukhan, ¿le importaría acompañar a Lara en la búsqueda por el pueblo?

—En absoluto —se brindó Rock.

—De acuerdo. —Se volvió hacia el resto—. Daos prisa. Manteneos a salvo y regresad antes del anochecer.

Tras saludar a su general, las mujeres salieron de la estancia como un batallón bien entrenado. Isabel impartió las órdenes finales a Gwen mientras Nick y Rock hablaban en voz baja.

—No es posible que los encontremos en el camino —dijo el turco, sacando una pistola de la cinturilla para ofrecérsela.

—No.

—¿Vas a decirle la razón por la que estamos aquí? —preguntó con una mirada insondable.

Nick negó con la cabeza, deslizando la pistola en el interior del chaleco.

—No si puedo evitarlo.

Rock se mostró de acuerdo.

—No estaré demasiado lejos.

Se dieron la mano y Nick se volvió hacia Isabel.

—Vámonos.

Ella abrió la puerta y salieron de la casa.

El lugar donde habían secuestrado a Georgiana estaba a pocos pasos de la casa.

Se podía intuir cuál era por el chaleco sucio que Meg había dejado atrás en su prisa por dar la alarma. Nick se agachó para estudiar las huellas en el camino enlodado.

Isabel le observó durante un rato, luego alzó la vista.

—¿Has descubierto algo?

—Dos hombres. Parece que ella se resistió. —Nick se dio la vuelta maldiciendo por lo bajo, luego señaló con el dedo hacia el sur, en dirección a un alejado bosquecillo—. Se han marchado en esa dirección. ¿Existe por allí algún refugio?

—Hay un refugio de leñadores abandonado en el que a James le gusta jugar.

—Pues la habrán llevado allí. Estarán esperando a que caiga la noche antes de trasladarla a otro lugar. —Hizo una pausa—. ¿Hay alguna posibilidad de que te convenza para que esperes aquí con Gwen?

Ella ya se había puesto en marcha, sus largas piernas se movían con rapidez sobre la tierra.

—Ninguna. ¿Dónde aprendiste a rastrear?

Él la dejó cambiar de tema, atisbando los árboles a lo lejos.

—Fue durante mis andanzas en el continente, estaban en guerra.

Caminaron un buen rato antes de que ella se diera cuenta de que él no iba a añadir nada más.

—¿No vas a decir nada más? ¿Solo que estaban en guerra?

—¿Qué más quieres saber?

—¿Quién te enseñó?

—Un miembro muy inteligente del Ministerio de la Guerra.

—Pero tú no eras militar, ¿verdad?

—No. —Cambió de tema. Ese era demasiado peliagudo—. ¿Cuántas veces has organizado una búsqueda?

Ella encogió los hombros y apuró el paso.

—Varias.

—¿Cuántas son varias?

—No lo recuerdo.

—Inténtalo… ¿Una? ¿Cincuenta?

—Más de una y menos de cincuenta.

Aquella mujer acabaría con la paciencia de un santo.

—¿Cuántas con éxito?

Ella volvió a encoger los hombros.

—La mayoría.

—Incluso ahora, que vamos a casarnos y te estoy ayudando a buscar a esta chica, sigues sin confiar en mí.

Chica lista. Nick acalló la voz en su cabeza.

—No se trata de eso.

¿No?

—¿De qué se trata entonces?

Ella no respondió.

—¿Quién es la chica que ha sido secuestrada? ¿Cuál es la identidad real de Georgiana? Dímelo, Isabel.

—No puedo decírtelo.

—Isabel, comienzo a estar harto de esa respuesta.

—Es un secreto que no me corresponde a mí desvelar.

—¿Qué puedes contarme sobre ella?

Ella le miró durante un buen rato, sin dejar de andar. Luego concentró su atención en los árboles a lo lejos.

—Puedo decirte que es más que una institutriz, pero eso ya lo sabías, ¿verdad? Puedo decirte que pertenece a una familia importante. Y puedo decirte que cuando la acogí, sabía que era solo cuestión de tiempo que llegara este día.

—Entonces, ¿por qué la acogiste?

—Jamás he rechazado a una chica. —Fue la suave y seria respuesta—. No pensaba empezar con ella.

Nick permitió que le guiara sin dejar de observarla, le condujo a través de un grupo de sauces hasta el interior del bosque. Camino de la cocina, Isabel había hecho una parada en su habitación para ponerse ropa masculina, afirmando que los pantalones le daban mayor libertad de movimientos, y él no pudo contener una apreciativa sonrisa por lo que tenía ante los ojos. Esa tarde, ella estaba más hermosa que nunca.

Sopesó el hecho durante un buen rato antes de darse cuenta de la razón: no había nada titubeante en sus movimientos, nada que indicara que estuviera nerviosa o indecisa por lo que tenía que hacer. En vez de eso, se movía con una segura y tranquila elegancia que indicaba que era una mujer dispuesta a todo.

Nunca había conocido a una mujer como ella.

Supo en ese momento que se sentía atraído por aquella poderosa combinación de fuerza y vulnerabilidad; por esa loca que se pasaba el tiempo en los tejados o vagando por los páramos de Yorkshire en pos de aguerridos secuestradores y, a pesar de ello, dudaba de sus acciones y se cuestionaba su valor.

No era de extrañar que quisiera casarse con ella.

Isabel era una mujer muy notable.

Sí, podría protegerla, podría proteger Minerva House, podría enviar a James al colegio y todo lo demás. Él tenía dinero, relaciones adecuadas y ganas de hacerlo.

Y además, le gustaba la idea.

Pero, sin embargo, resultaría imposible convencer a Isabel de que la idea le gustaba si ella llegaba a saber la razón por la que estaba en Yorkshire.

Cuando alcanzaron los árboles, él vislumbró una pequeña construcción a varios metros. Trató de retener a Isabel cogiéndola del brazo.

—Me gustaría que te quedaras aquí y me dejaras entrar solo. —Ella negó con la cabeza y abrió la boca para protestar. Él alzó una mano—. ¿Qué ocurrirá si tienen armas?

—Ya me he enfrentado a armas antes.

Las palabras le volvieron todavía más protector.

—¡De todas las tonterías que…! ¿Dispones de alguna manera de protegerte?

Ella tomó aire.

—No.

Tomó nota mental de enseñarle a usar una pistola.

—¿Entonces qué? ¿Cuáles son tus planes? ¿Exasperarlos hasta que decidan entregarse? Eso podría funcionar conmigo… pero imagino que se trata de profesionales.

Ella le lanzó una irritada mirada.

—Por lo general, basta con mencionar al conde un par de veces para que se mueran de miedo.

—Estás de broma.

Ella apartó la mirada.

—No.

—Isabel, después de lo que acabas de contarme sobre Georgiana, ¿crees que a la gente que ha venido a buscarla le dará miedo tu hermano?

Ella no respondió.

—Pues eso. —La ocultó tras un árbol—. Vas a quedarte aquí y no te moverás hasta que venga a buscarte.

—¿Y si te ocurre algo?

Él suspiró. ¿Es que aquella mujer no se fiaba de él para nada?

—Si no estoy de regreso dentro de diez minutos, haz sonar ese maldito cuerno y llama a tus amazonas.

Ella sonrió.

—Son unas auténticas amazonas, ¿verdad?

Él curvó los labios, divertido.

—Me alegra ver que consigo animarte la vida. —Sacó la pistola del chaleco y comprobó que estaba cargada.

—¡Nick!

Él había comenzado a alejarse, pero al escuchar su susurro se volvió hacia ella.

—¿Qué?

—Ten… —Se interrumpió, impresionada al ver el arma—. Ten cuidado.

Dos segundos después, él estaba otra vez a su lado. La apresó por la nuca con una mano cálida y firme y la atrajo hacia sí. El beso fue rápido, hambriento, profundo… Y les recordó a ambos el placer que encontraban en los brazos del otro.

—Nada impedirá que vuelva contigo —le dijo, alejándose—. Después tenemos un asunto pendiente.

Ella se sonrojó y apartó la mirada.

—Ve…

Él se abrió paso entre los árboles, hacia la casa. No tardó en confirmar sus sospechas cuando vio a dos hombres que retenían a Georgiana dentro del refugio. La chica luchaba contra las cuerdas con las que le habían atado las manos, y podía oírla gritar a pesar de la mordaza que le habían puesto para silenciarla. Una cosa era cierta, la chica tenía bien aprendida la primera regla para sobrevivir a un secuestro: mostrarse fuerte e irritante. Valía más ilesa, y lo sabía. Nick observó a través de la ventana, casi divertido, cómo uno de los secuestradores se frotaba las sienes para aliviar un más que probable dolor de cabeza a causa del ruido.

—Eh, cariño —dijo el otro con marcado acento cockney—. Así no conseguirás nada. Estamos aquí para rescatarte. Vamos a llevarte a casa.

Justo lo que sospechabas.

Tomó nota mental de echar en cara a Leighton no haberle confiado solo a él la tarea de encontrar a su hermana.

Las palabras del secuestrador solo sirvieron para redoblar los esfuerzos de Georgiana. La joven golpeó el suelo del viejo refugio con los pies, haciendo que se preguntara si las viejas tablas resistirían tan violento tratamiento.

Imaginó que los secuestradores no tendrían demasiado interés en retener a una presa difícil como esa. Por un módico precio, claro está. Suspiró. Aficionados.

—¿Qué sucede?

Oh, desde luego…

Debería haber sospechado que Isabel le seguiría. Pero eso no hacía que se enfadara menos. Se volvió hacia ella.

—¿Qué te había dicho?

—Yo…

—No, Isabel, ¿qué te había dicho que hicieras?

—No soy una cría, Nick.

—¿De veras? Porque pareces tener muchos problemas para seguir órdenes.

—¡Eso no es justo! ¿De verdad has creído que te dejaría entrar ahí dentro sin mi ayuda?

—¿Se te ha ocurrido pensar que tener que estar pendiente de ti solo hará esto más difícil?

Los grandes ojos castaños se agrandaron con inocente sorpresa.

—¿Por qué ibas a tener que estar pendiente de mí? Soy perfectamente capaz de cuidarme sola.

Él negó con la cabeza.

—Ya estoy cansado de esta conversación. Quédate aquí. Intenta recordar que debes quedarte aquí, ¿me has oído?

—¿Qué vas a hacer? —Él dobló la esquina del refugio en dirección a la puerta, ignorando el susurro.

Iba a poner fin a aquel asunto tan ridículo.

Y, probablemente, de paso conseguiría que toda la ira de Isabel cayera sobre su persona.

Se acercó a la puerta y llamó tres veces.

—Abran esta puerta, caballeros. Quiero a la chica y no me iré sin ella. Así que será mejor que hablemos, ¿de acuerdo?

Tras aquellas contundentes palabras hubo un ominoso silencio. Nick volvió la cabeza y vio a Isabel a algunos metros, con la boca abierta por la sorpresa.

Nick arqueó una ceja.

—Me gustan los acercamientos directos.

Ella cerró la boca.

—Ya veo.

Isabel contuvo el aliento cuando la puerta se abrió, y Nick, vio apuntándole, el cañón de una pistola. Tomó aliento mientras examinaba el aspecto insípido del gorro de lana que cubría la cabeza del individuo que sostenía el arma.

—Creo que podemos guardar las pistolas.

El hombre que había detrás de Gorro de Lana, en el interior del refugio, esbozó una amplia sonrisa mostrando algunos dientes grises y asintió con la cabeza al ver el arma de Nick.

—Usted primero, milord.

Nick bajó la vista a la pistola antes de guardarla.

—Bueno, ya está. Intentemos resolver esto sin derramamientos de sangre, ¿les parece bien? —El tipo encogió los hombros. Nick lo consideró un punto a su favor—. ¿Cuánto les paga?

—No sé de qué habla.

Nick entrecerró los ojos.

—No soy estúpido, hombre. ¿Por qué no se hace un favor a sí mismo y deja de actuar como si usted sí lo fuera? ¿Cuánto le paga el duque de Leighton por llevar de vuelta a su hermana?

Escuchó el jadeo de Isabel a su espalda. Intentó ignorarla. Tenía que ignorarla.

—Cien libras. —Gorro de Lana miró a Dientes Grises, antes de volverse hacia Nick—. A cada uno.

—Supongo que eso quiere decir que les paga cien a ambos, pero no voy a pararme en nimiedades. Les daré doscientas libras ahora mismo si me dan a la chica y le transmiten a Leighton un mensaje.

Los dos hombres se miraron, lanzaron un vistazo a Georgiana y luego observaron a Nick. Reconocían un chollo cuando lo tenían delante.

—¿De qué mensaje se trata?

—Dígale que St. John la tiene.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Pasó un rato mientras el hombre consideraba las palabras de Nick, luego bajó la pistola.

—De acuerdo.

—¿Rock? —gritó Nick, sin apartar la vista de la puerta.

Hubo un movimiento entre los árboles, a su espalda, y Rock apareció a su lado en breves segundos.

—Aquí estoy.

—Confisca las armas de estos caballeros y escóltalos al límite de la propiedad.

Una vez allí, dales su dinero y vigila que se vayan directos a Londres.

Rock miró a ambos hombres, que le contemplaban con los ojos muy abiertos, sorprendidos por su tamaño. Les tendió la enorme palma de su mano y Gorro de Lana puso allí la pistola. El turco sonrió.

—Será un placer.

Nick tomó a Gorro de Lana por las solapas y le empujó contra la pared del refugio con los pies en el aire.

—Escúcheme bien. Como regrese por aquí, usaré la pistola. Y soy un tirador excelente.

—D-de acuerdo. —El hombrecillo asintió con la cabeza y Nick lo depositó en el suelo antes de entrar en el refugio y agacharse para quitarle la mordaza a Georgiana.

Ella se frotó la barbilla.

—Gracias.

Nick se dedicó entonces a las ataduras en sus manos.

—Debería tener más cuidado, *milady*.

Ella se sonrojó.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabe?

Él consideró mentir, pero lo desechó en el acto.

—Desde antes de llegar.

—¿Ha venido a buscarme?

Nick no respondió.

—¿Le ha enviado Simon?

—Está muy preocupado por usted.

A Georgiana se le llenaron los ojos de lágrimas, y Nick supo en ese momento que esa joven no tenía miedo de su hermano. Reconocía la nostalgia por el hogar cuando la veía. La había sentido demasiadas veces.

—Yo también tengo una hermana, *lady* Georgiana. No me

gustaría perderla.

—¿Debe…? ¿Debe llevarme a casa? —Había un profundo temor en su voz.

—No. —Le soltó las manos y se incorporó—. Su hermano me pidió que la encontrara, no que la llevara de vuelta.

—Gracias —susurró de nuevo, frotándose la irritada piel de las muñecas.

—Sabe que no podrá ocultarse de él para siempre, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—No más tiempo del que usted podrá ocultarse de Isabel.

Él suspiró.

—Imagino que no cuento con su favor en este momento.

—Imagino que no.

Nick siguió la dirección de la mirada de la joven por encima de su hombro y se encontró a Isabel en el umbral del refugio. Rock y los dos hombres habían desaparecido, y él deseó, de repente, haberse ido con ellos.

Porque no le gustó nada la mirada que vio en sus ojos.

Una mirada que le acusaba de ser un traidor de la peor calaña.

Capítulo 17

»Sabemos que encontrará difícil creer que incluso un caballero tan elegible como este pueda tener un par de defectos. Quizá se ría demasiado fuerte, o no tenga la vista perfecta. Tal vez tenga una vena un poco canalla a pesar de todos sus esfuerzos por vencerla. ¡Asuma esos defectos, querida lectora! Pues será al asumir esos pecadillos cuando podrá valorar en su justa medida el encanto y la alegría de su elegido. El uso correcto de estas lecciones le asegurará que él la adore también a pesar de sus propios defectos. ¿No es justo que usted haga lo mismo?».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Nick le había mentido.

Isabel estaba todavía en su dormitorio en penumbra, asomada a la ventana, con la mirada fija en los páramos, las tierras que habían pertenecido a su familia durante generaciones antes de haberlas ido perdiendo poco a poco —ya fuera vendiéndolas o en el juego—, hasta que, finalmente, apenas quedaban unas pocas para el actual conde. Observó cómo desaparecían los últimos rayos de sol y el cielo adquiría un tono anaranjado que se transformó lentamente en un profundo azul oscuro.

Llevaba horas allí mientras miraba sin ver cómo la tierra cambiaba, con un único pensamiento que resonaba una vez tras otra en su mente.

Nick le había mentido.

Por supuesto, debería haberlo imaginado. Debería haber adivinado que ocurriría algo así; que él no era lo que parecía y que sería la causa de la perdición de Minerva House.

Aplastó una mano contra el frío cristal y estudió cómo se empañaba bajo sus dedos.

Nick le había pedido que confiara en él. La había convencido para que se interesara por él.

Y, contra su buen juicio, lo había hecho.

Había confiado en que no haría daño a las chicas; que no perjudicaría el delicado equilibrio de Minerva House.

Que no la lastimaría.

Pero lo había hecho.

Nick era su enemigo en esa partida. El enviado del duque de Leighton para encontrar a su hermana. Quien había descubierto sus secretos y podía traicionarlas.

Que ya lo había hecho.

Haciéndola creer en él.

Respiró hondo al recordarlo.

¡Qué tonta había sido!

Las lágrimas amenazaron con abandonar sus ojos, y apretó los párpados para retenerlas. No pensaba llorar por ese hombre al que conocía hacía tan solo cuatro días. Ese al que no debería haber revelado la existencia de Minerva House. Al que jamás debería haber permitido entrar en su vida.

¡Qué terrible error había cometido!

Se había dejado convencer por sus palabras bonitas, por la promesa de sus caricias.

Es lo mismo que le ocurrió a tu madre.

Las chicas jamás la perdonarían.

Jamás se perdonaría a sí misma.

Apretó la frente contra la ventana y sintió la frescura del vidrio cuando respiró hondo, deseando dejar de pensar en él. Debía planear cómo iba a salvarlas ahora que sus secretos habían sido descubiertos, ahora que solo era cuestión de tiempo que todos —que toda Inglaterra— supieran quiénes eran y dónde estaban.

Pero por alguna razón, el miedo a ser descubiertas no era nada comparado con el dolor de su traición. Con la aguda conciencia de que todo lo que se había permitido soñar…

Nunca ocurrirá.

Escuchó un suave golpe en la puerta y se limpió las lágrimas que habían vuelto a surgir.

Había ignorado las anteriores visitas que intentaron entrar en su habitación, pero de repente ya no soportaba la idea de estar sola.

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente. Le sorprendió ver a Georgiana, con sus abundantes rizos rubios brillando por la luz de las velas encendidas en el pasillo. A la joven le llevó un momento verla, en un rincón de la estancia.

Entró tímidamente, y se quedó a varios metros. Se mantuvo en silencio un rato mientras se cogía las manos delante de la falda.

—Lamento mucho el revuelo que he causado…

Isabel se rio amargamente.

—Si alguna de nosotras tuviera que disculparse, Georgiana, te aseguro que debería ser yo.

La chica agrandó los ojos.

—¿Por qué motivo?

—Yo he conducido a ese hombre hasta ti.

Georgiana la miró con franqueza.

—Le aseguro, *lady* Isabel, que usted no ha hecho nada de eso.

—Oh, ¿de veras? ¿Crees que habría llegado hasta aquí si no le hubiera abierto la puerta? ¿Que te habría descubierto si yo no hubiera sido tan tonta como para confiar en él?

—Sí.

Isabel apartó la mirada.

—Isabel, no conoce a mi hermano. Es la persona más arrogante y dominante que haya conocido nunca y siempre consigue lo que quiere. Es el undécimo duque de Leighton. ¿Sabe hasta dónde hay que remontarse en un árbol genealógico para ser el descendiente de once duques, cada uno más soberbio que el anterior? —Georgiana negó con la cabeza—. Ya sabía que Simon removería cielo y tierra hasta dar conmigo. Si soy honesta, me sorprende que solo hayamos tenido que tratar con lord Nicholas y dos secuestradores idiotas. Casi esperaba que mi hermano obligara al rey *Jorge* a poner la guardia real a su disposición. —Puso la mano en el brazo de Isabel —. No ha sido usted quien condujo a lord Nicholas hasta mí. He sido yo quien la ha descubierto a usted. Y es por eso por lo que le debo una disculpa.

Las palabras penetraron en su mente e hicieron que se sentara en el banco de la ventana salediza frente a la que llevaba horas de pie. Le indicó a Georgiana que se acomodara a su lado.

—Lamento que su hermano sea tan tenaz —musitó.

Georgiana sonrió.

—No es para tanto. Jamás he dudado del cariño que Simon siente por mí. Puede ser arrogante y dominante, pero protege lo que es suyo.

—Entonces, ¿por qué…? —Isabel no entendía nada.

—Mi historia no es tan simple como la de cualquier chica que se haya escapado de casa.

—Nunca lo son.

—Me gustaría contársela. Creo que merece conocer el motivo de que haya ocurrido todo esto.

Ha ocurrido porque confié en un hombre en el que no debería haber confiado.

—Me encantaría escucharla —aseguró Isabel, acallando la insidiosa voz de su conciencia.

—Me… —Georgiana hizo una pausa y miró hacia la ventana, donde Isabel sabía que no podía ver más que su cara reflejada en el cristal oscuro—. Me enamoré. No importa de quién.

No dijo nada, esperando que la chica encontrara valor para seguir.

—Cometí el terrible error de pensar que él también me amaba. —Se interrumpió y se miró las manos, con las que estrujaba la tela de la falda. Cuando volvió a hablar, su voz no era más que un murmullo—. Pero no era así. —Respiró hondo—. Supongo que fue lo mejor… Simon jamás habría permitido que nos casáramos. Me quedé destrozada cuando él se marchó. Entonces…

Georgiana se detuvo, parecía incapaz de continuar desgranando sus recuerdos.

Isabel se inclinó hacia ella y le tomó las manos.

—No es necesario que me cuentes nada más.

—Pero quiero hacerlo —susurró la joven—. Quiero contárselo a alguien.

Isabel permaneció inmóvil; sabía lo que iba a escuchar.

—Cuando descubrí que estaba embarazada, no pude decírselo a Simon, sabía que le decepcionaría. Dio la casualidad de que algunas semanas antes mi doncella me había contado ciertas historias sobre una casa en Yorkshire. Un lugar donde las mujeres podían comenzar de nuevo, forjarse una nueva vida. Debía preguntar por *lady* Isabel. —Sonrió con timidez—. Así fue como acabé aquí.

Alzó la mirada buscando sus ojos; era la mirada clara e inocente de alguien demasiado joven.

—Sabía que él me perseguiría, pero no pensé que me encontraría con tanta rapidez.

Isabel le apretó las manos.

—Yo también sabía que él te buscaría. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que eres bienvenida bajo este techo… —Le brindó una irónica sonrisa—, bajo lo poco que queda de él. Bajo mi protección. Bajo la protección del conde de Reddich.

—A pesar de lo mucho que aprecio al conde, Isabel, no creo que pueda hacer mucho frente a mi hermano.

—Tonterías. Está claro que ocupas un lugar especial en el corazón de mi hermano. Estoy segura de que se enfrentaría a quien fuera por ayudarte.

La amplia sonrisa de la chica se hizo todavía más grande.

—Le adoro, ya lo sabe. Pase lo que pase, siempre me sentiré orgullosa de haber enseñado latín al joven conde de Reddich.

Compartieron una sonrisa antes de que Georgiana continuara.

—Hay algo más. Es sobre lord Nicholas.

Isabel se puso seria y meneó la cabeza.

—Pienso echarle de aquí inmediatamente.

—Creo que no debería hacerlo.

Isabel abrió la boca, sorprendida. Era imposible que hubiera escuchado bien.

—¿Perdón?

—Es un buen hombre, Isabel. Si no lo hubiera sabido al escuchar hablar sobre él a mi hermano y a sus amigos, que lo consideran un héroe; al ver todas las damas de Londres, que suspiraban anhelando su regreso del continente; al conocer la actitud que adoptó cuando su hermanastra llegó a la ciudad, permaneciendo a su lado a pesar de las burlas del resto de la sociedad, lo hubiera sabido hoy, cuando pudo haberme entregado a mi hermano y, sin embargo, me dejó regresar aquí con usted.

A Isabel le dolió el corazón al escuchar aquellas palabras que tan bien describían al hombre que ella pensaba que era. Quizá él fuera leal con sus amigos, se preocupara por su hermana y aquellas insípidas damas de la sociedad solo vieran su hermoso rostro y su bolsa bien repleta. Pero Nick había demostrado que no era para

ella.

Sintió que le picaban de nuevo los ojos y contuvo las lágrimas.

—Estás equivocada. Debe tratarse de otro St. John. Este es un villano que traicionó nuestra confianza.

Mi confianza. Mis sentimientos.

—Creo que lo más probable es que estuviera tratando de ayudar a mi hermano.

Isabel negó con la cabeza.

—No importa. Hizo todo lo que estaba en su mano para acercarse a mí, encontrarte y revelar tu posición. Me temo que en este St. John no hay nada de ese honorable hombre que describes.

De repente, como si lo hubiera conjurado con sus palabras, él estaba allí, en la puerta que Georgiana había dejado entreabierta al entrar.

—Lamento que pienses eso.

Isabel contuvo el aliento al ver su silueta —alta, abrumadora y oscura— recortada contra el rectángulo de luz del pasillo. Su presencia trajo consigo una riada de sensaciones: traición y enfado, desconfianza, pero también una cierta tristeza y otra cosa que resultaba insoportable.

Anhelo.

Intentó controlar su voz ante aquellas indeseadas emociones.

—Debo de estar equivocada. No es posible que te atrevas a seguir bajo mi techo después de lo que has hecho.

Isabel no podía verle la cara, pero notó que se ponía rígido al oírla y, de repente, sintió como si hubiera menos aire.

—He venido a hablar contigo.

—Bueno, eso va a ser un problema, porque yo no tengo ningún interés en hablar contigo. —Él pasó al interior de la habitación con una larga zancada, un movimiento producido, sin duda, por la frustración—. Veo que tienes intención de insultarme además de traicionarme. Sal inmediatamente de mi dormitorio.

Él giró la cabeza y centró su atención en la otra mujer presente en la estancia.

—*Lady* Georgiana, le agradecería mucho que nos dejara a solas. *Lady* Isabel y yo debemos discutir algunos asuntos.

Georgiana irguió la espalda, demostrando con ese gesto su aristocrático origen.

—No puedo hacer eso, milord.

—Tiene mi palabra de que no haré nada que pueda comprometer a *lady* Isabel.

Ella se rio con sarcasmo.

—Como si tu palabra tuviera algún tipo de valor.

—Entiendo que estés enfadada, Isabel. Me gustaría tener la oportunidad de explicarme. —Miró otra vez a Georgiana—. Se lo prometo, estará a salvo conmigo.

Vamos a casarnos.

Georgiana se quedó boquiabierta, lo que hizo que Isabel se sintiera encolerizada y frustrada.

¿*Cómo se atrevía*?

—No haremos tal cosa —protestó.

Nick se volvió de nuevo hacia ella y, por un fugaz momento, Isabel deseó poder verle la cara. En la penumbra de la estancia resultaba más peligroso e inquietante que nunca. En especial cuando volvió a hablar en tono amenazador.

—Isabel, prometiste que te casarías conmigo. Espero que cumplas tu palabra.

—Nicholas, dijiste que podía confiar en ti. ¿Qué ocurre con lo que tú prometiste?

Hubo un abrumador silencio en el que ninguno de los dos retiró el guante que había tirado al adversario. Finalmente, fue Nick el primero en tomar la palabra.

—*Lady* Georgiana, ¿le he prometido que la defenderé de su hermano?

—Sí.

—¿Y le he dado también mi palabra, a pesar del poco valor que tiene ahora mismo —hizo una pausa para mirarla—, de que no la obligaré a volver a casa?

—Sí.

—Por favor, permítame unos minutos.

Georgiana valoró la petición mirando primero a Nick y luego a ella.

—Le doy un cuarto de hora —decidió—. Ni un minuto más, milord.

Isabel volvió bruscamente la cabeza hacia la joven.

—¡Traidora!

—Son solo quince minutos, *lady* Isabel. Sin duda alguna puede dedicarle ese tiempo. Esperaré en el pasillo.

Isabel frunció el ceño al ver que la chica abandonaba la estancia dejando la puerta entrecerrada y que solo llegaba una rendija de luz desde el pasillo. Se acercó a la cama y encendió una vela, incapaz de quedarse a oscuras con ese hombre que conseguía reclutar aliados para su causa con tanta rapidez.

Comenzó a encender todas las velas hasta que quedaron bañados por la dorada luz de las llamas. Cuando terminó, lamentó haberlo hecho.

Nick se había puesto ropa limpia. Ahora vestía de negro; una elegante chaqueta y un chaleco que acentuaban su elegancia natural. Observó el perfecto nudo de la corbata y, por un fugaz momento, recordó a James anudando otra casi igual.

James. La ira crepitó en su interior.

Incluso había conquistado a James.

Cruzó los brazos, ignorando aquel pensamiento.

—No tengo nada que decirte.

—Sí. Eso ya lo has dejado claro.

Nick mantuvo el tipo, quedándose totalmente inmóvil. Isabel jamás le había visto tan quieto. Era como si fuera una persona diferente al hombre que conocía desde hacía tan pocos días.

Como si él le hubiera mentido.

Algo que, por supuesto, había hecho.

Apartó la mirada para evitar que él viera lo mucho que le había dolido su traición.

Sin embargo, lo vio.

—Isabel —intervino con un suspiro en un tono más suave y zalamero que antes—. Déjame explicarte. No es lo que parece.

—Lo que parece es que estabas buscándonos.

Él hizo una pausa.

—De acuerdo, pero no te buscaba a ti. Buscaba a Georgiana.

—¡Georgiana es una de nosotras!

—Isabel, Georgiana es la hermana del duque de Leighton. ¿De verdad pensabas que podrías ocultarla para siempre?

—¡No! Yo… —se interrumpió sin saber qué decir—. Sencillamente, no esperaba que tú estuvieras buscándola.

—Rara vez hago lo que la gente espera.

—Sí, comienzo a darme cuenta. —Isabel miró al techo con frustración—. Es culpa mía. Te facilité las cosas cuando te pedí que valoraras la colección.

—Si no hubiera sido la colección, habría encontrado otra manera.

—Quizá no.

—Isabel. —La manera en que dijo su nombre captó absolutamente su atención—. Soy muy bueno en lo que hago.

—¿Y cuál es tu labor, Nick? Porque me parece que en lo que eres muy bueno es en camelar a las mujeres con tu sonrisa encantadora, tus seductoras palabras y tus bonitas mentiras sobre el matrimonio. Que es justo lo que has hecho conmigo. Primero te ganaste mi confianza y luego la traicionaste en tu propio beneficio.

—No fueron mentiras. Es cierto. —El susurro era tentador, precioso y suave, con esa pizca de honradez que ella había encontrado tan cálida y atrayente. Bueno, ahora era más lista.

Cerró los ojos. Aquella conversación la agotaba.

—Por favor, Nick. ¿No crees que ya has hecho suficiente? ¿No crees que ya me has lastimado demasiado?

—¡No lo entiendes!

—¿Qué tengo que entender? —gritó—. ¿Cuántas veces me pediste que confiara en ti? ¿Cuántas veces me dijiste que me protegerías? ¿Que protegerías a James? ¿A las chicas?

—¡Y aquí estoy! ¡Sigo ofreciendo lo mismo!

—Vete. Ya tienes la información que buscabas. Pero indícale al duque de Leighton que cuando venga a por Georgiana lo haga al frente de un ejército. Si ella no quiere irse, la protegeré con todo lo que tenga a mi alcance.

—¡Yo estaré a tu lado!

—¡Ya basta! —Sus palabras dolían—. ¿Crees que lograrás convencerme de que olvide lo que ha ocurrido? ¡Nos has traicionado! Me traicionaste. Todo lo que te he dicho… —Se detuvo e inspiró profundamente—. Honestamente, no puedo creer que pienses que pondré la casa y nuestras vidas en tus manos después de lo que has hecho. Ahora ya sé que tu lealtad puede ser comprada por el mejor postor.

Las palabras cayeron como un jarro de agua fría entre ellos e Isabel supo al instante que había llegado demasiado lejos.

Él ya no pudo permanecer quieto. La sujetó por los hombros y la atrajo hacia su cuerpo, obligándola a mirarle a los ojos.

—No. Aceptaré tus acusaciones. Tu cólera. Pero no pienso permitir que sigas poniendo en duda mi honor.

Ella abrió la boca para replicar, pero él se lo impidió.

—No, Isabel. Vas a escucharme. Vine aquí para ayudar a la chica, no para hacerle daño. Si hubiera sabido que estaba aquí, sana y salva, no habría aceptado la misión, pero no lo sabía. Lo único de lo que estaba seguro era de que mi amigo estaba a punto de volverse loco de preocupación y tenía que ayudarle. Sí, me he topado con tu pequeño ejército de amazonas. Sí, he descubierto tus secretos, pero nada de eso es asunto de Leighton. A él solo le incumbe su hermana —alargó el brazo para señalar hacia el pasillo — y el niño que va a tener. No me conoces, no sabes por qué estoy aquí, sin embargo jamás te entregaría; he dado mi palabra de que te protegería, de que mantendría tus secretos, y eso es lo que voy a hacer.

Isabel no supo qué decir cuando la soltó y se dirigió hacia la puerta. Cuando él había puesto ya la mano en el pomo, recuperó la voz.

—¿Cómo lo has sabido?

Nick volvió la cabeza hacia ella, pero no fue suficiente como para verle los ojos.

—¿Cómo he sabido qué? —dijo secamente.

—¿Cómo has sabido que Georgiana está embarazada?

—Como te he dicho antes, Isabel, soy muy bueno en lo que hago. —Había impaciencia en su voz.

Las palabras encendieron de nuevo su furia.

—¡Yo también!

—Sí. Eres muy buena escondiéndote.

—Soy buena escondiéndolas —le corrigió.

Él se volvió por completo hacia ella, con los labios curvados en una sonrisa que no le gustó.

—¿Lo haces por ellas?

—Sí.

—Yo no lo creo.

Ella parpadeó.

—Claro que sí.

—No. No lo haces por ellas, Isabel. Creo que lo haces para seguir escondiéndote tú. Para no tener que enfrentarte al mundo que hay más allá de tu pequeño reino. Y a lo que eso podría traer consigo.

Isabel se quedó helada.

No era cierto.

No lo era.

Nick esperó un buen rato a que respondiera.

—Mañana me iré —añadió al ver que no lo hacía—. Ya me he cansado de Yorkshire.

Y con esa última frase salió de la estancia cerrando con firmeza la puerta a su espalda.

Una vez que se hubo ido, Isabel se subió a la cama. Estaba agotada tras aquel altercado verbal, confusa por los sentimientos que la inundaban. Él había parecido tan honesto, tan sincero, tan herido…

Pero ¿y ella?

¿Cuál era su grado de felicidad mientras iba a rescatar a Georgiana al lado de aquel hombre tan fuerte y poderoso? ¿Por qué le gustaba tanto la sensación de tener una pareja? ¿De poder por fin, después de tantos años, compartir su carga con otra persona? ¿De sentirse, por primera vez en mucho tiempo, contenta con sus emociones?

¿Y qué pasaba con aquel vacío que creció en su interior cuando él le arrebató todo aquello?

Quizá él tuviera razón. Quizá tuviera miedo.

Rodó a un lado, negándose a seguir esa línea de pensamientos.

Debía seguir enfadada.

Porque no pensaba que pudiera enfrentarse a la oscuridad si se permitía reflexionar sobre aquella tristeza que la invadía.

Nick no podía dormir, así que se dirigió hacia los establos, castigándose con aquella especie de penitencia por haber traicionado a Isabel. Caminó de un lado para otro manteniendo despiertos a los caballos mientras revivía en su mente los últimos días. Pensó en todas las oportunidades que había tenido para decirle la verdad. En todas las veces que podría haberle confesado su participación en aquella increíble confusión.

Pero no lo hizo y, ahora, la había perdido.

Y, de repente, ella era lo más importante de todo.

La ironía de la situación era increíble. Había aceptado aquella ridícula misión de Leighton porque estaba desesperado por salir de Londres y escapar de los artículos de aquella estúpida revista. Había querido evitar a las melindrosas mujeres que se sentían atraídas por él por razones equivocadas. Quiso librarse de ellas y de las situaciones que provocaban.

Y aterrizó allí. En aquella casa llena de hembras que representaban la mayor charada que hubiera visto nunca. Mujeres que pasaban su vida de incógnito, ocultándose de secuestradores, duques y Dios sabía qué más, dispuestos a dar con ellas a cualquier precio.

Si no se tratara de su vida, resultaría gracioso.

Y en la pista central de aquel circo, estaba Isabel. Poderosa, inteligente, fuerte…

Su Boadicea. Su Isabel; más hermosa y apasionada que ninguna mujer que hubiera conocido.

Admiraba todo lo que personificaba esa mujer. No importaba lo que fuera. La deseaba.

La amas.

Se quedó paralizado ante el pensamiento.

¿Era posible que la amara?

El temor hizo que le diera un vuelco el corazón. Había evitado el amor durante mucho tiempo; quizá estuviera bien para los demás, pero era nocivo para él. Había visto a mujeres que utilizaban el amor como un arma. Había sido testigo de cómo su madre destruyó a su padre. De cómo Alana volvió contra él aquella emoción y cómo le había manipulado en Turquía hasta llevarle directamente a prisión.

Si algo le había enseñado el pasado, era eso: si se permitía amar a Isabel, aquello no acabaría bien.

Debería escapar. Tenía la oportunidad de abandonarla —a ella y a la locura que siempre la acompañaba—. Podría regresar a su seria y pausada vida londinense, a sus antigüedades, a las tardes en el club y a su familia, olvidando los días que había pasado en Yorkshire.

Lo malo es que cuando pensaba en esa vida —que le había satisfecho plenamente antes de llegar allí—, la encontraba vacía. Vacía de la fuerza de Isabel, de su aguda dialéctica y sus dulces

labios, de sus rizos indomables con aquel extraño color rojizo que quería acariciar cada vez que estaban juntos.

La deseaba.

Se volvió hacia la puerta de los establos y, por un fugaz momento, pensó en lo tarde que era. Se acercó a la salida mientras barajaba sus opciones.

Debería dejarla en paz.

Quizá Isabel se hubiera dormido.

Una visión de ella dúctil y relajada, observándole con los ojos entrecerrados mientras le daba la bienvenida… Fue demasiado tentadora para resistirse.

La deseaba.

Y si tenía que despertarla para conquistarla, tanto mejor.

Isabel estaba dormida cuando él entró a hurtadillas en el dormitorio. Todavía llevaba puestos los pantalones y la camisa masculinos. No había apagado las velas después de que él se fuera, pero algunas se habían consumido y habían formado charcos de cera derretida en los candelabros. En ese momento solo quedaban dos encendidas, una junto a la puerta y otra al lado de la cama, arrojando sobre la relajada forma durmiente una suave balsa de luz.

Él cerró la puerta, seguro de estar cometiendo el peor de los pecados. Estaba entrando en el dormitorio de Isabel sin que ella lo supiera, sin su consentimiento, pero ello no le impidió acercarse a mirar cómo dormía.

Isabel se había ovillado en el centro de la cama, de cara a la puerta y a la luz.

Tenía las manos bajo la barbilla y las rodillas apretadas contra el pecho, como si así pudiera protegerse de las bestias que acechaban en la noche.

De las bestias como tú.

Ignoró la vocecita y se concentró en su cara, empapándose con la visión de aquella mujer que había puesto su vida patas arriba. Era preciosa. Labios voluptuosos, nariz fina, pómulos altos con algunas pecas diseminadas aquí y allá. Se quedó mirándola, maravillándose de aquellas diminutas marcas que indicaban que había trabajado bajo el sol; otro claro ejemplo de lo diferente que era de las demás.

Le acarició la cara con la mirada hasta llegar a la frente en la

que, incluso dormida, se reflejaban sus preocupaciones con un profundo ceño. Nick sintió una opresión en el pecho al verlo; era culpa suya. No pudo resistir la tentación de alargar la mano para intentar alisarlo con el dedo índice hasta que consiguió borrarlo.

El contacto fue suficiente para arrancarla del sueño superficial en el que estaba sumida. Isabel se despertó con un jadeo y estiró las extremidades mientras recuperaba la consciencia. Nick se demoró un fugaz momento para recordarla así: cálida, exuberante y apenas consciente de lo que la rodeaba.

Algún día la despertaría con un beso y la retendría durante horas en la cama.

No pudo recrearse en el pensamiento demasiado tiempo.

Cuando ella le vio, la somnolencia dio paso a la sorpresa y luego a la ira.

Entonces se sentó con rapidez en la cama.

—¿Qué haces aquí? —Pasó las piernas por el borde del colchón, y Nick contuvo el impulso de dejarle sitio, seguro de que si ella se ponía en pie, él perdería aquella batalla.

La joven comprendió al momento cuál era su intención y entrecerró los ojos.

—Deja que me levante.

—No. No hasta que escuches lo que tengo que decir.

—Ya ha dicho suficiente, lord Nicholas.

Oír aquel título formal en sus labios le hizo sentir una oleada de aversión hacia sí mismo. Tenía que encontrar la manera de convencerla de que le escuchara. Tenía que persuadirla de que él valía la pena. Se sintió desesperado y fue eso lo que hizo que, sin pensar, se arrodillara frente a ella, capturándole las manos.

Ella intentó soltarse, pero él se mantuvo firme y, tras unos segundos, Isabel cedió.

—No sé cómo hacerte comprender lo mucho que lo siento. —Ella no respondió, pero curvó los labios en una irónica sonrisa—. Si me conocieras mejor, sabrías que no sé disculparme.

—Bueno, quizá vaya siendo hora de que aprendas —resumió ella, concisamente.

—Jamás tuve intención de hacerte daño, Isabel. Si hubiera sabido lo que me encontraría cuando vine al norte, jamás habría accedido a la petición de Leighton. —Se detuvo un momento y bajó

la vista a sus manos entrelazadas—. Eso es mentira. Si hubiera sabido que te encontraría aquí, habría venido mucho antes.

Ella abrió la boca, pero no dijo nada, y él le brindó una media sonrisa.

—Observo que te he dejado muda. Es cierto, Isabel, eres maravillosa. He conocido a muchas mujeres a lo largo de mi vida, en todo el mundo, y nunca había encontrado a una tan fuerte, tan vibrante, tan preciosa como tú. Y debes creerme cuando te digo que jamás haría nada que te hiciera daño.

—Pero ya me lo has hecho.

Las palabras, llenas de dolor, fueron apenas un susurro y le impulsaron a llevarse sus manos a los labios y a besarlas con reverencia.

—Ya lo sé. Tienes derecho a odiarme por ello.

—No te odio.

La miró fijamente a los ojos buscando allí la verdad.

—Me encanta escucharlo.

Ella frunció de nuevo el ceño y él quiso besar aquella arruga, como si así pudiera hacer desaparecer también su irritación.

—Pero no entiendo…

—Algún día —le prometió—, algún día te lo contaré todo.

Ella negó con la cabeza.

—No, Nick. No será algún día, será ahora o nunca.

Respiró hondo sabiendo que ella tenía razón. Debía contárselo todo, abrirle su corazón si quería que ella volviera a confiar en él. Y, de alguna manera, sacó fuerza de ese conocimiento.

—Lo veo justo.

Se puso en pie para caminar de un lado para otro mientras hablaba, incapaz de mantener la calma cuando las palabras comenzaron a salir a raudales.

—Mi madre nos abandonó cuando yo tenía diez años. Un día todo era normal y al siguiente se había ido. No volvimos a saber nada de ella. Al cabo de un tiempo resultó difícil creer que hubiera estado allí alguna vez. —Se acercó hasta la vela cercana a la puerta y se volvió hacia Isabel—. Puede que pienses que perder a mi madre fue lo más duro, pero no fue así. Lo peor fue que no sabía por qué se había ido. Lo más difícil fue pensar que… de alguna manera… podría haber sido por mi culpa.

Ella abrió la boca para interrumpirle, pero él siguió hablando, incapaz de detenerse, seguro de que si lo hacía no podría continuar.

—Me obsesioné con su marcha, con las razones que podía haber tenido. Mi padre se deshizo de todo lo que había pertenecido a ella unos días después de su desaparición, pero yo rebusqué con la esperanza de dar con algo que me señalara la dirección correcta en la que dirigirme. Encontré un diario en el que había escrito sus planes de futuro: pensaba ir al continente. Primero estaría con sus amigos en París, y luego iría a Italia. Lo llamaba «su aventura». —Se rio—. Al parecer, el matrimonio, sus hijos y ser marquesa no era lo suficientemente excitantes para ella.

»Nunca le dije a nadie que había encontrado ese diario. Ni a mi hermano ni a mi padre. Pero lo conservé durante años, hasta que terminé mis estudios. Por aquel entonces mi padre había muerto, Gabriel era el marqués y yo… yo no era nada. —Negó con la cabeza —. Así que me dirigí al continente.

—En busca de tu madre —susurró ella.

Él asintió con la cabeza.

—En efecto. Pero había guerra y cualquier pista que me hubiera servido para seguir el rastro de mi madre había desaparecido hacía mucho tiempo. Yo era joven, pero fuerte y con buena cabeza, y un alto funcionario del Ministerio de la Guerra, que siempre pensé que había sido enviado por Gabriel para asegurarse de que estaba a salvo en la zona de conflicto, notó mi obsesión, me tomó bajo su tutela, y me enseñó a rastrear.

Supo que ella le observaba mientras pasaba los dedos sobre la llama de la vela un par de veces. Percibió su curiosidad, que se moría por preguntar, así que esperó en silencio hasta que Isabel no pudo contenerse más.

—¿A quién seguiste la pista?

Él se encogió de hombros.

—A cualquiera que hubiera que encontrar. Me especialicé en buscar gente en Oriente. Me preocupaba muy poco lo que estaba haciendo y mucho dónde lo hacía. Mi trabajo resultaba muy satisfactorio; veía mundo y cobraba un sueldo más que generoso cada vez que daba con alguien a quien buscaba la Corona.

—Tú… —Se interrumpió, insegura de sus siguientes palabras—. ¿Hiciste daño a alguien en alguna ocasión?

Meditó la pregunta un buen rato. No quería mentirle. No quería mentirse a sí mismo. Cuando por fin respondió lo hizo sin mirarla, perdido en las palabras.

—Nunca a propósito. Mi trabajo cesaba cuando daba con la persona desaparecida. Entonces dejaban de ser asunto mío.

—Es decir, puede que hayan sufrido.

La miró.

—Sí, es posible.

Ella le presionó un poco más.

—También podrías haber resultado herido.

—Sí.

Isabel le sostuvo la mirada antes de ponerse en pie y atravesar la estancia para detenerse ante él. Le miró de frente y volvió a sentirse impresionada por su fuerza.

—¿Por qué lo dejaste?

Se mantuvo en silencio mucho tiempo. Sabía lo que aquella respuesta significaría para ella y que Isabel encontraría la manera de entender sus palabras. Quería que fueran ellas las que hablaran por él. Pero, más que nada, quería que fueran ciertas.

—No lo sé. Tal vez porque me volví demasiado bueno, porque me gustaba demasiado. Quizá porque no me importaban las personas que buscaba ni lo que averiguaba. —Le sostuvo la mirada, esperando que ella le entendiera—. O porque yo no les importaba a ellas.

La última frase quedó suspendida en el aire, entre ellos, y él dio un paso más hacia ella, estrechando la distancia que los separaba.

—No debería haber accedido a esta misión, pero Leighton es un viejo amigo y no pude negarme. Te lo juro, Isabel, no he venido a hacerte daño ni a lastimar a Georgiana, a James o a cualquiera de las chicas. Si hubiera pensado que eso era posible, jamás habría pisado este lugar.

Se inclinó sobre ella hasta que sus frentes casi se rozaron.

—Solo quiero tu felicidad. Tu placer. Por favor, dame otra oportunidad.

Ella cerró los ojos al escuchar su susurro y él observó las emociones que le atravesaban el rostro. Contuvo el aliento, esperando haber dicho lo suficiente como para persuadirla para su causa.

El fantasma de una sonrisa flotó tembloroso en los labios de Isabel, pero desapareció con tanta rapidez que, si no hubiera estado observándola tan atentamente, no la habría visto. Ella abrió los ojos; sus preciosos ojos castaños resultaban dorados bajo la luz de la vela.

—Estoy asustada, preocupada. Sé que no debería confiar en ti pero… Pero me alegro de que hayas venido. De que estés en Yorkshire —susurró—, de que estés aquí esta noche.

Él soltó el aliento que retenía con un audible suspiro y, embargado de emoción, estiró los brazos para tomarla entre ellos. Luego hizo lo único que podía hacer en ese momento.

La besó.

Capítulo 18

Isabel se había prometido a sí misma no volver a caer víctima de sus bonitas palabras y sus atrayentes promesas.

Sin embargo, cuando él le relató su pasado, volvió a conquistarla. A pesar de que sabía que no debía volver a creerle, no pudo evitar querer confiar otra vez en él.

Entonces la besó, y aquella amalgama de emociones se aunó en un único y poderoso pensamiento.

Quiero que este hombre forme parte de mi vida.

Las palabras, combinadas con la irresistible caricia, abrieron un lugar en lo más profundo de su interior; un lugar donde guardaba sus deseos más secretos, aquellos que nunca había compartido. Pero ese hombre parecía capaz de derribar sus defensas más altas con una sola palabra. Con solo una caricia.

Suspiró contra sus labios. Él profundizó el beso, reclamándole la boca con una implacable ternura que hizo que se estremeciera de placer. Los besos se volvieron más intensos, más apasionados; cada uno era más intoxicante que el anterior, más largo, y eran interrumpidos únicamente por pequeñas pausas en las que él susurraba su nombre como si fuera una bendición. Se aferró a los brazos de Nick, cálidos y firmes bajo la camisa; a él —su roca— para surcar aquella tormenta de sensaciones.

Él tenía las manos por todas partes; le acariciaba los hombros, los brazos y, finalmente, la alzó contra su torso de manera que solo pudo abrazarle. Nick la estrechó durante un largo rato, enterrando la cara en su cuello y besándola allí antes trazar sobre la piel suave insoportables círculos con la lengua. Gritó ante el placer de aquella caricia y él alzó la cabeza, con los ojos brillantes bajo la tenue luz.

Nick apoyó la frente en la de ella.

—Isabel, deberías pedirme que me fuera.

Ella agrandó los ojos al escucharle.

—¿Por qué?

—Porque si no lo haces, querré quedarme.

La voz, ronca y áspera por la emoción, le provocó un intenso placer.

—¿Y si quiero que te quedes? —respondió sin reconocerse a sí misma.

Él no respondió, y se sintió avergonzada al pensar que podría haber dicho algo que no debía. Finalmente, Nick dio un paso con ella en brazos y la sentó en la mesa junto a la puerta. Le enmarcó la cara con sus manos, grandes y firmes, y se apoderó de nuevo de sus labios, despojándola de cualquier pensamiento, robándole el aliento con un intenso beso.

Cuando alzó la cabeza, ambos jadeaban.

—Si quieres que me quede será necesario un ejército para obligarme a salir.

No se planteó nada más. Alzó las manos e introdujo los dedos entre sus espesos cabellos, obligándole a inclinarse de nuevo para darle otro beso.

—Quédate —susurró con un suspiro antes de que sus labios se tocaran.

La única respuesta fue un gruñido. Nick se apoderó de su boca al tiempo que le sacaba la camisa de la cinturilla de los pantalones para poder tocar la cálida y suave piel. Sin interrumpir el beso, le acarició la espalda subiendo la prenda hasta que, por fin, ella levantó los brazos por encima de la cabeza para permitir que se la quitara.

Al instante se cubrió con las manos.

—No —musitó él, dándole tiernos y suaves besitos en los labios —. No te ocultes de mí. No esta noche. —Le deslizó las manos por los brazos hasta entrelazar sus dedos y alejarle las manos de los senos—. Esta noche tus pechos me pertenecen y haré con ellos lo que quiera.

Cuando Nick posó los labios en uno, todo el nerviosismo de Isabel se disolvió en medio de un intenso placer. Él cerró la boca sobre la punta de un seno y comenzó a tirar con fuerza, lamiendo y jugando hasta que la hizo gritar y arquearse hacia sus labios en una súplica silenciosa. Al notar aquellos movimientos, Nick le agarró los

muslos y se los separó, presionando la entrepierna contra su cuerpo, haciendo que le envolviera la cintura con las pantorrillas cuando se inclinó sobre ella para succionar el pezón con más fuerza.

Ella comenzó a contonearse, rozándose contra él, friccionando aquel punto tan sensible contra ese duro cuerpo. Nick gruñó de placer y ella se frotó de nuevo, meciendo las caderas un par de veces antes de que le soltara el pecho con un jadeo. Él buscó su mirada y, al ver allí que era consciente de su poder femenino, le robó un beso para, acto seguido, lamerle la mejilla y finalmente mordisquearle suavemente la oreja.

—Descarada.

Isabel susurró su nombre; fue en parte una súplica y en parte una protesta. El sonido pareció encender a Nick. Sintió el cambio que él sufrió, transformándose en un hombre más primitivo y, cuando volvió a tomarla en sus brazos, sabía muy bien adonde se dirigía.

La dejó caer sobre la cama antes de volver a capturar su boca en una desesperada y descontrolada caricia que incrementó su pasión.

Nick deslizó las manos por su cuerpo; le acarició el torso, frotando la cálida piel hasta llegar a la cinturilla de los pantalones, y apretó la palma de la mano contra la curva del vientre. Entonces él se quedó inmóvil para que todo el calor y el placer se aunaran en el punto que presionaba.

Luego alzó la cabeza y esperó a que ella abriera los ojos, buscando su mirada.

Guando lo hizo, le encontró observándola fijamente con un perverso brillo en las pupilas.

—Jamás he tenido el placer de quitarle los pantalones a una amante.

Amante.

La palabra resonó entre ellos como una oscura promesa, y ella se recreó en el íntimo conocimiento de que, después de esa noche, eso es lo que serían: «amantes».

Nick no movió la mano, esperando su permiso.

—Pues creo que ya va siendo hora —susurró, tímida y atrevida al mismo tiempo, otorgándole la libertad que le pedía.

Al cabo de unos segundos estaba desnuda y tenía los ojos cerrados; se sentía avergonzada, nerviosa y falta de naturalidad.

—Isabel, abre los ojos.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo.

—Claro que puedes, cariño. Mírame.

Respiró temblorosamente y entreabrió los ojos para mirarle, consciente de su posición, de que estaba desnuda e indefensa ante su mirada, ante sus caricias. Movió una mano para cubrirse los rizos entre las piernas, incapaz de mostrarse de esa manera ante él. Los ojos de Nick ardieron ante el gesto.

—No, cariño, no te ocultes de mí.

—Es que… tengo que hacerlo.

Él sonrió de medio lado.

—Eres preciosa… y ni siquiera lo sabes.

Aquellas palabras hicieron que le ardieran las mejillas.

—No lo soy.

—Sí, lo eres. —Él le puso un dedo en los labios—. Aquí… —Lo bajó por el cuello hasta la cima de un seno—. Y aquí… —Lo deslizó por la curva del vientre—. Y aquí… —Siguió por encima de la mano con la que ella se cubría, hasta su sexo—. Y aquí. Isabel, eres tan preciosa que me duele verte.

Esas palabras hicieron que la atravesara una oleada de placer. Nadie le había dicho que fuera preciosa. Y ahora, en aquel protegido capullo donde había dormido toda su vida, aquel hombre le decía lo hermosa que era para él.

—Me gustaría verte —musitó suavemente—. Creo que es posible que tú también seas muy hermoso.

Nick sonrió ampliamente.

—Creo que ese no es el adjetivo adecuado, cariño. Pero si quieres verme, no pienso negarme. —Ella soltó una risita que hizo que la besara—. Me encanta oírte reír. No me canso de escucharte. —Entonces, rodó sobre la espalda y puso las manos bajo la nuca—. Muy bien, preciosa. Soy tuyo.

Isabel abrió los ojos como platos, sorprendida al ver que se tendía junto a ella y se quedaba inmóvil, con los ojos brillantes, esperando.

—No… no podría.

Él se rio, y la cama se agitó bajo ella con su risa.

—Te aseguro que sí que puedes, Isabel.

Ella se tendió de costado y alzó una mano para tocarle, pero se detuvo antes de hacerlo.

—No… no sé por dónde empezar.

La risa se convirtió en un gemido.

—Empieza por donde quieras, amor. Dondequiera que sea será mejor que la tortura de que no me toques.

Isabel le puso la mano sobre el pecho; era ancho, firme y abrumador. Él pareció sentir su indecisión y movió una mano para capturar la de ella, guiándola para que le acariciara el torso, los músculos planos del abdomen, el lugar donde la camisa se perdía en el interior de los pantalones. Isabel clavó los ojos en la bragueta mientras se preguntaba qué debía hacer a continuación.

—Solo haremos lo que tú quieras, Isabel. Lo que te apetezca. —El tono, firme y sereno, la tranquilizó e hizo que quisiera seguir adelante—. ¿Qué es lo que deseas?

Ella buscó sus ojos azules.

—Siempre me preguntas eso.

—Es que quiero saberlo —explicó con sencillez—. Quiero ofrecerte lo que más placer te produzca.

Te deseo a ti. Contuvo las palabras.

—Quiero verte sin camisa.

Sin decir nada, Nick se sentó en la cama, se quitó la camisa por la cabeza y la lanzó al otro lado de la habitación.

Isabel tragó saliva.

Era tan perfecto como una de sus estatuas.

Se sentó a su vez, nerviosa de nuevo.

—Pienso que no…

Él alargó los brazos y la alzó para colocarla a horcajadas sobre su regazo.

—Quizá no deberías pensar, preciosa. —Entonces la besó de nuevo y se dejó caer sobre la cama con ella encima; a partir de ahí, le dejó tomar el control. Isabel se inclinó sobre él y comenzó a besarle. Sus labios, sus lenguas se reconocieron en profundidad. Cuando por fin se alzó, jadeante, Nick se incorporó ligeramente.

—Suéltate el pelo —le suplicó.

Isabel se incorporó sobre él y alzó las manos para hacerlo. Él, incapaz de apartar la mirada, emitió un gemido.

—Eres una sirena.

Ella sonrió, disfrutando de la manera en que parecía afectarle.

—¿De veras?

Él le sostuvo la mirada.

—He creado un monstruo.

—Quizá. —Se soltó el pelo. Los rizos castañorrojizos cayeron como una cortina sobre sus hombros. Entonces se inclinó para besarle y se tomó su tiempo. Le pasó la punta de la lengua por el labio inferior, le dibujó un camino de besos por el cuello y el torso. Cuando llegó a la tetilla se detuvo y alzó la mirada a la de él. Nick la observaba con los ojos entrecerrados; notó que contenía el aliento.

—¿Te gustará tanto como me gusta a mí cuando tú me haces lo mismo?

Él no se movió.

—¿Por qué no lo comprobamos?

Isabel posó los labios en aquel lugar y los cerró, imitando las caricias con las que Nick había agasajado sus pezones: le rozó la punta con los dientes, la succionó.

Él contuvo el aliento, le introdujo los dedos entre los cabellos y susurró su nombre.

Cuando ya no pudo soportarlo más, la alzó sobre su cuerpo.

—¿No te gusta? —preguntó mirándole a los ojos.

Él emitió una risa entrecortada.

—Me estaba gustando demasiado, cariño. —Volvió a apresar sus labios y sus lenguas se enredaron en un largo beso antes de que ella le pusiera ambas manos en el pecho y se elevara sobre él.

—Ahora quiero que te quites los pantalones.

Tardó solo unos segundos y ella se quedó sin aliento cuando, después, hizo que rodaran sobre la cama para colocarse entre sus largas y delgadas piernas asumiendo de nuevo el control. La besó en el cuello, le mordisqueó la clavícula antes de lamérsela, haciendo que se contorsionara contra él.

—Nick… —susurró—, no…

Se detuvo al escucharla, alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—¿Qué ocurre, preciosa?

—Quiero tocarte.

Él se quedó inmóvil y, por un instante, pensó que se negaría.

—Por favor… —añadió.

Nick apoyó la frente en sus pechos durante un momento, como si necesitara tomar fuerzas, y luego se tumbó a su lado, permitiéndole acceder a su cuerpo desnudo. Isabel deslizó los dedos por los músculos acerados del pecho, por la cálida piel, por el costado derecho, donde destacaba una cicatriz. Se entretuvo en ese punto, acariciándolo mientras daba gracias de que hubiera sobrevivido al ataque que había dejado tal marca.

Cuando volvió a mover las manos, tenía muy clara su meta. Acarició tímidamente la firme longitud de su erección, pero se detuvo en el momento en el que le escuchó contener el aliento.

—¿Esto…?

Él gimió al notar que apretaba la mano en torno a su miembro.

—Sí, Isabel.

Se sintió embriagada por su poder.

—Enséñame cómo darte placer.

Los ojos de Nick brillaron con intensidad cuando le cubrió la mano con la suya para mostrarle la manera de satisfacerle. La guio sin dejar de observar sus manos unidas, indicándole cómo tocarle, cómo acariciarle, hasta que ambos jadearon. Por fin él detuvo el movimiento, se llevó su mano a los labios y la besó en la palma.

—Ya basta, preciosa.

—Pero quiero…

Él se rio.

—Y yo, cariño. Pero esta noche deseo poseerte por completo. Y si permito que continúes con esta tortura, todo acabará demasiado pronto. —Rodó de nuevo sobre ella para volver a situarse entre sus piernas. La acarició de pies a cabeza, dándole tiernos besos en el torso. Llevó las manos más abajo y se detuvo ante su abertura un instante antes de introducir un dedo profundamente en su interior —. Oh —se maravilló con la voz ronca—. Estás mojada, ¿lo sientes?

Ella se mordió los labios ante la suave sensación que le provocaba aquel dedo.

Nick añadió otro más y comenzó a rodear con el pulgar aquel lugar especialmente sensible donde se aunaba todo el placer. Isabel se contorsionó sobre la cama, aferrándose a las sábanas y mordiéndose los labios para no gritar.

—¿Es esto lo que quieres, preciosa? —preguntó él sin detener la tortura.

—Sí —gimió por lo bajo.

—¿Aquí? —presionó el pulgar con más firmeza.

—Sí, por favor…

—Tan educada… Tan apasionada… Mi Voluptas. —Bajó el ritmo de la caricia hasta alcanzar una cadencia que ella no pudo soportar —. Pero no es esto todo lo que quieres, ¿verdad?

Ella abrió los ojos y buscó los suyos, llenos de emociones.

—Yo…

—Dímelo, Isabel. ¿Qué es lo que quieres en realidad?

—Te… te deseo a ti.

—¿Qué parte de mí?

Isabel se sonrojó y se arqueó hacia él, instándole a ir más deprisa.

—No, Nick…

Él esbozó una pícara y lobuna sonrisa.

—Oh, sí, Isabel, ¿qué parte de mí? —repitió mientras se detenía por completo.

Dejó los dedos inmóviles en su interior, el pulgar se mantuvo quieto sobre aquel punto que parecía el principio y el final del placer. Ella separó más las piernas sin que le importara lo que él pudiera pensar, la opinión que tuviera al respecto.

—Nick… —gimió en tono de súplica y protesta.

—Solo tienes que pedirlo, Isabel.

Él sopló entonces sobre ese lugar y ella pensó que se volvería loca ante aquella tortura.

—Tu boca —susurró—. Quiero tu boca.

—Buena chica. —Él se inclinó sobre ella. Labios y lengua sabían perfectamente lo que debían hacer y la acariciaron y lamieron llevándola a un placer que le robaba los pensamientos. Se aferró con fuerza a sus cabellos mientras él seguía concentrado en su tarea, gruñendo satisfecho contra su sexo. El retumbante sonido la llevó a la cresta de una oleada de sensaciones, a una gigantesca ola de placer. Gritó su nombre, y él la acompañó mientras surcaba el éxtasis, adorándola con su boca hasta que se disolvió, apretándose contra él y alzando las caderas contra aquellos lujuriosos y maravillosos labios, para dejarse llevar por un clímax que la hizo llegar a temer que podría perder lo único estable en el mundo.

Después de que regresara a la tierra, le sintió ascender por su

vientre con la boca, besando la piel a su paso, acariciándole los pechos con la lengua, jugando con los dientes en los pezones hasta que no pudo reprimir un suspiro; entonces apresó su boca con otro largo y espléndido beso.

—Nunca temas pedirme lo que quieres, cariño. Quiero que te sientas libre conmigo.

Ella abrió los ojos y le miró fijamente.

—Quiero el resto.

El azul de sus ojos se oscureció ante esas palabras.

—¿Estás segura?

Ella asintió con la cabeza.

—Por completo. Acabas de decir que lo único que tengo que hacer es pedir lo que quiero.

Él cambió de posición y ella sintió la dura y pesada longitud contra su cuerpo.

Se arqueó hacia arriba, ansiosa por paladear el siguiente paso de aquel maravilloso baile. Nick contuvo el aliento y ella supo que trataba de permanecer inmóvil.

—Isabel, ¿te ha hablado alguien de…? ¿Sabes lo que ocurre a continuación?

—He visto a los animales.

Nick curvó los labios con ternura.

—No es exactamente lo mismo…

Ella se apretó otra vez contra él.

—Nick… por favor. No me importa. —La cicatriz había adquirido un tono más pálido y ella pasó un dedo a lo largo de la marca, esperando apaciguar los demonios contra los que él luchaba —. Lo deseo. Te deseo.

—Te va a doler, preciosa. La primera vez duele, pero te compensaré.

Se le contrajo el corazón al escucharle; estaba preocupado por ella.

Supo en ese momento que ese hombre —que se preocupaba por ella incluso en ese momento en el que apenas podía pensar en nada que no fuera sentirle en su interior— nunca había querido hacerle daño.

Sonrió, le pasó los dedos por el pelo y tiró de él hacia abajo para que volviera a besarla.

—Confío en ti —susurró al poner fin al beso.

Y aquellas palabras parecieron mágicas.

Nick se alzó y se introdujo en su interior poco a poco, permitiendo que se dilatara para aceptarle, para acogerle. Ella ladeó la cabeza estudiando las sensaciones.

—Es extraño.

Él soltó una risa entrecortada.

—Se volverá más extraño, cariño, pero intentaremos que, además, sea placentero.

Le sintió mecerse contra ella, profundizando un poco más cada vez, hasta que ella suspiró de placer a causa de los movimientos.

—Ahora ya no resulta extraño, sino agradable.

—¿Solo agradable?

—Delicioso.

—Bien. —Empujó con más fuerza y ella contuvo el aliento, abriendo los ojos como platos cuando él se introdujo por completo. Nick se quedó inmóvil encima de ella—. ¿Isabel? ¿Te sientes…?

—Extraña otra vez —dijo con voz apremiante y dolorida.

Amaba a esa mujer.

El pensamiento llegó claro y rápido, pero era un momento totalmente inadecuado para que pudiera prestarle la debida atención. Lo sabía, no tenía ninguna duda, era cierto. Rozó los labios de Isabel con un beso suave y reverente.

—Volverá a ser delicioso, preciosa.

Nick comenzó a moverse, a embestir lentamente, y ella se aferró a sus brazos para acompañar el movimiento.

—Oh. Oh, es…

Él se retiró y volvió a penetrarla.

—¿Sí?

—Nick… —suspiró.

—Me encanta escucharte decir mi nombre. —Se inclinó y comenzó a succionarle un pezón hasta que ella jadeó de placer. Entonces comenzó a embestir en serio, penetrándola hasta el fondo y retirándose, hasta conseguir que olvidara el dolor y solo pudiera pensar en el placer. Cuando ella se arqueó en contrapunto a sus envites, supo que la tenía donde quería. Le mostró cómo moverse y dejó que tomara la iniciativa, ansioso por ayudarla a alcanzar el éxtasis—. Dilo otra vez.

Nick siguió empujando más profundamente, y la tensión que ella sintió se volvió insoportable.

—Nick —susurró.

Finalmente, él introdujo la mano entre sus cuerpos y frotó el pulgar contra el anhelante brote.

—Otra vez.

—¡Nick! —gritó ella.

—Aquí estoy, cariño —aseguró clavando los ojos en los suyos—. Mírame, Isabel.

—No puedo… Es demasiado… —jadeó—. ¡Por favor! No sé…

Él acercó la boca a su oído y le habló bajito.

—Lo sé. Déjate llevar, yo te sostendré en la caída.

Y se dejó ir, cayendo por el borde, palpitando a su alrededor con un ritmo intoxicante y casi insoportable. Gimió su nombre una vez más y él la abrazó, perdiéndose en el placer solo cuando ella había alcanzado el suyo. Nick empujó una última vez y se desplomó sobre ella. Sus jadeantes respiraciones eran el único sonido que se escuchaba en la habitación en penumbra.

Nick se mantuvo inmóvil durante un buen rato, como si intentara concentrarse, recobrar la capacidad de pensar antes de moverse. Cuando alzó su peso, Isabel emitió un pequeño gemido, como si quisiera tentarle para que se quedara donde estaba, pero se dejó caer a su lado. Se apoyó en un codo y le pasó las manos por la piel ruborizada. Ella se estremeció y se volvió hacia él.

Sintió que los labios femeninos se curvaban contra su pecho en una sonrisa y la abrazó, buscando su mirada.

—¿Qué tal?

—Al final no fue extraño.

Él sonrió ampliamente.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿qué fue?

Ella ladeó la cabeza, meditando la respuesta.

—Creo que fue extraordinario.

Nick la besó con fuerza.

—Lo fue —aseguró cuando alzó la cabeza.

A continuación, la vio dejarse llevar por el sueño y la observó dormir, admirando a aquella mujer que era tan fuerte, tierna y

hermosa. Era una mujer que vivía. Llena de pasión y orgullo, que tomaba aquello que creía que merecía y lo disfrutaba. Nick reflexionó sobre los acontecimientos del día; sobre la vehemencia con la que accedió a casarse con él.

La manera casi violenta en que se había retractado de ello cuando pensó que él no era como había pensado.

Isabel se acurrucó contra él y suspiró en sueños. El sonido le hizo avergonzarse.

Ella había creído, confiado en él y en la vida que le ofrecía, y él la había despojado de la sensación de seguridad. Pero, aunque era evidente que físicamente confiaba en él, le llevaría su tiempo volver a reconquistar su mente.

Pero no se detendría hasta conseguirlo.

La amaba.

En ese momento, la tercera vez que admitía sus sentimientos, fue consciente de la fuerza de las palabras. Y de la sensación de terror que las acompañaba.

—¡Isabel! ¡Isabel! ¡Despierta!

Isabel se sentó de golpe en la cama al escuchar los golpes en la puerta de su dormitorio. El sonido la desorientó y, por un fugaz momento, no supo dónde estaba ni lo que estaba ocurriendo.

Cuando los acontecimientos de la noche anterior inundaron su mente, contuvo el aliento y se llevó la mano a la boca para acallar el sonido mientras miraba a su alrededor buscando a Nick.

Él había desaparecido junto con cualquier prueba de que hubiera estado allí.

Reparó en que incluso había recogido su ropa, que había lanzado al suelo de cualquier manera, y que ahora estaba sobre la silla junto a la chimenea. La minuciosidad con la que había cubierto sus huellas hizo que se sintiera agradecida y decepcionada a la vez. Agradecida de que hubiera protegido su reputación ante los demás residentes de Townsend Park y decepcionada por que se hubiera ido con tanta facilidad sin mirar atrás.

Como si lo hubiera hecho antes muchas veces.

Se rio ante ese pensamiento. No importaba que lo hubiera hecho cien veces antes. Los hábitos de Nick no eran asunto suyo.

Sin embargo, cien le parecían demasiadas veces.

El golpeteo comenzó de nuevo, distrayéndola —gracias a Dios—

de sus pensamientos.

—¡Isabel!

—¡Adelante!

Lara abrió la puerta de golpe; estaba jadeante y desaliñada.

—¡Debes vestirte!

Con un suspiro, Isabel apartó las sábanas y se levantó de la cama para dirigirse al armario en busca de la ropa.

—Sé que me he quedado dormida, pero no puede ser tan tarde. ¿Qué hora es?

Lara se había quedado paralizada en medio de la estancia y la observaba con los ojos muy abiertos.

Isabel se volvió ante el silencio.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué estás desnuda?

Isabel bajó la mirada a su cuerpo. De inmediato se cubrió púdicamente con las manos deseando no sonrojarse, sin éxito.

—No es… es por… —Hizo una pausa, irritada por balbucear de esa manera al buscar una respuesta rápida y razonable—. Tenía calor —explicó simplemente, asiendo el vestido más cercano y apresurándose detrás del biombo para evitar pasar más vergüenza.

—Tenías calor. —La incredulidad en la voz de su prima era casi palpable.

—Precisamente. Estamos casi en julio, Lara.

—Estamos en Yorkshire. Por la noche.

—A pesar de eso —aseguró Isabel. Lara no parecía demasiado convencida por la excusa. Miró por el borde de la pantalla y se encontró a su prima observando la habitación con curiosidad. Debía distraerla—. Lara —reclamó su atención—. ¿Qué querías decirme? ¿Quizá la razón por la que estabas golpeando mi puerta exigiendo que me levantara y me vistiera?

Lara agrandó los ojos.

—¡Sí!

Isabel salió de detrás del biombo atándose el cinturón del vestido de luto azul marino.

—¿Qué ocurre?

Lara frunció los labios.

—No va a gustarte.

Isabel se quedó inmóvil.

¿Sería posible que Nick se hubiera marchado?

La noche anterior dijo que se iría por la mañana, pero había sido antes de…

Bueno, antes de que las cosas cambiaran.

—¿Qué ocurre? —repitió.

—Tenemos una visita.

La sensación de temor surgió en su interior.

Todo está a punto de cambiar.

—¿De quién se trata?

Lara se frotó las manos con nerviosismo.

Densmore. El albacea estaba allí. La casa, las chicas, James… Su destino estaba ahora en sus manos.

Y Nick se irá. Nada le retenía allí. Ya no sería necesario que catalogara la colección ni ninguna otra cosa.

Pero, de repente, ella le necesitaba con desesperación.

Sintió una opresión en el pecho.

Te quedarás sola otra vez.

—Se trata de Densmore, ¿no? —arguyó con la voz carente de emoción.

—No. —Lara meneó la cabeza—. Se trata del duque de Leighton. Ha venido en busca de su hermana.

Capítulo 19

Minutos más tarde, Isabel presionaba la oreja contra la pesada puerta de caoba del estudio del conde. Detectó el áspero zumbido de voces masculinas en el interior, pero las palabras le resultaban imposibles de entender. Se pegó todo lo que pudo mientras maldecía a aquel de sus antepasados que había elegido una hoja tan gruesa.

Aunque quizá hubiera sido aquello precisamente lo que buscaba el conde en cuestión: que nadie escuchara lo que no debía. Pese a todo, había mostrado una evidente falta de previsión ante las necesidades de las generaciones futuras.

—¿Nick está con él? —susurró.

—Sí —repuso Jane en el mismo tono—. Se reunió con él casi inmediatamente.

Isabel miró a la mayordomo con irritación.

—¿Y por qué se ha reunido con él antes que conmigo?

Jane tuvo el detalle de parecer abochornada.

—El duque preguntó por ti, por lord Nicholas y por su hermana cuando llegó.

Dado que permitirle reunirse con su hermana estaba fuera de cuestión, opté por ti y por St. John. No quería irritar a ese hombre más de lo que estaba.

—¿Está irritado?

—Sin duda alguna. Está muy furioso.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda. —Isabel presionó de nuevo la oreja contra la puerta.

—No se puede escuchar nada —susurró la mayordomo.

—Sí, Jane, ya lo he descubierto por mí misma, gracias.

¿De qué estaban hablando allí dentro?

¿Estaría Nick defendiendo su causa o por el contrario estaría

traicionando de nuevo su confianza?

Se obligó a pensar en otra cosa. No era posible que después de la noche anterior…

—¿Qué te parece si salimos al exterior y nos situamos debajo de la ventana a ver si podemos escuchar algo?

Isabel consideró la idea por un fugaz momento antes de darse cuenta de que sería una cobardía. Con un suspiro de frustración, dio la espalda a la puerta y miró a la escalera que dominaba el vestíbulo, donde permanecían Lara y Georgiana.

—No. Voy a entrar. —Puso la mano en la manilla antes de que Lara la detuviera.

—¿No vas a llamar antes?

—No, no pienso hacerlo. Por dos razones: me gusta contar con el elemento sorpresa a mi favor y, además, es mi casa. El duque debería tener claro eso.

Ignoró los tres pares de ojos muy abiertos que la observaban llenos de dudas y entró en el estudio, cerrando bruscamente una vez que lo hubo hecho.

—Maldita sea, Leighton, escúchame antes de… —Nick se interrumpió cuando ella entró y le hizo una breve reverencia. Isabel notó la preocupación en su mirada azul e ignoró la manera en que se le aceleró el corazón cuando le vio.

Era demasiado guapo para su bien. Y para el de ella.

Concentró su atención en el otro hombre.

Que era incluso más guapo.

El duque de Leighton parecía un ángel. Ella no había visto nunca a alguien así, un hombre que solo podía describirse como hermoso. Era alto y corpulento, con un precioso cabello dorado y lleno de rizos. Tenía altos pómulos marcados y unos ojos iguales a los de su hermana, de un cálido y fluido color miel. Era imposible que un hombre que era la viva imagen de la perfección no poseyera aquella prepotencia que todos le atribuían.

—Imagino que usted es la jovenzuela que la oculta. —El tono fue lacónico y desapasionado.

Sí, al parecer era tan arrogante como decían. Y muy grosero.

—Leighton —gruñó Nick.

Isabel irguió los hombros ignorando el serpenteante placer que sintió ante aquel protector tono de advertencia.

No le necesitas.

—Soy *lady* Isabel.

Si el duque notó el énfasis que hizo en su título, no lo demostró.

—Me alegro de que haya decidido unirse por fin a nosotros.

Ella arqueó las cejas ante el sarcasmo que destilaban sus palabras. ¡Qué hombre más odioso! No era de extrañar que Georgiana hubiera escapado de él.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Ya he tratado el tema con St. John.

Su tono endiosado la hizo hervir de furia.

—Excelente. ¿Y por qué piensa que podrá ayudarle lord Nicholas, considerando que soy yo quien administra Townsend Park?

Él entrecerró los ojos.

—Por lo que yo observo, *lady* Isabel —dijo su nombre como si fuera venenoso—, usted no posee el control de Townsend Park ni sobre nada de lo que ocurre aquí. —Ella se puso rígida mientras él continuaba—. Y estoy seguro de que hablar con usted solo conseguirá que ambos nos enfurezcamos. —Leighton le lanzó una mirada gélida—. No me obligue a salir en busca de lord Densmore para obtener lo que quiero.

¡Estaba amenazándola!

Isabel abrió la boca para replicar, pero fue Nick quien intervino.

—No me gustaría tener recordarte que estamos en casa de esta dama y debes tratarla con el respeto que se merece.

El duque no dejó de mirarla.

—Secuestró a mi hermana, St. John. ¿Qué respeto quieres que muestre?

—¡Yo no he hecho tal cosa! —protestó Isabel.

—Si, bueno, imagino que eso podrá decírselo al magistrado.

Isabel contuvo el aliento ante la amenaza.

La cicatriz de Nick se puso muy pálida.

—Leighton, basta.

Isabel se volvió hacia él.

—¿Y dices que este retrasado mental es amigo tuyo?

—¿Retrasado mental? —La voz de Leighton resonó en las paredes—. Soy par del reino, duque para más señas. Se referirá a mí con el debido respeto.

Isabel entrecerró los ojos.

—No, creo que no lo haré.

El duque perdió la paciencia y miró a Nick.

—Controla a tu mujer, St. John.

—Leighton no quiero volver a repetirlo. Trata a la dama con el respeto que se merece o te aplastaré contra la pared. Otra vez. Y en esta ocasión no hay nadie que pueda expulsarme.

La voz de Nick fue tan fiera y amenazadora que Isabel se quedó muda.

—Bien, es evidente. —La miró y dejó transcurrir un largo silencio antes de continuar hablando—. *Lady* Isabel me gustaría hablar con mi hermana.

Isabel respiró hondo y caminó los últimos metros para sentarse detrás del escritorio. Había algo en ese lugar que hacía que tuviera más confianza en sí misma.

—¿Por qué no se sienta y lo discutimos? —Señaló las dos sillas que tenía enfrente. Esperó, simulando paciencia, hasta que los dos hombres tomaron asiento—. ¿Le apetece tomar un té, excelencia?

Leighton parpadeó, sorprendido por el cambio de actitud.

—No, no me apetece un té. Lo que quiero es ver a mi hermana.

—Y lo hará si ella también quiere verle —aseguró Isabel—. Pero antes debemos hablar.

—¿Siempre es así de tenaz? —preguntó el duque volviéndose hacia Nick.

—Sí. —Nick sonrió.

—Por supuesto, debí imaginar que a ti te resultaría muy divertido. —Volvió a mirar a Isabel—. *Lady* Isabel, estoy al tanto de lo que ocurre aquí, en Yorkshire.

—¿Excelencia?

—No hace ni tres minutos que me ha llamado retrasado mental. Creo que podemos prescindir de las formalidades. Sé que esto es una especie de colonia femenina. —Ni ella ni Nick dijeron nada—. Lo cierto es que no me importa lo más mínimo lo que sea, siempre y cuando no involucre a mi hermana en las inmoralidades que se trae entre manos. ¿De acuerdo?

Isabel se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en el papel secante que cubría la tabla.

—No.

—Isabel —advirtió Nick—, no le provoques.

El consejo solo incrementó su ira.

—¿Que no le provoque? ¿Por qué no? ¿Qué te hace pensar que puede entrar en mi casa, amenazar mi seguridad y la de los que aquí residen y esperar que yo le devuelva sin más a la pobre chica?

—¡Es mi hermana! —se indignó Leighton.

—Sea o no su hermana, excelencia, vino aquí libremente. Asustada, insegura y desesperada por alejarse de usted. ¿Qué quería que hiciera? ¿Rechazarla?

—¡Ha ocultado a la hermana perdida del duque de Leighton! ¡He puesto Londres patas arriba para encontrarla!

—Con el debido respeto, no me ha parecido nada perdida —intervino Nick.

Las impertinentes palabras tuvieron la virtud de acallar al duque, que miró a su amigo sin comprender el brillo en sus ojos.

—¿Vas a ponerte de su lado?

Nick se tomó su tiempo para responder.

—Creo que en este caso en concreto es mejor permanecer neutral, como Salomón.

—Bien, te puedo asegurar que no pediré que la corten por la mitad.

—Una lástima. Eso lo habría hecho todo mucho más fácil. —Nick estiró las largas piernas y cruzó un tobillo sobre el otro—. ¿Estás dispuesta a otorgarle a Leighton un momento a solas con su hermana?

Isabel miró al duque.

—Siempre y cuando Georgiana esté de acuerdo no veo por qué razón no podríamos arreglar un encuentro.

El duque inclinó la cabeza en agradecimiento.

—Un buen comienzo.

—Si le pone un dedo encima, le expulsaré de esta casa —amenazó Isabel en un tono tranquilo, como si hablara del tiempo.

Tanto Leighton como Nick se tensaron al oír aquellas palabras tan claramente insultantes para la dignidad y el honor del duque, pero Isabel se mantuvo firme bajo sus miradas ofendidas y sorprendidas mientras se ponía en pie y se acercaba a la puerta.

No conocía el carácter del hermano de Georgiana. Y tampoco es que conociera a Nick demasiado bien.

Notó una punzada de tristeza. Puso la mano en la manilla de la puerta y se volvió hacia aquellos dos hombres imponentes que se habían levantado a la vez que ella.

—Georgiana está bajo la protección del conde de Reddich. La apoya con todo el peso de su título.

Entonces salió y cerró la puerta.

Leighton miró a Nick.

—El conde de Reddich es solo un conde —dijo en tono frío—. Yo soy duque. Todavía sigue vigente en Yorkshire la jerarquía nobiliaria, ¿verdad?

Nick sintió una pizca de simpatía por él.

—Creo que deberías prepararte para olvidar todo lo que piensas sobre el poder que tiene un duque. Cada residente de esta casa juraría lealtad a esa mujer antes que al rey Jorge.

Incluso yo.

Leighton le miró a los ojos.

—No me lo digas: estás loco por esa chica.

Nick se hundió en la silla al escucharle. Anonadado. La palabra no hacía justicia a lo que sentía por Isabel. Después de la noche pasada, después de haberla visto sentarse detrás de ese enorme escritorio que había sido usado por los miembros varones de su familia durante generaciones para recibir a uno de los hombres más poderosos y ganarle por la mano, su devoción por ella era incluso mayor.

—Debo confesar que se ha ganado mi respeto y mi admiración. Quizá más.

Leighton entrecerró los ojos.

—Estás loco por ella, es evidente, y tú lo sabes.

—Sí.

—¿Entonces?

Nick se encogió de hombros.

El duque asintió con la cabeza en el mismo momento en el que se abrió la puerta. Nick se puso en pie otra vez cuando Isabel regresó y se sintió golpeado por su belleza. Incluso vestida de luto, su figura era perfecta: alta, esbelta, proporcionada.

Ella le miró brevemente a los ojos, pero apartó la vista antes de que pudiera leerle el pensamiento. ¿Se sentiría tan afectada por los acontecimientos de la noche pasada, como él?

Estaba en su habitación, pensando en un plan para alejarla de la casa durante el día, cuando Jane anunció la llegada de Leighton.

Como era su costumbre, el duque había llegado en el momento más inoportuno.

El pensamiento fue interrumpido por la llegada de Georgiana, que entró justo detrás de Isabel con las manos entrelazadas y mirando el suelo.

Leighton dio un paso adelante.

—Georgie… —Había un inmenso placer en su voz.

Nick se sorprendió por la mirada de puro júbilo, mezclado con nerviosismo y tristeza, que vio en la cara de la joven cuando alzó la mirada; pero allí también había amor. Leighton la alzó contra su cuerpo en un poderoso abrazo, y ella no pudo ocultar la felicidad.

—¡Simon!

La opresión que sentía en el pecho desde el día anterior, cuando reveló su relación con el duque y Georgiana, se disolvió al percibir la mutua adoración que se tenían ambos hermanos. Ahora estaba seguro de que su amigo no había tenido nada que ver con la huida de la joven.

Cuando la dejó de nuevo sobre el suelo, Leighton tomó las manos de su hermana.

—Me tenías muy preocupado, Georgie. Tienes que contarme lo que ha ocurrido. Te juro que haré todo lo que esté a mi alcance para solucionarlo.

Las palabras hicieron que los ojos de la chica se llenaran de lágrimas. Arrancó las manos de las de él y dio un paso atrás, alejándose. Isabel se adelantó y le rodeó los hombros con un brazo en un gesto de afecto y apoyo.

—Quizá debería pedir que trajeran el té —intervino Isabel.

La frustración de Leighton, evidentemente incapaz de entender el dolor que devastaba a Georgiana, apareció de nuevo.

—¡Por última vez! ¡No quiero té! ¡Quiero a mi hermana! ¿Qué le han hecho en este lugar?

Georgiana alzó entonces la mirada, feroz y protectora hacia Isabel y Minerva House.

—Este lugar no ha hecho nada más que acogerme. Darme un techo… y un propósito. —Nick sintió una oleada de admiración por aquella chica—. Aquí no han hecho nada más que aceptarme.

Leighton se pasó las manos por el pelo.

—Yo te acepto. Sea lo que sea lo que te hizo huir a Yorkshire, podré solucionarlo, Georgie.

Ella le sostuvo la mirada con la altivez de una reina.

—No creo que puedas, Simon. Me alegra que me hayas encontrado. Me siento feliz de haberte visto y también de que *lady* Isabel y el resto de los residentes en Townsend Park no tengan que vivir bajo la amenaza de que puedas llegar en cualquier momento. Pero debo quedarme aquí; es donde está ahora mi lugar.

—Tonterías —se burló Leighton—. Eres mi hermana. Mereces una vida digna de una duquesa.

Georgiana esbozó una sonrisa.

—¿Y qué te hace pensar que aquí no la llevo?

—Por el amor de Dios, Georgie, mira a tu alrededor.

Nick observó que Isabel abría la boca para defender su hogar pero que se lo pensaba mejor. Lo miró y apretó los labios. Él asintió con aprobación. Buena chica.

Aquella no era su batalla.

—Me gusta vivir aquí. Y *lady* Isabel me ha ofrecido una ocupación.

—¿Una ocupación? —El duque no daba crédito.

La joven asintió con la cabeza.

—Soy la institutriz del conde.

Leighton le miró, luego clavó los ojos en Isabel y por fin en su hermana.

—¿Institutriz? —Jadeó furioso—. ¿Eres una empleada?

—No es precisamente un empleo, excelencia —intervino Isabel.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué es, *lady* Isabel?

—Es la manera de ser una más en el Park, hacer algo por el bien de la comunidad.

Ver cómo Isabel intentaba explicar la lógica que había detrás del increíble mundo que se ocultaba tras los muros del Park era algo, ciertamente, divertido. Si la situación no fuera tan seria, habría estallado en carcajadas. Pero tenía la firme sospecha de que Leighton estaba a punto de estrangular a Isabel, a su hermana o ambas. Y eso ya no era divertido.

—Estoy seguro de que si tuviera dinero para pagar a una institutriz, mi hermana no estaría realizando ese trabajo.

Isabel hizo una pausa y frunció los labios. Nick decidió que le gustaba aquel mohín en su boca.

—No, no se trata de eso.

—De todas maneras, Simon, estoy contenta con el arreglo —aseguró Georgiana.

El duque perdió la paciencia.

—Esto es ridículo. Te vuelves a casa conmigo.

Georgiana miró a Isabel, que asintió en silencio mostrándole su apoyo.

—No. No lo haré.

—Me temo que no tienes otra opción —aseguró con el ceño fruncido—. Soy tu hermano y tu tutor.

—Simon. —La voz de la joven fue tierna y llena de afecto fraterno—. Sé que estás preocupado por mí, que quieres que vuelva a casa pero, por favor, entiende que no puedo hacerlo. No en este momento. Voy a quedarme aquí. Ahora es mi lugar, donde estoy a salvo.

Nick vio que Simon ladeaba la cabeza, desconcertado, haciéndole sentir una punzada de simpatía por él; un hombre al que no le habían negado nunca nada. Era evidente que se sentía confuso e inseguro y que quería librarse de esa situación que no comprendía. Él mismo había sido presa de esa sensación de desamparo en los últimos seis días. Parecía que las mujeres de Minerva House eran expertas en confundir a los hombres que las rodeaban.

Lo que la chica no sabía era que, finalmente, sería su secreto lo que la expulsaría de allí. Isabel podría ocultarla, pero no para siempre. Era solo cuestión de tiempo que la noticia de que la hermana del duque de Leighton estaba escondiendo su embarazo en Yorkshire llegara a todas partes y estallara un escándalo de proporciones épicas.

El duque debería saberlo para enfrentarse a ello.

Pero no sería él quien se lo dijera.

El duque alzó la cabeza.

—Cuéntame lo que ocurre.

Había desesperación en su voz, una desnuda emoción que le pareció la más humana, la más sensible que hubiera visto nunca en ese hombre. De repente, supo que Isabel y él no debían estar allí.

Desvió su atención a Georgiana, vio las lágrimas en sus ojos, y el incontrolable temblor de su labio inferior.

Fue eso lo que le llevó a moverse. Buscó la desconcertada mirada de Isabel y vio que también ella reconocía la naturaleza privada del momento.

—Esto debe ser una conversación privada —dijo, acercándose a Isabel y conduciéndola a la puerta—. Esperaremos fuera.

Ninguno de los dos hermanos respondió ni se movió mientras ellos salían.

Isabel se volvió hacia él en el vestíbulo y le miró con palpable preocupación.

—Va a decírselo.

—Sí.

Isabel comenzó a pasearse de un lado para otro, perdida en sus pensamientos.

La observó retorcerse las manos y una intensa emoción le arrolló. Aquella era una mujer que sentía profundamente; que amaba con intensidad. ¿Cómo sería ser el receptor de sus emociones?

—¿Qué hará él? —le preguntó finalmente.

Se tomó su tiempo para pensar, apoyado en el pasamanos de la ancha escalera de mármol que dominaba el lugar. Leighton siempre había sido un hombre correcto.

Siempre se mostró serio, estoico y poco proclive a los cambios y a cualquier cosa que empañara su nombre. Siempre había mirado por encima del hombro las debilidades de los demás. Cuando Gabriel y él recibieron la noticia de que tenían una hermanastra italiana, Leighton había sido uno de los que se distanció de ellos.

No le gustaban los escándalos.

Y había pocos escándalos tan devastadores como que una hermana soltera estuviera embarazada.

Isabel se había detenido a solo unos centímetros de él. Le miraba con aquellos hermosos ojos dorados llenos de preocupación, y la ansió.

—No sé lo que hará. —Alargó la mano y tomó las de ella, apretándolas con firmeza para captar su atención—. Pero sea lo que sea, Georgiana estará a salvo. Te lo prometo.

Ella le sostuvo la mirada durante un buen rato.

—No sabes cuánto deseo creerte.

Pero no lo haces.

No estaba dispuesta a confiar en él otra vez. Todavía no. Quizá nunca.

Y esa certeza le dolió más de lo que había supuesto.

—Isabel… —No sabía qué podría decir para hacerla cambiar de idea, así que quizá fue mejor que la puerta del estudio se abriera en ese momento, atrayendo su atención.

Leighton estaba en el umbral, con la cara impávida.

Como era de esperar, no le habían gustado nada las noticias.

Isabel ya entraba en el estudio, ansiosa por llegar junto a Georgiana. Las palabras de Leighton la detuvieron.

—Me gustaría hablar con los dos.

Isabel —«chica valiente»— sostuvo la fría mirada del duque.

—Su hermana, excelencia. Ella me necesita.

Si eso fuera posible, la cara de Leighton se volvió más inexpresiva.

—Desde hoy no tengo hermana. Y la mujer que está ahí dentro… —Se interrumpió y, en ese breve silencio, Nick comprendió la poderosa batalla que libraba su amigo interiormente —… Puede esperar. Si desea seguir siendo la dueña de este lugar, *lady* Isabel, me escuchará ahora. Inmediatamente.

Había una desagradable e imperiosa amenaza en las palabras, una que Isabel supo que sería mejor no ignorar. Enderezó los hombros sin apartar la mirada.

—Desde luego, excelencia. —Se giró hacia la biblioteca.

Una vez dentro, Leighton se acercó a la chimenea y miró fijamente las brasas apagadas.

—Imagino que la mía no será la única familia que se vería estremecida por el escándalo si este lugar fuera descubierto —concluyó tras un largo silencio.

—No, excelencia. —Dio un paso hacia él.

Nick la admiró todavía más.

Leighton la miró por encima del hombro.

—Una parte de mí quiere reducir la casa a escombros.

Notó que Isabel se estremecía ante el veneno que destilaba su voz. Ella le miró a él y pudo leer la silenciosa súplica en sus ojos. Le correspondía ocuparse de la situación. Se acercó y se apoyó en un

pilar cercano.

—No es culpa de esta casa, Leighton, y tú lo sabes —intervino.

—Sin esta casa, ella podría haber…

—Sin este lugar, seguiría estando en un apuro —señaló Nick, provocando que el duque le mirara con antipatía—. Pero no habría tenido ningún lugar a donde ir.

Deberías darle las gracias a Isabel por acogerla.

—Sí, bueno, no creo que vaya a hacerlo. —El duque se dio la vuelta hacia ella—. Tal y como yo lo veo, *lady* Isabel, tengo dos opciones: puedo ir al magistrado y destapar el escándalo ahora. —Ella no respondió y le sostuvo, estoica, la mirada—. O también puedo dejar aquí a mi hermana, que tenga el niño y que el escándalo estalle más tarde. En un momento indeterminado. Es evidente que usted no podrá proteger siempre a sus residentes ni a usted misma. Es solo cuestión de tiempo que esto se sepa. —Le miró a él—. Si estuvieras en mi lugar, St. John, ¿qué harías?

Nick sintió la mirada de Isabel clavada en él, sabía que ella deseaba que eligiera la segunda opción. Sin embargo, cualquier persona razonable elegiría la primera. Si una familia tenía que sufrir un escándalo era mejor que fuera en el momento que ella eligiera, de manera que estuviera preparada y pudiera tener a su disposición las armas que esgrimir contra los chismosos.

Pero aquella situación no tenía nada de razonable para él. Lo único que quería era que Isabel estuviera segura. Quería que las chicas estuvieran a salvo y solo había una manera de conseguirlo.

—Elegiría la última opción.

Leighton se rio sin humor.

—No es cierto.

—Lo haría en este caso porque hay un factor que no has tenido en cuenta.

Isabel no pudo mantenerse más tiempo callada.

—¿Lo hay?

Nick la miró y notó su incertidumbre, su sorpresa y, sobre todo, su miedo.

—Lo hay. Vamos a casarnos, lo que pondrá a *lady* Georgiana y sus circunstancias bajo mi protección.

El duque se cruzó de brazos y miró a Isabel.

—¿Es cierto?

Isabel negó con la cabeza, pálida como un cadáver.

—No. Jamás he dicho que me casaría con él.

Su negativa fue como una puñalada. La idea de que ella no fuera a casarse con él después de lo ocurrido la noche anterior era inaceptable. La cólera bulló en su interior junto con el dolor. Años de contención impidieron que se notara.

Se concentró en enfriar su carácter.

—Comienza a fallarte la memoria, Isabel. Me dijiste que te casarías conmigo ayer por la mañana. —Se detuvo, esperando que ella le mirara—. En la galería de estatuas, ¿no lo recuerdas?

Por supuesto que lo recordaba. La vio contener el aliento.

—¡Pero la situación cambió radicalmente después de eso!

—En efecto, así fue. Ayer por la mañana tenías elección, ahora es imperativo. —La insinuación subyacente en sus palabras la hizo enrojecer.

—¡No es eso lo que quería decir, y lo sabes!

—Sé de sobra a qué te refieres. Y también sé que no saldré de aquí sin casarme contigo.

—No te necesito. Podemos cuidarnos solas.

No te necesito.

La declaración le hizo estallar.

—Sí, ya. Tienes una casa llena de mujeres fugadas y solo Dios sabe cuántos rufianes pueden aparecer por aquí después de que Leighton nos descubra. Una casa, añadiría, que se cae literalmente a pedazos a tu alrededor, por no mencionar a un crío que necesita más formación que cualquier otro que haya conocido si quieres que llegue a ser un conde de provecho. O el regalito que me acabo de encontrar: la hermana de un duque a punto de tener un bastardo. Y no olvides que te he comprometido. Pero claro, te bastas y te sobras, no necesitas nada.

»Piensas que si pides ayuda te vuelves débil, sin embargo, ¡lo que te hace débil es esa enfermiza insistencia de que no necesitas a nadie! ¡Claro que me necesitas! ¡Necesitas que alguien te mantenga alejada de los problemas! —Su voz amenazó con convertirse en un trueno—. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar que no vamos a casarnos? ¿Te has vuelto loca? —Sus palabras resonaron en la estancia durante un momento y vio que a Isabel se le llenaban los ojos de lágrimas. Al momento lamentó sus palabras—. Isabel… —añadió

con suavidad, tratando de abrazarla, queriendo borrar todo lo que había dicho.

Ella sostuvo una mano en alto, deteniéndole.

—No. —Isabel miró a Leighton—. Si esas fueran mis opciones, excelencia, elegiría evidentemente la que menos pudiera arruinar Townsend Park.

El duque se aclaró la voz.

—Si lo que St. John ha dicho es cierto, debo insistir en que se case con él. —Ella asintió con la cabeza.

—Enviaré a por un clérigo. —Ella asintió de nuevo con los labios apretados en una línea, como si contuviera las lágrimas. Luego escapó de la estancia, haciéndole sentir como un necio. Un asno frustrado.

—«Enviaré a por un clérigo» —repitió—, ¡maldita sea!

Como si eso importara.

Se movió para ir tras ella, ansioso por aclarar las cosas.

Por disculparse.

Por hacer lo que fuera necesario para conquistarla.

—Si fuera tú, no lo haría —aconsejó el duque.

Nick se volvió hacia él.

—¡Oh, claro, Leighton! Eres el más adecuado para aconsejar sobre mujeres.

—Volverá, siempre vuelven.

—Sí, bueno, yo no estoy tan seguro. Isabel no es como las demás mujeres.

—Nunca lo hubiera sospechado —se burló con sarcasmo.

Nick se acercó a una silla y se sentó antes de ocultar la cara entre las manos.

—Soy un asno.

Leighton se acomodó frente a él, sacó un puro de la pitillera de plata que llevaba en el bolsillo y lo encendió.

—No voy a discutírtelo.

Nick alzó la vista.

—Tú también eres un asno.

—Supongo que sí. —El duque suspiró—. ¡Maldita sea! Embarazada. Solo tiene diecisiete años. Ni siquiera ha salido del cascarón.

—No podrás ignorarla siempre.

—No… pero puedo intentarlo.

—Es una buena chica, Leighton. No merece tu cólera.

—No quiero hablar sobre ella. —Las palabras no admitían réplica. Se mantuvo en silencio un rato—. Así que estás enamorado de la chica.

Nick se recostó en la silla y miró al techo. Por supuesto que estaba enamorado de ella. Era la persona más especial que había conocido.

—¡Oh, que Dios me ayude! Sí, lo estoy.

—Dada mi experiencia, anunciar en una habitación llena de extraños que la has comprometido no es el mejor camino para ganarte su corazón.

—No estaba llena de extraños, solo estabas tú. —Nick cerró los ojos—. Soy idiota.

—Sí. Pero va a casarse contigo.

—Porque la hemos obligado.

—Tonterías.

Nick miró a su amigo.

—El duque de Leighton ha insinuado que como no se case conmigo, destruirá lo único que le importa. ¿Qué harías en su lugar?

—Es un punto a tener en cuenta —concedió Leighton. Aspiró varias caladas del cigarro—. Aunque te diré algo, tu dama parece de las que encara las adversidades con valentía.

Nick recordó a Isabel en el tejado, en el pueblo de Dunscroft, en las cocinas, con su ejército de amazonas…

—En eso tienes razón.

El duque miró el puro durante un rato.

—¿Es posible que tú también le importes?

—Esta mañana no le importo nada.

—Deberías decirle que la amas.

Nick negó con la cabeza.

—Esa es una idea nefasta.

—¿Temes que no te corresponda?

Nick sostuvo la mirada de su amigo.

—Me aterra la idea.

—El *bulan* aterrado, qué interesante. —Nick contuvo el impulso de estamparle el puño en la cara.

Leighton sacó el reloj del bolsillo y comprobó la hora.

—A pesar de lo mucho que disfrutaría dándote el placer de pelearme contigo, la chica está de luto. Vas a necesitar una licencia especial.

—¿Quieres decir que tendré que ir a York?

—¿A que es una suerte que sea amigo del arzobispo?

Nick le miró con el ceño fruncido.

—Oh, sí, Leighton. Tu llegada ha traído consigo toda la suerte del mundo.

Capítulo 20

No fue el tipo de boda que Isabel había imaginado.

Nick regresó a primera hora de la mañana tras pasar la noche viajando a York en busca de una licencia especial. A la vuelta se había detenido en Dunscroft para despertar al vicario del pueblo y llevarle con él a Townsend Park para oficiar la ceremonia. Isabel notó que apenas le había dado tiempo más que a cambiarse de ropa y, si se fijaba en las profundas ojeras, resultaba evidente que no había dormido desde la última vez que se vieron. Por no mencionar la voz ronca con la que pronunció los votos.

Se casaron en el estudio de su padre, con Lara y Rock como testigos. La ceremonia fue rápida y mecánica, oficiada por un clérigo que restó importancia en su sermón a que no respetaran el luto por su padre.

El hombre había protestado al principio, pero cerró la boca cuando vio la licencia especial expedida de puño y letra del arzobispo de York.

Isabel tampoco había protestado.

Después de todo, era la única solución.

Así que juraron amarse y honrarse; empeñando en ello su palabra. Pero cuando él se inclinó para besarla, ella volvió un poco la cara para que sus labios no se rozaran plenamente; un bendito alivio. No creía que hubiera sido capaz de sentir su contacto en aquel momento en el que estaban casándose por las razones equivocadas.

Isabel salió de la casa en cuanto el clérigo terminó y se dirigió a las tierras más occidentales de la propiedad. Se dedicó a caminar durante horas, pensando.

A lo largo de su vida había conocido muchos tipos de matrimonios: los que eran resultado del amor y, sin embargo,

acababan abocados a una desolada soledad; los que comenzaban con una fuga y terminaban a la desesperada; los que venían impuestos por el deber y no florecían nunca. Sin embargo, en los raros momentos en los que se permitió soñar con el matrimonio, lo hizo con uno que fuera mucho más que soledad, desesperación o deber. Era irónico, puesto que ella había surgido de uno que era un claro ejemplo de las tres premisas.

Y si era honesta consigo misma, dos días antes había pensado que su matrimonio con lord Nicholas podría llegar a convertirse en uno por amor.

Ahora sabía que su nombre completo era Nicholas Raphael Dorian St. John.

Y aquello era lo único que sabía a ciencia cierta de su flamante marido.

El viento comenzó a agitar los brezos, y los arbustos azotaron sus piernas mientras caminaba por el sendero de tierra que delimitaba Townsend Park, las tierras que habían pertenecido a su familia durante generaciones.

La tierra que pasaría a las generaciones futuras gracias a lo que ella había hecho esa mañana.

No solo ha sido egoísmo personal.

Cerró los ojos ante ese pensamiento. Cuando los abrió vio la cerca rota que marcaba el límite occidental de la propiedad. Otra cosa que ahora podría arreglar. No había querido casarse por dinero, por protección ni porque el duque de Leighton la obligara. Pero, por supuesto, había sido por eso.

¿*O no*?

—No —susurró. La sílaba se la llevó el viento y se perdió entre la maleza.

Habría querido casarse con él porque Nick le importara. Y porque ella le importara a él.

Pero ya era demasiado tarde para eso.

Una imagen del día anterior acudió a su mente; parecía formar parte de un pasado lejano. Ella había rechazado su petición y él había hecho que pareciera que le necesitaba con desesperación. Como si no hubieran podido sobrevivir si él no hubiera llegado para salvarlas. Como si Minerva House estuviera a punto de sucumbir.

Y había estado en lo cierto.

Se limpió una lágrima de la mejilla. Ella ya no podía seguir adelante con aquello.

Y le daba terror lo que eso significaba.

¿Quién era ahora? Si ya no era la administradora de Townsend Park, la guardiana de Minerva House, ¿quién era? ¿En quién se convertiría?

—¡Isabel! —El grito, que resonó por encima de los cascos de un caballo, la arrancó de sus pensamientos. Se giró hacia él. Nick estaba allí, sobre su caballo gris, acercándose a ella a galope tendido. Se quedó inmóvil cuando él tiró de las riendas y bajó de un salto antes de que el caballo se detuviera en el camino. La miró fijamente mientras avanzaba a su encuentro—. He estado buscándote por todas partes.

Encogió los hombros.

—Estaba dando un paseo.

—Larga caminata para que la dé una novia en el día de su boda —señaló—. ¿Estabas escapando de mí?

Ella no le rio la broma.

—No, milord.

Hubo un silencio mientras él la contemplaba.

—No eres feliz.

Ella negó con la cabeza, y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—No, milord.

—Siempre había oído que las novias lloraban en el día de su boda, Isabel, pero pensaba que eran lágrimas de alegría. —La observó con ternura antes de estrecharla en un cariñoso abrazo—. Y como vuelvas a llamarme milord una vez más, no arreglaré la cerca. En la que, por si no te has fijado, hay un agujero enorme.

—Claro que me he fijado —dijo ella, con las palabras amortiguadas contra su pecho.

—Isabel, lo siento. Lamento lo que dije y cómo lo dije —susurró contra su pelo. Su voz resultó alentadora como una promesa—. Perdóname.

¡*Oh, cómo quería hacerlo*!

Isabel no respondió, se limitó a rodearle con los brazos. Era lo único que podía hacer en ese momento. Permanecieron allí, abrazados, disfrutando de la sensación de sentirse estrechada por él,

del calor de su pecho contra la mejilla. Por un momento imaginó que el día de su boda había sido diferente. Que se habían casado por cualquier otra razón distinta a la real.

Que se habían casado por amor.

Al pensar eso se apartó y Nick la observó mientras se alisaba las faldas, mirando cualquier cosa menos a él.

—Isabel. —El sonido de su nombre hizo que alzara la mirada hacia Nick y viera las emociones que bullían en sus ojos—. Lamento que no hayas tenido el tipo de ceremonia con la que soñabas. Me gustaría que nuestra boda hubiera sido de otra manera; en una iglesia, con un vestido adecuado y con las chicas presentes.

Ella negó con la cabeza, la emoción le impedía articular palabra.

Nick le tomó la mano.

—Esta mañana nos saltamos una parte muy importante de la ceremonia. He imaginado que el vicario pensó que no podríamos cumplir los requisitos y que por eso lo pasó por alto.

Isabel frunció el ceño, confundida.

—No entiendo.

Él abrió la mano, mostrándole un sencillo aro de oro.

—No es lo que te mereces, pero es lo único que tenía el joyero al que desperté ayer en York. En cuanto pueda te compraré algo más bonito. Con rubíes. Me gusta cómo te queda el rojo.

Él lo dijo con rapidez, como si ella pudiera negarse si le daba la oportunidad de hablar. Sin embargo se equivocaba; no quiso interrumpirle cuando tomó su mano y le puso el anillo en el dedo.

—No recuerdo las palabras exactas —confesó él con media sonrisa—, pero…

—Yo tampoco las recuerdo. —Isabel negó con la cabeza.

—Bien. —Respiró profundamente—. No soy perfecto y sé que tengo que trabajar duro para volver a ganarme tu confianza, pero quiero que sepas que me siento muy feliz de que seas mi mujer. Seré el mejor marido que pueda. Que este anillo sea testigo de mis palabras.

Le enmarcó las mejillas con las manos y movió los pulgares para secar las lágrimas que había derramado al escucharle.

—No llores, cariño. —Le sorbió los labios con unos besos tan tiernos y suaves que, por un instante, olvidó que se habían visto obligados a casarse.

Nick alzó la cabeza y volvió a mirarla a los ojos.

—¿Pueden prescindir de ti durante el resto del día? ¿Podemos disfrutar a solas del día de nuestra boda?

Parecía que Nick quería disponer de un tiempo para ellos en el que pudieran olvidarse de que se habían casado por las razones equivocadas.

Quizá descubrir una razón correcta.

Y, que Dios la ayudara, ella también quería.

Asintió con la cabeza.

—Creo que es una idea excelente.

Nick sonrió sin recato y le ofreció el brazo.

—El día es suyo, *lady* St. John —bromeó cuando lo tomó—. ¿Qué quiere hacer?

Lady St. John.

Qué cosa tan extraña ser esa persona nueva y diferente. Practicó el nombre en su cabeza, provocando que sus anteriores preocupaciones salieran a flote. ¿Quién era *lady* St. John? ¿Qué quedaba de *lady* Isabel?

—¿Isabel? —Nick la arrancó de sus pensamientos.

Mañana. Se preocuparía de *lady* Isabel por la mañana.

Ella sonrió.

—Me gustaría enseñarte la propiedad.

Al cabo de unos minutos estaban sobre el caballo. Isabel iba sentada delante y se aferraba a él mientras trotaban entre los brezos en dirección a la casa. Mientras cabalgaban, Isabel le señaló los lugares más significativos para ella desde que era niña: el bosque cercano, donde se había ocultado cada vez que quería estar sola; el estanque donde aprendió a nadar; los restos desmoronados de la vieja torre, donde jugaba a ser princesa.

—¿Solo princesa?

Ella señaló el punto más alto sin apartar la vista de la estructura.

—Sí, hacerme pasar por reina me pareció demasiado ambicioso. Una chica tiene que conocer sus limitaciones.

Él se rio y detuvo el caballo.

—¿Me muestra su castillo, alteza?

Cuando le miró, notó el pícaro interés que irradiaban sus ojos.

—Con mucho gusto.

Él la bajó al instante y le tendió la mano para subir juntos la

suave ladera que conducía a las ruinas. Al llegar, Isabel se adelantó y pasó las manos por las piedras antiguas.

—Hace años que no vengo a este lugar.

Nick se apoyó en un muro bajo de piedra que marcaba el contorno de una de las estancias, dejándole espacio mientras exploraba. La observó vagar entre los restos.

—Cuéntame a qué jugabas aquí.

Ella curvó los labios.

—Supongo que a lo mismo que todas las niñas…

—No he tenido el privilegio de tratar con muchas niñas —aseguró él—. Cuéntame los detalles, por favor.

Ella se detuvo ante un hueco en la piedra que quizá habría sido una ventana hacía mucho tiempo.

—Oh, jugaba a que era una princesa encerrada en una torre, esperando a que la rescatara su caballero —declaró, mirando los campos a lo lejos—. A veces estaba bajo un hechizo mágico; otras, protegida por un dragón o algún ser igualmente fantástico. Pero no siempre se trataba de algo tan elaborado y solo venía aquí para… —Se dio la vuelta y vio que él había desaparecido del lugar donde se encontraba.

—¿Solo venías para…? —Nick se encontraba al otro lado del hueco de piedra, con los antebrazos apoyados en el alféizar. Ella se rio, sorprendida ante la imagen: Nick estaba despeinado, sonreía de medio lado y llevaba la ropa formal con la que se había casado.

Imitó la postura, y sus brazos rozaron los de él sobre la piedra.

—Venía a imaginar cómo sería mi futuro.

—¿Y cómo era?

Isabel apartó la mirada.

—Lo habitual, supongo. Matrimonio, hijos… Sin duda, no tenía previsto que existiera Minerva House. —Hizo una pausa, ensimismada en sus recuerdos—. Es gracioso cómo algunas cosas no interfieren en los sueños infantiles. No tuve un buen ejemplo en lo que al matrimonio se refiere, ni siquiera sabía que podía ser algo bueno y, sin embargo… —Su voz se desvaneció.

—Y sin embargo hubo un tiempo en el que *lady* Isabel soñaba con casarse —terminó él en tono provocador. Justo lo que ella necesitaba.

Isabel dulcificó la expresión, buscando sus ojos azules.

—Eso creo. Por supuesto —continuó con un deje travieso—, lo que nunca esperé fue que acabaría casándome con uno de los solteros más codiciados de Londres. He tenido suerte, la verdad, de dar caza a un lord tan pluscuamperfecto.

Él arqueó las cejas, boquiabierto por la sorpresa, y ella comenzó a reírse a carcajadas ante la cómica expresión.

—¡Lo sabías!

Isabel se puso la mano sobre el pecho en un gesto dramático.

—Milord, ¿cómo puede imaginar que quede una mujer en este país que no lo sepa? De todas maneras, no es necesario estar suscrito a *Perlas y Pellizas* para reconocer a la… —hizo una pausa para dar más énfasis a sus palabras— quintaesencia de la virilidad cuando se presenta ante una.

Él la miró con el ceño fruncido.

—*Lady* St. John, se cree muy graciosa, ¿verdad?

Ella sonrió con picardía.

—Sé que soy muy graciosa, lord Nicholas.

Él se rio y alargó la mano para colocarle detrás de la oreja un rizo castañorrojizo que se le había soltado con el viento y se movía contra la mejilla. Cuando terminó, la risa murió y continuó acariciándola hasta llevar la mano a la nuca y acercarla para besarla, con aquellos labios cálidos y sonrientes. El beso fue profundo y sosegado, tanto que le llegó directo al corazón. Ella suspiró contra su boca y él se movió para seguir acariciándola con los labios antes de retirarse: la mejilla, la punta de la nariz, la frente…

—Así que querías darme caza —bromeó él.

Ella negó con la cabeza, riéndose.

—No. Las chicas querían que lo intentara. Me instaron a usar las lecciones de esa revista para hacerlo. —Se alegró ante el gemido de incredulidad de Nick—. No tengo que decir que jamás se me ha dado bien seguir instrucciones.

Él se rio entre dientes.

—¿Entonces? ¿Cuál era tu plan?

—Mi intención era aprovecharme de tu conocimiento de las antigüedades.

—Bueno… Me parece que has obtenido más de lo que esperabas.

Ella le miró con ojo crítico.

—En efecto, eso parece.

Él soltó una carcajada.

—¡Descarada!

Isabel se rio también, y él se alejó de la ventana mientras ella seguía apoyada en el alféizar, observando cómo se dirigía a una entrada cercana. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad cuando se dio cuenta de que se dirigía hacia ella. Sin querer dejar de disfrutar de aquel solaz, se sentó sobre el alféizar y esperó a que llegara hasta ella. Notó una punzada de excitación en el vientre al verle cada vez más cerca, esquivando hábilmente las piedras diseminadas por las ruinas, con los ojos azules fijos en ella.

La revista tenía razón: era un espécimen notable.

Y es tu marido.

Le dio un vuelco el corazón.

Nick no se detuvo a una discreta distancia, sino que se acercó tanto como pudo, rozándole las faldas con las piernas y ocultándole el sol con el cuerpo. Entonces alzó la mano y le pasó el dorso de los dedos por la mejilla, dejando un rastro de fuego en su piel. Le vio deslizar los ojos por su rostro y notó algo en su expresión que no pudo identificar.

—¿En qué estás pensando?

En cualquier otro sitio, en otro momento, no se lo hubiera preguntado; pero estaban en aquel lugar mágico y el resto del mundo, el resto de sus vidas, quedaba muy lejos. Hoy eran, simplemente, marido y mujer.

Como si hubiera algo simple en ello.

Sus miradas se encontraron, y a ella se le aceleró el corazón al reconocer la pasión que bullía en aquellos ojos azules. Contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta.

—Estaba pensando que eres la mujer más magnífica que he conocido nunca.

Se quedó boquiabierta ante esas inesperadas palabras, y él se acercó más, tomando su cara entre las manos.

—Eres fuerte, hermosa, maravillosa, apasionada y solo quiero estar cerca de ti. —Apoyó la frente sobre la de ella mientras continuaba—. No sé cómo es posible que haya ocurrido, pero me parece que me he enamorado locamente de ti.

Isabel se quedó muda.

¿Sería posible que fuera cierto?

Nick la amaba.

Las palabras resonaron en su mente, haciendo imposible que pensara en otra cosa.

Entonces la besó y ya no pudo pensar en nada.

Hacerle aquella confesión de amor desató algo primitivo y poderoso en el interior de Nick. Sin apartar los labios de la boca de Isabel, la alzó contra su pecho y se desplazó hasta un mullido trozo de hierba situado en una esquina del recinto.

Permanecieron allí de pie mucho tiempo, explorándose con manos y labios; él fue consciente en todo momento de la intoxicante y poderosa diferencia entre la sensación de acostarse con una mujer anónima y hacer el amor con su esposa.

Con la mujer a la que amaba.

Cuando Isabel llevó las manos a los botones de la chaqueta y el chaleco, Nick arrancó la boca de la suya y jadeó al notar que ella seguía acariciándole en busca de su piel. Se deshizo de las prendas mientras seguían besándose alocadamente.

Entonces ella tiró de la camisa y comenzó a explorar los marcados músculos por debajo de la prenda. Sentir esos dedos contra la piel era una tortura, e interrumpió el beso para sacarse la camisa por la cabeza y lanzarla al aire; la brisa la hizo revolotear hasta chocar contra una de las paredes que aún se mantenían en pie.

Volvió a abrazarla, ansioso por reanudar el beso, pero ella le esquivó con la mirada clavada en su pecho.

—No —se alejó, con la voz vibrando de poder femenino—. Quiero verte.

Sin darle tregua, Isabel comenzó a pasarle las palmas por el pecho y los brazos.

—Eres tan musculoso… Estás tan bronceado… ¿Cómo es posible?

Él se concentró en las palabras para no volverse loco por el contacto de sus manos.

—Tengo una propiedad en las afueras de Londres. Me gusta trabajar los campos.

Isabel buscó sus labios y él apretó los puños para no tomarla entre sus brazos y apresar su boca.

—¿Lo haces sin camisa?

Él meneó la cabeza.

—No siempre.

—Qué descarado… —susurró ella, poniendo los labios sobre él y trazando un húmedo sendero de besos por los marcados pectorales hasta que Nick ya no pudo soportarlo más.

Tomó el control por el bien de su cordura. Capturó la boca de Isabel en un beso infinito antes de hacerle darse la vuelta para desabrochar con rapidez los botones que cerraban la espalda del vestido, besándola en la nuca mientras ella suspiraba de placer. Cuando la tela se aflojó, Isabel la sostuvo sobre los pechos y se giró hacia él con los ojos llenos de promesas. Sin apartar aquella mirada de sirena, dejó caer la prenda a sus pies.

Nick respiró hondo para calmarse. La acercó de nuevo y volvió a darle la vuelta para liberar los lazos del corsé.

—Odio a la mujer que inventó esto —gruñó.

Isabel se rio y le miró por encima del hombro.

—¿Qué te hace pensar que fue una mujer?

—Que a un hombre no se le habría ocurrido nada que hiciera tan complicado poder acceder a tu piel. —Nick volvió a girarla entre sus brazos cuando la prenda se desprendió, y le bajó los tirantes de la camisola por los brazos hasta que quedó desnuda bajo el sol, frente a él, en el torreón en ruinas. Nick deslizó la mirada por aquel exquisito cuerpo femenino y la vio sonrojarse con una mezcla de vergüenza y excitación—. Por fin —exclamó con una voz apenas reconocible—. Ven aquí.

La apretó contra sí, dejando que los senos desnudos presionaran contra su torso mientras la poseía con un beso apasionado. Ahuecó las manos sobre los pechos y comenzó a jugar con las puntas hasta convertirlas en duros y anhelantes guijarros.

Isabel gimió contra sus labios, y él recompensó el sonido cubriéndole una con la boca para comenzar a succionarla suavemente. Ella se contorsionó mientras él bajaba la mano hacia el inflamado centro del placer y acarició con un dedo los suaves rizos que protegían su sexo hasta alcanzar aquel lugar donde se aunaba toda la pasión.

Cuando comenzó a acariciarla allí, ella empezó a jadear y él no pudo soportarlo más.

La puso en el suelo, sobre la hierba suave, como si fuera una ofrenda. Le separó las piernas bajo el sol, el viento y el cielo mientras añadía un segundo dedo para llevarla al borde del abismo sin dejar de observar sus ojos, vidriosos por la pasión.

Quería verla alcanzar el éxtasis entre sus brazos.

Ella se arqueó, alzando y contoneando las caderas, mostrándole dónde, cómo tocarla para hacerla disfrutar más. Nick se inclinó sobre ella y le tomó el lóbulo de la oreja entre los dientes.

—No te contengas, cariño —le susurró al oído—. Déjate llevar.

Le dio eso que ella no sabía pedirle y el placer se volvió cada vez más profundo, más intenso, más fuerte, hasta que sus gritos de gozo resonaron entre aquellas antiguas piedras cuando se aferró a él sin control.

Luego, ella se quedó inmóvil durante muchos minutos y Nick se recreó en su imagen, desnuda y entregada. Cuando finalmente abrió los ojos, la oyó contener el aliento al ver el brillo en los suyos. Ella le pasó una mano por el torso hasta llegar a la bragueta, donde deslizó un dedo sobre la dura y hambrienta forma que contenía la tela.

—Es mi turno —susurró, desabrochando el pantalón con demasiada lentitud.

Él se levantó y se deshizo rápidamente de las botas y el resto de la ropa para quedarse tan desnudo como ella. Duro, ardiente y desesperado capturó su boca en un largo beso.

—Odiaría que pensaras que soy injusto —dijo cuando abandonó sus labios.

Ella se rio; un sonido ronco y lujurioso que le hizo endurecerse todavía cuando sintió que cerraba la mano a su alrededor para acariciarle y tuvo que entornar los ojos para contener el clímax. Lo que le faltaba de habilidad lo suplía con ansia.

Nick entreabrió los ojos y observó cómo le miraba, fascinada de tenerlo entre sus dedos, más duro y excitado que nunca.

Mientras la estudiaba, ella se inclinó sobre él y depositó un suave y húmedo beso en la punta, llevándole a pensar que podría morirse de placer.

Al escucharle, ella se detuvo y alzó la cabeza con gesto de preocupación.

—¿Te he hecho daño?

Nick parpadeó al escuchar aquella inocente pregunta, incapaz de impedir que sus caderas se arquearan, desesperado por sentir su contacto.

—No, cariño. No…

Isabel le miró con escepticismo.

—¿Quieres que me detenga?

—Hazlo otra vez —le pidió con un hilo de voz.

Ella lo hizo, frotó sus labios, suaves y torturadores, contra él. Nick contuvo el aliento, esperando la siguiente maniobra y, cuando sintió la tentativa y tierna caricia de su lengua, suspiró extasiado.

—Sí… así. ¡Dios mío, Isabel!

Las palabras la espolearon y, al cabo de un momento, la inocente caricia se había convertido en una húmeda fricción que amenazaba con matarle. Si no se detenía…

Tiene que detenerse.

La alzó entonces entre sus brazos firmes y la tumbó sobre su cuerpo, haciéndole bajar la cabeza para capturar su boca. Ella se retiró con una mirada de incertidumbre.

—¿No te ha gustado?

Él se rio.

—Ha sido lo más increíble que haya experimentado nunca, cariño. Estaba disfrutando demasiado.

La vio fruncir el ceño y supo que no le entendía. Volvió a capturar su boca en un beso largo, profundo e intenso que los dejó a ambos jadeantes. Luego puso los labios en la cima de uno de sus pechos y comenzó a succionar hasta que se endureció y ella gritó de anhelo.

—No quiero alcanzar el placer sin que me acompañes. Por lo menos hoy no.

Nick la movió sobre su cuerpo, guiándola hasta su miembro. Ella amplió los ojos ante la sensación.

—¿Se puede hacer así? ¿Te gusta esto?

Él arqueó una ceja.

—Probemos.

La alzó y comenzó a bajarla sobre su miembro hasta que lo albergó por completo.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró con reverencia—. ¡Sí! —Se meció contra él

tentativamente—. Es maravilloso.

—Bien. —La alzó otra vez, mostrándole la postura, alentándola a asumir el control de la pasión… del deseo. Ella captó el ritmo de inmediato, como él había sabido que haría, y comenzó a mecerse contra él, probando distintas cadencias en busca del placer.

Él la observó al tiempo que le acariciaba los muslos, delgados y firmes, antes de subir las manos a sus pechos, dejando que se moviese de la manera que le haría alcanzar el éxtasis.

Era una tortura.

Finalmente, Isabel encontró el ángulo que le daba más placer y comenzó a mecerse con fuerza contra él, gritando cuando la oleada de éxtasis amenazó con romperla en mil pedazos. Fue testigo de la sorpresa y la pasión que cruzaron su rostro cuando bajó la mirada hacia él y comenzó a susurrar su nombre como si fuera una letanía, perdida en las sensaciones.

Nick llevó los dedos al lugar donde se unían sus cuerpos y puso el pulgar en el duro brote para comenzar a frotarlo en círculos hasta que ella comenzó a palpitar en torno a él, a punto de explotar.

—Mírame, Isabel —le ordenó cuando percibió que se le dilataban las pupilas—. Mírame a los ojos mientras llegas al éxtasis.

Ella le puso las manos en los hombros y le miró a través de las pestañas.

—No puedo… —jadeó—. ¡Nick!

—Lo sé. —Presionó con fuerza las caderas contra ella, haciendo que ambos se perdieran en una vorágine de pasión que les hizo gritar cuando alcanzaron juntos el cielo.

Isabel se derrumbó sobre él y Nick la abrazó hasta que volvió a respirar con normalidad y lo único que se escuchó fue el viento susurrando entre las piedras.

Le acercó los labios a la sien y volvió a susurrar su amor. Ella se estremeció ante sus palabras, acurrucándose sobre él, que solo fue capaz de apretarla con fuerza.

Quizá, después de todo, sí existiera alguna posibilidad para ellos.

Isabel se sentó ante el tocador, envuelta en una toalla de lino, preparándose para su noche de bodas; lo que no dejaba de ser extraño teniendo en cuenta que ella y su marido se habían pasado el día al aire libre, desnudos, celebrando su matrimonio.

Por supuesto, ninguno de los habitantes de la casa lo sabía, así que cuando Lara acudió a buscarla para que se zambullera en un baño de vapor no pudo negarse, feliz de tener un rato a solas con sus pensamientos antes de enfrentarse de nuevo a su esposo.

Su marido.

Que la amaba.

O, al menos, eso decía.

¡Oh, qué tentadoras eran aquellas palabras! Ahora comprendía lo débil que podía ser su sexo. Entendía por qué, con unas meras sílabas, una mujer podía quedar incapacitada por el deseo, jadeante de anticipación.

Escuchó un golpe en la puerta y el corazón se le subió a la garganta al pensar que podía ser Nick, antes de darse cuenta de que el sonido procedía de la puerta equivocada. Ese mismo día se había trasladado a la habitación contigua, que conectaba con la suya por una puerta interior. El golpe había llegado del pasillo.

—¿Sí?

La puerta se abrió y entraron Gwen y Jane. Isabel se irguió de inmediato.

—¿Ocurre algo?

Jane sonrió.

—Has desaparecido durante toda la tarde, Isabel. ¿Te preocupa algo?

Isabel las miró con el ceño fruncido.

—No, ¿por qué?

Gwen se rio y se sentó en un taburete junto a la cama.

—¡Oh, Isabel! ¡Por fin ha ocurrido!

—¿El qué?

Jane se apoyó sobre el borde de la bañera de cobre.

—Que te has casado.

—No es lo que pretendía, Jane. Es algo que ocurrió sin que yo lo buscara, sin mi consentimiento.

—Pero te sientes feliz, ¿verdad? —preguntó Gwen.

Isabel meditó la pregunta durante un buen rato.

—No exactamente, aunque Nick parece un buen hombre.

—¿A pesar de lo que ocurrió ayer?

Isabel asintió con la cabeza.

—Sí. Ha demostrado con creces que está dispuesto a proteger

Minerva House. —Todas asintieron con la cabeza, y ella siguió hablando—. No es que le quede mucha elección si se casa conmigo.

Gwen sonrió ampliamente.

—Se ha casado —la corrigió—. Ya lo ha hecho.

Isabel meneó la cabeza con incredulidad.

—Soy su esposa.

—En efecto, lo eres —dijo Jane—. Y eso puede proporcionarte mucha felicidad.

Isabel no pudo ignorar el nerviosismo que le produjeron esas palabras. No imaginaba el matrimonio como un estado feliz. Y había una parte de ella que incluso consideraba imposible tal cosa.

Pero ¡qué sensación más maravillosa era sentirse amada!

Y qué aterradora. Estaba a un paso de entregarse… Pero, si correspondía a los sentimientos de Nick, ¿en quién se convertiría? Respiró hondo para tranquilizarse y vio que Gwen y Jane compartían una mirada perspicaz.

—¿Qué pasa?

—Bueno, nos han enviado aquí para hablarte sobre…

Notó un ramalazo de inquietud.

—¡Oh, no! ¿Qué ha ocurrido?

Gwen la miró con picardía.

—Sobre la noche de bodas.

Isabel arqueó las cejas.

—¿Sobre qué?

Jane se movió para estar más cerca de ella.

—Hemos pensado que deberías estar preparada —dijo en voz baja—. Es decir, tienes que saber lo que te espera.

—Y dado que tu madre ya no está con nosotras… —añadió Gwen.

Isabel comprendió de repente el propósito de la visita, y descubrir que era tan diferente a la miríada de razones que había estado imaginándose hizo que comenzara a reírse. De una manera casi histérica.

Las dos mujeres se miraron, a cada cual más perpleja, consiguiendo que ella siguiera riéndose, incapaz de parar. Dejó sobre el tocador el peine que había estado usando y trató de respirar.

—¡Lo siento! —Alzó una mano y la agitó con frenesí—. ¡Lo

siento! Es solo que…

—Y volvió a reír de nuevo.

Quizá debería decirles que no necesitaba ningún consejo tras los acontecimientos de la tarde, pero la situación tenía su gracia y una parte de ella quiso seguirles la corriente para distraerse de sus anteriores pensamientos.

—Lo siento. Por favor, continuad. —Las miró—. ¿Qué debo saber?

Fue Gwen la que empezó.

—Bien, ya nos has dicho que lord Nicholas es un hombre que besa bien y…

—Besa más que bien.

La cocinera se ruborizó.

—Excelente. Entonces debemos tener esperanza de que también se le dé bien…

—Hizo una pausa y miró a Jane.

—De que sea un buen amante —tomó la palabra Jane sin andarse con rodeos.

Isabel se volvió hacia el espejo y cogió de nuevo el peine.

—Desde luego, eso espero.

—Sí, bien —continuó Gwen—. Es probable que te sorprenda la manera en que… ocurren… algunas cosas.

—¿Qué cosas? —inquirió Isabel para que no se le escapara la sonrisa intentando que no se le notara la diversión en la voz.

Hubo una pausa antes de que Jane continuara.

—Bueno, como bien sabes por tus estatuas, Isabel, tu cuerpo es diferente al de tu marido.

—Sí.

—No vamos a entrar en detalles —intentó evadirse Jane, con un tono cada vez más frustrado.

Isabel contuvo otra oleada de hilaridad.

—Pero ¿cómo sabré que lo hago bien?

—Confiamos en que lord Nicholas tenga experiencia, Isabel.

Aquello era demasiado divertido y no pudo contener una pequeña carcajada.

—Sí. Estoy casi segura de que la tiene.

Ambas mujeres abrieron los ojos como platos.

—¡Ya lo sabes! —gimió Gwen.

Isabel sonrió al tiempo que se dirigía al biombo con el vestido que había seleccionado para esa noche, un primoroso diseño de seda color rosa intenso que esperaba que gustara a su nuevo marido.

—Lo sé. Pero gracias por los consejos.

—Eres una mujer horrible. Horrible —aseguró Jane, muerta de risa—. Y no te mereces un hombre así.

—Al parecer ya no se puede volver atrás, puesto que no llevan casados ni doce horas y ya han tenido su «noche de bodas» —apuntó Gwen sarcásticamente—. ¿Estamos en lo cierto?

Isabel asomó la nariz desde detrás del biombo.

—¿Perdón? ¿De qué hablas?

—¿Es un buen amante?

—¡Gwen! —Isabel se sonrojó y se ocultó detrás del biombo.

—Oh, parece que sí lo es —bromeó la cocinera.

Las risas se redujeron poco a poco.

—¿Le amas? —preguntó Jane muy seria.

Isabel hizo una pausa al escuchar la pregunta a la que había estado dando vueltas en su mente esa tarde. Incluso antes, si era realmente honesta consigo misma.

Se miró durante un momento en el espejo, notando la manera en que marcaba su figura aquel vestido de seda que había elegido para él.

Para hacerle feliz.

Para que la deseara.

Para que la deseara todavía más.

Era cierto, le amaba.

Y no había nada que la aterrorizara más. Tenía pavor a admitirlo y convertirse en alguien como su madre; a que su matrimonio fuera idéntico al de sus padres.

¿Cómo había llorado su madre por su padre? ¿Cuánto tiempo había esperado junto a la ventana por si regresaba? ¿De qué manera se desvivía por él cuando estaba allí?

¿Cómo le había llenado la cabeza de historias fantásticas cuando se había ido?

¡Y cómo habían odiado sus hijos su abandono!

¿Por qué iba a arriesgarse a repetir esa vida desesperada y desolada?

No. El amor solo había llevado dolor a aquella casa, a su vida.

No permitiría que el amor la arrumara como había hecho con su madre.

No viviría a medias.

Así que, a pesar de admitir para sí misma lo que sentía por Nick, se negó a decirlo en voz alta.

—¿Isabel? —la presionó Jane, arrancándola de sus pensamientos.

Aspiró profundamente y habló mientras se estudiaba en el espejo, ignorando el dolor reflejado en su cara, la tristeza que la inundaba ante la mentira.

—No le amo —anunció, deseando que le saliera un tono de voz ligero que convenciera a sus amigas de que seguía siendo tan fuerte como siempre. Que les asegurara que decía la verdad—. Me he casado con él por deber; por Minerva House y Townsend Park. No es necesario introducir el amor en la ecuación.

Forzó una brillante sonrisa, una alegría que no sentía, y salió de detrás del biombo para encontrarse a Gwen y a Jane de pie, con la mirada clavada en algún punto lejano.

Siguió la dirección de sus ojos y el corazón le dio un vuelco.

Allí, en la puerta de comunicación, estaba su marido.

Lo ha oído todo.

Borró la sonrisa cuando él se inclinó en una rígida reverencia.

—Mis disculpas. No sabía que estabas acompañada.

—Yo… —se interrumpió. ¿*Qué podía decir*?

—Nosotras ya nos íbamos, milord —intervino Jane.

Las mujeres desaparecieron lo más rápido que pudieron.

Se quedó a solas con el hombre que la amaba, cuyo amor acababa de rechazar con aquellas estúpidas palabras.

Nick se dio la vuelta y entró en su habitación. Ella le siguió sin pensarlo.

Cuando atravesó el umbral se estaba sirviendo una copa de *brandy* de la botella que habían dejado allí para la ocasión. Le vio mirar la copa, ensimismado, antes de beber un sorbo; antes de sentarse en un sillón y observarla. Sus ojos eran fríos y carentes de emoción.

Isabel dio un paso hacia él, desesperada por enmendar la situación.

—Nick.

—Te has vestido de rosa.

Se detuvo, las palabras resultaron extrañas.

—Yo… —Se miró a sí misma—. He pensado que te gustaría.

Hubo un largo silencio mientras clavaba en ella aquellos ojos sin vida.

—Sí.

No le gustó ese Nick. Su quietud era perturbadora.

—Yo… —*He mentido. Te amo*.

El miedo contuvo las palabras, pero deseó que él las oyera.

—Ven aquí.

La orden era imperiosa y sombría —nunca había escuchado nada semejante de sus labios—, y quiso escapar. Huir a su habitación y echar el cerrojo a la puerta; esconderse de él hasta que todo volviera a la normalidad.

Pero, al mismo tiempo, quiso someterse.

Nick volvió a beber sin apartar de ella sus ojos azules.

Desafiándola a que se negara.

Desafiándola a que aceptara.

Le deseo.

El pensamiento le dio alas. Una vez a su lado, se sintió atravesada por su fría mirada. Quiso sacudirle, traer de vuelta la vivacidad que había disfrutado toda la tarde. El amor.

Nick se quedó quieto durante un buen rato, y ella se preguntó si iba a rechazarla; si finalmente se negaría a tocarla otra vez. El silencio se hizo eterno, devastador. Y cuando Isabel estaba a punto de darse la vuelta para alejarse, él se movió.

Nick se inclinó hacia delante y tiró de ella hasta colocarla entre sus muslos.

Apretó la cara contra la suave curva de su vientre respirando con intensidad, presionando la boca abierta contra la seda. Al mismo tiempo le acarició los muslos de arriba abajo hasta que finalmente la apresó por las nalgas, atrayéndola hacia él mientras movía los labios sobre el lugar cubierto por la tela.

Sentir su cálido aliento fue demasiado perturbador. Le atrapó la cabeza con las manos y entrelazó los dedos entre los espesos mechones negros, curvando su cuerpo hacia él, acunándole con todo su ser.

Nick alzó entonces la cabeza y subió las manos hasta ahuecarlas sobre los pechos; al encontrar las oscuras puntas bajo la tela, comenzó a jugar con ellas, poniéndolas duras y anhelantes por él. Únicamente entonces, cuando ella ya había comenzado a jadear, hizo lo que ella estaba deseando: tomar el duro pezón y succionar sobre la tela; mordiéndolo, lamiéndolo hasta que el vestido estuvo mojado y pegado al seno. Repitió el proceso con el otro pecho hasta conseguir que gimiera de placer.

El sonido pareció espolearle. Se levantó, subiendo al mismo tiempo el dobladillo del vestido para pasárselo por la cabeza, dejándola indefensa ante su clara mirada. Entonces la alzó contra su cuerpo y ella le abrazó mientras la llevaba de vuelta a su dormitorio. La dejó caer sobre la cama y se tendió sobre ella. Isabel le clavó las uñas a través de la camisa, ansiosa por desnudarle, por sentirle contra su piel, y él le permitió arrancársela mientras se deslizaba sobre ella. La besó en la línea de la garganta, en la base del cuello, entre los pechos, y siguió bajando por su estómago.

Nick le separó las piernas y ella no protestó, al contrario, se ciñó a sus anchos hombros cuando la presionó contra la cama para separar los tiernos pliegues que protegían el centro de su ser. Cuando colocó los labios sobre ella, no le dio tregua, comenzó a mover la lengua y los dientes con un ritmo que la hizo arquearse y gritar de placer al cabo de tan solo unos segundos. Su lengua perversa se movía con furia y rapidez, como si se negara a aceptar algo que no fuera todo lo que ella podría darle.

Isabel se retorció, gritó su nombre cuando él introdujo primero uno y luego dos dedos en su interior, alcanzando un lugar que ella no sabía que existía, pero que la llevó al límite del placer.

Entonces se colocó encima y, con un único empuje, la penetró por completo. La poseyó hasta el fondo, se movió más duro, más rápido que nunca. La llevó al borde del precipicio casi al instante y ella comenzó a pedirle que la hiciera alcanzar la liberación, que le permitiera llegar a un clímax que solo él podría proporcionarle. Nick la mantuvo en aquel punto durante una eternidad, hasta que ella gimió su nombre con ansia, hasta que le suplicó.

Entonces capturó su boca con un beso abrasador, más intenso y apasionado que ninguno que hubieran compartido, mientras introducía la mano entre sus cuerpos para poner el pulgar en aquel

lugar, que parecía el origen y el final de todo, al tiempo que seguía embistiendo en su interior. Se sintió perdida, inundada por las emociones, incapaz de pensar en nada.

Susurró su nombre cuando estalló entre sus brazos.

Después de un rato, Nick se apartó. Ella trató de abrazarle para compartir las secuelas de aquel impactante acontecimiento, pero él se levantó de la cama antes de que pudiera tocarle. Le vio coger la camisa y los pantalones del suelo y salir de la estancia.

Se sentó en la cama y le llamó, pero él cerró la puerta de conexión, dejándola fuera.

Una rápida oleada de dolor la asaltó cuando se dio cuenta de que él no había hablado ni una sola vez mientras le hacía el amor.

Capítulo 21

»Una vez que haya atraído el interés de su lord, considere pasar algún tiempo alejada de él para alentar una propuesta por su parte. Solo es necesario pensar en las cacerías del zorro que se suceden a lo largo y ancho de nuestro país para saber que los caballeros disfrutan de la salvaje sensación de la persecución. Sea el zorro en esta ocasión, estimada lectora, y no tema. ¡Un cazador experto le seguirá la pista!».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Isabel no fue capaz de conciliar el sueño y, cuando perdió finalmente la esperanza de conseguirlo, se levantó y se dirigió a la cocina. Se inclinaba sobre el fogón, observando el caldero puesto al fuego, cuando Kate entró, poco después de amanecer.

No levantó la mirada del agua que observaba, ensimismada, mientras se preguntaba qué podría hacer para reparar el daño que había causado a su matrimonio la noche anterior.

¿Qué clase de esposa arruinaba su matrimonio el mismo día de la boda?

Tú.

Se resistió a la respuesta, concentrándose en las pequeñas burbujas que comenzaban a formarse en el fondo del caldero. Quizá podría convencerle para ir a dar otro paseo… Quizá podrían intentarlo de nuevo.

Quizá logres encontrar el valor para decirle que le amas.

—Ya sabes lo que dicen sobre mirar las cazuelas cuando se pone el agua a hervir —señaló la responsable de los establos, abriendo una alacena y sacando un bizcocho.

—Sí, bueno, compruebo la teoría.

Kate apoyó las caderas en la mesa y observó a su amiga durante

un buen rato.

—Uno de los caballos ha desaparecido —le informó. Aquello captó su atención por completo.

—¿Desaparecido?

—Como si nunca hubiera estado allí.

Se le puso el corazón en un puño.

—¿Cuál?

—El de tu marido.

—¿Nick se ha marchado?

—Eso parece.

Negó con la cabeza.

—No. Anoche estaba aquí.

—Quizá haya bajado al pueblo a arreglar algún asunto. —Había un atisbo de esperanza en el tono de Kate.

Isabel salió apresuradamente de la cocina y se dirigió al dormitorio de Nick, adonde entró sin esperar a que respondieran a la llamada.

Se detuvo en seco en el umbral. Él se había ido; sus cosas habían desaparecido.

Incluso era evidente que no había pasado allí la noche. Se había marchado justo después de haber hecho el amor con ella.

Se abrazó a sí misma. De repente se sentía helada y muy cansada.

Se volvió hacia Kate, parada a su lado.

—Isabel, ¿puedo hacer algo? ¿Qué necesitas?

Ella negó con la cabeza, sin escucharla. Él se había ido. Ella le había echado.

Igual que tu madre ahuyentó a tu padre.

—Necesito… —Se estremeció, presa de una abrumadora tristeza —. Necesito…

Le necesitas a él.

—Necesito estar sola —susurró—. Tengo que…

Lo has echado todo a perder.

Kate no dijo nada, pero la comprendió incluso sin palabras. Dio un paso atrás en el pasillo y se alejó.

Isabel entró, cerró la puerta y se subió a la cama donde debería haber dormido su marido. Donde deberían haber dormido juntos.

Pero no estaba allí.

Estaba sola otra vez y ahora era peor, porque lo había tenido todo al alcance de su mano.

Él te ha dejado. Igual que hizo tu padre.

Como ella temía que hiciera.

Pero has sido tú quien le ha echado.

Se acurrucó sobre un costado, apretando las rodillas contra el pecho, y dejó salir las lágrimas. Lloró profundamente con incontrolados sollozos por su matrimonio; por lo que habría podido ser si hubiera tenido suficiente confianza en sí misma para amarle. Cuando ya no le quedaron más lágrimas, se durmió.

Era ya tarde cuando se despertó. El sol entraba a raudales calentando la estancia con sus rayos dorados. Por un momento no supo dónde estaba y se sentó en la cama intentando orientarse. Por fin, los recuerdos la inundaron.

Se puso en pie. La tristeza hizo que aquel simple movimiento le resultara más difícil de lo que habría supuesto.

Se movió hacia la puerta y la abrió para encontrar al otro lado a una preocupada Lara. Su prima se volvió al escuchar el sonido.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Isabel.

Lara agitó la mano en el aire.

—No importa. ¡Oh, Isabel! —La abrazó con fuerza—. ¿Qué ha ocurrido?

Isabel negó con la cabeza.

—No lo sé. Éramos felices, llegué a pensar que podría resultar, pero lo arruiné en solo un momento. Lo he tirado todo por la borda, él se ha ido.

—Estoy segura de que no lo has tirado todo por la borda —intentó animarla Lara, llevada por el cariño y la amistad.

—Claro que lo hice. —Isabel la miró directamente a los ojos, reconociendo su preocupación—. Le amo, Lara.

Su prima emitió una risita.

—Pero eso no es tirarlo todo por la borda, Isabel. ¡Eso es maravilloso!

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No. No lo es, porque le dije que no le amaba. Que no podía amarle.

Su prima la miró llena de confusión.

—Pero ¿por qué?

Isabel meneó la cabeza, con el ánimo por los suelos.

—No lo sé.

Lara respondió abrazándola.

—Oh, Isabel.

Se aferró a su prima, con las lágrimas resbalando por las mejillas.

—No se lo dije porque me asusté. Pensé que si le amaba acabaría igual de destrozada que mi madre y ahora ya es demasiado tarde. Le he lastimado. Le hice demasiado daño y se ha marchado.

—Quizá regrese —dijo Lara, esperanzada.

—Quizá. —Pero en el mismo momento en que dijo las palabras supo que eso no ocurriría.

¿Cuántas veces tendría él que recuperar su confianza, que probar su honorabilidad? Y había sido aquella última vez, cuando el brillo de sus ojos había desaparecido dejando tan solo a un aristócrata tranquilo e inexpresivo, cuando le había perdido.

Isabel lloró durante mucho tiempo entre los brazos de su prima.

Finalmente las lágrimas cesaron y ella respiró hondo, tranquilizándose a tiempo de ver a James subiendo las escaleras.

—¡Isabel! —El niño se detuvo de repente, observando su cara manchada de lágrimas—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué lloras?

James se acercó lentamente con expresión seria. Isabel notó que llevaba chaleco.

Y una corbata perfectamente anudada. Era todo un hombrecito. La prueba de la beneficiosa influencia de Nick estuvo a punto de hacerle llorar de nuevo. Cerró los ojos para contenerse, negándose a revelarle a su hermano lo triste que estaba.

Forzó una sonrisa.

—No es nada, James. ¿Qué te trae aquí?

James la miró fijamente con el ceño fruncido por la preocupación.

—Jane me ha enviado a buscarte. Creo que te sentirás mucho mejor cuando veas por qué.

Lo dudo mucho.

—¿De qué se trata?

James negó con la cabeza.

—Me dijo que no debía decírtelo. Debes verlo por ti misma.

Isabel suspiró. Townsend Park necesitaba una persona al frente,

tuviera el corazón roto o no.

—Muy bien, ve delante.

Cuando el trío bajó las escaleras, Isabel se dio cuenta del bullicio que reinaba en la casa. Era una algarabía diferente a cualquiera que hubiera oído antes. Recorrieron el primer tramo de las escaleras, que conducía al enorme vestíbulo, y se detuvo en seco, paralizada por la sorpresa ante la escena que se desarrollaba allí abajo.

La entrada de la mansión estaba llena de hombres cargados con cubos, cajas de madera y bolsas, cada uno más sorprendente que el anterior, tratando de captar el interés de Jane quien, al pie a la escalera, interpretaba a conciencia el papel de mayordomo impertérrito. Aunque, sin duda, pocos mayordomos en el mundo habrían tenido que enfrentarse al hecho de tener a la mitad de la población de Dunscroft en su salón.

Isabel bajó el resto de los escalones y se detuvo al lado de Jane.

—Señores, si todos nos calláramos podríamos organizarnos —anunció la mayordomo—. ¿No creen que eso sería lo mejor para todos? Desde luego, a mí me ayudaría a pensar —musitó por lo bajo.

—¿Qué diantres…? —preguntó Isabel.

—¡Menos mal que estás aquí! —Jane la miró.

—¿Quiénes son?

—Por lo que he podido deducir —informó Jane, señalando uno por uno a los hombres de los que hablaba—, ese chico trae tres cajas de velas que le han encargado; esos dos han sido contratados para reparar la cerca occidental. ¿Ves a aquel individuo de allí? Viene a afinar el piano. El del abrigo está esperándote para que elijas un carruaje nuevo para los caballos…

—… que, por cierto, están en los establos —intervino Kate con expresión de júbilo.

—El de la esquina ha traído barriles de vino para la bodega —continuó Jane—. Esas dos mujeres tan anodinas vienen a confeccionar ropa nueva para todas nosotras.

El tipo de las gafas es un banquero que quiere hablar con la responsable de la propiedad. Y los que rodean al señor Rock se ocuparán de revisar toda la cerca. Y… —miró a su alrededor—, ah, sí, también hay media docena de techadores pidiendo acceso al tejado.

Isabel miró horrorizada a la reunión sin entender todavía demasiado bien lo que ocurría.

—¿Qué hacen aquí?

—¡El afinador! —gritó Jane, reclamando la atención de un profesional cercano—. El salón de baile está por esa puerta de ahí. —Se volvió hacia Isabel—. Dicen que los ha enviado lord Nicholas.

Le llevó unos segundos captar el significado de las palabras de Jane.

—¿A todos?

—Según me dice mi experiencia, Isabel, nadie ofrece su mercancía gratis. Sí. A todos.

Isabel permaneció en silencio, mirando abrumada a las personas que había en el vestíbulo.

—Me ha enviado techadores —fue lo único que pudo decir cuando finalmente volvió a mirar hacia Jane y Lara.

Jane, que estaba ocupada indicando al hombre del vino cómo llegar a la cocina, se giró hacia ella.

—Al parecer te has casado con un loco.

Entonces se rio.

—¡Me ha enviado techadores!

Era lo más bonito que habían hecho nunca por ella.

Lara sonrió ampliamente.

—Desde luego conoce la manera de ganarse tu corazón, Isabel.

Comenzaron a picarle los ojos.

Ojalá hubiera sido lo suficientemente valiente para dejarle entrar en él.

Respiró hondo, deseando poder ser fuerte, y se alisó las arrugadas faldas.

—¿Qué hago?

—Creo que deberías indicar a estos hombres por dónde subir al tejado, para que comiencen a trabajar.

Poco antes del crepúsculo, Isabel se encontraba en lo alto de los escalones de entrada de la mansión observando cómo se alejaba el último de los techadores.

Habían examinado el tejado durante horas y se habían comprometido a regresar al día siguiente con los materiales necesarios para reparar los daños más importantes.

Al ver desaparecer a los hombres en la noche, se sentó en los

anchos escalones de piedra y se rodeó con los brazos para protegerse de la fría brisa de la tarde mientras contemplaba el cielo oscuro, deseando que todo fuera diferente.

Deseando haber sido más valiente.

Le aterró amarle, le asustó que su relación con Nick fuera un reflejo de la relación de sus padres. Temió que si llegaba a amarle corriera el riesgo de convertirse en su madre; de languidecer en Yorkshire esperándole hasta que a él se le ocurriera regresar.

Por eso no se permitió confesarle que le amaba. Y aun así, allí estaba; languideciendo en Yorkshire esperando que a él se le ocurriera regresar.

Al parecer había acabado como su madre de todas maneras.

Pero Nick no era como su padre.

En veinticuatro horas había hecho más por Townsend Park que su padre en toda su vida. Y no era solo que hubiera enviado techadores y gente para reparar la cerca ni que se hubiera ocupado de que enviaran un carruaje nuevo, era la manera en que mostraba su preocupación por el Park. Por Minerva House. Conocía a las chicas y las tierras desde hacía menos de una semana, pero se preocupaba por su bienestar.

Por el futuro.

Porque sabía que eso era fundamental para su felicidad.

Ahora lo comprendía.

Suspiró.

Ojalá no lo hubieras hecho demasiado tarde.

—Ha sido un día muy intenso, ¿verdad?

La voz de Rock resonó en la oscuridad y se volvió hacia él, que comenzó a subir los escalones hacia ella.

—Es una manera de decirlo, sí —convino con una sonrisa forzada.

—Está en buenas manos, parecen un buen equipo. Mañana se los presentaré. Hemos formado un centro de operaciones temporal en el viejo refugio de leñadores. Necesitará unas reparaciones básicas, pero ya lo hablaré con Nick cuando le vea.

Notó una opresión en el pecho ante la certeza de que Rock volvería a ver a Nick. Ojalá pudiera estar segura de que ella también volvería a verle.

—Ha ocurrido todo muy rápido.

Rock permaneció en silencio un buen rato, mirando la oscuridad.

—Nick lo puso todo en marcha cuando dejó de llover —dijo finalmente—. Cuando regresé al pueblo a recoger nuestras pertenencias me pidió que preguntara al oficial de policía qué hombres honrados podrían estar interesados en este trabajo.

Isabel apretó los labios. Nick había organizado aquello antes de que Georgiana fuera secuestrada. Antes de que se viera forzado a casarse; antes de que todo cambiara.

Permanecieron en silencio mucho tiempo, cada cual perdido en sus pensamientos. Había docenas de preguntas que quería hacerle a Rock, único vínculo con el hombre al que amaba —con el hombre al que había ahuyentado—, pero se sentía demasiado avergonzada e insegura, abrumada por las emociones.

Finalmente, preguntó lo que parecía más seguro.

—¿Por qué no se ha ido con él?

Rock sopesó con cuidado sus palabras.

—Porque, a diferencia de Nick, sé que marcharme no es la manera de conquistar lo que más quiero en el mundo.

—Lara.

Él no respondió durante tanto tiempo que llegó a pensar que no lo admitiría.

Cuando por fin la miró, sus ojos eran tan negros como la noche.

—Sí.

Isabel asintió con la cabeza.

—Me alegro por los dos de que se hayan encontrado… —se interrumpió por culpa del nudo que se le formó en la garganta—… mutuamente.

Rock respiró hondo. Cuando habló, sus palabras fueron bruscas y concisas, como si se las estuvieran arrancando a la fuerza.

—Sé que Lara es hija de un caballero. Que merece a alguien mucho mejor que yo: un turco que nunca será aceptado por completo en su mundo. No soy un caballero, ni siquiera soy cristiano. Pero ella me importa mucho y haré todo lo que esté en mi mano para hacerla feliz. —Se detuvo—. Soy muy rico.

Isabel sonrió.

—No sé por qué piensa que a cualquiera de nosotras nos importará que sea turco, Rock. Ni por qué cree que querríamos que

fuera de alta cuna. ¿Es que no ha llegado a conocernos un poco durante la semana que lleva con nosotras?

Él correspondió con otra sonrisa.

—Me limito a señalar mis defectos.

—Bueno, será mejor que dejemos ese tema, si no nos pasaremos toda la noche divagando sobre los míos.

—Nunca —afirmó él con educación. Tardó en elegir sus siguientes palabras—. Me gustaría casarme con ella. Y, dado que usted es su familiar más cercano, imagino que debo preguntarle si…

Ella le sostuvo la mirada con los ojos llenos de lágrimas.

—Por supuesto que tiene mi bendición. Si ella le acepta, será bienvenido a Townsend Park. —Rock lanzó un suspiro de alivio e Isabel sonrió a pesar de las lágrimas—. ¿Pensaba realmente que le rechazaría?

Él meneó la cabeza.

—No lo sabía. Una cosa es abrirme la puerta de su casa como invitado y otra es aceptarme como parte de su…

—Familia —terminó Isabel, poniéndole la mano en el brazo—. Primo.

Él inclinó la cabeza.

—Gracias.

—De nada. Y, bueno, debo reconocer que no me molesta que sea rico.

Él soltó una estruendosa carcajada.

—Nick tiene razón. Posee una lengua muy afilada.

Se puso seria cuando mencionó a Nick.

—Creo que mi afilada lengua ha sido mi perdición —suspiró, mirando al gigantesco turco—. Lo he arruinado todo. Cuando estuve con él por última vez, era un hombre diferente. Se había vuelto… insensible.

—Dele tiempo, Isabel.

—Le amo —confesó. Había algo liberador en confesar sus sentimientos a ese hombre, el amigo de su marido.

—¿Se lo ha dicho a él?

—No. —Cerró los ojos.

—¿Por qué?

—Porque tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

Ella emitió una risita despectiva.

—De que me dejara aquí, sola y enamorada.

Rock no se rio. No hizo ningún comentario sobre la evidente ironía del asunto.

—Creo que ha llegado el momento de que sepa lo que ocurrió en Oriente.

Miró al hombre.

—¿Qué ocurrió allí?

—Imagino que Nick le ha dicho que estuvimos juntos en Turquía.

—Sí. Me contó que usted le rescató de prisión.

—¿Y le dijo cómo llegó a parar allí?

—No.

—Hubo una mujer. Nick pensó que estaba enamorado de ella.

Una dolorosa imagen parpadeó en su mente: Nick en los brazos de una exótica mujer que conocía todas las maneras de conquistar su corazón.

Rock se apoyó en el pasamanos de piedra con los ojos nublados por los recuerdos.

—Llevábamos varias semanas acampados a las afueras de Ankara. La Corona estaba nerviosa por los rumores de traición del Imperio y pidió a Nick que rastreara a un espía que había desaparecido sin dejar huella. —La voz de Rock era de pura admiración—. Nick era una leyenda en Oriente. Le llamaban el *bulan*, el cazador. Se decía que podía encontrar a quien quisiera.

Isabel asintió con la cabeza. Dar con Minerva House debió de resultarle tan fácil como jugar a las cartas.

—Alana apareció ante su tienda una noche, magullada y ensangrentada por la paliza recibida de su marido, pidiendo ayuda. Él la cuidó, la alimentó, curó sus heridas, pero ella le abandonó antes de que amaneciera, aterrada ante la idea de que su esposo pudiera encontrarla y volviera a golpearla.

Isabel se estremeció al escucharle. Era evidente que Nick no había podido resistirse a ayudar a otra paloma herida.

—Ella regresó a la noche siguiente, con el labio partido. Y también la siguiente, con otra nueva herida. Luego desapareció. Nick se volvió loco de preocupación por ella. La rastreó hasta una casa en la ciudad, estaba obsesionado con encontrarla, con ponerla

a salvo. Después de dos días de búsqueda, finalmente dio con ella. Se dirigía al mercado con otras mujeres. Halló la manera de hablarle, pero ella le rogó que la dejara. Le aseguró que estaba bien.

Isabel se rodeó con los brazos al escucharle. No era de extrañar que odiara que ella afirmara que no le necesitaba.

—Esa noche, ella apareció otra vez —continuó Rock—. Ilesa.

No se extendió, pero Isabel no era tonta. Se mareó ante la idea de que hubiera estado con esa mujer.

—¿Era muy hermosa? —preguntó antes de poder retener las palabras.

—Sí. Mucho. —La odió—. Su belleza era tanta como su maldad. —Rock rechinó los dientes—. Nick le rogó que se quedara con él esa noche, le dijo que la protegería. Le prometió que la llevaría con él a Inglaterra. Ella estuvo de acuerdo, pero se negó a marcharse del país en ese momento con la excusa de que tenía que arreglar ciertos asuntos. Él la creyó. Finalmente convinieron un lugar donde reunirse para escapar.

Isabel notó una opresión en el pecho. Sabía lo que iba a contarle, pero no podía evitar escucharlo.

—Era una trampa, por supuesto. El gobierno otomano sabía que el *bulan* estaba allí, que buscaba a su espía. Y no sabemos cómo descubrieron que se trataba de Nick. Estaba cerca cuando le capturaron. Lo presencié todo. —Se interrumpió, perdido en el pasado—. Recuerdo que fueron necesarios seis turcos, más grandes que yo, para apresarle. Cuando le doblegaron, Alana se acercó, se quitó el velo y le escupió en la cara.

Isabel gimió ante la imagen de aquella traición.

—Me dijo que se merecía la cicatriz.

Rock asintió.

—Eso cree. Lo considera un castigo por caer víctima de los encantos femeninos.

Por creer que ella le amaba.

Guardaron un largo silencio en el que la verdad sobre el pasado de Nick flotó entre ellos. Isabel se estremeció ante el dolor que debió de sentir, traicionado por la mujer a la que amaba.

No era de extrañar que se hubiera marchado.

Ella habría hecho lo mismo.

Rock continuó, ignorante de la conmoción que ella

experimentaba.

—Juró que renunciaría a las mujeres. Jamás volví a verle entablar una relación con ninguna. Por lo menos hasta que vinimos aquí. Hasta que la conoció a usted.

Las palabras fueron un mazazo. Él se había abierto a ella, mostrándose dispuesto a amar de nuevo. Confiando en que ella aceptaría su amor. Y ella le había rechazado. Desechado.

Estaba poniéndose mala.

Rock se inclinó hacia ella, apreciando su inquietud.

—Isabel. Nick la ama.

Las palabras empeoraron la situación.

—Le he hecho lo mismo que ella.

—No, no es cierto —protestó con contundencia.

—Me dijo que me amaba, y le rechacé.

—Isabel. Ella le traicionó. Le envió a prisión. Le torturó. Habría muerto si yo no le hubiera rescatado. —Hizo una pausa para dar más énfasis a sus palabras—. Usted es totalmente opuesta a ella.

Ella negó con la cabeza.

—Nick no lo sabe.

—Sí, Isabel, lo sabe. Solo necesita tiempo.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Sin embargo sé que no podrá mantenerse alejado. Se lo garantizo.

Se mantuvieron inmóviles, con el sonido de los grillos de fondo. Isabel pensó en la historia que le acababa de contar Rock y en el tiempo que había pasado con Nick.

Durante toda su vida había tenido miedo a tomar aquello que quería por temor al fracaso. No se atrevía a abandonar Townsend Park porque no quería enfrentarse a las murmuraciones que su padre provocaba; no quería enviar a James al colegio porque le daba pavor que se convirtiera en alguien como su padre.

Le aterrorizaba amar a Nick, por si le perdía.

Sin embargo allí estaba, sin él; le había perdido de todas maneras.

Pero tenía la posibilidad de enmendar la situación, de convencerle.

De tener la vida con la que había comenzado a soñar.

Lo único que tenía que hacer era alargar la mano y tomar lo que

ansiaba.

Aceptarlo.

Se puso en pie y miró a Rock.

—Quiero ir tras él.

El turco arqueó las cejas.

—¿Ahora?

—Ahora. ¿Dónde está?

—Supongo que a medio camino de Londres.

Londres.

Asintió con la cabeza.

—Pues debo ir a Londres.

—La acompañaré —dijo, poniéndose en pie.

Ella negó con la cabeza.

—No. Debo hacerlo sola.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Isabel, Nick me cortará la cabeza si permito que vaya sola a Londres.

—Estaré bien. Iré en el carruaje de postas.

Rock se rio ante tan ridícula idea.

—Me matará sin pensárselo un segundo si se lo permito.

—¿Por qué? Muchas mujeres viajan en el carruaje de postas.

—Sí. Pero usted es *lady* St. John ahora, cuñada del marqués de Ralston. No puede viajar en un carruaje de postas.

Aquella conversación estaba haciéndole perder un tiempo valioso. Cedió con rapidez.

—Muy bien. ¿Cómo sugiere que vaya?

—Alquilaremos un vehículo y saldremos mañana por la mañana.

—¡Pasarán días antes de que lleguemos!

Él suspiró.

—Si solo nos detenemos a cambiar los caballos, llegaremos en un par de días. En el coche de postas tardará por lo menos cuatro.

Isabel sonrió.

—Entonces, acepto su escolta como mucho gusto, señor.

Rock miró al cielo.

—Nick va a desollarme cuando se entere.

Ella se rio.

—Supongo que no lo hará si tengo éxito y le reconquisto. Más bien se sentirá muy agradecido. —Ella se dio la vuelta y subió las

escaleras, ansiosa por prepararse para el viaje. Al llegar a lo alto, se volvió hacia él—. Un momento, ¿adónde nos dirigiremos una vez que lleguemos a Londres?

Rock no vaciló.

—Iremos a Ralston House. Necesitará la ayuda de la marquesa.

Capítulo 22

—Debería matarte por obligarme a asistir.

—Es probable. Pero no lo harás. Tu error ha sido regresar a Londres. Si yo fuera tú, me habría mantenido alejado durante el resto del verano.

Los gemelos estaban sentados en el estudio de Ralston mientras en el jardín los músicos comenzaban a afinar los instrumentos. Menos de una hora más tarde, la mitad de la élite de Londres —la mitad que todavía permanecía en la ciudad a pesar de que era el mes de julio—, se pasearía por esos jardines. Nick se movió con inquietud en la silla, vestido ya para el evento.

—¿Quién iba a pensar que Callie sería la anfitriona del baile más esperado del verano? —Nick se llevó la copa de *whisky* escocés a la boca mientras miraba a su hermano con el ceño fruncido—. ¿A quién más se le iba a ocurrir ofrecer un baile de verano?

—Callie pensó que era una buena manera de conseguir que Juliana alternara en sociedad —respondió Ralston, sin picar el anzuelo de su hermano—. ¿O tengo que recordarte que la reputación de nuestra hermana está bastante perjudicada?

Nick gruño desde detrás de la copa.

—Y sin ningún otro motivo más que el hecho de que nuestra madre fuera una…

—Sí, bueno. Ya sabes que a la sociedad no le importan demasiado los cómos ni los porqués. —Ralston se inclinó para servirle más *whisky*—. Callie se siente feliz de que estés aquí, Nick. Y también Juliana. Intenta disfrutar esta noche.

Que intentara disfrutar…

Como si fuera posible.

Habían pasado cinco días desde que abandonó a Isabel y no había gozado ni un solo momento. Dudaba que lo hiciera esa noche

en un jardín en penumbra donde se vería obligado a esbozar una afectada sonrisa ante las señoritas y sus madres.

Estaba bastante seguro de que esa noche no haría más que pensar en Isabel. Y no tenía ganas de pasarse la velada bailando con mujeres que no eran ella.

—Hay algo que deberías saber —dijo Ralston.

Nick entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—Todavía eres considerado un buen partido. Imagino que muchas de las mujeres que vengan esta noche lo harán por ti.

—Estoy casado.

—Ya sabes que esa información no es de dominio público. De hecho, cualquiera habría supuesto que se te habría ocurrido informar a tu hermano de tu cambio de estado civil antes de regresar a Londres de un humor de perros.

Nick le dijo a su hermano dónde podría meterse ese pensamiento.

Ralston se reclinó en la silla.

—Te diré que alguien al que una vez consideré un agradable hermano se va a llevar una buena sorpresa esta noche.

Nick se puso en pie entonces, notando que le invadía una cólera irracional.

—Entonces, quizá sea mejor que me vaya y te ahorre el disgusto de tener que soportar mi presencia.

—Siéntate, imbécil.

Nick se cernió sobre su hermano.

—Como vuelvas a llamarme eso…

Ralston se concentró en hacer girar el *whisky* en el interior de la copa.

—No pienso pelearme contigo y menos cuando ya estoy vestido para el baile. Callie me mataría.

La impertérrita respuesta de su hermano le dejó sin fuelle.

Se sentó otra vez, se inclinó hacia delante y ocultó la cara entre las manos, frotándosela como si así pudiera hacer desaparecer la frustración. Cuando alzó la mirada, Gabriel le miraba con absoluta comprensión.

—Tu mujer te ha dejado hecho polvo, hermano.

Era la primera vez que Ralston hacía referencia a Isabel después

de la breve y críptica conversación en la que le había anunciado su matrimonio. Nick sabía que podría ignorar las palabras y que su gemelo respetaría que no quisiera hablar de ella.

Pero no quería ignorarlas.

Quería hablar sobre Isabel… Como si las palabras pudieran hacer que la sintiera más cerca.

Como si pudieran conseguir que ella le amara.

Dejó a un lado el dolor que le provocó ese pensamiento.

—Es una mujer increíble.

Ralston no respondió. Solo escuchó.

Nick siguió hablando, más para sí mismo que para su hermano.

—Tiene más fuerza que nadie que haya conocido. Cuando cree en algo, cuando lucha por lo que es suyo… es una reina. No se parece a las mujeres que conocemos. Si es necesario hacer algo, lo hace caiga quien caiga. —Le miró—. La primera vez que la besé, llevaba pantalones.

Ralston curvó los labios en una media sonrisa.

—Es que los pantalones tienen algo especial.

—Pero también posee una ternura increíble. Un aire de vulnerabilidad que hace que quiera protegerla con todo mi ser. —Nick se pasó la mano por la barbilla mientras pensaba en ella—. Y es hermosa. Uno podría perderse en esos ojos dorados… —Su voz se desvaneció mientras pensaba en ella. Añorándola.

—La amas.

Nick sostuvo la mirada sagaz de su hermano.

—Más de lo que nunca creí posible.

Ralston se reclinó en la silla.

—Entonces, ¿por qué estás aquí, emborrachándote en mi estudio?

—Porque ella no me ama.

—Chorradas —dijo con franca incredulidad.

Nick negó con la cabeza.

—Aprecio el apoyo, Gabriel, pero te aseguro que Isabel no me ama.

—Por supuesto que te ama —habló con determinación, como si pudiera lograr que fuera así simplemente porque era el marqués de Ralston.

—No, no lo hace.

—Siempre nos aman.

Nick se rio ante aquella sentencia.

—Sí, bueno, quizá a ti sí. Sin embargo, te juro que esta no me ama.

—Pues debes conseguir que lo haga.

Nick negó con la cabeza otra vez.

—No. He dejado de intentar que las mujeres me amen. Siempre he perseguido a las que no se enamoran de mí, pero he aprendido la lección.

Ralston le miró con franqueza.

—No se trata de perseguir a una mujer cualquiera. Es tu esposa. A quien, de hecho, amas.

Santo Dios, la amo.

Nunca había sentido un dolor semejante al que le recorrió cuando la escuchó anunciar que se había casado con él por deber y no por amor, pero no parecía que el dolor disminuyera sus sentimientos por ella.

Se pasó los dedos por el pelo.

—Ella no me necesita.

Ralston sonrió, burlón.

—Me parece que tienes la equivocada impresión de que deben necesitarnos. Dada mi experiencia, no es así. —Lanzó un vistazo a su reloj—. Un hombre muy sabio me dijo en una ocasión que si descubría que había sido un auténtico asno y perdido a la única mujer a la que amaba, la llevaría ante el vicario más cercano y luego la dejaría embarazada.

Nick se tensó al recordar aquellas palabras.

—Ya me he casado con ella.

—Entonces tienes la mitad del trabajo hecho.

Una imagen de Isabel bajo el sol rodeada de niños —sus hijos— parpadeó en su mente.

Un crudo anhelo le inundó y miró a Gabriel con el ceño fruncido.

—Te odio cuando tienes razón.

Ralston sonrió ampliamente.

—Dado que pocas veces me equivoco, imagino que debe de ser un enorme problema para ti.

Nick consideró sus opciones. Estaban casados, por Dios. No

podría mantenerse alejado de ella por mucho tiempo. De hecho, no quería seguir lejos de ella. Quiso subirse a su caballo y cabalgar de regreso a Yorkshire; una vez allí, cogerla por los hombros y sacudirla. Quiso secuestrarla, llevarla con él a la vieja torre en ruinas y hacerle el amor hasta que le aceptara de nuevo. Quería pasar el resto de su vida haciéndola feliz.

Sí, podía ser que ella no le amara en ese momento, pero lo haría algún día. Sin embargo, nunca llegaría a hacerlo si se quedaba en Londres.

La necesitaba.

Alzó la mirada, decidido.

—Me vuelvo a Yorkshire.

Ralston se dio una palmada en el muslo.

—¡Excelente! —anunció, poniéndose en pie—. Pero antes debes asistir a este condenado baile o mi mujer jamás me lo perdonará.

Nick también se levantó, revigorizado por la decisión tomada. Iba a ir al baile y, luego, partiría en busca de su esposa.

—¡Nick!

Nick se alejó de la mesa de refrescos, donde se servía una limonada, deseando que fuera algo más fuerte, y se encontró con su cuñada, que avanzaba hacia él amenazadoramente.

Hizo una elaborada reverencia.

—¡*Lady* Ralston! —canturreó—. ¡Menuda fiesta! ¡Qué éxito! No cabe duda de que eres la mejor anfitriona de la sociedad.

Callie se rio.

—Que no te oiga *lady* Jersey —dijo por lo bajo—. O jamás nos invitará a Almack's.

Él arqueó una ceja.

—Lo que sería horrible, por supuesto.

La vio sonreír de oreja a oreja.

—¡Te he echado de menos! Ralston me ha dicho que estabas en la ciudad, pero no añadió nada más. —La sonrisa desapareció—. ¿Estás bien?

Nick consideró la seria expresión de Callie antes de hablar.

—Parece que mi hermano te ha contado más que suficiente. —Sonrió cuando la vio sonrojarse—. Estoy mucho mejor ahora que hace unas horas.

Callie arqueó las cejas.

—¿Gracias al baile?

Nick se rio ante la ridiculez de la idea.

—No, *milady*.

Ella se unió a la risa. Cuando levantó la mirada, Nick vio acercarse a su hermana con otra sonrisa en la cara.

—No puedo creer que no supiera que habías regresado del campo —exclamó Juliana cuando él se inclinó para besarle la mano —. ¿Qué clase de hermano no va a ver *immediatamente*[1] a su hermana?

Nick curvó los labios al notar la expresión italiana de Juliana.

—Uno muy malo, en efecto.

—Vendrás a vernos mañana, ¿no?

Él negó con la cabeza.

—Me temo que no será posible. Debo salir de viaje otra vez en cuanto amanezca.

Juliana esbozó un mohín perfecto.

—¿Por qué tanta prisa? ¡Apenas nos has saludado!

Él sopesó sus palabras, poco dispuesto a informar a su hermana, en un lugar tan concurrido, de que se había casado.

—Tengo que resolver un asunto muy importante para mi futuro —confesó finalmente—, pero te aseguro que tú también te sentirás muy feliz con los resultados una vez que concluya el viaje.

—Muy bien, espero que implique también un venturoso presente —bromeó Juliana, concentrando la atención en un lugar tras él—. Callie, ¿quién es esa mujer?

—¿Quién? —Callie se puso de puntillas, intentando ver a la persona que le indicaba Juliana.

—¡Shhh! —La joven agitó una mano—. Quiero escuchar cómo la anuncian.

Nick puso los ojos en blanco y meneó la cabeza, sin percatarse de que las dos mujeres sonreían de oreja a oreja.

—*Lady* Nicholas St. John.

Hubo un enorme silencio y él se quedó paralizado. Sin duda alguna había oído mal. Se giró lentamente hacia la escalera que conducía a los jardines, por donde los invitados accedían al baile.

Allí, con el vestido color escarlata más sensacional que él hubiera visto nunca, estaba Isabel.

¿Qué está haciendo aquí?

No podía apartar los ojos de ella. Una parte de él pensó que quizá la hubiera invocado. Que no estaba allí de verdad. En Londres. En el jardín de su hermano.

Juliana le clavó un dedo en el costado.

—Nick, espabila. No seas idiota. ¿No ves que está aterrada? Tienes que ir a recibirla.

Las palabras le arrancaron de su ensimismamiento y avanzó hacia su esposa. Primero caminando, aunque pronto se dio cuenta de que se movía demasiado despacio, así que comenzó a correr. Sabía que iba a provocar un pequeño escándalo, pero ¿acaso le importaba? Ya se disculparía con Callie más tarde.

Porque lo único que quería era llegar junto a Isabel.

Y tocarla.

Confirmar que no se había vuelto loco. Que estaba allí. Que había ido a por él.

Atravesar corriendo entre una multitud tenía sus ventajas. El horrorizado gentío se abría a su paso y llegó al pie de las escaleras en tan solo unos segundos.

Subió los escalones hasta ella de dos en dos. Isabel le miraba con los ojos muy abiertos y llenos de nerviosismo, sorpresa, excitación y algo que no supo definir.

Una vez a su lado, cuando solo los separaban unos centímetros, Nick se detuvo, bebiendo de su presencia.

La vio respirar hondo; sus pechos se irguieron bajo el escotado vestido de seda que lucía.

—Milord. —Hizo una pequeña venia—. Te he echado de menos —susurró.

Cuando por fin le miró a los ojos, pudo leer en ellos la verdad.

—Yo también te he echado de menos. —Quiso abrazarla. Iba a hacerlo, pero antes de que pudiera tocarla, una voz firme hizo que se detuviera.

—Nicholas —Gabriel estaba muy cerca, y sus palabras fueron claras y concisas—, ¿por qué no escoltas a tu mujer al interior de la casa?

Isabel se sonrojó y bajó la mirada. La multitud los observaba con imperturbable curiosidad. Nick apretó los puños para no tocarla.

—Sí, por supuesto. ¿*Milady*?

Entraron en la mansión sin hablar, pasando ante una fila de

curiosos invitados que esperaban a ser anunciados y que, sin duda, se sentirían decepcionados cuando supieran que se habían perdido el que sería el acontecimiento más excitante de la noche.

La arrastró a la primera habitación que encontraron y cerró la puerta a su espalda, echando el cerrojo para asegurar la privacidad. Habían entrado en la biblioteca y la única luz era la que emanaba de una vela sobre la repisa de la chimenea.

La guio hasta la luz y la besó con intensidad, desesperado por saborearla, por sentirla; había pasado sin ella demasiado tiempo. Le devoró la boca robándole el aliento. Ella correspondió a su pasión caricia a caricia y, cuando suspiró de placer, él respondió con un gemido. Siguieron besándose durante mucho tiempo, con pasión, con fuerza, con ternura; hasta que se les hinchó la boca y Nick suavizó el beso, lamiéndole el labio inferior para acabar de una manera infinitamente más suave de como había comenzado.

Apoyó la frente en la de ella.

—Hola.

Ella sonrió con timidez.

—Hola.

—¡Dios mío, cómo te he echado de menos! Añoraba tu presencia, tu olor… tu aroma a azahar, Isabel. Pero sobre todo, te echaba de menos a ti.

Ella le rozó los labios para contener el flujo de palabras.

—Nick —susurró. Aquel sonido era un bálsamo para su alma.

—Has venido a Londres.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Tres días.

Tres días y nadie ha dicho nada.

—Gabriel me las va a pagar.

—Le rogué que no te dijera nada. No estaba preparada. Quería estar hermosa para ti.

Él negó con la cabeza.

—Tú siempre estás hermosa para mí. —Ella inclinó la cabeza y él le alzó la barbilla con un dedo—. Siempre, Isabel. De luto, con pantalones, cubierta de seda; de todas las formas. Siempre me pareces hermosa.

—Debo decirte algo. —Ella hizo una pausa y él esperó a que

continuara. Por fin, Isabel respiró hondo—. Te amo.

Él cerró los ojos al escuchar aquello que tan desesperadamente quería oír.

Cuando los abrió, ella le observaba, nerviosa.

—No tienes que decirlo.

Isabel agrandó los ojos.

—Sí, claro que sí.

Él negó con la cabeza.

—No, cariño. No es necesario.

Ella se acercó más.

—Nicholas St. John —comenzó con voz firme e inquebrantable —, escúchamebien: te amo. Te quiero más de lo que nunca pensé que querría a nadie. Ya te amabael día de nuestra boda. Y el día anterior. Y el anterior… Dije aquello porque temía que si decía la verdad tú me dejarías y me quedaría triste, sola y destrozada.

Comenzaron a caerle las lágrimas, pero ella se las secó con la mano mientras continuaba.

—Pero callármelo no hizo que te amara menos. Y tú te fuiste igualmente. Me quedé triste, sola y destrozada. Así que vine aquí porque no puedo vivir sin ti. Porque quiero que sepas que te amo. Porque quiero que no lo dudes ni un momento; no quiero que te consideres menos de lo que eres. Un hombre que vale mucho más, eres mucho mejor que yo.

Isabel se detuvo con la respiración entrecortada, abrumada por las emociones.

Le sostuvo la mirada y allí, en las profundidades azules, vio al Nick que pensaba que había perdido en su dormitorio tras decir aquellas absurdas palabras. No sabía qué más decir para reconquistarle y le confesó todo lo que había en su corazón.

—He venido a Londres para decirte que te amo. Por favor, créeme.

Nick dio un paso hacia ella y le alzó la barbilla con un dedo para inclinar su boca hacia la suya.

—Jamás volveré a dejarte, Isabel —dijo de corazón—. Lamento haberme ido, pensaba regresar mañana, lo juro. —El beso fue tierno y absorbente y reafirmó la promesa implícita en sus palabras.

Ella lloraba cuando él alzó la cabeza.

—Te fuiste antes de que pudiera explicártelo.

La envolvió entre sus brazos.

—Lo sé. Lo siento.

La voz de Isabel sonó amortiguada contra su pecho.

—Quería arreglarlo, Nick.

—Lo sé.

—Pensé que ya no me amarías.

Él la alejó un poco para verle los ojos.

—No, Isabel. Por Dios, te quiero más que nunca —aseguró con tono depreocupación.

Ella sonrió a pesar de las lágrimas.

—Bien. Estuve pensando en enviar a Voluptas como ofrenda de paz, peropesaba demasiado.

Él sonrió.

—Prefiero a mi Voluptas real. —La besó otra vez, prolongando la caricia hasta que ambos respiraron pesadamente. Cuando separaron sus labios, Isabel le rodeó el cuello con los brazos y él la miró con voracidad.

—Este vestido es increíble.

—¿Te gusta? —Isabel se frotó contra él como una gata en celo, haciéndole gemir.

—¿De dónde ha salido? —preguntó con la boca apretada contra el lugar donde se unen el cuello y el hombro.

—Callie consiguió que su modista me lo hiciera. Solo puse una condición.

Nick ya besaba el canal entre sus pechos.

—¿Mmm?

Ella suspiró cuando comenzó a frotarle los pezones con los pulgares por encimade la tela.

—Que fuera rojo.

Nick alzó la cabeza con los ojos llenos de pasión.

—Es precioso. Me gustaría quitártelo para poder admirarlo más de cerca.

Ella se rio ante su provocativo tono.

—No, Nick. Debemos volver al baile. Ya hemos provocado una escena increíble. —Contuvo el aliento, apartándose de él—. ¿Crees que Callie nos perdonará? ¡Hemos estropeado el baile!

Le vio reírse al verla tan preocupada.

—Isabel, si algo sé sobre mi cuñada es que nos agradecerá

eternamente haber provocado tal escena en su baile. Sentará la pauta para todas las fiestas que ofrezca en Ralston House. Que Dios se apiade de mi hermano. —Le colocó un rizo suelto detrás de la oreja—. Pero si quieres regresar al baile. Regresaremos.

Ella esbozó una sonrisa.

—Lo confieso, cariño, quiero volver. Tengo dos razones, aunque la más importante es que quiero bailar con mi marido.

—Es una buena idea. —A Nick se le oscurecieron los ojos—. Por mi parte estoydeseando que todos me vean bailar con mi mujer.

Con un último beso robado, se deslizaron por los pasillos hasta salir al jardín, donde de inmediato se convirtieron en el centro de todas las miradas.

—Todo el mundo nos observa. —Isabel apretó la mano de Nick.

Él se la llevó a los labios y le besó los nudillos a través del guante de seda.

—Están especulando sobre el tiempo que hemos permanecido dentro —susurró, inclinándose hacia ella.

Ella le miró confundida.

—¿Por qué?

Nick arqueó las cejas.

Isabel contuvo el aliento y se cubrió la boca con la mano para ocultar la risa.

—¡No!

Le vio reírse y tuvo que contener el aliento al notar lo apuesto que era.

Es mío.

Igual que ella era suya.

Bajaban las escaleras al jardín con las manos entrelazadas cuando alguien los llamó a voces.

—¡St. John!

Se detuvieron y Nick la atrajo hacia sí al ver que se acercaba un hombre. Era alto, delgado y apuesto, vestía una chaqueta perfecta y botas brillantes. Llevaba un bastón con el puño de plata que movía con un gesto casual que parecía pensado para atraer a los que le consideraban un dandi bien provisto de dinero.

Cuando se detuvo frente a ellos, Nick le estrechó la mano.

—Densmore.

Isabel abrió los ojos como platos. ¿Ese tipo era Densmore?

¿Aquel hombre apuesto, de buena figura y sonrisa encantadora era el Densmore que tanto le había preocupado?

El vizconde hizo una pequeña reverencia sin dejar de mirarla.

—A su servicio, *lady* Isabel.

No habían tardado en descubrir su identidad. Sus cuñadas trabajaban con rapidez.

—St. John —le corrigió.

—¿Perdón?

—Indico que para dirigirse a mí, milord, lo correcto es que me llame *lady* St. John. —Notó la aprobación de Nick a su lado.

Densmore los miró a ambos con una amplia sonrisa.

—Cuando la vi pensé que estaba hecha para mí, pero he llegado tarde, ya estácasada.

Oh, sí. Amigo de mi padre, en efecto.

Isabel esbozó su más brillante sonrisa.

—Le aseguro que no estoy hecha para usted.

Nick negó con la cabeza con fingida seriedad.

—No, Densmore, mi mujer no está hecha para nadie más que para mí.

—Bueno, eso es cierto —añadió ella, observando el hoyuelo de Nick ante sus palabras.

Adoras ese hoyuelo. Deberías decírselo.

Densmore se balanceó sobre los talones.

—¡Es una suerte que estén juntos! —reconoció a continuación—. ¡Realmente espléndido!

Nick apretó la mano de Isabel.

—Eso pienso yo también.

—No, St. John. Quiero decir que a partir de ahora puedes ocuparte tú de los asuntos del Condinnoble. En realidad nunca me agradó el arreglo —añadió con un susurro conspirador—. No soporto ese tipo de cosas.

—Nunca lo hubiéramos imaginado —aseveró Isabel, arrancando una amplia sonrisa a su marido.

Densmore meneó la cabeza, sin entender el doble sentido.

—¡Estupendo! —Golpeó el hombro de Nick—. ¿Envío mañana a mi abogado para discutir los detalles? ¿Qué te parece? ¡Será estupendo! —Hizo una pausa—. Quémala suerte lo de su padre, *lady* St. John. Er… mi más profundo pésame.

Densmore se alejó sin esperar respuesta. Ellos miraron sorprendidos cómo se alejaba entre la multitud.

Isabel se volvió hacia Nick, asombrada por la facilidad con que se habían deshecho de aquel albacea al que tanto había temido.

—Parece que traes como dote los retos que supone Townsend Park.

Isabel sonrió ampliamente ante el fingido disgusto de Nick.

—¿Cómo lo aceptarás?

—Es difícil imaginarlo. —Le alzó la mano y le rozó los nudillos enguantados con los labios.

—Tonterías. Nos adoras.

La miró con ternura y ella contuvo el aliento ante la emoción que vio brillar enlas azules profundidades de sus ojos.

—En efecto. Os adoro.

Estaba tan cerca que ella no podía pensar más que en ponerse de puntillas y besarle.

No. Eso no sería apropiado.

¿Cuánto tiempo más deberían quedarse en ese estúpido baile?

Los ojos de Nick brillaron como si le hubiera leído el pensamiento y estuviera de acuerdo.

—No tardaremos en irnos —le susurró al oído con voz tierna y provocativa, llena de promesas—. Pero por ahora, ¿te gustaría bailar, preciosa?

No pudo contener el sonrojo de placer que se propagó por sus mejillas.

—Sí, por favor.

La condujo a la pista y la hizo girar al ritmo de la música. Después de estar un buen rato trazando espirales con los acordes del vals, él notó su sonrisa.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

—Estoy pensando en la segunda razón por la que quería volver al baile.

Él arqueó una ceja.

—¿Cuál es?

—Mostrar a todas las damas que leen *Perlas y Pellizas* que este caballero en particular está cazado.

Nick soltó una carcajada estruendosa al tiempo que la estrechaba contra su cuerpo con demasiada fuerza, atrayendo la

atención de las parejas que los rodeaban.

Serían objeto de murmuraciones durante meses.

Y el asunto alcanzaría mayor notoriedad cuando la sociedad descubriera que Isabel era la hija del Condinnoble… Y que estaba de luto.

Pero mientras se reía y bailaba entre los firmes brazos del hombre que la amaba, olvidó cualquier otra cosa. Sobre todo, cuando él se inclinó para susurrarle quedamente al oído.

Bueno, había cosas mucho peores en el mundo que provocar un escándalo por amor.

Epílogo

«En efecto, el matrimonio, los hijos y los placeres que conlleva son la prueba de una vida plena. Y nuestros caballeros —esos que hemos seleccionado cuidadosamente a través de estas páginas—, requerirán que sus damas los amen, honren y aprecien como se merecen».

Perlas y Pellizas, junio de 1823

Ha sido una boda preciosa.

—En efecto. —Nick le dio un beso en el lugar donde se unen el cuello y el hombro mientras abría la larga hilera de botones de la espalda del vestido antes de dejar caer la prenda a sus pies. La envolvió entre sus brazos y la estrechó con fuerza al tiempo que deslizaba una mano por su cuerpo hasta ahuecarla sobre su pecho —. Sin embargo, no tan preciosa como tú.

Ella se rio al escuchar sus palabras y se apoyó en él con un suspiro, dándole libertad para que la acariciara como quisiera.

—Por supuesto que sí. Lara estaba impresionante. Y Rock… Jamás le había visto tan feliz.

Nick hizo una pausa, considerando las palabras antes de poner de nuevo los labios en su cuello.

—Mmmm… —Tomó el lóbulo de la oreja entre los dientes y lo mordisqueó hasta que ella se estremeció entre sus brazos, alejándose con una risa. Él volvió a atraparla, besándola durante un buen rato antes de alzar la cabeza para mirarla a los ojos—. ¿Lamentas que nuestra boda no fuera así?

Habían pasado dos meses desde que Isabel viajó a Londres en busca de Nick y dieron a su matrimonio una segunda oportunidad. Y su estado era de pura dicha.

Por el momento vivían en Townsend Park, aunque Nick había

indicado que debían visitar su propiedad en otoño; estaba próxima a Eton y permitiría que estuvieran más cerca de James durante el primer semestre en el colegio.

Antes de abandonar Londres, Nick asumió la responsabilidad legal sobre el Park —para gran alivio del vizconde Densmore— así que Minerva House estaba a salvo. Las mujeres de la casa permanecían tranquilas al saber que su seguridad estaba en manos de Nick, Rock y un puñado de guardias que se habían convertido ya en parte de la familia. Incluso Georgiana se sintió satisfecha en los meses que siguieron a la devastadora partida de su hermano. El duque mantenía el secreto a buen recaudo, por lo menos de momento.

Isabel ya no se sentía preocupada por el futuro; sabía, sin lugar a dudas, que no importaba lo que este deparara, Nick estaba tan comprometido con la causa de Minerva House como ella misma.

Contenta, le rodeó el cuello con los brazos y le besó a conciencia.

—No lamento cómo fuera nuestra boda, siempre y cuando me prometas que el matrimonio será maravilloso.

—Es un matrimonio maravilloso —aseguró él, alzándola en brazos y llevándola a la cama. Una vez allí, le deslizó la mano por el interior de la pierna para bajarle la media de seda—. ¿Cómo lo describirías hasta ahora?

Ella fingió reflexionar sobre la pregunta y él le mordió el hombro como castigo.

Isabel se rio hasta que Nick volvió a ponerle la mano en el muslo y acarició la suave piel, arrancándole un suspiro. Isabel le vio alzar la mirada y recrearse en la manera en que la camisola que se ceñía a cada curva de su cuerpo, percibiendo que no llevaba corsé.

—Yo creo que va viento en popa —comentó él—. Me alegro infinito de que hayas decidido hacerme caso y prescindieras del corsé.

Ella esbozó una sonrisa misteriosa.

—No vas a verme usar corsé en una buena temporada, Nick. No podré utilizarlo por lo menos durante unos meses.

Él se quedó inmóvil al comprender el significado de sus palabras.

—Quieres decir que…

Ella asintió con la cabeza.

Él deslizó la mano más arriba, hasta su vientre, y la posó sobre la suave curva.

—Un hijo —dijo con innegable reverencia.

Isabel puso la mano sobre la suya y entrelazó los dedos con los de él.

—Yo también me sorprendí —aseguró secamente—. A Jane, Kate y Gwen les ha costado lo suyo convencerme de que era cierto.

Él se rio entre dientes.

—Como siempre, las damas de Minerva House están al tanto de todos mis movimientos.

Isabel se rio con él.

—¿Sorprendido?

—Lo cierto es que no demasiado.

La besó, poniendo fin a la conversación con una intensa y profunda caricia que los dejó a ambos jadeantes. Ella le recorrió con las manos el torso, los hombros, hasta enredar los dedos en su suave pelo, y suspiró de placer contra su boca cuando él deslizó las suyas más abajo.

—Nick —susurró—, te amo.

Él sonrió contra sus labios.

—Lo sé.

Isabel se rio por la confianza que rezumaban las vanidosas palabras antes de que él se adueñara otra vez de su boca.

Y le demostrara, una vez más, cuánto la amaba.

Notas

[1] En italiano en el original (N. de la T.). <<